



tenis



JACKIE COLLINS

TODO LO QUE PUEDas DESEAR



*Para mis tres hijas, Tracy, Tiffany y Rory.
Son mis mejores logros*



RESUMEN

La bella y atractiva Cameron Paradise abandona su casa en Hawái para comenzar una nueva vida en Los Ángeles lejos de su marido. Alta, rubia y con un cuerpo de escándalo, no tardará mucho en encontrar trabajo como entrenadora personal en uno de los centros deportivos más in de la ciudad, donde conocerá a los hombres más influyentes de la zona. Pero Cameron tiene un sueño: abrir su propio gimnasio y convertirlo en uno de los más exclusivos de Hollywood. Centrará toda su atención en trabajar duro y ahorrar dinero para alcanzar su propio objetivo, pero pronto sus planes se verán trastocados cuando el sexo y el glamour más puros de Hollywood golpeen de lleno su estricta forma de vida. Tres parejas muy influyentes de Hollywood, tórridos romances, una ex prostituta rusa menor de edad, un asesinato pasional... y la vida de los protagonistas que cambiarán para siempre....



ANYA

Anya Anastaskia fue una niña preciosa. Desde el instante en el que nació en una pequeña aldea a las afueras de Grozni, en la república de Chechenia, la gente hizo comentarios sobre su belleza. Su madre, antigua bailarina rusa, no se sorprendió, ya que al enamorarse dejó Moscú para compartir la vida con el campesino Vlad Anastaskia, el hombre más apuesto que había contemplado en su vida. Anya vio la luz el 1 de agosto de 1985; nació en casa y fue un parto sin complicaciones. No solo era preciosa, sino risueña y extraordinariamente tierna. La familia Anastaskia llevó una existencia pacífica hasta la guerra checheno-rusa, que estalló en 1994, cuando Anya tenía nueve años. Al principio pareció que los encarnizados combates entre chechenos y rusos no afectarían a la familia Anastaskia, pero no fue así, ya que llamaron al padre de Anya a filas, por lo que se marchó a la ciudad y nunca regresó.

A la madre de Anya se le partió el corazón. Perdió las ganas de vivir y poco antes del fin de la guerra, en 1996, una noche se fue a dormir y ya no se despertó. Anya tenía once años y se quedó sola y petrificada. La acogió una familia vecina, pero sus integrantes no eran amables y la trataron con severidad. No ayudó que la belleza etérea y delicada de Anya, heredada de su madre, molestase a Svetlana, la hija de la familia, una muchacha rechoncha, malintencionada y de lengua viperma. Aunque solo era unos pocos años mayor que Anya, Svetlana la trató como si fuese su esclava particular. Los padres de Svetlana no se portaron mucho mejor, ya que le asignaron la totalidad de las tareas más duras, como limpiar las pocilgas, fregar los fríos suelos de piedra y otras labores domésticas. Es cierto que la acogieron, pero la usaron para satisfacer sus propios fines y la obligaron a dormir sobre una vieja manta en un rincón de la cocina. Por la noche, cuando apagaban las luces, las cucarachas y los ratones campaban por el suelo de la cocina; a veces, incluso pasaban una o dos ratas. Demasiado asustada como para moverse, Anya se envolvía con la manta.

Al final sucedió lo inevitable. La madre quedó embarazada y el padre aprovechó la oportunidad para tomar por la fuerza a Anya; noche tras noche se presentó con una erección y decidido a que la niña le prestase los servicios que pretendía. Aunque al principio se resistió, Anya no tardó en comprender que carecía de sentido. No tenía dinero ni adonde ir y esa era su casa, por lo que apretó los dientes y soportó los abusos sexuales, que comenzaron cuando tenía doce años y acabaron veinticuatro meses más tarde, al recrudecerse la guerra con ataques aéreos y tropas terrestres.

Una noche siete soldados invadieron la casa. Se trataba de siete rebeldes borrachos, fuera de control y empeñados en destruirlo todo. Pegaron al padre, violaron a la madre y luego



abusaron de Anya y Svetlana. Anya fue afortunada, ya que se limitaron a violarla... uno tras otro. Con Svetlana practicaron espantosos juegos sexuales y, finalmente, le rajaron el cuello. Rieron como locos, pegaron un tiro en la cabeza a los demás, prendieron fuego a la casa y la abandonaron dando por muertos a todos sus habitantes.

Agazapada en un rincón y paralizada por el miedo, Anya esperó hasta tener la certeza de que los soldados se habían ido, se obligó a moverse y consiguió salir de la casa en llamas.

No supo por qué se había librado de la muerte, pero el hecho de seguir viva la obligó a tratar de olvidar ese trance durísimo y a concentrarse en la supervivencia. Se sumó a la procesión de refugiados chechenos que cruzaron la frontera rumbo a la provincia vecina de Ingusetia. Se hizo amiga de una joven madre de tres críos e intentó creer que volvía a formar parte de una familia, pero sabía que no era así. Estaba medio muerta de hambre, totalmente sola en el mundo y no sabía cuál sería su sino.



1

Los Ángeles en el presente

Cameron Paradise llegó a Bounce, el gimnasio privado solo para socios, literalmente a la carrera.

—Buenos días —saludó sin aliento e hizo un ademán a Lynda, la guapa latina situada tras el mostrador de mimbre blanco de la recepción—. ¿Llego tarde? ¿Mi cliente de las ocho ya ha llegado?

—No lo sabes tú bien —respondió Lynda y puso exageradamente en blanco sus ojos pardos de mirada expresiva—. El señor Pedo Viejo está preparado y espera sin dejar de soltar las groserías de siempre. Hay cosas que nunca cambian.

—Fantástico —musitó Cameron, apartándose de los ojos un mechón de pelo rubio natural—. ¿Tendrá alguien la amabilidad de explicarme por qué siempre se las apaña para llegar temprano?

—Porque así tiene más tiempo para afilar su lengua retorcida. Además, ya sabes lo mucho que te quiere.

—Gracias —masculló Cameron y puso cara de contrariedad.

—Ese hombre solo habla de sexo, sexo y sexo —se lamentó Lynda—. No sé cómo lo aguantas.

—Lo aguanto porque paga el máximo y muy pronto habré ahorrado lo suficiente como para abrir mi propio centro —respondió Cameron con toda la paciencia del mundo—. Cuando lo inaugure, vendrás a trabajar para mí y los clientes que se pasen de la raya quedarán en el pasado. ¿Qué te parece?

—Más vale que sea pronto, antes de que le parta de una vez por todas esa boca repugnante —espetó Lynda y cogió la lima de uñas.

—Calma, calma —la reprendió Cameron—. Sabemos perfectamente que la violencia no es una de nuestras opciones.

—Hummm... —murmuró Lynda y jugueteó con uno de sus aretes de oro—. Si oyera las cosas que dice ese perverso; Carlos, mi novio, le rompería esas piernas flacas que tiene.



—No le hagas caso, es mi solución —aseguró Cameron y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—¡Tía, te aseguro que lo intento, pero es imposible! —se lamentó Lynda.

—No hay nada imposible —replicó Cameron y se dirigió al vestuario del personal.

—Habla por ti —gritó Lynda.

Cameron era una mujer de belleza extraordinaria, deportiva y relajada. Medía metro setenta y tres y tenía el cuerpo perfectamente tonificado, una piel impecable, pómulos altos y cabello rubio oscuro que llevaba corto, de punta y con flequillo largo que se meneaba sensualmente sobre sus ojos de color verde claro.

Hacía casi tres años que trabajaba en Bounce, desde que había huido de Hawái y de los malos tratos de Gregg, su marido australiano. Bounce era perfecto para ella: pagaba el alquiler por usar las instalaciones más una comisión por cada cliente que llevaba. El resto iba a parar directamente a su bolsillo, lo que significaba que podía cobrar lo que quisiera, que era lo que hacía.

Tenía veintiún años cuando aterrizó en Los Ángeles y, gracias a su belleza excepcional, fácilmente podría haber sido actriz o modelo. Esas carreras no eran para ella, prefería algo más tangible, por lo que no había nada mejor que trabajar para, a la larga, abrir su propio gimnasio. Puesto que en Los Ángeles todo el mundo parecía obsesionado por su aspecto, se trataba de un negocio en el que indudablemente podía introducirse. Sabía mucho de estar sano y en forma óptima... al menos Gregg algo le había enseñado. Lo mejor del asunto consistía en que era lo bastante lista como para darse cuenta de que conseguiría su objetivo si trabajaba duro y no se dejaba arrastrar por las drogas de diseño, las demasiadas salidas hasta las tantas de la noche y las fiestas interminables de Los Ángeles.

—Hola, belleza —la saludó Dorian, apuesto entrenador de melena rubia y varios tatuajes llamativos, mientras Cameron se ponía un top limpio—. Tu viejo empieza a impacientarse y no deja de soltar insultos en voz baja.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Cameron—. Ese hombre es un pelmazo.

—Alguien debería bajarle los humos —comentó Dorian—. Y no me refiero precisamente a hacerlo por las buenas.

—Me encantaría bajárselos, aunque sospecho que la situación lo excitaría —ironizó Cameron y corrió hacia la sala principal.

—Tienes toda la razón —coincidió Dorian y echó hacia atrás su preciosa melena.

El señor Lord, el cliente por el que sentía más rechazo, la estaba esperando. Estaba ridículo con el pantalón rojo y negro de montar en bicicleta, en el que había metido lo que solo podía describir como un pene falso; con una camiseta del Rat Pack,¹ de una



gira del año 1965, y con un peluquín de color castaño fangoso y mal puesto sobre la coronilla. Era autor de pésimas biografías realizadas con información extraída de los archivos de la prensa, datos pasados de moda y totalmente inexactos. Los famosos sobre los que había escrito lo consideraban patético e incapaz de redactar dos líneas, pero el hombre seguía intentándolo.

El señor Lord le lanzó una mirada reprobadora y golpeó el cristal de su falso Rolex de oro.

—Llegas tarde —protestó—. Si no estuviera tan empeinado en follarte, contrataría a otra entrenadora.

«¡Vaya gilipollas!», pensó Cameron y sonrió de oreja a oreja. Tenía pensado quitárselo de encima como cliente, pero de momento el dinero le hacía falta, por lo que le cobraba el doble por hora y apretaba los dientes a la vez que intentaba no oír sus divagaciones obscenas.

—Señor Lord, soy muy mala —reconoció y se esforzó por apartar la mirada del falso paquete de su cliente—. Empecemos de una buena vez. Como suele decir, no hay tiempo que perder, ¿correcto?

—Necesitas un novio —afirmó el señor Lord y le miró los pechos con ansias—. Me refiero a un hombre, no a un crío. Me refiero a un hombre de verdad que sepa lamerte el coño y acariciarte el...

Cameron dejó de hacerle caso en cuanto el hombre comenzó a pontificar sobre las alegrías del sexo oral, práctica en la cual, según su propia opinión, era un experto redomado. La mera idea de que el señor Lord te hiciera el cunnilingus era repugnante.

Como solía ocurrir, se puso a pensar en Gregg y los recuerdos que evocó le resultaron dolorosos y difíciles.

Cameron había conocido a Gregg en su Australia natal cuando la muchacha tenía diecinueve años y recorría el país con la mochila a la espalda. Había abandonado Chicago a los dieciocho años, poco después de enterrar a su madre, que había muerto a causa de un cáncer. Su padre llevaba muchos años muerto y, como no soportaba a su padrastro, decidió largarse. El año anterior a su convivencia con Gregg lo dedicó a su pasión viajera y exploró Asia con Katie, una amiga de los tiempos estudiantiles. Se hospedaron en albergues juveniles y en comunas en las playas y trabajaron como camareras y canguros hasta que decidieron volverse más aventureras si cabe y

1 Rat Pack es la pandilla formada, entre otros, por Frank Sinatra, Dean Martin, Sammy Davis Jr. y Peter Lawford, amigos de actividades artísticas. (N. de la T.)



dirigirse a Australia. Hicieron un fondo común, compraron sendos billetes de avión baratos a Sidney y, una vez allí, se dirigieron a la Gran Barrera de Coral.

Al cabo de unos días, Cameron conoció a Gregg en una fiesta en la playa. Fue atracción a primera vista. Gregg tenía veinticinco años, medía metro noventa, era muy atlético y lo consideraban todo un personaje en el mundo del surf.

Cameron acababa de cumplir los diecinueve y, por sorprendente que parezca, todavía era virgen.

Gregg la persiguió con vehemencia y no tardó en dejar a las varias amiguitas con las que entonces salía. Al cabo de poco tiempo le propuso que se mudara a su destartalada casa de la playa. Cameron accedió, siempre y cuando Katie pudiera trasladarse con ella y con la salvedad de que la mudanza no significaba que se acostaría con él.

Bueno, solo fue una declaración de intenciones, ya que Gregg jamás aceptaba un no por respuesta.

La primera vez que hicieron el amor no fue genial, pues Cameron estaba cohibida e intimidada y se esforzó por satisfacerlo. La segunda vez fue espectacular.

Al cabo de unos meses a Gregg le ofrecieron un trabajo muy bien remunerado en uno de los hoteles de lujo de Hawái y como la oferta era demasiado tentadora como para rechazarla, viajaron a Hawái llenos de planes de futuro. Seis semanas después se casaron en la playa de Sunset y Cameron se sintió realmente feliz por primera vez en su vida.

Todos los consideraron la pareja perfecta, ya que ambos estaban bronceados, eran altos, rubios y guapos y estaban locos el uno por el otro.

Durante dos años todo fue más o menos perfecto hasta el día en que, tras un accidente de surf que lo dejó varios meses de baja, Gregg comenzó a cambiar, dejó de ser un alegre campeón de surf y se convirtió en un introvertido, ruin, desdichado y miserable que, por lo visto, se entretenía lanzando interminables andanadas de insultos a Cameron.

Al principio la muchacha estaba demasiado sorprendida como para reaccionar, pero decidió responder después de una serie de agresiones verbales.

A Gregg no le gustó y enseguida se volvió violento, lo que bastó para que Cameron supiera con certeza que la situación se les había ido de las manos. Su madre había quedado atrapada en una relación de maltrato con su padrastro y, con el correr de los años, Cameron había visto cómo dejaba de ser una mujer vibrante y extrovertida y se convertía en una ruina asustada y acobardada. Había jurado que jamás permitiría que le ocurriese lo mismo, por lo que, a pesar de que todavía quería a Gregg, supo que había llegado el momento de terminar la relación.



Ya había elaborado un plan de escape y, justo antes de llevarlo a la práctica, se enteró de que estaba embarazada. Fue una sorpresa y, tras la conmoción inicial, pensó que quizás podría convertirlo en una bendición. Fue tan ingenua como para convencerse de que tener un hijo lo cambiaría todo y se sintió tan segura que decidió dar una segunda oportunidad a Gregg.

Fue un error fatal, ya que siete semanas más tarde, en pleno ataque violento de su marido, Gregg la tiró al suelo y le pateó el vientre, de modo que pocas horas después Cameron perdió el hijo que esperaba.

A partir de ese momento ya no tuvo más dudas y supo que tenía que huir.

Varios días más tarde, todavía golpeada y amoratada, intentó escapar en plena noche mientras Gregg dormía, llevándose solo un bolso pequeño, su pasaporte y el dinero que había ahorrado enseñando surf a los niños.

Por desgracia, Gregg se despertó y se puso furioso al percatarse de que Cameron intentaba marcharse. Con una impresionante muestra de fuerza bruta la derribó, la inmovilizó en el suelo, le lanzó insultos a la cara y la culpó de la pérdida del hijo y de todo lo que consideraba que en su vida había ido mal. A continuación le pegó tanto que le puso ambos ojos a la funerals, le retorció salvajemente un brazo y le hizo un corte profundo en la frente, del que manó mucha sangre. Fue casi como si hubiera intentado matarla.

Cameron se las ingenió para coger una lámpara de mesa y golpearle la cabeza, lo que le dejó inconsciente. Fue entonces cuando huyó de la casa, sin volver la vista atrás.

Al llegar al aeropuerto compró un billete para el primer avión a San Francisco, donde su amiga Katie vivía con Jinx, aspirante a roquero. En cuanto llegó a San Francisco, Katie y Jinx la acogieron, le proporcionaron asistencia médica y la cuidaron.

Estuvo varias semanas con ellos hasta que se recuperó; en cuanto le quitaron la escayola, decidió coger el tren a Los Ángeles, donde esperaba tener una vida mejor y olvidar el pasado.

Era posible, todo era posible. Se percató de que algún día tendría que hacer algo en relación con Gregg, ya que no podía seguir casada con él. Por otro lado, no estaba preparada para volver a Hawái y divorciarse, no podría hacerlo hasta que se estableciese, estuviera segura de que podía hacerle frente y le dijese que era un mierda de tomo y lomo.

Al señor Lord le sentó mal no contar con toda la atención de Cameron.



—¿En qué piensas? —inquirió, y sudó mientras repetía una serie de ejercicios de brazos.

—Lo que pienso no es de su interés —repuso Cameron y no dio precisiones.

—Oye, me interesa todo lo que tiene que ver contigo —añadió el señor Lord enseñando los dientes—. Tus magníficas tetas, tu culillo provocador, tus...

—No nos entusiasmemos —le interrumpió la entrenadora—. Francamente, hoy no estoy de humor para escuchar sus tonterías machistas, así que guárdelas.

—¿Te refieres a mí? ¿Me has llamado machista? —se lamentó el señor Lord y se acomodó la entrepierna acolchada—. Amo a las mujeres y las venero. Me encantan sus húmedos...

Cameron volvió a desconectar. Su cliente hablaba mucho, pero en el fondo la entrenadora estaba convencida de que solo era otro viejo verde al que no se le levantaba. Y eso era muy triste.



2

—Me aburro —anunció Mandy Richards, que estaba sentada con las piernas cruzadas en el enorme sofá del inmenso salón que daba a una piscina de tono azul límpido—. Ya nada me entusiasma. Me aburro mucho.

Ryan Richards contempló a su esposa, princesa de Hollywood de treinta y dos años, cuerpo macizo y melena castaña y brillante recogida en una juvenil coleta. En ocasiones Mandy parecía una adolescente quejica. Hoy era uno de esos días y Ryan no estaba de humor para soportar sus berrinches.

Evidentemente, Mandy esperaba que su marido respondiera, pero Ryan no dijo nada. Guardó silencio porque así no corría riesgos.

—He dicho que me aburro —repitió Mandy y giró las diversas pulseras de caros diamantes que rodeaban su delicada muñeca, al tiempo que lo taladraba con mirada acusadora—. ¿No me has oído?

—Veamos... —musitó Ryan finalmente—. Si tanto te aburres, ¿por qué no haces algo? Ese comentario no le gustó nada a Mandy.

—Eres mi marido. ¿Por qué no haces algo tú? —preguntó y le dirigió una mirada funesta.

Ryan era rápido de reflejos. Para variar, Mandy buscaba guerra y él volvía a ser el blanco principal. No hacía falta ser un genio para darse cuenta.

—Lo lamento, pero hoy tengo que ocuparme de una montaña de cosas —respondió y se preparó la salida.

A decir verdad, no tenía nada de lo que ocuparse, pero consideraba que lo mejor era salir de su casa.

—¿A qué cosas te refieres? —quiso saber Mandy y se puso tiesa—. Es sábado. Por lo tanto, ¿no deberíamos pasar el día juntos?

—No —replicó Ryan con cierta brusquedad—. Me parece que te comenté que compartiré el desayuno-almuerzo con ese director argentino que tiene tantas ganas de conocerme. Ha viajado especialmente para verme. Prometí a mi hermana que más tarde pasaría a ver a los niños.

—¿A qué hermana te refieres? —preguntó Mandy como si «hermana» fuera un taco que le costaba pronunciar—. ¿A la que tiene al marido entre rejas?



—Mandy, no entremos en ese tema —advirtió Ryan y notó que empezaba a perder la paciencia. Mandy sabía que lo molestaba cada vez que se metía con su familia—. Detuvieron a Marty por conducir bajo los efectos del alcohol... podría haberle ocurrido a cualquiera.

—Fue la tercera detención por el mismo motivo —precisó Mandy—. Ni siquiera papá pudo ayudarlo.

Sí, claro, papá, el padre de Mandy, Hamilton J. Heckerling, magnate supremo de la industria cinematográfica, gran productor, hacedor de estrellas, tocapelotas egocéntrico... No había una sola conversación en la que, de una manera u otra, su esposa se olvidara de mencionar a Hamilton.

—¿Dónde se ha metido el Gran Papá? —preguntó Ryan pese a que no le importaba, pero estaba decidido a alejar la conversación de su querida hermana Evie, a la que Mandy no podía soportar, ya que estaba celosa de esa relación fraternal.

—Hamilton está en Nueva York —repuso Mandy y descruzó las piernas cubiertas por los pantalones para yoga—. Sospecho que tiene una amiga nueva.

—¿Otra?

—Es divorciado —precisó Mandy y se apresuró a defender a su padre—. Puede tener tantas amigas como quiera.

—Por descontado —replicó Ryan. Al cabo de un segundo preguntó con ironía—: ¿Cuántas veces ha estado casado?

—Lo sabes perfectamente.

—No soy experto en estas cuestiones.

—¡Vamos, ya está bien!

—¿Cómo?

—Tal vez yo debería estar allí. —Mandy cambió rápidamente de tema porque no le gustaba hablar de la vida amorosa de su padre, y menos aún con Ryan.

—¿Dónde? —la agujoneó su marido.

—En Nueva York, con él.

—En ese caso...

—¡Ni lo sueñes! —espetó Mandy y clavó la mirada en su marido—. Te encantaría, ¿no? Te gustaría sacarme del medio para liarte con una fulana y dedicarte a jugar con ella.

¡Madre del amor hermoso! ¿Por qué Mandy decía esas tonterías? ¿Por qué hacía tantos esfuerzos para fastidiarle?

Llevaban siete años de matrimonio; siete largos años en los que jamás la había engañado, pese a que oportunidades no le faltaron. Ryan tenía treinta y nueve años y



no estaba nada mal; mejor dicho, era bastante guapo. Superaba el metro ochenta y estaba en forma gracias a que cada día practicaba *jogging*. Su cabello más bien largo era de tono rubio rojizo, tenía los ojos de un azul intenso, lo que los convertía en su mejor rasgo, y la nariz ligeramente torcida debido al golpe que sufrió en un partido de fútbol cuando tenía doce años. Lo comparaban con una especie de Kevin Costner más joven, hecho que las mujeres encontraban muy atractivo. Constantemente se le insinuaban actrices, modelos, jóvenes ejecutivas y mujeres casadas, pero siempre las rechazaba. Ryan Richards era un bicho raro, un hombre que creía en la institución matrimonial. Se había casado con Mandy para lo bueno y para lo malo y el que se hubiese convertido en una pesadilla no significaba que debía dejarlo y echar a correr, aunque a veces era lo que le apetecía. Tampoco significaba que debía engañarla, tal como hacía la mayoría de sus amigos casados. Ryan tenía principios, entre los cuales estaba incluida la fidelidad.

Todo había comenzado muy bien. La bonita, tierna y atenta Mandy se había presentado como la esposa perfecta.

La había conocido en el estreno de la segunda película que produjo, un animoso drama sobre una mujer que aguardaba en la galería de los condenados a muerte. Pese a que hacía poco que había cumplido los treinta, Ryan estaba más que preparado para unirse a la muchacha adecuada. Estaba harto de las aspirantes a modelo y a actriz. Las consideraba vacuas, pelmas, ambiciosas y tan bonitas que se convertía en una característica negativa. Le pareció que Mandy era la chica adecuada en el momento oportuno. Hizo comentarios interesantes e incisivos sobre la película, pero no como una admiradora. Sus palabras sonaron inteligentes y precisas y le encantó descubrir que Mandy era capaz de sostener una conversación inteligente sobre el mundo del cine.

Otro punto importante a su favor consistió en que, aunque muy guapa de una manera discreta, no tenía el menor deseo de convertirse en actriz. Le comunicó que «un día de estos me dedicaré a formar una familia y a cuidar de mis hijos». Ryan quedó instantáneamente impresionado.

Por entonces no sabía que Mandy era la hija de Hamilton J. Heckerling. Como es obvio, ella sabía exactamente lo que tenía que decir a los productores jóvenes y prometedores; al fin y al cabo, la había criado uno de los empresarios más importantes de todos los tiempos, el señor Hamilton J. Heckerling, una leyenda de su época y una competencia feroz para los magnates de antaño.

Cuando Ryan se enteró de quién era su padre, ya habían mantenido tres citas a escondidas y varios encuentros sexuales sumamente satisfactorios. Estaba claro que la joven Mandy no era perezosa en el aspecto sexual, pues le había hecho una serie de mamadas que hasta entonces jamás había experimentado... y eso que experiencia no le faltaba, pues había disfrutado mucho de su vida de soltero.



En cuanto supo la identidad del padre de Mandy, Ryan llegó a la conclusión de que no tenía la menor importancia y, de hecho, lo tomó como una especie de estímulo. Pese a que los amigos le aconsejaron que no se incorporase a la familia Heckerling, lo cierto es que decidió casarse.

¡Qué tontería!

¡Qué estupidez!

¡Qué despropósito!

Claro que entonces estaba enamorado o, al menos, eso pensaba.

Varios amigos se reunieron e insistieron en organizarle la despedida de soltero. Le dijeron que le llevarían a Las Vegas. En realidad, fletaron un avión y lo trasladaron a Ámsterdam, donde celebraron un largo puente de libertinaje y aventuras. Fue su última juerga.

Se convirtió en un puente memorable, cuatro días que Ryan jamás olvidaría.

Mandy se puso furiosa cuando se enteró de que había estado en Europa sin ella. Se habría puesto más que furiosa de haber sabido todo lo que había sucedido durante ese viaje. De todas maneras, se casó con él. Mandy era una chica que siempre conseguía lo que quería, y el hombre que deseaba era Ryan.

La boda tuvo lugar en la playa contigua adyacente a la finca de veinticinco millones de dólares que el padre de Mandy poseía en Puerto Vallarta. Ryan habría preferido una ceremonia discreta con la familia, pero Mandy le suplicó que aceptara sus deseos y, con toda la dulzura y la bondad del mundo, le dijo que su padre no pedía demasiado, que era su única hija y que no podía censurarle que deseara que la boda fuese una celebración memorable. Era lo mínimo que podían hacer por él.

Por eso Ryan había accedido.

A la boda asistieron seiscientos invitados, de los que ochenta eran amigos y familia del novio; al resto de los asistentes no los conocía, aunque Mandy le aseguró que se trataba de miembros importantes de la industria cinematográfica.

Ryan pensó que una fiesta tan descomunal solo se celebraba una vez en la vida.

Tal como se desarrollaron las cosas, resultó que una vez por semana ocurría lo mismo, ya que Hamilton organizaba celebraciones en su magnífica morada de lo alto de la colina de Bel Air y esperaba que asistiesen.

—Es una chorrada —se había quejado Ryan después del cuarto fin de semana consecutivo.

—No, no es una chorrada —lo contradijo Mandy.

—No soporto tantos saraos. No me va.



—Papá lo llama trabajo en red. Deberías darle las gracias. Estás conociendo a las personas más importantes de la ciudad.

—¿Para qué quiero conocerlas?

—Te irá bien para tu carrera —había espetado Mandy—. Nunca sabes cuándo necesitarás un favor.

—Mi carrera va muy bien —replicó Ryan irritado—. Por si lo has olvidado, tengo dos películas en pleno proceso y una tercera cuyo rodaje está a punto de comenzar.

—Papá opina que deberías hacer películas más importantes —le había informado Mandy—. Cree que deberías trabajar para él.

—¿Se trata de una broma? —inquirió ofendido—. Evidentemente, no me apetece trabajar para tu padre. Realizo películas independientes de bajo presupuesto, son de mi estilo.

—A veces no basta con el estilo.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que, si trabajases para papá, podrías hacer lo que quisieras.

—Tengo la impresión de que me va bastante bien por mi cuenta —repuso secamente.

—No era más que una idea —musitó Mandy y le tocó hábilmente la bragueta, pues sabía el momento exacto en el que tenía que dejar de presionar y concentrarse en otras cuestiones.

Al fin y al cabo, acababan de casarse, por lo que tal vez le llevaría tiempo lograr que Ryan cambiase de parecer.

Ryan no era de los que se dejan derrotar fácilmente. Es verdad que se había casado con la hija de un hombre famoso, pero si se trataba de su carrera cinematográfica, seguía su propio camino y no necesitaba la ayuda, los consejos ni las intervenciones de Hamilton J. Heckerling.

Al año de matrimonio, Mandy reconoció a regañadientes su derrota en lo que se refiere a la carrera de Ryan. Era indudablemente independiente y no podía hacer nada para cambiarlo. Al menos lo había convencido de que aceptase el regalo de bodas de su padre: una casa en la zona llana de Beverly Hills, una vivienda que constaba de seis dormitorios, jardines exuberantes, piscina y pista de tenis.

En un primer momento, Ryan puso reparos y dijo:

—Es demasiado grande.

—No lo será cuando tengamos hijos —replicó Mandy y jugó hábilmente la carta de la familia—. Además, a papá se le romperá el corazón si la rechazamos.



Tras discutir sobre el tema durante un par de semanas, al final Ryan cedió y se mudaron a la casa de Foothill. El productor tuvo que reconocer que le gustaba la idea de tener familia numerosa. Se había criado con tres hermanas y padres cariñosos, por lo que en su caso la familia era de suma importancia y estaba deseoso de iniciar la suya.

Por desgracia, no pudo ser. A lo largo de los siete años de matrimonio, Mandy se había quedado embarazada tres veces. En las dos primeras ocasiones sufrió abortos espontáneos y el tercer niño nació muerto.

Para ambos fue desgarrador. También se convirtió en el motivo principal por el que Ryan se quedó, ya que fue incapaz de abandonarla después de todo lo que había sufrido. No habría sido correcto y durante toda su vida Ryan siempre había intentado hacer lo correcto.

—Ya está bien, Mandy —dijo Ryan con impaciencia—. Tengo que irme.

—Si no queda más remedio... —repuso inquieta—. ¿A qué hora volverás?

Ryan detestaba que lo interrogasen y a Mandy le resultaba imposible evitarlo.

—Alrededor de las cinco —dijo de forma imprecisa.

—No olvides que cenaremos con Phil y Lucy en la playa, en Geoffrey's —le recordó Mandy—. Nos toca pagar a nosotros. Deberíamos salir antes de las seis. Nunca se sabe si en la autopista habrá mucho tráfico y recuerda que detesto llegar tarde.

Ese comentario resultó muy gracioso en boca de la mujer que siempre le hacía esperar.

—Entendido —musitó Ryan y se dirigió a la puerta.

No estaba mal cenar en Geoffrey's con Phil y Lucy Standard. Phil era un buen amigo y Lucy resultaba graciosa cuando no estaba colgada con su combinación favorita de vicodina y alprazolam.

Pues sí, la cena con los Standard sin duda era mucho mejor que una velada en casa con Mandy.



3

Seis clientes después, Cameron concluyó la jornada en Bounce, aunque en modo alguno había terminado de trabajar; aún le faltaban varias sesiones a domicilio, lo que suponía que acabaría después de las ocho. Cuando finalizara, recogería sus dos perros en casa del señor Wasabi, su simpático vecino asiático, cenaría algo y se metería en la cama a fin de estar lista para comenzar a primera hora de la mañana siguiente.

Sabía que era obsesiva con el trabajo, pero nadie lo haría por ella y estaba empeñada en ahorrar lo necesario para abrir su propio centro lo antes posible.

Afortunadamente, estaba muy próxima a conseguir su objetivo, lo que demostraba que sus esfuerzos habían merecido la pena.

—¿Adonde vas? —preguntó Lynda cuando Cameron pasó por la recepción.

—A casa de Charlene Lewis —repuso y se detuvo unos segundos—. ¿No es la esposa de Hollywood que peor te cae?

—Bueno, es ella —admitió Lynda y tamborileó sus uñas demasiado largas y cuidadas sobre el mostrador—. Esa mujer es una puta de la cabeza a los pies, la típica esposa triunfal con un marido alcohólico, viejo y tonto.

—¿Estás segura? —preguntó Cameron con sorna.

—Venga ya. Todos saben que espera a que el viejo la palme para heredar sus millones y dedicarse al folleto con los guaperas de playa.

Divertida, Cameron enarcó una ceja.

—¿Guaperas de playa?

—Ya sabes lo que quiero decir —añadió Lynda y dejó escapar una risita maliciosa.

—¿Detestas a todos mis clientes?

—Solo a los que no tienen buen culo —replicó Lynda—. Cuentas con varios actores cachondos con los que no me negaría a meterme en la ducha. Y adoro a Joanna P. porque sabe divertirse.

—Me pregunto hasta qué punto son malos mis clientes que no tienen buen culo cuando consigo que paguen el doble de mi tarifa habitual. Por si lo has olvidado, nos ayudan.



—Nanay —puntualizó Lynda—. Eres tú la que los ayuda a poner en forma sus culos caídos.

—Lo que tú digas.

—Trabajas demasiado —apostilló Lynda y frunció la nariz—. Tía, la pega está en que... en que no tienes vida propia, lo cual no es saludable.

—Agradezco tu preocupación, pero mi vida goza de buena salud —respondió Cameron cáusticamente.

—Recuerda que... —comenzó a decir Lynda con sonrisa maliciosa—, recuerda que Carlos tiene un amigo que...

—¡No!

—¿Por qué? —preguntó Lynda con toda la inocencia del mundo—. Ya ni me acuerdo de la última vez que tuviste una cita.

—Yo sí y fue un desastre del principio al fin —contestó Cameron y recordó al representante bajo, peludo y de bigotito que insistió hasta el cansancio en que podía introducirla en el mundo del cine, lugar al que no tenía el menor deseo de acudir. Se estremeció al evocarlo.

—Puro trabajo y nada de sexo... —canturreó Lynda.

—Así estaré más fuerte —puntualizó Cameron y puso fin al tema.

Dorian se detuvo en la puerta y flexionó sus poderosos músculos.

—¿Me has llamado? —preguntó con malicia.

—¡Ya te gustaría! —exclamó Cameron y sonrió de oreja a oreja.

—¡Zorra!

—¡Fulana!

—Ay, qué bien me conoce esta mujer —añadió Dorian y sonrió con orgullo.

—Yo y la mitad de West Hollywood —soltó Cameron.

Aunque Dorian era una zorra de cuidado, la entrenadora personal le adoraba porque tenía un gran corazón y en momentos de crisis era de fiar.

Cameron sonrió para sus adentros y se dirigió al aparcamiento de la parte trasera, donde había dejado su Mustang aerodinámico y plateado de 1969. Era un coche fabuloso que la llevaba donde quería y cuya conducción resultaba muy divertida. Lo que más le gustaba en uno de sus escasos días libres consistía en conectar el iPod e ir a la playa con los perros en el asiento trasero, mientras L. L. Cool J y The Black-Eyed Peas le dedicaban sus canciones. Así se relajaba, casi sin hacer nada, en lugar de acudir a inútiles citas a ciegas con uno de los amigos «deseosos de pegar un polvo» de Carlos. Además, sin que Lynda ni nadie lo supieran, practicaba sexo siempre que quería con Marlon, estudiante universitario de diecinueve años al que había



conocido mientras corría por los caminos de la UCLA. Habían desarrollado una relación de «amigos con derecho de roce». No era nada serio, sino sexo sin complicaciones cada vez que a alguno de los dos le apetecía. Les iba bien. Aunque a veces Cameron se sentía culpable porque Marlon todavía no era un hombre hecho y derecho pese a que estaba a punto de cumplir los veinte, tampoco era lo mismo que acostarse con un crío. Además, solo era cinco años mayor que el estudiante.

Nadie estaba al tanto de la existencia de Marlon y quería que siguiese siendo así. Lynda la criticaría y Dorian intentaría ligárselo.

Sus tres mejores amigos eran Lynda, Dorian y Cole de Barge, otro entrenador gay, negro y muy vehemente. Tenía tres amigos íntimos, pero atesoraba sus propios secretos.

Llegó en tiempo récord a la comunidad vallada en la que Charlene vivía con su rico marido. Su lujosa mansión se encontraba en lo alto de una colina y la vista era magnífica desde todas las habitaciones. Para llegar a la casa, los visitantes tenían que franquear las barreras de seguridad e informar a los guardias, que llevaban una lista detallada de cuantos entraban y de a quién visitaban.

Mientras conducía por las calles en perfecto estado y pasaba frente a una sucesión de enormes mansiones con verjas, Cameron llegó a la conclusión de que aquello semejaba el gueto surrealista de los multimillonarios. La idea la hizo esbozar una sonrisa.

Hacía veinte años que Charlene Lewis pululaba por Hollywood. Casada en primeras nupcias con una estrella musical de Las Vegas y luego con un compositor famoso, ahora iba por su tercer marido, Aarron Otterly, excéntrico multimillonario que había enviudado dos veces y que no tardaría en cumplir los ochenta. Charlene reconocía una oportunidad en cuanto se le presentaba, por lo que, en cuanto supo que Aarron estaba disponible, se le pegó como una prostituta decidida a que le paguen por mamarla. Su fecha de caducidad estaba al caer y era muy consciente de que los multimillonarios las prefieren veinteañeras y, si son mayores, de rasgos exóticos.

Pilló a Aarron porque le permitió probarse toda su ropa y desfilarse con los trapos puestos; resultó que el vejete tenía debilidad por sus vestidos largos supersexies de Valentino y Dolce & Gabbana.

La parte positiva consistió en que no tuvo que mantener relaciones con él, ya que prefirió darse placer a sí mismo mientras admiraba su imagen emperifollada en el espejo de cuerpo entero. Le bastaba con que Charlene estuviese presente y lo mirara.

La parte negativa consistió en que tenía hijos adultos que no la soportaban y que estaban convencidos de que ella solo quería el dinero.

Cameron se dio cuenta de que probablemente Lynda tenía razón y que Charlene esperaba a que su querido marido muriera para continuar con su estilo de vida sin



tener que afrontar los malditos problemas económicos. Jamás había trabajado ni pensaba hacerlo.

El mayordomo filipino recibió a Cameron en la puerta y le comunicó que la señora de la casa la estaba esperando. La entrenadora personal caminó en medio del lujo y llegó al gimnasio, situado junto a la piscina.

—Llega tarde —la regañó Charlene, que montaba la bicicleta estática vestida con unas mallas rosa chicle que se adherían a su cuerpo como una segunda piel.

Charlene era una muestra viviente de bótox, juvena, silicona, colágeno y cualquier otro relleno facial del mercado. La liposucción era su mejor amiga. No creía en el bisturí del cirujano plástico a menos que se tratase de sus pechos demasiados grandes, pero era fiel a todo lo demás. A los cuarenta y seis estaba inmaculadamente conservada, tenía los labios realzados de manera perturbadora y ni una arruga surcaba su rostro terso.

—Yo no diría que cinco minutos después sea llegar tarde —espetó Cameron.

—Ya sabe que soy maniática de la puntualidad —replicó Charlene irritada—. Cada minuto cuenta, así que cinco también. Podría haber hecho otra cosa.

«¿Qué?», le habría gustado preguntar a Cameron. «Por ejemplo, ¿prestarle el rímel a tu marido, comprar más trajes de diseño o tirarte al que limpia la piscina?»

—Quítese el anillo —solicitó Cameron con alegría y señaló el monstruoso diamante de doce quilates que Charlene lucía en el dedo corazón—. Es hora de estilizarse.

Charlene se quitó el pedrusco a regañadientes. Era como su osito de peluche y jamás lo perdía de vista. Cameron calculó que si Charlene vendía el anillo, los beneficios permitirían alimentar a una familia de cinco miembros como mínimo durante diez años.

—Vamos, al ataque —propuso Cameron, e inició una serie de estiramientos—. Se ha de sufrir para tener un cuerpo espectacular.

—¿Por qué? —espetó Charlene.

—Porque es lo que hay que hacer si quiere continuar con ese aspecto de fábula.

—Un día de estos me sentaré en el sofá y me hincharé a donuts —masculló Charlene.

—Desde luego que no, no lo hará —se apresuró a decir Cameron y conectó el equipo de música—. Estará siempre guapa. Al fin y al cabo, es su destino.

—¿De verdad? —preguntó Charlene y se pavoneó.

—Total y absolutamente —replicó Cameron.



La energía positiva siempre la ayudaba y motivar a sus clientes representaba una de las claves de su éxito.

Eran más de las nueve de la noche cuando llegó a su modesta casa de un dormitorio situada en una calle tranquila, detrás del supermercado Von's de Santa Mónica. Se la alquilaba a un extravagante interiorista que, por añadidura, era uno de sus clientes preferidos. Aunque muy pequeña, en la parte trasera había un jardincillo en el que *Yoko* y *Lennon*, sus labradores dorados, solían tumbarse al sol. *Yoko* y *Lennon* le hacían muchísima compañía y con ellos jamás se sentía sola.

Preparó un tazón de sopa de miso y escuchó los mensajes que le habían dejado en el contestador. En su mayor parte se trataba de llamadas de clientes para pedir hora o cambiar sus citas. El último mensaje era de Jill Khoner, clienta y productora de televisión, que le preguntaba si estaba disponible para ver en su casa a Don Verona, el presentador de un programa de entrevistas. Cameron lo conocía de nombre, pero nunca había visto su programa. De todos modos, le gustaba tener clientes nuevos, por lo que acabó la sopa, llamó a Jill y apuntó los datos de Don Verona. Sacó a *Yoko* y a *Lennon*, dieron la vuelta a la manzana y finalmente se acostó.

La jornada había sido muy larga.



4

En cuanto montó en el coche, Ryan telefoneó a Don Verona, su mejor amigo, que inmediatamente lo invitó a su casa. Su amistad se remontaba a sus tiempos de estudiantes, en los que habían compartido un diminuto apartamento cerca de la Universidad del Sur de California y albergado grandes ambiciones y un desfile incesante de amiguitas. Ambos habían triunfado en las carreras que eligieron y la amistad perduró a pesar de las numerosas amigas y esposas que intentaron separarlos. Algunas mujeres se sintieron amenazadas por esa camaradería masculina de tantos años, pero Ryan y Don capearon todos los intentos de romper su amistad.

Don vivía en una casa supermoderna que había diseñado y construido personalmente tras el fin de su segundo matrimonio con una estrella francesa. Situada en lo alto de Sunset Plaza Drive, su morada era el paraíso de un solterón de verdad y disponía de todos los chismes posibles: mesa de billar profesional; tres televisores planos de alta definición, con todos los canales deportivos incluidos; gimnasio totalmente equipado; equipo de sonido a la última, y sala de juegos de realidad virtual, que contaba hasta con una immaculada mesa de póquer. En el exterior disponía de minigolf, un espacio totalmente revestido de acero inoxidable para preparar barbacoas y un garaje de seis plazas en el que guardaba su impresionante colección de coches.

— ¡Hola! — saludó Ryan, entró en el salón y se desplomó en el sofá.

— ¿Qué pasa? — preguntó Don.

El presentador televisivo era guapo como una estrella de cine y tenía el pelo negro, ojos oscuros, facciones bien marcadas y barba de dos días, que constituía su sello característico. También poseía un éxito arrollador y era muy popular. Don Verona era Letterman sin los complejos del Medio Oeste, Leno sin los tacos, Craig Ferguson sin acento escocés y Conan sin la cabellera pelirroja. Don tenía su propio estilo y funcionaba.

El gran problema de Don eran las mujeres. Lo adoraban y él también las quería. Con dos divorcios a las espaldas, tenía dificultades de erección pese al desfile de espléndidas mujeres que se postraban a sus pies. Desde que se había divorciado de la estrella francesa solo se relajaba realmente en la cama si le acompañaba una profesional de pago. El terapeuta le comunicó que eso tenía que ver con su ansiedad



a la hora de pagar pensiones alimenticias. Lo comprendió perfectamente porque les pasaba cifras muy elevadas a sus dos ex.

—No lo sé —repuso Ryan y se encogió de hombros—. Tuve que irme de casa porque Mandy me está volviendo loco.

—Claro —comentó Don sagazmente—. Sé perfectamente lo que se siente. Es lo que las mujeres suelen hacer; tienen la idea errónea de que están en su derecho.

Ryan cogió un ejemplar de *Sports Illustrated* y contempló a la modelo en bikini que aparecía en portada.

—Mandy está que se pega como una lapa.

—¡Vaya sorpresa!

—¿A qué te refieres? —preguntó Ryan y dejó caer la revista sobre la mesita baja.

—Dejémonos de tonterías —precisó Don e intentó que su amigo entrase en razones—. Sabes perfectamente que tu esposa es una manipuladora de primera y se desfoga jodiéndote, ese es el trato.

—Tal vez...

Ryan intentó convencerse de que Don estaba equivocado, pese a que sabía que tenía razón. Era triste pero cierto que Mandy se desfogaba jodiéndole la vida. Se lo permitía porque... vaya, porque así todo era más fácil.

—Tío, lo que digo es verdad —se explayó Don—. En mi opinión, hace tiempo que no eres feliz.

—Eso es mentira —insistió Ryan, que todavía se negaba a reconocer lo que ocurría.

—Tienes que empezar a pensar en la estrategia de salida —apostilló Don y abrió las enormes puertas de cristal que conducían a la inmensa piscina.

—Un momento —se defendió Ryan, se puso en pie y se acercó a Don—. El que tus dos matrimonios hayan fracasado no significa que yo tenga que renunciar al mío. Mandy tiene cosas buenas.

—¿Cuáles? —preguntó Don mientras *Butch*, su labrador negro, entraba en la casa y corría a lamer a Ryan—. Cada vez que nos vemos, Mandy se dedica a regañarte.

—Mandy ha sufrido mucho —acotó Ryan y, distraído, se agachó para acariciar al perro.

—¿Durante cuánto tiempo te tocará pagarlo? —preguntó Don sin ambages—. A veces las cosas van mal. Tendrías que hacer tu propia vida o buscarte una amante.

—No es lo mío.

—Tal vez debería serlo porque estoy seguro de que últimamente no follas.



—¿Por qué lo dices?

—Porque sueles estar tan tenso que resulta absurdo.

—No soy como tú —se defendió Ryan—. No creo que haya que tirar la toalla tan rápido y, desde luego, tampoco creo en engañar.

—¿Quién engaña? —inquirió Don y enarcó las cejas—. Recuerda que soy soltero. Es de ti de quien hablamos.

—Hazme el favor de dejar de hablar de mi matrimonio —pidió Ryan—. He venido a relajarme.

—Pues relájate —añadió Don y disimuló un bostezo—. Está al llegar mi nueva entrenadora. Me la ha recomendado una productora y, por lo visto, trabaja como un sargento de instrucción. Necesito disciplina. —Se palmeó el vientre plano—. Empiezo a ponerme fofo.

—Sí, por supuesto —ironizó Ryan.

—Deberías entrenar con nosotros —propuso Don—. Te quitará la tontería. Luego miraremos el fútbol universitario porque tengo unas ganas locas de apostar.

—Lo siento, pero paso —dijo Ryan—. Iré a ver a mi hermana y luego a las salas de montaje.

—Pensé que ya habías terminado tu última obra maestra —comentó Don y entró en su modernísima cocina de cemento y acero inoxidable, mientras *Butch* le pisaba los talones.

Ryan lo siguió.

—Una película nunca está terminada hasta que llega a las salas, e incluso entonces...

—Vale, vale, ya lo sé —reconoció Don y dio a *Butch* una galleta para perros—. En lo que al trabajo se refiere eres perfeccionista.

—No podemos afirmar que tú seas precisamente holgazán —precisó Ryan—. Haces cinco programas por semana y todos están nominados a un premio de audiencia.

Don meneó la cabeza mientras servía café en una taza de cerámica.

—La diferencia consiste en que tú haces lo que siempre quisiste mientras yo me hundo en la mierda.

—¿De qué mierda hablas? ¿Me tomas el pelo? No puedes considerar mierda a uno de los tres programas de entrevistas mejor considerados del país. Tampoco podemos olvidar que ganas mucho más que yo.



—Sí, seguro —se apresuró a afirmar Don—. De todos modos, ambos sabemos que no se trata del dinero, sino de la pasión. Cuando hablamos de trabajo, tú la tienes y a mí me falta.

—No es cierto.

—Sí que lo es —apostilló Don con pesar—. Lamentablemente lo es.

—Bueno, tengo que irme —reconoció Ryan—. ¿Por qué no cenas esta noche con nosotros?

—¿Dónde?

—En Geoffrey's, a las siete y media. Pago yo y vendrán Phil y Lucy. Trae una acompañante en lugar de alguien a quien pagas... ya que Mandy se dará cuenta en dos segundos.

Don se desternilló de risa.

—Parece un buen plan. Nos veremos a las siete y media.

En el mismo instante en que Ryan salió de su casa, Mandy telefoneó a su padre, que estaba en Nueva York. Se puso furiosa porque la jodida señora de la limpieza se negó a pasarle la llamada y aseguró que estaba ocupado. Mandy colgó y tiró el teléfono contra el sofá. Detestaba a los que denominaba los «protectores» de su padre. Hamilton tenía una cohorte de señoras de la limpieza, ayudantes, chóferes y guardaespaldas que se encargaban de que nadie llegase a él a menos que quisiera.

«Pues yo debería ser la excepción», recordaba Mandy constantemente a su padre.

«¿Por qué?», replicaba Hamilton.

«Porque soy tu hija, lo que debería concederme privilegios de los que nadie más disfruta.» Hamilton solía reír entre dientes cada vez que su hija intentaba obtener privilegios.

Era otra de las cosas que Mandy detestaba de su padre: su risita entre dientes. Era un sonido frío y desabrido. Prefería que estuviese serio, pero, lamentablemente, casi todo el tiempo que compartían se dedicaba a soltarle «la risilla».

«Quiero casarme con Ryan Richards», había asegurado Mandy hacía siete años.

Obtuvo una y hasta dos risillas entre dientes.

«Papá, quisiera producir una de tus películas.» Otra vez sonaron risillas.

«¿Puedo retirar antes mi fondo en fideicomiso?» De nuevo risillas.

Su padre nunca la tomaba en serio.



Corría el rumor de que su queridísimo papá tenía una nueva amiguita. A Mandy no le gustaba demasiado. Ya había tenido cinco esposas, cantidad más que suficiente para cualquiera.

Se había enterado de la existencia de la última amiga de su padre a través de Lolly Summer, su gran confidente, que trabajaba para una de las principales páginas de cotilleo en Internet. A cambio de información picante sobre las estrellas, Lolly se ocupaba de contarle a Mandy absolutamente todo.

Como no logró hablar con su padre, Mandy telefoneó a Lolly y le preguntó:

—¿Ha habido novedades?

—Esta noche da una cena —respondió Lolly—. Se trata de una fiesta por todo lo alto, a la que asistirán desde Rudy hasta Trump. Será muy sonada.

—¿Y cuál es el propósito de dicha cena...?

—Ya te lo diré. Tengo dos contactos en la lista de invitados.

—Si averiguas algo, envíame un mensaje al móvil. Esta noche salgo, pero necesito saber qué ocurre.

—Por supuesto —aseguró Lolly—. Hablando de todo un poco, me habías prometido algo acerca de Owen Wilson...

Evie, la hermana de Ryan, vivía en una casita de Silverlake. Tenía tres hijos varones, todos menores de ocho años. Marty, su marido, trabajaba de doble cinematográfico y además era un alcohólico incorregible.

Alcohol y escenas arriesgadas conformaban una combinación peligrosa. Ryan había empleado a su cuñado en una de sus películas y quedó escaldado. Marty era desagradable, peleón y tenía pocos amigos, y Ryan esperaba el día en que Evie decidiese definitivamente que estaba harta.

En ese momento Marty se pudría en la cárcel debido a que lo habían detenido por tercera vez por conducir bajo los efectos del alcohol.

Ryan sabía que económicamente la situación era difícil para su hermana, ya que las compañías cinematográficas con dos dedos de frente se negaban a contratar a Marty, pero Evie rechazaba de plano toda ayuda.

Evie saludó a su hermano con un cálido abrazo. Siete años menor que Ryan, era bonita a pesar de que parecía agotada. Sus tres hijos estaban hipnotizados frente a la tele; se habían sentado en el gastado sofá y miraban dibujos animados.

—Doy gracias a Dios por las mañanas de los sábados —comentó Evie y suspiró—. Es el único rato en el que están tranquilos, benditos sean sus corazones asesinos.



—Hola, chicos —dijo Ryan y se inclinó para saludar a sus sobrinos—. ¿Qué tal va todo? ¿Hay algo que tenga que saber?

Los niños ni respiraron.

—Quieren un perro —acotó Evie y se acomodó detrás de la oreja un mechón de pelo castaño rizado—. Supondrá más trabajo para mí, pero realmente lo desean y como Marty pasa tanto tiempo fuera... —Evie dejó de hablar, como si la mera mención de su marido encarcelado le resultase dolorosa.

—Tal vez pueda conseguirles un perro.

—Está bien —añadió Evie, aunque vaciló unos instantes—, aunque solo si me prometes que no escogerás una raza rara. Los niños me han hecho prometer que les traeré un animal de la perrera.

—Ciudadanos como deben ser y eso que son tan pequeños —afirmó Ryan, y revolvió los cabellos del más pequeño.

—Ya lo sé —reconoció Evie apesadumbrada—. Petey se niega a comer pollo, con lo cual la planificación de las comidas resulta muy divertida.

—Puedo llevarlos a tomar hamburguesas a In 'n' Out —propuso Ryan, consciente de que Evie necesitaba un descanso—. Luego correremos por el parque y jugaremos a la pelota. ¿Qué te parece?

—Me parece que te quiero —contestó agradecida.

—Me alegro —añadió Ryan. El día perfecto habría consistido en llevarlos a su casa para que jugaran en la piscina, pero a Mandy le habría dado un patatús. Como no podían tener hijos, su esposa no quería niños cerca, y menos a los tres críos bulliciosos de Evie. Era un tema por el que discutían a menudo—. Tengo que ir al lavabo.

De camino al cuarto de baño Ryan se detuvo en el dormitorio de Evie, sacó del bolsillo de la chaqueta un fajo de billetes de diez y de veinte dólares y los distribuyó ingeniosamente por la estancia. De esa forma no parecía una limosna y cabía esperar que Evie pensase que se lo había olvidado.

Era absurdo que su hermana no le permitiese ayudarla. El vivía en una mansión de Beverly Hills, de 900 metros cuadrados, y ganaba mucho, mientras ella estaba atascada con el inútil de su marido en Silverlake y apenas le alcanzaba para pagar las facturas.

Los niños devoraron las hamburguesas con gran alegría, así como bandejas de insalubres patatas fritas y montones de ketchup. Tras ver cómo se atiborraban, Ryan los llevó al parque, donde camparon a sus anchas, y de regreso paró en Best Buy y les compró una PSP de Sony a cada uno. Los niños quedaron muy excitados.



Cuando devolvió los críos a Evie, Ryan tuvo la sensación de que había hecho una caminata de diez kilómetros.

—Tus hijos me han dejado agotado —se lamentó—. No sé cómo resistes.

—Ya no eres tan joven —comentó Evie con inocencia fraternal—. Afróntalo, hermano, estás a punto de llegar.

—Tengo treinta y nueve años —se defendió el productor.

—No tardarás en cumplir cuarenta —puntualizó su hermana.

¡Jesús! ¿Era cierto? ¿Estaba a punto de llegar al cuatro con un cero detrás? ¡Joder! Ryan Richards ya no era un productor joven y brillante, ya que se aproximaba a la madurez. Le costó creérselo.

Se puso a pensar en la conversación que había mantenido con Don. En el fondo sabía que Don tenía razón, que con Mandy no era tan feliz como podría serlo. Su esposa siempre se quejaba, desvariaba y lo criticaba. A lo largo del último año, desde el nacimiento del hijo muerto, su vida sexual había sido prácticamente inexistente. Cada vez que lo intentaba, Mandy tomaba distancia y daba cualquier excusa poco convincente. Era la actitud de la mujer que en el pasado se había enorgullecido de hacer mamadas superlativas.

Tal vez ambos se encontrarían mejor si no estaban juntos.

De repente la palabra «divorcio» parpadeó en su mente.

No, era imposible. Su madre se llevaría un disgusto enorme si no conseguía que su matrimonio funcionase. Cuando murió su padre, sus progenitores llevaban cuarenta y cinco años felizmente casados. El divorcio era algo que su madre no se tomaría a la ligera. En lo referente a Hamilton J. Heckerling... ¡mejor ni pensarlo! Probablemente el viejo se encargaría de que lo enviaran al otro barrio.

Ryan sonrió torvamente cuando se imaginó observando a cada persona con la que se cruzaba en Los Ángeles para ver si se trataba de un asesino potencial y mirando bajo el coche en busca de una bomba.

Se despidió de su hermana con un beso y se dijo que su imaginación estaba desbocada.

—Ten cuidado —dijo Evie y le apretó el brazo.

—Eres tú la que ha de tener cuidado. ¿Cuándo sale Marty?

—Esta semana.

—¿Irá a Alcohólicos Anónimos?

—Dice que no lo necesita.

—Evie...



—Lo sé, lo sé —replicó su hermana y no fue capaz de mirarlo a los ojos—. No me vengas con monsergas. Se resolverá. —Ambos sabían que no había solución. Evie volvió a apretarle el brazo y, mientras caminaban hacia la puerta, preguntó—: ¿Va todo bien entre Mandy y tú?

Cuando se trataba de él, la intuición de su hermana era infalible, pero no quiso entrar en el tema.

—Sí, por supuesto, todo va sobre ruedas —repuso despreocupadamente—. ¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé, pareces cansado.

Hummm... A Evie no le bastó con recordarle su próximo cumpleaños, sino que añadió que parecía cansado. ¡Fantástico!

Estaba claro que hoy no era su mejor día.



ANYA

La vida en la ciudad de Magas era difícil. Debido a la llegada de tantos refugiados, más de 250 000, el alojamiento y los alimentos escaseaban. Anya no tardó en quedar separada de la madre y los hijos con los que viajaba. Al cabo de poco tiempo terminó sola, con la ropa que llevaba puesta y un mendrugo de pan seco que una amable anciana le había dado. No tenía dinero ni identidad, pero nadie podía arrebatarle su delicada belleza.

Los campamentos de refugiados estaban llenos a rebosar y no tenía dónde ir ni dónde asentarse. Anya permaneció en las cercanías, famélica, temblorosa e incapaz de hablar a medida que recordaba los horrores que había presenciado.

Así fue como la encontró Serguéi. Residente en Magás, Serguéi había recibido un encargo por parte de su jefe, el gordo, viejo y codicioso Boris Pinski, hombre de muchos oficios. Boris traficaba con armas y con artículos en el mercado negro. También comerciaba con mujeres y enviaba a Serguéi, su joven secuaz, a los campamentos de refugiados en busca de niñas abandonadas a las que poner a trabajar en el burdel clandestino que tenía en el centro de la ciudad.

Serguéi conducía una sucia furgoneta norteamericana que su jefe había ganado en una partida de cartas. Cuando se topó con Anya, el vehículo ya estaba ocupado por dos hermanas, una chica flaca y de cabello pelirrojo y lacio y una mujer gorda y bajita que, como bien sabía, Boris rechazaría, pero no había mucho dónde escoger. La cosecha no había sido precisamente abundante.

Estuvo en un tris de no parar para recoger a Anya. Le pareció demasiado esmirriada y joven. Fue entonces cuando vislumbró su rostro y durante unos instantes se sumergió en la mirada de sus ojos de tono azul tan claro, tan cargados de dolor y tan expresivos. Frenó en seco.

—Sube —ordenó, y señaló la furgoneta con el pulgar.

Anya le hizo caso y subió a la parte trasera de la furgoneta. Inmersas en sus propios problemas, las demás la ignoraron.

Serguéi condujo el coche lleno de mujeres hasta el centro de la ciudad y las entregó a Boris, salvo a Anya, a la que escondió en el maletero.

—No hagas ruido —le advirtió—. Si te comportas y no me causas problemas, conseguirás comida y un lugar donde dormir.

Anya guardó silencio; al fin y al cabo, tenía catorce años y no sabía qué más podía hacer.



Al principio Serguéi decidió quedársela unos días, hacer con ella lo que le viniese en gana y al final pasársela a Boris. No fue eso lo que ocurrió porque Serguéi, de veinte años, que había vivido casi toda la vida en la calle y recurrido a su ingenio para sobrevivir, se enamoró de la muchacha.

La llevó a la habitación que alquilaba en una casa destartada, le preparó té fuerte y trozos de tostada quemada con morcilla; la lavó en el cuarto de baño compartido y le permitió dormir en su lecho, mientras él descansaba en su único sillón cochambroso, con los muelles desvencijados y el tapizado roto.

Serguéi se dijo que lo que hacía era una locura, pero había algo en Anya... algo que no supo precisar. La chica se negó a hablar y no pronunció una sola palabra; se limitó a mirarlo con esos ojazos tristes y para él fue suficiente.

El veinteañero dedujo que la habían violado porque, cuando la lavó, vio que tenía sangre seca adherida a los muslos. Era evidente que la chica había pasado por un trance muy amargo.

Claro que podría haberla dejado con Boris, pero ¿para qué? Anya lo miraba con mucho anhelo, con muchas ganas de pertenecer, de estar próxima a alguien.

Se obligó a no forzarla sexualmente. Aunque la deseaba, tenía la sensación de que no sería correcto. Hasta cierto punto estaba asustado. Era extraño, pues Serguéi jamás le había tenido miedo a nada.

Cada día intentaba convencerla de que hablase, pero Anya se negaba tenazmente.

Cuando salía a trabajar y la dejaba sola en la habitación, Serguéi puntualizaba que bajo ninguna circunstancia abriera la puerta. Anya se limitaba a asentir.

—Un día de estos me dirás algo, ¿eh? —preguntaba Serguéi en ruso, que era la lengua que compartían.

La muchacha volvía a asentir.

—Paciencia no me falta —añadía el secuaz.

Serguéi pensó en todas las prostitutas a las que se había tirado y en las mujeres que habían pasado por su vida. Pensó en su madrastra, que lo había obligado a mantener relaciones sexuales con ella cuando solo tenía doce años. La mejor amiga de su madrastra también lo había usado a placer. Luego hubo una procesión de mujeres de todas formas, tamaños y edades que también se lo beneficiaron.

A Serguéi no le había quedado más remedio que desarrollar un aspecto de hombre duro.

Al cabo de dos noches de dormir en el sillón, decidió que ya podía pasarse a la cama, junto a ella. Anya se apartó en el acto y sus ojos de mirada triste se cargaron de miedo.

—No tengas miedo, no te tocaré —Serguéi le volvió la espalda y durmió fatal.

A primera hora de la mañana la chica se le acercó y le susurró al oído:

—Me llamo Anya.



— ¡Vaya, sabes hablar!

— Gracias, muchas gracias por tu amabilidad.

La muchacha se lo agradeció. Hasta entonces nadie le había dado las gracias por nada y Serguéi se sintió dominado por una rara emoción.

Ya no podía entregársela a Boris, pues no sería correcto.

Mientras tanto, Boris seguía en lo suyo.

— ¿Esto es todo lo que me traes? — chilló con los ojos desmesuradamente abiertos por el enfado y agitó en el aire sus brazos gordos—. Te presentas con dos hermanas que no valen una mierda y una niña penosa y con la dentadura en malas condiciones. Vuelve al campamento de refugiados y sigue buscando. Seguro que está lleno de chochos. Consíguelos y tráelos.

La clientela de Boris no era precisamente fina. En su mayor parte estaba formada por trabajadores casados que se presentaban a cualquier hora del día, se quedaban cinco o diez minutos y seguían su camino. Boris explotaba a sus chicas y en ocasiones las obligaba a prestar quince o dieciséis servicios diarios.

Serguéi no quería que Anya, que su Anya, su pajarillo, corriese esa suerte. En el fondo de su alma sabía que estaban destinados a estar juntos.

Cierto día, Serguéi decidió que tenían que escapar de la ciudad asolada y destrozada por la guerra. Tenían que escapar de Boris y de cuanto representaba. Había llegado el momento de largarse.



5

—Hola —saludó Cameron cuando el hombre abrió la puerta de la casa—. Me llamo Cameron Paradise y Jill Khoner ha organizado este encuentro. Supongo que es usted Don Verona.

—¡Caramba! —exclamó Don y la repasó lentamente de arriba abajo. Contempló a la rubia natural de chándal blanco, piernas largas y embriagadores ojos verdes—. Jill me dijo que era usted guapísima, pero no esperaba tanta perfección.

—Este hombre no solo es famoso, sino que además sabe las frases trilladas que hay que decir —comentó Cameron con ironía.

Don la miró con curiosidad mientras *Butch* se acercaba dando saltos y corría hacia la entrepuerta de la entrenadora personal. Entusiasmado, el perro introdujo el morro y se dedicó a olisquearla.

—Quieto, *Butch* —dijo Don y lo cogió del collar—. Disculpe.

—No se preocupe —acotó Cameron y se inclinó para rascar el cuello de *Butch*—. También tengo labradores. Son muy abiertos y amistosos, lo que me parece bien.

—¿Tiene labradores?

—Sí, dos —precisó Cameron cuando *Butch* le lamió la mano—. Son increíblemente leales.

—Ya lo creo —confirmó Don y retrocedió un paso—. Bueno, bueno. Señorita Paradise, será mejor que pase. —La entrenadora entró en una casa inmaculada—. Es todo un acierto tener un apellido que significa «paraíso». ¿De dónde lo sacó?

—En realidad, es el apellido de soltera de mi madre —repuso Cameron y miró a su alrededor—. Jill me ha dicho que tiene gimnasio. ¿Dónde está?

—Va directa al grano, ¿no?

—Para eso he venido —apostilló la entrenadora, y no se dejó impresionar por la guapura de ese hombre.

Los hombres famosos y atractivos eran algo habitual en Hollywood, sobre todo si trabajabas en un centro deportivo selecto. Muchos tíos influyentes habían intentado ligársela, por lo cual ya estaba acostumbrada a esa clase de comentarios.



—Sus credenciales son impecables —aseguró Don Verona y se dirigió a la escalera de caracol de cristal que había diseñado personalmente—. Jill asegura que es la mejor.

—Me esfuerzo por mantener mi reputación —replicó con frialdad—. Espero que mis clientes hagan lo mismo en lo que a sus cuerpos se refiere.

Don estaba acostumbrado a que todo el mundo y, en especial, las mujeres lo adulasen. Al fin y al cabo, como había afirmado Ryan un rato antes, presentaba un programa de entrevistas extraordinariamente exitoso y ganaba un pastón. A pesar de su actitud acerba, Cameron le cayó bien en el acto, no solo porque era muy atractiva, sino debido a que poseía cierta valentía que le resultó encantadora.

—Le aclararé una cosa —informó Don por encima del hombro mientras Cameron lo seguía escaleras arriba—. Estoy acostumbrado a entrenar con hombres. Así hay menos distracciones. ¿Entiende lo que quiero decir?

—¿Está diciendo que me vaya? —espetó la entrenadora y pensó que se trataba de un hombre muy pagado de sí mismo.

Don frenó y Cameron estuvo a punto de chocar con él.

—Solo si lo desea.

—El cliente es usted. Si prefiere entrenar con un hombre, lo resolveré enseguida.

—¿Podrá resolverlo?

—Sin lugar a dudas. Tengo dos compañeros de trabajo, ambos gais —Cameron hizo una ligera pausa e inquirió con tono desafiante—: ¿Acaso su condición supone un problema?

—Para mí, no —repuso Don serenamente. Esbozó una ligera sonrisa y apostilló—: Le diré una cosa. Creo que de momento entrenaré con usted.

—Ya veremos.

El presentador frunció las cejas.

—¿Ha dicho ya veremos?

—Esta es una prueba. Solo trabajo con clientes a los que considero que puedo ayudar.

—De acuerdo. Avíseme cuando tome una decisión.

—Le aseguro que se lo diré —afirmó Cameron.

A mediodía Cameron estaba de regreso en Bounce.



—¿A quién dices que has entrenado? —preguntó Lynda después de que Cameron le contara su aventura matinal.

—Ya te lo dije, se llama... se llama Don Verona —repitió.

—¡Tía, si lo hubieras dicho antes, te hubiera acompañado! —chilló Lynda y puso los ojos en blanco.

—¿Para qué?

—¡Para disfrutar de la panorámica! —repuso Lynda y dejó escapar un suspiro de deseo—. Para mirarlo y regodearme. Ese hombre es el no va más.

—¿Quién es el no va más? —quiso saber Dorian que, como de costumbre, apareció en el momento justo.

—La señorita aquí presente fue a casa de Don Verona y puso en forma su maravilloso trasero. Es un tío muy sensual. ¡Estoy enamorada de él!

—¡Y yo! —coincidió Dorian—. ¡Cada noche me acuesto con él y me acuna con sus monólogos!

—Venga ya, tía —insistió Lynda y se inclinó sobre el mostrador de la recepción—. ¿Cómo es en las distancias cortas? Quiero saberlo todo, no te ahorres ni un detalle.

—Eso es —terció Dorian—. Queremos los trapos sucios. ¿Tiene un buen paquete? ¿Te has fijado? ¿Para dónde carga, para la derecha o para la izquierda?

—Haced el favor de dejarme en paz —les regañó Cameron y, exasperada, meneó la cabeza—. Parece muy agradable y, como todos, es un libidinoso.

—¡Por supuesto! —exclamaron Lynda y Dorian al mismo tiempo.

—Nunca he visto su programa —acotó Cameron—. ¿Es realmente tan bueno como dicen?

—¿Nunca has visto su programa? —repitió Lynda y abrió incrédulamente los ojos—. Puesto que está claro que no follas con nadie, ¿qué haces a las once de la noche?

—Duermo —contestó Cameron y pensó que fliparían si llegaran a conocer la existencia de Marlon.

—¿Duermes? —inquirieron Lynda y Dorian al unísono.

—Así es, duermo a fin de tener fuerzas para hacer lo mismo cada día y ganar lo que necesitamos para salir de aquí —puntualizó Cameron y pensó que esos dos sintonizaban tanto que deberían formar un dúo.

—Te has especializado en disciplina —opinó Dorian como si fuese algo negativo—. Yo prefiero ir de farra.

—No me lo puedo creer. ¿De veras? —preguntó Cameron y simuló que se sorprendía—. Jamás lo habría dicho.



—Vaya con Don Verona... —Lynda suspiró con actitud ensoñadora—. ¿Existe la más remota posibilidad de que venga a entrenar aquí?

—¿Por qué tendría que proponérselo? —preguntó Cameron—. Tiene su propio gimnasio, que es perfecto y, por si eso fuera poco, no quiero que ninguno de vosotros le meta mano. Estoy preparando nuestra lista de clientes privados para que, cuando nos vayamos de Bounce, nadie pueda acusarnos de robarle la clientela.

—¿Cuándo nos iremos? —quiso saber Dorian.

—Pronto —aseguró Cameron—. Falta poco. La semana que viene visitaré varios locales.

El siguiente cliente de Dorian entró en el centro. Era un guapo actor de culebrones que continuaba firmemente encerrado en el armario. A modo de sonrisa, mostró su dentadura con coronas nuevas y guiñó el ojo a Lynda.

—Hola, Roger —dijo Dorian y lo saludó con un puñetazo de macho en el brazo—. ¿Estamos a punto para estirar estos músculos maravillosos?

Roger volvió a guiñar el ojo, en este caso a Cameron.

—En marcha, Dorian, estoy más que dispuesto a trabajar.

El cliente y Dorian echaron a andar.

—¿Por qué lo hace? —inquirió Lynda con tono quejumbroso.

—¿A qué te refieres?

—A que se muestra sensual y hetero. Todos sabemos que es incluso más gay que Dorian.

—Es actor —añadió Cameron con gran sensatez—. Todo tiene que ver con la imagen.

—Supongo que tienes razón —admitió Lynda, y acomodó un expositor de lociones y aceites—. ¿Qué haces esta noche?

—Nada del otro mundo —respondió Cameron y se decantó por no comentar que Don Verona la había invitado a cenar, propuesta que había rechazado.

Lynda sufriría un ataque si se enteraba.

—Te propongo lo siguiente. Ha venido de México un primo de Carlos. Por lo visto, el tío está como un tren. No lo conozco, pero si mi Carlos dice que está bien...

—¡No! —la interrumpió Cameron y negó enérgicamente con la cabeza—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—¿Decirme qué? —preguntó Lynda con toda la inocencia del mundo.

—¡No, no y no! —insistió Cameron.



—No es un montaje, sino una fiesta de amigos en Houston's. Recuerda que el costillar de cerdo de Houston's te encanta y, por si eso fuera poco, harías un gran favor a Carlos.

—Esta tía no le hace un favor a nadie —intervino Dorian, que había ido a buscar una pila de toallas blancas limpias—. Mézetelo en la sesera: nuestra Cameron solo se dedica al trabajo y no se divierte.

—Te agradeceré que no hables de mí como si no estuviese presente —puntualizó Cameron—. A decir verdad, Katie está en la ciudad y asistiremos a la actuación de su chico en The Roxy. Iré con Cole.

—¡Con Cole! —chilló Dorian e hizo un alto en el camino—. ¿Por qué no me lo pediste a mí?

—Porque invité a Cole —se apresuró a replicar Cameron—. La próxima vez te lo propondré.

—Muchas gracias —añadió Dorian con tono ronco—. Se lo has pedido porque es el negro más guapo que hay sobre la tierra.

—No es verdad —acotó Lynda—. El más guapo es Blair Underwood... por no hablar de Boris Kodjoe y... sí, claro, de Taye Diggs... aunque lo cierto es que Taye es bajo y yo los prefiero altos.

—Carlos mide metro setenta y ocho —espetó Dorian—. No podemos decir que sea un gigante.

—Oye, quiero dejarte algo bien claro... Es un gigante donde realmente importa —replicó Lynda y pareció echar chispas por los ojos.

—Vale, vale, ya está bien —terció Cameron—. No quiero más riñas. Dorian, no sabía que los conciertos de rock te interesaran. Son muy movidos y ruidosos y están llenos de fans que sudan como pollos.

—¡Qué sensual! —ronroneó Dorian—. ¡Llévame, llévame!

—Para ti todo es sensual —le criticó Lynda.

A Cameron le quedaban tres clientes de la tarde para terminar la jornada. Pensó en lo mucho que deseaba encontrarse con Katie, a la que no veía desde hacía dos años. Katie y Jinx eran los únicos que conocían su historia con Gregg y lo que había sucedido entre ellos. El resto de sus amigos no tenía ni idea de que estaba casada.

¡Madre del amor hermoso! Aún estaba casada. ¡Qué deprimente! Tenía que hacer algo y lo haría. No tardaría mucho. Al final contrataría a un abogado con el que analizaría las opciones.

Mientras entrenaba a su última clienta del día, una mujer pasada de peso que se casaba cuatro semanas después y necesitaba perder diez kilos, Cameron se puso a pensar en esa mañana y en Don Verona. Tenía que reconocer que era muy atractivo,



así como muy encantador y un picaflor sutil. Lo cierto es que se llevó una sorpresa soberana cuando la invitó a cenar.

—Oiga, esta noche ceno con varias personas interesantes. ¿Quiere acompañarme? —había dicho Don mientras se dedicaba a perfeccionar sus impresionantes abdominales.

Cameron negó con la cabeza y soltó un no tajante.

Dos minutos después, el presentador cogió su iPhone y llamó a alguien, a una mujer que, evidentemente, aceptó.

—No pierde tiempo, ¿eh? —preguntó la entrenadora personal.

—¿Para qué perderlo? —contestó Don con tono desenfadado.

—Antes de que se me olvide —añadió Cameron, pues decidió que le convenía dejar todo claro desde el principio—, no se trata de algo personal, pero será mejor que sepa que nunca mezclo negocios y placer. Por lo tanto, si vamos a trabajar juntos...

—Lo tendré en cuenta —la interrumpió Don Verona y le dedicó su famosa sonrisa de autorreprobación.

Cameron llegó a la conclusión de que más le valía tener cuidado con ese hombre. Podía causarle problemas y, en ese momento, lo que menos necesitaba eran distracciones.

Cole de Barge tenía algo que a Cameron le resultaba muy atractivo. No solo era indiscutiblemente guapo gracias a su piel chocolate, sus rasgos bien definidos y su cuerpo digno de la portada de *Men's Health*, sino una persona decente, sin ideas preconcebidas y espabilado, tanto que pensaba proponerle que participara en el negocio, lo cual tal vez no sentaría demasiado bien a Lynda y a Dorian, que se molestarían porque no los escogía a ellos.

Lo cierto es que Lynda no era adecuada como socia pues estaba demasiado empeñada en convencer a Carlos de que se casara con ella para asentarse y tener una retahíla de hijos. El instinto maternal de Lynda estaba desmandado. En cuanto a Dorian... bueno, Dorian era Dorian, un entrenador magnífico, un gran mariposón y alguien a quien no era posible tomarse muy en serio.

Por su lado, Cole tenía una faceta seria. No era sorprendente que todos los magnates gais de la ciudad lo desearan; primero lo deseaban y luego lo amaban.

Cole había mantenido varias relaciones intensas con personalidades importantes de Hollywood, pero se molestaba cuando empezaban a exhibirlo como si fuera un trozo de carne. Era una persona que merecía respeto, algo que no existe cuando eres



el novio de un tío rico e importante. Al igual que Cameron, estaba empeñado en lograr algo por sus propios medios.

Se habían conocido cuando Cameron llegó a Los Ángeles y se puso a buscar trabajo. Había ocupado una mesa en el Starbucks de la esquina de Robertson y Beverly y hojeaba la revista *Fitness* cuando Cole se acercó y le preguntó:

—¿Me la dejas cuando termines? Contiene una entrevista que me gustaría leer.

Cameron le pegó un buen repaso y lo evaluó.

—Solo si me dices cuál es el mejor centro deportivo de la ciudad.

—¿Buscas un entrenador personal?

—No, busco trabajo.

Así se habían conocido y de esa forma Cameron comenzó a trabajar en Bounce, donde Cole ya era uno de los entrenadores más solicitados.

Al principio a Cameron le había dado miedo trabajar en Bounce, sobre todo cuando Cole le explicó cuál era el trato.

—¿Estás diciendo que tengo que pagar alquiler y comisión? No me lo puedo permitir. Necesito trabajo para ganar dinero.

—Lo ganarás, nena —había asegurado Cole—. Harás un pastón si controlas a tus clientes. Incluso te pasaré un par de los míos para que tengas por dónde empezar.

Cole tenía razón, había cumplido su promesa y le había pasado tres clientes, a los que Cameron todavía entrenaba. Por si eso fuera poco, Cole se había convertido en un amigo sincero y valioso.

—¿Cómo es Katie? —preguntó Cole cuando salieron de Bounce y se dirigieron al aparcamiento.

—Es fantástica —aseguró Cameron—. Es muy bonita, con algo de roquera.

—¿Sois viejas amigas?

—Más o menos. Hemos compartido muchas cosas —añadió Cameron y abrió la portezuela de su coche—. Estoy segura de que preferirás a su novio, un inglés flacucho que realiza sensuales movimientos de rock.

—Y a mí, ¿qué me importa? —espetó Cole y se dirigió a su moto—. Después de mi último fracaso estrepitoso he decidido practicar el celibato.

—Me alegro de que sea así, ya que no es gay —acotó Cameron sonriente.

—Querida, todos lo son si se dan las circunstancias adecuadas —apostilló Cole y le guiñó el ojo con complicidad—. Puedes apostar lo que quieras.

—Vaya cínico —musitó Cameron y subió al coche.

—Cuánta razón tienes —repuso Cole y montó en su moto.



Se reunieron con Katie en una cafetería de Sunset. Katie era menuda, con un halo de cabello pelirrojo rizado y montones de pecas. Cameron se alegró al ver que Cole y su amiga se llevaron bien desde el principio. Katie era especial y Cole... bueno, Cole era un príncipe.

Charlaron un rato antes de dirigirse a ver la actuación del novio de Katie en un club situado calle abajo.

—Lo de esta noche es como una prueba de fuego —comentó Katie entusiasmada cuando ocuparon un reservado—. Acudirán representantes de dos empresas discográficas. Jinx está muy nervioso porque esta actuación podría desembocar en algo importante, como un contrato para hacer un disco.

—Fantástico —opinó Cole y pidió una cerveza.

—Espero que salga bien —dijo Cameron y optó por beber una Red Bull.

—Yo también. —Katie suspiró con ansia—. Tenemos algo realmente importante entre manos y si a Jinx le sale un contrato, no se sabe, pero... —Calló.

—¿De qué hablas? —inquirió Cameron curiosa.

—Hasta es posible que nos casemos —Katie rió tontamente.

—¿Es lo que quieres? —preguntó Cameron, sorprendida de que existiera alguien capaz de pensar en comprometerse en una relación para toda la vida.

—Lo hemos hablado —añadió Katie.

Jinx se presentó en el escenario como un joven Mick Jagger, realizó serpenteantes movimientos de cadera y su cuerpo delgado no paró de moverse. Su grupo, Satisfy, sonó rotundo y enérgico.

Cameron quedó impresionada y, pese a que no era la clase de música que más le gustaba, vio que las adolescentes del público alucinaban. Reconoció que Jinx poseía ciertas dotes de estrella muy a su manera.

Cole llegó a la conclusión de que Jinx era muy divertido... y corrompióle.

—Insisto, estás equivocado —murmuró Cameron.

—Me juego la cabeza a que en una noche fría sería incapaz de rechazar una mamada —respondió Cole e hizo una mueca cómplice.

—Por parte de una chica —insistió Cameron.

—¡Qué inocente eres! —se burló Cole.

—¿No es fantástico? —preguntó Katie entusiasmada y se inclinó sobre la mesa.

—Ya lo creo —coincidió Cameron.

Más tarde, después de compartir una copa entre bambalinas con Jinx y la banda, Cole se fue y Cameron y Katie tuvieron la oportunidad de sentarse a charlar.



—Estás impresionante —afirmó Katie estudiando a su amiga—. ¿Cómo va todo?

—Estoy próxima a conseguir lo que quiero —replicó Cameron—. Está todo bien y estoy a punto de llegar.

—Y Hawái es...

—Nada más que un recuerdo difuso —la interrumpió Cameron—. Ya no pienso en Gregg. Es agua pasada.

—¿Se acabaron los malos recuerdos? —inquirió Katie comprensivamente.

—Te aseguro que está todo olvidado.

—Nadie podía imaginar que Gregg llegaría a ser tan cabrón. Detesto que...

—¿Podemos dejar el tema? —preguntó Cameron y no la dejó terminar la frase—. Quiero que me hables de Jinx y de ti y de vuestros planes de futuro.

Katie estaba deseosa de contarle hasta el último detalle.

Cuando salió del club, Cameron se detuvo en la acera, llamó a Marlon y le preguntó si podía visitarlo.

—Vía libre —contestó Marlon dando a entender que su amiguita de turno no estaba—. Ven.

Cameron fue a verlo y, como de costumbre, el muchacho se mostró encantado de verla. Siempre pasaba lo mismo. Lo único que la entrenadora sabía de Marlon consistía en que era universitario, aspiraba a convertirse en guionista, había nacido en Tennessee, era alto y delgado, tenía el pelo descolorido por el sol, los ojos de color avellana, un cuerpo estupendo y siempre estaba disponible.

Nada más entrar en la casita de Marlon en la playa, Cameron se desabrochó los pantalones militares. Ninguno de los dos hablaba mucho, pues sabían cuáles eran las reglas del juego.

Marlon vestía su tejano Calvin y debajo no llevaba nada.

—Hola —la saludó y se bajó rápidamente el tejano.

—Hola —dijo Cameron y se quitó la camiseta.

Marlon la abrazó y empezaron a besarse; compartieron besos largos y ardientes y Marlon jugueteó metiéndole y sacándole la lengua de la boca. El muchacho era un gran besador y siempre mostraba mucho entusiasmo. Lamentablemente, su juego previo no estaba del todo pulido, pero Cameron no había ido a enseñarle, sino a tener sexo, a sentirlo dentro de su cuerpo, a dejarse llenar por su virilidad intensa e irresistible.

El sexo era reconfortante. El sexo era real. No le hacía falta el jaleo de una relación, lo que tenía con Marlon le iba perfecto.



Follaron largo rato hasta que ambos alcanzaron el orgasmo. Al cabo de unos minutos del grandioso clímax la entrenadora salió, cogió el coche y regresó a su casa.

No era perfecto, sino casi perfecto, y mucho mejor que salir con uno de los amigos calentorros de Carlos.



6

Casi todo el mundo se desmayaría mezclando vicodina y alprazolam, pero la estrella cinematográfica Lucy Standard, con anterioridad Lucy Lyons, funcionaba con esa combinación, pese a que en ocasiones estaba en un tris de quedarse dormida en la mesa, razón por la cual su marido Phil bromeaba y decía que su esposa era drogadicta.

A los amigos no les parecía divertido, aunque Phil aseguraba que Lucy sabía exactamente lo que hacía.

—Es por su espalda —explicaba el marido—. Padece insoportables dolores de espalda debido a la arriesgada escena que insistió en rodar personalmente cuando protagonizó aquella película de acción con nuestro actual gobernador, el presunto actor. Él debería habérselo impedido, pero estaba demasiado preocupado por sus primeros planos.

Lucy y Phil vivían en un rancho enorme en Brentwood, en compañía de dos hijos y diversas fieras, incluidos tres perros, un cerdo negro y un loro que gritaba «¡Que te jodan!» a todo el que se situaba a menos de medio metro de su percha.

Phil, un hombre altísimo y con varios Oscar en la repisa de la chimenea, era un ser afable, con unos pocos kilos de más, barba, cabello pelirrojo y risa muy campechana. También era un célebre mujeriego. Se sabía que decía con tono jactancioso a sus amigos: «El coño es mi pasatiempo, el chocho y las tetas... eso es lo que hace que el mundo gire».

Lucy prefería no darse por enterada de que su marido se tiraba a todo lo que respiraba, aunque tenía que estar al tanto. Todo el mundo sabía que Phil tenía un grave problema de bragueta.

Lucy tenía cuarenta años, edad difícil para una actriz en Hollywood. Estrella de éxito arrollador en el pasado, hacía varios años que no trabajaba y, dado que Phil era un guionista muy solicitado, fingía que no le molestaba, pero lo cierto es que le dolía. No estaba dispuesta a interpretar el papel de madre, así que esperaba el momento y la oportunidad adecuados para regresar a las pantallas y sorprender a todo el mundo. Todavía era muy hermosa y poseía una cabellera negra que le llegaba a la cintura y un cuerpo escultural. Además, era una actriz muy competente.

Como Phil ganaba un pastón y era muy generoso, Lucy estaba bastante ocupada con las compras, los almuerzos caros y los tratamientos de belleza de primera línea.



El mantenimiento era una putada y, pese a que de momento no estaba en activo como actriz, fuera donde fuese los *paparazzi* aún la seguían. Todos buscaban una foto en la que apareciese desmejorada y Lucy se negaba a darles el gusto.

Había desarrollado un plan que consistía en regresar por todo lo alto con una película importante para que todos los que habían escrito que como actriz estaba acabada tuvieran que comerse sus palabras. A pesar de que todavía no lo sabía, Ryan Richards formaba parte de su plan, ya que produciría la cinta que volvería a convertirla en estrella. Por añadidura, su marido Phil escribiría para ella el papel de su vida... aunque de momento tampoco estaba al tanto de su plan.

Cuando no iba dopada, Lucy sabía exactamente cómo manipular a ambos hombres para conseguir lo que quería y, además, Mandy la ayudaría porque era su amiga.

Por supuesto que Mandy tampoco sabía nada, pero Lucy no lardaría en explicarle su plan.

—¿Quién decidió que cenáramos en Geoffrey's? —preguntó Ryan, que estaba con Mandy en el Lexus, en medio de un impresionante atasco de tráfico en la Pacific Coast Highway.

—Fue Lucy —repuso Mandy, bajó la visera y se miró en el espejo—, pero pagamos nosotros.

—¿Por qué elige ella si pagamos nosotros? —insistió Ryan.

—Ya conoces a Lucy —añadió Mandy sin dar más explicaciones.

—Antes de que se me olvide, he invitado a Don con una acompañante —dijo Ryan sin dar demasiada importancia a sus palabras.

—¿Cómo? —inquirió Mandy y se irguió, tiesa como un palo, clara señal de que le molestaba.

—Acabas de decir que pagamos nosotros, de modo que no hay ningún problema —apostilló Ryan con toda la tranquilidad del mundo.

—Tendrías que haberme avisado.

—Se me olvidó, pero no pasa nada.

—Ya sabes que me desagradan las sorpresas.

—Le invité porque Don no tenía nada mejor que hacer. Pensé que te alegrarías ya que te cae bien, ¿no?

—A veces —repuso Mandy con cautela. Era verdad que Don le caía bien y hasta lo apreciaba un poco más cuando le prestaba atención. Don podía ser muy desdeñoso y



a Mandy la fastidiaba. No por nada era la hija de Hamilton J. Heckerling. Casi todo el mundo se apresuraba a complacerla y Don jamás lo había hecho—. ¿Con quién viene?

—Estoy seguro de que vendrá con una chica guapa.

—¡Guapa! —se burló Mandy—. Don sería incapaz de reconocer a una chica guapa aunque la tuviera ante sus narices. Todo el mundo sabe que le van las fulanas.

—No es cierto.

—Fuiste tú quien me lo contó —afirmó Mandy en tono acusador.

¡Mierda! Ryan solo lo había comentado una vez y ahora se arrepintió de haberlo hecho.

—¿Te tomaste la molestia de modificar la reserva?

—Está todo resuelto.

—Habría preferido que me lo dijeras antes.

—No sabía que tenía que pedirte permiso.

Mandy apretó los labios y miró por la ventanilla. Ryan ya sabía que le sentaría como un tiro porque, al igual que su padre, Mandy era terriblemente controladora y quería tenerlo todo bajo su mando antes de que sucediera. Las únicas ocasiones en las que se libraba de su control correspondían a cuando se dedicaba a la producción de una película, si bien durante los primeros meses de matrimonio también había intentado entrometerse en esa faceta de su vida. Ryan lo cortó enseguida ya que la paró al primer intento. Producir películas era su especialidad y, aunque a regañadientes, Mandy no tardó en aprender que debía mantenerse al margen.

Mientras permanecían atascados en la autopista, Ryan recordó la primera época que habían compartido antes de casarse. El sexo había sido genial, realmente espectacular. Cierta noche regresaban de una cena y, en cuanto llegaron a la zona llana de Beverly Hills, Mandy se inclinó, le abrió la bragueta y le hizo una mamada de fábula mientras conducía. Fue una de sus experiencias más memorables.

Por aquel entonces reían mucho.

Siete años después ya nada era divertido y la vida de Ryan avanzaba a velocidad vertiginosa. Los cuarenta acechaban en el horizonte y, si era sincero consigo mismo, debía reconocer que estaba empantanado en un matrimonio con una mujer que ya no le gustaba. Había llegado la hora de hacer algo, lo que fuese.

—He estado pensando... —musitó Ryan, y tamborileó los dedos en el volante mientras se deslizaban a paso de tortuga por la autopista.

—Me alegro —replicó su esposa, que se había puesto de un humor de perros.



—Mandy, hablo en serio —insistió el productor—. He pensado que nos haría bien ir a terapia de pareja.

—¿Qué? —preguntó horrorizada—. ¿Has dicho terapia de pareja? ¡Nadie puede verme haciendo algo así, quedaría muy mal!

—La terapia de pareja consiste en que dos personas visiten en privado a un psicólogo. Es por eso por lo que cuesta un pastón.

—¿Por qué se te ocurrió pensar que deberíamos hacerlo? —inquirió Mandy y le lanzó una mirada acusadora.

—Porque supongo que te has dado cuenta de que cada día estamos más distantes.

¡Por fin lo había dicho! Ryan se alegró de haber abierto las compuertas.

—No, no es cierto —aseguró Mandy erre que erre—. ¿Por qué lo dices?

—Porque es verdad —añadió Ryan y lamentó que el tráfico avanzara tan despacio. Hizo una pausa y se lanzó a la piscina—: ¿Cuándo tuvimos sexo por última vez? —preguntó, y se dijo que ese momento era tan adecuado como cualquier otro para plantearlo.

—¡Ajá! De modo que de eso se trata. Del sexo. Tendría que haberlo imaginado.

—Mandy, no puedes negar la evidencia, hace meses que entre nosotros no hay sexo.

—¿Es lo único en lo que piensas?

—¡Por favor, afróntalo! Cuando un matrimonio deja de tener relaciones sexuales...

—Ya lo sabía... —le interrumpió Mandy porque su marido decía cosas que no estaba dispuesta a oír—. Debería hacer caso a mi padre más a menudo. Es quien me enseñó que casi todos los hombres solo piensan en lo mismo.

—Tu padre te enseñó muchas cosas... en su totalidad malas.

—¿Estás criticando a papá? —chilló ofendida.

—¿Me crees capaz de criticarlo?

—Sí, desde luego —repuso frenética—. Detestas y siempre has detestado a papá.

—No lo detesto.

—En ese caso, ¿por qué no trabajas para él?

Ese tema era una constante en su matrimonio y Mandy volvía a mencionarlo porque Ryan había expresado lo que pensaba.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —preguntó el productor con tono sereno e intentó no perder los papeles—. ¡No realizo basura que se convierte en éxito de taquilla, sino películas independientes!



—¡Me cuesta creer lo que acabas de decir! —exclamó Mandy, poniéndose roja como un tomate—. ¿Cómo te atreves?

—Por favor, Mandy, déjalo estar —añadió Ryan y acabó por perder la paciencia.

—¡No me digas lo que tengo que hacer!

Cuando llegaron al restaurante ya no se dirigían la palabra.

—¿Por qué mierda tengo que conducir hasta Geoffrey's? —preguntó Phil.

Lucy y él viajaban en el Range Rover y también estaban en el atasco de la autopista.

—Lo propuso Mandy —repuso Lucy.

—No podía ser de otra manera —se quejó Phil—. Mandy hace una propuesta y la seguimos como borregos. Esa mujer es de lo que no hay.

—La cena corre por cuenta de ellos, así que pueden elegir el restaurante.

—El problema de Mandy consiste en que se cree su padre. Todavía no se ha enterado de que Hamilton es el que tiene los cojones y el poder. Será mejor que Mandy abra los ojos y se dé cuenta de que no es más que la hija de.

—Venga ya, Phil —lo regañó Lucy—. Lo dices porque nunca te la follaste.

—¿De qué hablas? —preguntó ofendido—. Por nada del mundo me tiraría a Mandy. En primer lugar, es bajita y a mí me gustan las mujeres altas.

—Te gustan las mujeres de cualquier altura, forma o tamaño —puntualizó Lucy con guasa—. Te da lo mismo que sean enanas.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Phil y se negó a reconocer la verdad.

—Phil, ¿de qué te sorprendes? Sin duda sabes que tu fama te precede.

—¡Mierda! —gritó y pegó un bocinazo al coche de delante—. ¿Qué cojones esperan esos imbéciles?

—Esperan a que el tráfico circule —repuso Lucy con paciencia.

La mujer bajó la visera y, con la ayuda del espejo con luz, estudió su tez impecable. El bótox era el mejor de los inventos y su piel de porcelana no mostraba una sola arruga. Además, era más joven que la mayoría de las que habían vuelto a la pantalla. Demi Moore pasaba de los cuarenta cuando volvió a interpretar *Los ángeles de Charlie*. Michelle Pfeiffer tenía cincuenta y pico y últimamente había sido la protagonista de varias películas. Sharon Stone estaba a punto de cumplir los cincuenta cuando rodó *Instinto básico 2: adicción al riesgo*, por no hablar de Madonna y de un montón de actrices talluditas que aún estaban en activo.



Lucy llegó a la conclusión de que, comparada con ellas, era jovencita.

«Sí, esta noche pondré a rodar la maquinaria, esta noche resucitaré mi carrera», pensó.

La cena con Ryan y Mandy era una oportunidad insuperable.

Don condujo como loco, con una mano en el volante de su Ferrari negro mientras con la otra buscaba un cigarrillo, un caramelo de menta o el iPhone. Don se movía sin cesar.

Su acompañante, una famosa e ingenua estrella de televisión, la típica «vecina de al lado», se aferró al asiento a causa del pánico que experimentó. Era la primera vez que salían y no quería echarlo a perder pidiéndole que redujera la velocidad.

El presentador no hizo caso del embotellamiento en la Pacific Coast Highway y avanzó por el carril central, algo que era totalmente ilegal.

—¿Con quién cenaremos? —preguntó la célebre estrella televisiva, deseosa de dejar de pensar en esa conducción temeraria.

La joven se llamaba Mary Ellen Evans y acababa de pasar por un divorcio muy público y humillante debido a que su marido, astro de la gran pantalla, se había largado con su compañera de reparto. El público se decantó claramente a favor de Mary Ellen y se alegraría mucho de verla salir con Don Verona, que, desde su última separación, se había convertido en tan buen partido como George Clooney y era igualmente atractivo.

—Con amigos míos —respondió Don relajadamente—. Te caerán bien.

Había conocido a Mary Ellen la semana anterior, cuando apareció en su programa. Presentar un programa nocturno era terreno abonado para conocer mujeres, y muchas actrices bellas pasaban por el estudio, lo que le permitía escoger. Aunque algunas eran inasequibles, la inmensa mayoría se mostraba encantada cuando la invitaba a salir.

—¿Conozco a tus amigos? —preguntó Mary Ellen y se sobrepuso al miedo que sentía.

La estrella televisiva estaba harta de los titulares de los tabloides, que solo hablaban de lo perdida y sola que estaba y se dijo que por fin había llegado el momento de mostrarse y exhibirse.

—Es posible —replicó Don—. De todos modos, espero sorprenderte.

—De acuerdo —aceptó Mary Ellen y se preguntó si se reunirían con Tom y Katie o con los Beckham, ya que Don Verona conocía a todo el mundo.



El presentador la miró extrañado y Mary Ellen se sintió más asustada si cabe ya que el conductor apartó los ojos de la carretera.

—Te gustan las sorpresas, ¿no?

—Por descontado —contestó, echó hacia atrás su lustrosa y corta melena rubia y pensó que después se irían juntos a la cama.

Mary Ellen estaba más que dispuesta. Un polvo a modo de venganza era precisamente lo que necesitaba tras la humillación pública a la que su marido la había sometido. Don Verona era el hombre perfecto.

—Cenaremos con Phil y Lucy Standard y con Mandy y Ryan Richards.

—¡Vaya! Participé en una de las películas de Ryan.

—¿De verdad? ¿Fue una buena experiencia?

—Me parece que Ryan es genial —replicó Mary Ellen con demasiado entusiasmo y recordó su encaprichamiento por el productor—. Fue mi primer trabajo, interpreté un papel muy pequeño y Ryan se mostró muy cuidadoso y servicial. En el plato todos lo adoraban. Desde entonces no he vuelto a verlo... esta cena será emocionante.

—Qué bien... pasaremos una velada divertida.

—También soy una gran admiradora de la obra de Phil Standard —acotó la estrellita, muy satisfecha por el camino que tomaba la velada—. No hay duda de que es uno de los guionistas con más talento que existen.

—Phil es todo un personaje —reconoció Don—. Será mejor que te prepares ya que probablemente intentará tocarte por debajo de la mesa.

—¿En serio? —quiso saber Mary Ellen y abrió desmesuradamente los ojos.

—No separen las rodillas por nada del mundo y no te pasará nada.

Mary Ellen lo miró por el rabillo del ojo y musitó:

—Gracias por el consejo.

—Ha sido un placer —repuso Don cogiendo un cigarrillo.

«¡Mierda, fuma!», dijo Mary Ellen para sus adentros. «¿En Los Ángeles aún queda alguien que fume? Es muy poco saludable y, si me acuesto con él, mi pelo y mi ropa olerán. ¡Maldición, maldición, maldición!» —¿Te molesta el humo? —preguntó Don.

—En absoluto.

Don Verona era un hombre interesante y Mary Ellen no estaba dispuesta a echar a perder esa cita.



7

Hamilton J. Heckerling era un individuo corpulento, descarado, ruidoso y arrogante. Se había casado cinco veces, era mecenas artístico y, al decir de todos, un cabrón redomado. Cada vez que Hamilton aparecía todos se enteraban, sobre todo Ryan, que, siempre que podía, lo evitaba. No se trataba de que su suegro lo intimidara, sino de que no acababa de caerle bien. A muchas personas les ocurría lo mismo. A Hamilton le importaba un bledo. Era un hombre que avanzaba por el mundo lleno de confianza en sí mismo y si alguien no le gustaba... bueno, que le dieran por saco. Lisa y llanamente, le daba igual.

Hamilton repasó las seis mesas redondas montadas en su apartamento neoyorquino, un ático emplazado en el edificio más prestigioso de Donald Trump. Era meticuloso a la hora de recibir invitados y todo tenía que estar en su sitio. Había aprendido el arte de ofrecer cenas perfectas de Marlee, su segunda esposa y la madre de Mandy, mujer de clase alta que ahora vivía a las afueras de Ciudad del Cabo con un conservacionista negro al que había conocido durante un safari por Sudáfrica. En aquel momento Mandy tenía dos años, por lo que Hamilton comunicó a la niña que su madre había muerto y pagó una fortuna a Marlee a cambio de que no volviese a pisar Estados Unidos. Así todo era más sencillo.

Marlee era su sucio secreto y debía seguir siéndolo.

—¡Florence! —Hamilton llamó a gritos a la señora de la limpieza y la mujer se acercó corriendo.

El magnate dijo severamente que una de las copas de vino tenía una manchita en el borde. Aunque no la vio, Florence se ocupó de limpiarla. Hamilton J. Heckerling conseguía todo lo que quería. Esperó a que la señora de la limpieza dejase la copa sobre la mesa y solo entonces se dio por satisfecho.

Esa noche era especial porque anunciaría su compromiso con la sexta y siguiente señora Heckerling.

Hamilton dio una última vuelta por la estancia y se dirigió a su dormitorio a prepararse para la velada. Era quisquilloso con el arreglo personal y el ayuda de cámara le esperaba con todo lo necesario para el acicalamiento masculino.

Era perfectamente consciente de que al día siguiente, cuando se conociera la noticia de su compromiso, Mandy se enfadaría por no haber estado presente.



Intentaría regañarlo por teléfono, pero no respondería a sus llamadas; trataría de bombardearlo con correos electrónicos que no leería.

Ay... Mandy... a veces se comportaba como una esposa quejica más que como su única hija. Aunque era consentida y caprichosa, a su manera Hamilton la quería. Si aprendiera a mantenerse al margen de su vida personal, todo sería mucho más fácil entre padre e hija. Con quién salía, se acostaba o se casaba era un asunto única y exclusivamente suyo. En cuanto Mandy lo aprendiese, la relación entre ambos mejoraría mucho.

Se preguntó cómo reaccionaría Mandy ante Pola, su futura esposa. Con veintipocos años, Pola era mucho más joven que su hija y sabía que, cuando Mandy se enterase, le costaría digerir esa realidad.

Por otro lado, Mandy no tenía ningún derecho a criticarlo. Había podido elegir entre todos los hombres de Hollywood, y ¿por quién se había decantado? Por un cineasta independiente y perdedor al que no le interesaba sumarse a la tendencia principal, se negaba a trabajar con él e insistía en realizar películas con contenido en lugar de ganar un carretón de dinero.

Ryan Richards... Ni siquiera podía dejar preñada a Mandy, lo cual era una pena. El problema radicaba en que ese hombre tenía espermatozoides de poca calidad. Por lo tanto, Hamilton J. Heckerling no tendría nietos.

El magnate ansiaba fervientemente que Mandy usara la cabeza y se divorciase de ese perdedor.

Al menos se había encargado de que firmasen un acuerdo prenupcial... redactado por el abogado con más litigios de Los Ángeles. Los acuerdos prenupciales eran el regalo divino a los ricos. Solo los insensatos se casaban sin firmarlo.

De acuerdo con la experiencia de Hamilton, las mujeres siempre lo firmaban por mucho que al principio planteasen objeciones. Si les mostrabas los beneficios en efectivo que obtendrían y permitías que conservasen los regalos que les habías hecho, firmaban lo que hiciera falta. Los hombres hacían lo mismo, aunque cuando Ryan firmó no pidió nada a cambio y ni siquiera consultó a su abogado, lo que era una soberana estupidez.

Hamilton pensó unos segundos en sus cinco ex esposas, cinco bellezas que acabaron por aburrirle hasta el hartazgo.

Tal vez Pola sería distinta.

Tal vez le duraría.

Al fin y al cabo, cualquiera tenía derecho a albergar esperanzas.

Mandy iba por el segundo martini cuando recibió el mensaje de Lolly. Se puso de pie de un salto.



—Voy al lavabo —dijo con la expectativa de que las otras dos no la acompañasen.

No estaba de humor para escuchar a Lucy, que se mostraba muy agresiva, y en lo que a Mary Ellen se refiere, era actriz y Mandy no soportaba a las actrices porque eran muy aburridas. Las pobrecillas solo pensaban en sí mismas: en sus clases de interpretación, sus lecciones de Pilates, sus dietas, su yoga, su entrenamiento con pesas, sus médiums, sus cuerpos perfectos, su ropa de diseño para eventos especiales y las joyas que les prestaban. ¡Vaya con las joyas prestadas! ¡Vaya birria! Además, Mary Ellen resultaba patética y era una tía cuyo marido la había dejado. ¿Desde cuándo a Don le iba lo que otro desechaba?

Afortunadamente, ni Lucy ni Mary Ellen se mostraron dispuestas a acompañarla, de modo que se retiró en solitario.

Se encerró en un lavabo y leyó el mensaje: la cena continúa. TU PADRE ANUNCIÓ OTRO COMPROMISO. TE COMPADEZCO. PARECE UNA CRÍA.

Mandy tuvo que leerlo dos veces para asimilar la información. «¡Mierda! El viejo se ha liado y prometido con una mujer con la que sale desde hace un mes. Es realmente absurdo. No hay forma humana de controlarlo», pensó.

Para variar, intentó llamarlo al móvil y, también para variar, saltó el buzón de voz.
¿La estaba evitando?

Era lo más probable. Sería lo típico en él pues no quería que le dijese la verdad. Además, Mandy era la única persona capaz de decírsela, ya que cuantos le rodeaban le tenían miedo.

Consideró imprescindible comunicarse con su padre. Por favor, podría considerarse afortunada si le quedaba algo cuando su padre terminara de casarse con una mujer detrás de otra. ¡La siguiente sería la esposa número seis! Por suerte disponía de un fondo de inversiones, que heredaría en su mayor parte cuando cumpliera los treinta y cinco. Ya había recibido un porcentaje y lo había gastado alegremente en su persona. Nada se lo impedía. Estaba en su derecho.

Durante unos segundos pensó en Ryan y en la conversación que habían mantenido en el coche. ¿Qué le pasaba a su marido? Se le cruzó por la cabeza la idea de que tal vez debería gastar dinero en él y comprarle algo extravagante. Faltaba poco para su cumpleaños y quizá sería conveniente organizar una fiesta.

Se dijo que se le había ocurrido algo genial, montaría una fiesta sorpresa y así Ryan se dejaría de tonterías como lo de la terapia de pareja, a la que en modo alguno estaba dispuesta a someterse. En lo que a ella se refería, su matrimonio marchaba sobre ruedas y, si pensaba otra cosa... bueno, Ryan tenía un problema.

De todas maneras, en el coche Ryan estaba desasosegado, sobre todo cuando aludió a su vida sexual o, mejor dicho, a su inexistencia. Tomó la decisión de que, si su marido se portaba muy bien, durante el regreso a casa se la chuparía. El sexo oral



siempre le hacía callar. Enseguida se puso a pensar en lo que ocurriría si la policía los paraba. Se imaginó el titular en *Variety*: la HIJA DE HAMILTON J. HECKERLING PILLADA EN UN COCHE PRACTICANDO SEXO ORAL CON PRODUCTOR INDEPENDIENTE.

¡Ja, ja! No era tan buena idea.

Releyó el mensaje de Lolly antes de volver a la mesa, donde Don estaba a punto de terminar de contar una anécdota liosa sobre la ocasión en la que Drew Barrymore acudió como invitada a su programa una semana después de exhibirse desnuda ante David Letterman y, a renglón seguido, hizo lo mismo con él.

—Nunca me han gustado los platos de segunda mesa —musitó Don y terminó su relato.

«¡Conque esas tenemos! En ese caso, ¿qué haces con Mary Hilén Evans?», pensó Mandy.

Todos rieron. Mary Ellen sonrió amablemente, aunque la anécdota no le causó demasiada gracia. Se preguntó si también había hablado de ella después de que apareciese en su programa. Siempre intentaba quedar lo mejor posible cuando acudía a un programa de entrevistas. Coqueteaba, resultaba divertida e intentaba ponerse algo sexy... o, como mínimo, sexy al estilo de «la vecinita de al lado». Detestaba esa etiqueta tanto como las entrevistas televisivas, pero tenía que reconocer que era lo que le había permitido acceder a Don, que era muy importante, no estaba comprometido y no era gay. Además, era guapísimo y tenía una trayectoria estelar. ¿Existía mejor manera de desquitarse de su ex?

—Tengo algo que anunciar —anunció Lucy y recabó la atención de los presentes.

—¿Se trata de algo de lo que yo no estoy enterado? —preguntó Phil y jugueteó con su tercer whisky.

—Querido, a pesar de lo que piensas, no lo sabes absolutamente todo de mí —replicó Lucy.

—¡Madre del amor hermoso! —se lamentó Phil—. ¡Esposas!

—¿A alguien le interesa saber lo que quiero anunciar? —insistió Lucy y arrastró ligeramente las palabras.

—A mí —se apresuró a reconocer Mary Ellen.

La muchacha sentía un profundo respeto por la bella Lucy, a la que había admirado en muchas películas, algo que jamás le diría porque a las actrices no les gustaba que les recordaran la edad.

—En ese caso, lo diré —añadió Lucy, hizo una pausa para crear suspense y añadió con tono jadeante—: ¿Nadie se lo imagina?



—Entendí que querías anunciar algo —protestó Phil—. Suéltalo de una vez. No estamos jugando a las adivinanzas.

—He decidido reaparecer —informó Lucy con grandilocuencia y no hizo caso de su marido.

—¿Qué has dicho? —inquirió Phil con ironía.

—He decidido volver a mi profesión —insistió Lucy y lo fulminó con la mirada.

—Ah, bueno —dijo Mandy, sorprendida de que Lucy no hubiese confiado en ella—. Me parece muy interesante. Ryan, ¿qué opinas? —Ryan masculló algo ininteligible. Pese a que sabía que esa actitud enfurecía a su esposa, apenas había tomado la palabra a lo largo de la velada y se dijo que le daba igual—. ¿Tienes un proyecto concreto?

—Sí —repuso Lucy entusiasmada—. Tengo una idea original para una película y he hecho un esbozo. —Hizo una breve pausa y se volvió hacia Ryan—. Estoy segura de que te interesará. Oye, Phil —acotó e incluyó a su marido—, te encantará —Phil puso cara de que le costaba creer que a su esposa se le hubiera ocurrido semejante tontería—. Por tanto, propongo que organicemos una reunión de trabajo en cuanto nuestros respectivos compromisos lo permitan.

—¿Me estás jodiendo? —preguntó Phil y enarcó sus tupidas cejas.

Lucy entrecerró los ojos y lo miró con frialdad.

—Tendré un nuevo representante. Se ocupará de todo. Te ofrezco que seas el primero en ver este proyecto emocionante.

Phil paseó la mirada por los reunidos y masculló:

—A veces tengo la sensación de que no me casé con una ex estrella cinematográfica, sino con una muchacha de los bosques que no sabe nada acerca de cómo funcionan las cosas en esta ciudad.

—Las ex estrellas cinematográficas no existen —puntualizó Lucy—. Eres o no una estrella. Da igual si estoy en activo, lo que cuenta es que todavía sigo siendo el centro de atención y los admiradores aún me quieren.

—¡Que me jodan! —exclamó Phil—. No me lo puedo creer. ¿Por qué esta mujer se empeña en avergonzarme?

—Creo que será un lujo volver a verte en pantalla —terció Mary Ellen, que habló para evitar que estallase una disputa.

—Gracias, querida —añadió Lucy y se dijo que estaría bien que la estrella televisiva dejara de meterse en sus cosas; Mary Ellen era demasiado joven y bonita y seguramente sabía que Don prefería a las prostitutas.



—Mi padre acaba de volver a prometerse —intervino Mandy y arrebató instantáneamente el estrellato a Lucy, a quien no le sentó nada bien dejar de ser el centro de atención.

—¿Con quién se casa esta vez? —quiso saber Don.

Aunque para sus adentros estaba que trinaba, Mandy se encogió de hombros como si le importara un bledo.

—Con alguna con la que sale hace cinco minutos.

—No jodas —dijo Don y se mostró interesado—. Con esta, ¿cuántas van?

—Demasiadas —replicó Mandy con tono amenazador.

—En mi opinión, nunca son demasiadas —se burló Phil.

Lucy le dedicó otra mirada gélida y se preguntó por qué su marido se atrevía a hablar sin reaccionar ante la noticia de su reaparición. Para ella se trataba de algo importante y Phil se comportaba como si fuera una broma. ¡La situación era inaceptable!

El resto de la cena transcurrió deprisa y cada uno se dijo que tenía motivos como para largarse del restaurante.

Después de los postres y los cafés, las tres mujeres se dirigieron al servicio y por fin Ryan estuvo en condiciones de relajarse.

—¿Habéis oído lo que ha dicho mi esposa? —inquirió Phil—. Está como una cabra.

—¿Por qué no te lo dijo a ti en primer lugar? —preguntó Don.

—Me pareció que ya había superado esas chorradas interpretativas —se lamentó Phil.

—Está claro que no es así —aseguró Ryan—. De todas maneras, si se trata de algo que le gustaría hacer...

—No tiene pies ni cabeza —aseguró Phil—. Le doy todo lo que quiere y ahora se le ocurre este disparate. Está muy equivocada si cree que me involucraré.

Ryan se encogió de hombros y comentó:

—Son tan difíciles de tratar... Mientras veníamos intenté convencer a Mandy de que fuéramos a terapia de pareja.

—¡Terapia de pareja! —chilló Phil y se tironeó de la barba—. Tendréis que ir con Hamilton, ya que ella no hace nada sin su papi.

—Se ha negado a tratarse —apostilló Ryan con pesar.

—He conocido a alguien —intervino Don, que no dejaba de pensar en Cameron.

—Nos hemos dado cuenta —confirmó Phil—. La tía es guapa pero poco sensual. Las tetas están bien. ¿Ya te la has tirado?



—No hablo de Mary Ellen —precisó Don picajoso—. Me refiero a otra mujer.

—¿Quién es la afortunada? —inquirió Phil y terminó el whisky—. Espero que no sea otra de tus amiguitas de medianoche.

—¿A qué se debe esta fama? —dijo Don preso de la exasperación—. Tres veces he pedido a una chica que viniera a casa. Han sido tres jodidas veces y se ha exagerado hasta el hartazgo.

—Nadie te critica —aseguró Phil—. Si estuviera soltero haría lo mismo.

—Claro que no lo harías, eres demasiado tacaño —bromeó Ryan.

—Volvamos a hablar de mí —propuso Don—. La muchacha que he conocido es entrenadora personal y quita el hipo.

—¿Quita el hipo y es graciosa? —quiso saber Phil—. Lo digo porque últimamente da la sensación de que tu buen gusto se desvía un poco.

—Quita el hipo y tiene clase —precisó el presentador—. La invité a cenar con nosotros esta noche y me rechazó.

—A eso es a lo que yo llamo tener clase —dijo Ryan sin inmutarse.

—Tíos, ¿qué os pasa? —preguntó Don y meneó la cabeza—. Nunca os tomáis nada en serio.

—Ahora te diré qué me tomo en serio —afirmó Ryan con tono quejumbroso—. Mi cumpleaños se acerca como el tren de alta velocidad. Estoy a punto de cumplir cuarenta. Tengo la sensación de que la crisis de la mitad de la vida me ha asestado un buen golpe en los cojones.

—Este no folla —opinó Don—. Mandy ha cerrado la tienda.

—¡No folla! —se desgañitó Phil—. ¡Qué tragedia!

—Habla un poco más alto —ironizó Ryan—. Los de la mesa del rincón no te han oído.

—¡Ryan Richards no folla! —gritó Phil.

—¡Por favor! —exclamó Ryan, y pidió rápidamente la cuenta—. Será mejor que nos vayamos.



ANYA

Serguéi robó un reloj de oro, dinero y diversas drogas de la caja fuerte de Boris. Él y Anya abandonaron la ciudad antes de que el viejo codicioso lo descubriera. Para entonces la muchacha de catorce años y el ratero de veinte se habían convertido en amantes. Anya se había dado cuenta de que lo único que le quedaba era el atractivo sexual y lo usó con Serguéi para que la protegiese y la cuidara.

Serguéi no tenía nada que ver con los hombres que la habían violado y que habían abusado de ella. Al vivir en su habitación, Anya se había acostumbrado a compartir sus alimentos y su lecho, de modo que la primera vez que tuvo sexo con él la joven apretó los dientes y decidió que era mucho mejor que continuar totalmente sola en el mundo y deambular por las calles, plétóricas de violencia y de peligro. Serguéi no era tan malo. Enjuto, fuerte, flaco como un palo, con facciones marcadas, dos paletas faltantes y un tic facial, al menos Serguéi era joven como ella; al cabo de un tiempo intercambiaron historias de sus horrores personales y acabaron por desarrollar cierta confianza e intimidad.

Serguéi se percató de que había sacado un premio, ya que Anya era una belleza de piel de porcelana, cabellos rubios y ojos azules excepcionalmente claros, y cada día que pasaba se hacía más mujer.

La huida de Ingusetia fue difícil y peligrosa e incluyó una arriesgada caminata por las montañas, incontables traslados en camiones polvorientos, dos días en un tren destartado y muchas noches durmiendo al raso, tapados con una única manta hecha jirones.

Serguéi se había propuesto llegar a Polonia, pero el cruce de la frontera planteó un desafío que incluso a él le costó resolver. Por suerte, era un hombre decidido y hábil y, por si eso fuera poco, tenía drogas que podía vender y que utilizó como dinero contante y sonante. Sobornó a un granjero que los escondió en la caja del camión, con el ganado, y de esa forma atravesaron la frontera y entraron en Polonia, donde Serguéi tenía un primo.

Ígor, el primo de Serguéi, no se alegró precisamente de verlos pero, de todas maneras, los acogió. La familia es la familia, y, por otra parte, Anya era un bocado irresistible.

Serguéi no tardó en reparar en la forma lasciva en la que su primo miraba a Anya—, se preocupó, por lo que mintió y comunicó a Ígor que Anya era su esposa. Este preguntó con tono irónico si existían hombres tan tontos como para contraer matrimonio.

Tanto uno como otro eran chulos de poca monta. Al igual que Serguéi, Ígor también tenía un jefe, mejor dicho, una jefa, mucho más sofisticada que el codicioso Boris. Como Serguéi necesitaba trabajo, Ígor lo llevó para que la conociera.



Olga Gutowska era una polaca corpulenta y de expresión impasible a la que apodaban «la emperatriz». Vivía en una casa de siete dormitorios y gobernaba con mano de hierro su cuadra de chicas. Jamás habían puesto en duda la palabra de Olga Gutowska. La mujer tenía conexiones en todos los lugares adecuados. Serguéi supo instintivamente que, si llegaba a ver a Anya, Olga Gutowska querría quedarse con ella, de modo que cuando la mujer accedió a darle trabajo de forma provisional, el checheno se encargó de ocultar a Anya.

Igor le dijo que estaba loco y le insistió para que pusiese a trabajar a Anya. «Te hará ganar muchísimo dinero», afirmó maliciosamente y Serguéi se acordó de Boris. «Nos hará ganar dinero si la hacemos trabajar para nosotros sin decírselo a Olga. Será nuestra puta.»

Serguéi se negó de forma tajante. Sentía que Anya era su esposa porque lavaba y planchaba su ropa, cocinaba para él y sexualmente siempre estaba disponible. Lo cierto es que la muchacha apenas hablaba, pero eso era comprensible.

Cierto día que Serguéi no estaba, Igor empezó a manosear a Anya. Aterrorizada, la joven se apartó. Su temor pareció excitar a Igor, que, como la joven se resistió, la violó brutalmente, la arrastró y la sacó de casa por la fuerza.

Serguéi volvió al anochecer y descubrió que Anya e Igor habían desaparecido, lo mismo que las pertenencias de su primo.

Dedujo lo que había sucedido, se puso furioso y corrió a casa de Olga, pero le negaron la entrada. El guardaespaldas de la puerta le comunicó que ya no trabajaba allí, que se fuera y que no volviese.

Le habían robado a Anya y enloqueció de dolor y cólera. De todos modos, no estaba dispuesto a aceptar semejante humillación. Claro que no, Serguéi no pensaba quedarse cruzado de brazos.

Compró un arma en el mercado negro y esa misma noche regresó a casa de Olga. Cuando él de la puerta intentó impedirle la entrada, Serguéi le hirió en el hombro y entró por la fuerza. Tenía un único objetivo: recuperar a Anya.

Al oír el disparo, Olga cogió la escopeta que siempre tenía a mano y se dirigió al vestíbulo, donde se topó con un Serguéi de mirada desesperada. Este preguntó a gritos dónde estaba su Anya y añadió que si no la recuperaba mataría a todos.

Olga repuso con tono árido que había llegado demasiado tarde y que la muchacha ya no estaba allí.

Serguéi le advirtió que no le mintiera, ya que no estaba dispuesto a aceptarlo, y le apuntó con la pistola. Olga levantó la escopeta, le apuntó al corazón y ordenó: «Vete antes de que te pegue un tiro. No merece la pena morir por una maldita zorra». Serguéi dejó escapar un angustiado grito de desesperación y se lanzó sobre la madama. Olga cumplió su palabra, le descerrajó un tiro en el vientre y estuvo a punto de partirlo por la mitad.

Apoyada con las demás en la barandilla de la escalera, Anya dejó escapar un aullido de espanto.



Una vez más comprendió que estaba totalmente sola.



8

Iris Smith, la agente inmobiliaria amiga de Cameron, tenía dos locales disponibles. El primero no servía para nada. Deprimida, Cameron llamó a Cole y le pidió que se reuniera con ella para visitar el otro. Valoraba la opinión de su compañero de trabajo y concluyó que era la oportunidad ideal para proponerle que se asociasen.

Cole llegó a tiempo.

—¿Qué te parece? —preguntó la entrenadora, retrocedió unos pasos y escrutó el sótano bastante oscuro y cerrado de Melrose.

—Es muy sombrío —respondió Cole y deambuló por el local vacío—. Y demasiado pequeño. No hay ventanas ni entra el sol. En mi opinión, no sirve.

—Se puede alegrar con la decoración adecuada —propuso Iris e intentó mostrarse servicial—. Bastará con una capa de pintura blanca y tal vez unas flores.

—¿Hablas en serio? —quiso saber Cole y pisó una tabla suelta del suelo—. Es imposible que una capa de pintura alegre este lugar.

Cameron estuvo totalmente de acuerdo, ya que la intuición de Cole era infalible.

—Bueno, podría mostraros otro sitio disponible, pero debo decir que el alquiler es más alto —acotó Iris sin tenerlas todas consigo.

—¿Mucho más alto? —inquirió Cameron y pensó que le resultaría imposible pagarlo.

—La diferencia es considerable.

—Bueno... —musitó Cameron—. Supongo que no perderemos nada si lo visitamos.

El espacio que Iris había mencionado quedaba en Wilshire y resultó perfecto. Se trataba de un ático inmenso, con techos altos y rodeado por una terraza amplia.

—¡No podía ser mejor! —aseguró Cameron.

—Ya lo creo —coincidió Cole.

—Dame la mala noticia —pidió la entrenadora a Iris—. ¿A cuánto sube el alquiler?

—Detesto decírtelo, pero es mucho más caro que los otros dos —repuso Iris con tono de disculpa.



Tras conocer los números, Cameron se volvió hacia Cole y comentó apesadumbrada:

—Lamentablemente no está a mi alcance.

—Se me ha ocurrido una idea —apostilló su colega—. Tenemos que hablar.

—¿De qué tenemos que hablar? —preguntó Cameron y se encogió de hombros—. No puedo ponerme por mi cuenta y arruinarme enseguida porque no estoy en condiciones de pagar el alquiler. Además, piden dos meses de adelanto, por no hablar del resto de los gastos: teléfonos, electricidad y mil cosas más.

—Se trata de algo que habrás de tener en cuenta vayas donde vayas —puntualizó Cole.

—Tienes razón —musitó la entrenadora, que estaba hecha un mar de dudas—. Es tan deprimente... Me hace falta un viejo rico, un tonto entrado en años que quiera repartir dólares a diestro y siniestro.

—Tal vez yo debería conseguir una vieja rica —propuso Cole y se desternilló de risa—. No sufras, entre los dos lograremos que funcione.

—¿Estás dispuesto a hacerlo por mí? —preguntó Cameron esperanzada—. ¿Cambiarás de lugar de trabajo?

—Por ti haré lo que haga falta —añadió con tono galante.

—Cole, debo reconocer que eres un amigo excelente —aseguró la entrenadora emocionada, lo cogió del brazo y apretó.

—Al menos lo intento.

—Y lo consigues.

Era cierto. ¡Vaya si lo conseguía! Junto con Katie, que vivía en San Francisco, Cole era su mejor amigo. A pesar de que eran íntimos, nunca le había hablado de Gregg. Por alguna razón, le resultaba imposible. Hasta cierto punto se avergonzaba de haber permitido que la situación con Gregg llegase hasta esos extremos. Solía preguntarse por qué no lo había dejado cuando la violencia fue en aumento. ¿Acaso era cómplice de los abusos que había soportado? Peor aún, ¿los había posibilitado?

—Vayamos a tomar café —propuso Cole y consultó la hora—. Mi primer cliente no llega hasta las doce.

—Es exactamente lo que necesito, un buen chute de cafeína —Iris se movió como si tuviera prisa, por lo que Cameron dijo—: Ya te diremos algo. ¿Nos lo puedes reservar?

—Solo durante unas horas, así que no tardéis en responder —contestó Iris y recogió sus papeles—. El lugar es excepcional... y os aseguro que me lo quitarán de las manos.



Cameron movió afirmativamente la cabeza.

La entrenadora y Cole salieron, caminaron calle abajo y se sentaron en el Coffee Bean.

—Hay un tema del que quería hablar contigo —afirmó Cameron sin ambages, apartando de sus ojos un mechón de pelo rubio.

—Soy todo oídos.

—No he dejado de preguntarme si te interesaría participar como socio.

—He ahorrado unos cuantos pavos —añadió Cole con expresión reflexiva—, pero prefiero contarte lo que se me ha ocurrido. Tal vez debería hablar con mi hermana. Natalie siempre dice que le gustaría invertir su dinero... así que es posible que le interese.

—¿Lo dices en serio?

—¿De qué me serviría mentir? Mi hermana gana mucho con su programa de televisión y esto podría interesarle. Ya se me ocurrirá algo.

—¡Caramba! —exclamó Cameron entusiasmada—. No tardes en hablar con ella, ya has oído a Iris, ese local no tardará en ocuparse y para nosotros es ideal.

—Quédate tranquila, lo haré enseguida.

—Estoy convencida de que, en cuanto nos pongamos en marcha, tendremos éxito —dijo Cameron y asintió como si se tranquilizara a sí misma—. Nuestras listas de clientes son fantásticas.

—No te quepa la menor duda.

—También pensé que nuestro centro solo debería ser para socios, ya que así resulta más exclusivo.

—Tienes razón, ¿pero qué hay del acuerdo para no robar clientes? —preguntó Cole—. ¿Lo has pensado?

—Jamás he firmado nada con Bounce. ¿Y tú?

—Ni un solo papel.

—Además, no es necesario robar nada. Si les apetece, nuestros clientes son muy libres de seguirnos. No sé cómo te van las cosas, pero yo tengo más solicitudes de las que puedo afrontar.

—Lynda viene, ¿no?

—Está deseosa de largarse.

—Por lo tanto, me figuro que Dorian no querrá quedarse.

—¿Eso significa que eres mi socio? —inquirió Cameron esperanzada.



—Nena, me has entendido —repuso Cole y sonrió de oreja a oreja.

—¡Será fantástico! ¡Te adoro!

—De acuerdo, pero tengo que irme —añadió Cole y se incorporó de un salto—. Me espera un cliente. Hablaré inmediatamente con Natalie.

Cameron lo observó mientras se alejaba. El alto y guapo Cole era, sin el menor atisbo de duda, su mejor amigo. ¡Qué ingenua había sido! Se había deslomado ahorrando cuando lo que tendría que haber hecho era incorporarlo antes a su plan. Por fin contaba con alguien que la ayudaría a hacer realidad su proyecto y tener a Cole, invirtiese o no Natalie, se trataba de una ventaja de fábula.

Cuando se dirigía de regreso a Bounce, sonó su móvil.

—Diga —respondió con la esperanza de que fuese Cole con buenas noticias.

—¿Se acuerda de mí? —inquirió una voz envolvente—. Soy Don Verona, el cliente del sábado, el mismo con el que se negó a tener una cita.

—No era una cita —precisó Cameron y se preguntó para qué la llamaba el presentador.

—Podría haberlo sido —acotó Don con tono ligeramente divertido—. La invité a cenar y respondió que nunca mezcla negocios y placer.

—¿Fue eso lo que dije? —preguntó la entrenadora, sorprendida y contenta con esa llamada telefónica.

—Escuche, he tomado una decisión. Me gustaría contratarla de forma regular.

—¿De verdad?

—Sí, claro. ¿Puede incorporarme a lo que sin duda es su ajetreado horario de trabajo?

—Veamos... —murmuró Cameron y solo titubeó unos segundos—. Supongo que podremos encontrar un rato que nos vaya bien a los dos.

—¿Sabe qué es lo que me gusta de usted? —preguntó Don, que cada vez se mostraba más divertido.

—Lo escucho.

—Su entusiasmo desbordante.

—Pongo todo mi entusiasmo en el trabajo —apostilló la entrenadora y reprimió una sonrisa.

—Me alegro.

—Estoy segura de que usted también trabaja mucho.



—Eso es verdad. —Se produjo una breve pausa—. He pensado que por la mañana me va bien y, dado que me gusta madrugar, ¿qué le parece entrenar a las siete cinco días por semana?

—¿Está dispuesto a hacer ejercicios cinco días seguidos? —preguntó sorprendida, ya que las grandes estrellas no eran muy amantes de los esfuerzos a menos que se prepararan para hacer de protagonistas, en cuyo caso se flagelaban.

—Me han pedido que presente una entrega de premios y no tardará en celebrarse. Por eso quiero ponerme realmente en forma.

—Usted ya está en forma —reconoció Cameron recordando sus abdominales bien definidos.

—Muchas gracias —replicó Don modestamente—. Pensé que no se había dado cuenta.

—A las siete está bien, pero tendré que cobrarle más debido a la hora.

—¿Intenta matarme? —bromeó el presentador.

—No, simplemente le aclaro cómo son las cosas —añadió concentrada en cerrar el trato—. ¿Cuándo quiere que empecemos?

—Mañana mismo. ¿Le va bien?

—Mañana a las siete estaré en su casa.

—La espero.

Cameron puso fin a la llamada y notó que estaba muy entusiasmada.

«Nada de enredos», le aconsejó su voz interior.

«¿Por qué no puedo enredarme con él? —razonó Cameron—. Es un hombre muy atractivo.»

«Sí, claro, un tío con muchísimo encanto y un ego enorme. Además, si te enredas te apartarás de tu camino. En este momento tienes que dedicar todas las energías a la creación de tu futuro.»

Pues sí, su futuro, la construcción del sueño.

Si la hermana de Cole participaba, todo resultaría más prometedor. Organizado sería un gran desafío, pero sabía que podía, sobre todo gracias a la ayuda de Cole.

Intuitivamente supo que su voz interior tenía razón: nada de enredos ni de desviaciones. Se habían terminado las relaciones que devoraban el tiempo.

Gregg era un recuerdo lo bastante malo como para durarle toda la vida.



9

El almuerzo en The Grill era un ritual semanal. Ryan y Don ya habían llegado y Phil no pudo presentarse pues estaba demasiado ocupado con su intento de convencer a su esposa estrella de la pantalla de que no reanudase su carrera «nacida muerta».

—¿Qué tal anoche durante el regreso a casa? —preguntó Don mientras pedía una botella de agua con gas—. Durante la cena había mar de fondo.

—Resolvimos varias cuestiones —respondió Ryan con cautela.

No estaba dispuesto a contar lo que había sucedido mientras regresaban. De repente Mandy apeló a sus costumbres de toda la vida e intentó chupársela en la autopista. En el pasado la habría dejado, pero en esta ocasión la apartó enérgicamente. No era el momento ni el lugar. Además, no le pareció correcto que Mandy se la mamase porque tuvo la espantosa sospecha de que se detendría en plena faena y empezaría a quejarse. Mandy se había vuelto una protestona insoportable.

La verdad de la cuestión consistía en que el sexo con su esposa ya no le resultaba atractivo. Mandy había dejado de ponerle cachondo.

—Sé lo que yo sentiría en tu situación —comentó Don mientras estudiaba la carta.

—Va todo bien —mintió Ryan con la intención de acomodar la respuesta a lo que quería decir—. Mandy se puso muy nerviosa porque Hamilton vuelve a casarse.

—Suponía que a estas alturas ya se había acostumbrado a las tonterías de su padre.

—Por lo visto, no.

—A propósito —acotó Don—, su última novia aparece en la primera página del *New York Post*. ¡Da la sensación de que tiene doce años!

—Es así como sabes que te haces mayor —reconoció Ryan con tristeza.

—¿A qué te refieres?

—¡A cuando te parece que todo el mundo tiene doce años!

—No soy yo, sino tú el que va de cabeza hacia la crisis de la edad madura —precisó Don y cogió un grísín—. Me faltan seis meses para entrar en el cuatro y el cero. Te diré algo más: me importa una mierda.



—¿Por qué tendría que importarte? —preguntó Ryan afectado—. Tú lo has conseguido. Construiste tu propia casa, tienes un pastón, una carrera de fábula, salud, libertad y eres jodidamente famoso, por no hablar de que eres guapo. ¡Joder! Nadie se quejaría si fuera como tú.

Don llamó al camarero.

—Te contaré una cosa. Llamé a esa tía de la que te hablé, la entrenadora personal. Trabajaré con ella cada día a las siete y empezaremos mañana.

—¿Trabajarás?

—Idiota, trabajaré con ella, entrenaré mi cuerpo —explicó Don y sonrió—. La máquina debe seguir funcionando.

—Me pareció que te gustaba.

—Y me gusta. Así la conoceré en terreno neutral y no habrá follones ni ligoteo.

—¿Le pagarás?

—Por supuesto.

—En ese caso, ¿no es como tener una prostituta que vaya a ni casa aunque sin sexo?

—Estás enfermo —opinó Don y meneó la cabeza al tiempo que reía.

—Recapacita —insistió Ryan—. Le pagas para que esté contigo, pero sin compromiso.

—Hazme un puñetero favor, resuelve tu mierda antes de meterte con la mía.

—Don, solo intento ayudarte.

—Pues así no lo lograrás.

—¡Muy amable!

—Dime, ¿qué te pasa? —inquirió el presentador—. Entendí que entre Mandy y tú todo va bien.

—Para... nada es perfecto —reconoció Ryan taciturno.

—En ese caso, haz algo —propuso Don, decidido a pinchar a su amigo para que actuase—. El divorcio no es una desgracia, sino un rito de paso, sobre todo en Los Ángeles. Tío, ya me he separado dos veces. Me ha costado una fortuna, pero te garantizo que valió la pena.

—En mi familia el divorcio es como reconocer el fracaso más estrepitoso —añadió Ryan y pensó en la decepción que se llevaría su madre incluso si solo se limitaba a mencionar la palabra—. Mis padres estuvieron casados siempre.

—Venga ya, Ryan, no sería lo mismo si tuvieras hijos. Tienes la sensación de que tu matrimonio está acabado, por lo que deberías dar un paso.



—No lo sé —reconoció el productor con incertidumbre.

—Ha llegado el momento de trasladar tu entristecido trasero al diván de mi psiquiatra —aconsejó Don—. Esa mujer te dejará como nuevo. Averiguaré si hace terapia de pareja.

—Mandy no querrá ir.

—Es una pena que esa mujer te tenga pillado de los huevos —acotó Don secamente—. Recuerdo los tiempos en los que...

—Dejemos el tema —lo interrumpió Ryan—. No es tan sencillo.

—Está bien, está bien, te he entendido —accedió Don cuando el camarero se acercó—. Pediré un chuletón poco hecho y una montaña de patatas fritas. Tengo que coger fuerzas para mi nueva amiguita.

—¿Amiguita? —repitió Ryan.

—Podría llegar a serlo.

—Te ha caído realmente bien, ¿eh?

—Ya veremos. De momento solo quiero probarla.

—Estás celoso, por eso eres tan reacio a ayudarme —vociferó Lucy—. Haz caso de mis palabras, Phil. Me ayudes o no, regresaré por todo lo alto.

—¿Qué es lo que quieres y que yo no te doy? —preguntó Phil, también a gritos—. Tienes todo lo que puedes desear. Francamente, no lo entiendo.

—Porque no puedes entenderlo. Estás demasiado ocupado follándote a todas las tontitas que te miran de reajo.

—Ya está bien, por favor, no volvamos a las andadas.

—¿Te gustaría que te hiciera lo mismo? —espetó Lucy, decidida a hacerse entender.

—Te retorcería el cuello.

—Phil, que te jodan.

—Phil, que te jodan —remedó el loro y dio saltos en la jaula.

—¡Me cargaré a ese pájaro de mierda! —gritó Phil.

—Pero no le jodas antes —espetó Lucy, y salió de la cocina hecha una furia.

Pensaba retornar a las pantallas y nada ni nadie se lo impediría.



Mandy dedicó la mañana a tratar de comunicarse con su padre al tiempo que leía ávidamente las noticias sobre su compromiso, publicadas tanto en los periódicos como en Internet. Se sintió muy molesta con el artículo que apareció en el *New York Post*. No solo publicaron en primera página la foto de su nueva amiguita, sino que en la página seis figuraba un puñetero artículo sobre la diferencia de edad entre Hamilton y su futura esposa, así como sobre la cantidad de veces que había estado casado. Por suerte no la mencionaron, pese a que tendrían que haberlo hecho, ya que era mucho más importante que cualquiera de sus condenadas esposas debido a su condición de heredera forzosa de la fortuna de los Heckerling. Era Mandy Heckerling y todo el mundo debería besar su culo de princesa de Hollywood.

También estaba furiosa porque la víspera Ryan había rechazado de plano su propuesta sexual. Era difícil comprender las razones. Pues sí, no le quedó más remedio que reconocer que en el último par de años sus actividades sexuales habían disminuido. Cuando se ofreció a hacerle un francés en el coche, Ryan se negó pese a que tendría que haberse vuelto loco de entusiasmo. ¿A qué se debía?

Se le cruzó por la cabeza la idea de que era posible que su marido tuviese una amiguita.

Enseguida llegó a la conclusión de que no la tenía, de que era totalmente imposible. Algo que podía decir a favor de Ryan era que no le ponía los cuernos.

¿O tal vez la engañaba?

Las dudas la asaltaron.

Según su padre, todos los hombres ponían los cuernos. Así era el mundo de acuerdo con la perspectiva de Hamilton J. Heckerling.

«Los hombres ponen los cuernos.»

«No se puede confiar en las mujeres.»

«La inmensa mayoría de las personas son tontas.»

Saltó el buzón de voz cuando telefoneó nuevamente a Lolly para preguntarle si había más novedades. Llena de frustración, Mandy decidió salir a hacerse la manicura, la pedicura y una limpieza de cutis.

Unas pocas horas de mantenimiento le permitirían dejar de pensar transitoriamente en esas cuestiones.



10

La reunión entre Cameron, Cole y su hermana Natalie tuvo lugar en el bar del hotel Beverly Wilshire. Casi todos los presentes volvieron la cabeza cuando Natalie de Barge hizo acto de presencia. Ataviada con jersey negro de cachemira, pantalón blanco y sombrero de fieltro gris, las conversaciones se interrumpieron a medida que la gente observaba a esa negra vibrante y de intensa belleza. Natalie también era una famosa periodista del mundo del espectáculo televisivo y copresentadora de un popular programa vespertino que competía con *E.T.* y *Extra*.

Tras un cuarto de hora de charla insulsa, Cameron expuso con gran precisión sus planes. Natalie bebió lentamente un cosmopolitan, le prestó la máxima atención e hizo diversas preguntas pertinentes.

Cuando Cameron concluyó, Natalie tomó la palabra:

—De acuerdo. Esto es lo que quiero —declaró y tamborileó sobre la mesa con sus uñas pintadas—. Si invierto en esta empresa el dinero que tanto me ha costado ganar, mi hermano pequeño tendrá que ser socio de pleno derecho. Pondré el cincuenta por ciento del dinero que hay que pagar por adelantado y el trato consiste en que Cole es socio de pleno derecho, al cincuenta por ciento, y no hay nada más que negociar.

—¡Caray! —exclamó Cameron e intentó mantener la calma pese a que estaba que no cabía en sí de alegría porque su sueño prácticamente se había hecho realidad—. No hay problema, Natalie. Cole y yo nos llevamos muy bien y te aseguro que será un alivio hacer negocios con un socio en el que puedo confiar con los ojos cerrados.

—Sí, claro —coincidió Cole y rió—. Con un socio con el que no tienes que acostarte.

—¿Estás diciendo que una muchacha maravillosa como tú no ha logrado convertirlo? —preguntó Natalie con expresión de total seriedad.

—Todavía no —repuso Cameron y siguió la broma—. Pero juro que seguiré intentándolo, y te aseguro que puedo ser muy convincente.

—En ese caso, acepto el trato —apostilló Natalie y sonrió de oreja a oreja.

—¿De verdad? —preguntó Cameron y sus ojos verdes se encendieron de entusiasmo.



—De verdad —confirmó Natalie sin dejar de sonreír—. Acuerda los detalles con Laura Lizer, la responsable de mis negocios. Es un hueso duro de roer, así que ni se te ocurra tratar de engañarme.

—¡Por favor! —intervino Cole—. Como si alguien tuviera intención de hacerlo.

—Bueno, chicos, esto es todo —acotó Natalie.

—¡Fantástico! —añadió Cameron y se volvió hacia Cole—. Eso significa que podemos quedarnos con el local que vimos y alquilar inmediatamente los equipos.

—Gracias, hermana, no te arrepentirás —aseguró Cole y se puso de pie.

—Más te vale —apostilló la presentadora, se incorporó y compartió un cálido abrazo con su hermano—. Ah, supongo que, cuando nos apetezca ponernos en forma, tanto mis amigos como yo podremos utilizar las instalaciones sin pagar.

—Para ti son gratuitas —puntualizó Cole como un empresario que se precia—, pero tus amigos tienen que pagar.

—No aflojas —aseguró Natalie e hizo un falso mohín de contrariedad.

—He tenido la mejor escuela... ¡la tuya!

—¡Qué bien hablas! —Natalie suspiró y cogió su bolso Fendi—. Chicos, que os divirtáis. Mañana seguiremos hablando. Tengo una cita con Brad y Angelina.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Cameron en cuanto Natalie se alejó—. ¡Ya está en marcha! ¿Se lo contamos a Lynda?

—Díselo a quien quieras —respondió Cole—. Estaba seguro de que Natalie no nos fallaría.

—Hummm... —masculló la entrenadora—. Será mejor esperar a que todo esté resuelto. Entonces saldremos a celebrarlo.

—Exactamente —opinó Cole, feliz de que su hermana hubiera accedido, lo que demostraba que confiaba realmente en él, algo que no esperaba. Los compañeros de trabajo se abrazaron—. ¡Por los socios! Tía, lo lograremos. ¡Abriremos el mejor centro de toda la ciudad!

—No podía ser de otra manera. Será mejor que llame a Iris ahora mismo y confirme el alquiler del local.

—Adelante.

Cameron cogió el móvil y marcó el número de la agente inmobiliaria.

Iris contestó al segundo timbrado y, con gran incomodidad, dijo:

—Ay, querida, creo que ya no lo tengo.

—Te pedí que lo reservaras —puntualizó Cameron con tono severo—. Fuimos los primeros en visitarlo y lo queremos.



—Así es, querida, tienes razón —añadió Iris muy alterada—. De todas maneras, prometiste volver a ponerte en contacto conmigo.

—Nos estamos volviendo a poner en contacto contigo —persistió Cameron, miró significativamente a Cole y llegó a la conclusión de que se volvería loca si perdían ese local—. Ya está bien, Iris, ni siquiera han pasado veinticuatro horas.

—Veré qué puedo hacer —prometió Iris.

—No es suficiente. Haz una oferta, ese local es nuestro —concluyó la entrenadora y colgó.

—Nadie se pasará de listo contigo —comentó Cole—. Eres muy perfeccionista.

—A Iris ya se le ocurrirá algo. Mejorará su oferta.

En cuanto salieron del hotel, Cameron se dio cuenta de que estaba demasiado alterada como para volver a casa y no estaba de humor para visitar a Marlon. Cole tenía una cita, de modo que, impulsivamente, la entrenadora pasó por casa del señor Wasabi, recogió a los perros, los instaló en la parte trasera del Mustang y partió hacia la playa.

Condujo a toda velocidad por Sunset y llegó a Paradise Cove en menos de una hora. Aparcó el Mustang y dejó que *Yoko* y *Lennon* corrieran libremente por la playa. Hacía una noche maravillosa, la brisa era intensa y alto el oleaje. Al contemplar a los perros mientras retozaban por la arena, Cameron tuvo la sensación de que saldría volando. ¡Vaya día! Parecía tan lejano de aquella jornada de hacía dos años en la que había huido de Hawái golpeada, amoratada, cargada de malos recuerdos y con el brazo dislocado.

A veces se preguntaba por qué Gregg jamás había ido a buscarla... hasta que se daba cuenta de que probablemente se sentía demasiado avergonzado como para mirarla a la cara. Avergonzado y arrepentido...; al menos, ella abrigaba la esperanza de que se hubiera arrepentido.

No era asunto suyo. Gregg se había convertido en un monstruo y Cameron haría lo que fuese con tal de no volver a verlo.

Yoko y *Lennon* corrieron de aquí para allá, chapotearon en la rompiente, ladraron, rodaron por la arena y gozaron de su libertad.

Al cabo de un rato se percató de que había llegado el momento de recoger a los labradores y centrarse en la planificación. Iris tenía que resolver lo del local, pues era perfecto. Por si eso fuera poco, ahora tenía un socio que, por añadidura, era uno de sus mejores amigos. ¿Podía pedir algo más?

Regresó a su casa cerca de medianoche. Ya no se acordaba de que había quedado con Don Verona a las siete de la mañana. ¡Maldición, era demasiado temprano!



Puso el despertador a las seis y durmió intermitentemente. No tenía de qué preocuparse, ya que a las seis estaba despierta y demasiado tensa como para descansar.

Después de sacar a los perros e ingerir un desayuno sano, compuesto por tostadas de pan de trigo y clara de huevo revueltas, Cameron se puso el chándal y sus deportivas Puma preferidas y se dirigió a casa de Don.

Cuando llegó tocó el timbre varias veces hasta que un legañoso Don en persona le abrió la puerta. Estaba claro que acababa de salir de la cama porque iba descalzo, con el pelo revuelto y solo lucía el pantalón holgado de un pijama azul y una sonrisa encantadora.

—No está listo —le reprendió Cameron y golpeó significativamente su reloj—. Son las siete de la mañana.

—Ay, caramba —masculló el presentador e intentó disimular un bostezo—. Anoche me pasé y acabé trasnochando.

—No debería trasnochar si queda para entrenar a las siete de la mañana —se apresuró a añadir Cameron y entró en la casa.

—¿Podemos dejarlo? —preguntó Don y volvió a bostezar.

—Por mí está bien, pero debe saber que, de todas maneras, le cobraré.

—Envíeme la factura —musitó Don y se rascó la cabeza—. Para eso sirvo.

Cameron estaba a punto de darse la vuelta e irse, pero se lo pensó mejor, lo miró a los ojos e inquirió:

—¿Puedo preguntarle algo?

—Dispare —replicó el presentador al tiempo que disfrutaba de la belleza refrescante de esa mujer tan... tan endiabladamente resplandeciente.

—Tal vez estoy equivocada, pero me dio la sensación de que le apetecía entrenar —Cameron hizo una pausa y dio tiempo a que sus palabras hiciesen mella en Don Verona—. ¿No dijo que estaba deseoso de ponerse en forma?

—Fue usted la que me dijo que ya estaba en forma —puntualizó y le costó apartar la mirada de esos labios que pedían a gritos que los besaran.

—Más o menos, pero eso no significa que un poco de tonificación adicional no le venga bien.

—¿Está segura? —preguntó el presentador e imaginó esa boca junto a la suya, a Cameron desnuda y en la cama, a su lado.

—Sí —repuso y repasó su cuerpo, que, tuvo que reconocer, era impresionante.



Don Verona tenía buenos abdominales, brazos firmes y pecho musculoso. Cameron se preguntó qué le habría pasado a su anterior entrenador, ya que era evidente que Don practicaba ejercicio.

—Oiga —dijo Don, deseoso de que Cameron dejara de hablar y lo acompañase al dormitorio—, ¿por qué no me hace un favor? Vaya a la cocina y prepare café mientras yo me visto.

—¿Me toma el pelo? —quiso saber la entrenadora con toda la incredulidad del mundo.

—¿Cómo? —preguntó el presentador y bizqueó—. ¿Qué he dicho de malo?

—Le aconsejo que, si quiere café, se lo prepare.

—No la entiendo —musitó, pues no acababa de comprender esas palabras.

—¿No tiene una señora que se ocupa de las cosas de la casa? —preguntó Cameron, molesta de que la trataran como si estuviera allí para acatar órdenes.

—No me va eso de tener de forma permanente alguien en casa.

—Por lo tanto, ni hablar de una esposa —añadió la entrenadora con tono sarcástico.

—¿Por qué lo dice? —inquirió Don con malicia—. ¿Acaso quiere postularse para el puesto?

—¡Vaya puesto! —masculló la entrenadora desdeñosamente.

—Caramba, qué difícil es tratar con usted.

—No es verdad —se apresuró a replicar Cameron—. Me limito a ser profesional y usted debería hacer lo mismo.

—Está bien, está bien —accedió Don y levantó una mano—. Deje de sermonearme. Prepararé el café, me pondré el chándal y haremos quince minutos de ejercicio.

—¿Quince minutos? —repitió Cameron y meneó la cabeza con incredulidad—. Me paga por una hora de trabajo.

—Mujer, solo piensa en el dinero. Ya he dicho que le pagaré. ¿Me toma por un estafador?

—Detesto desperdiciar mi tiempo y su dinero.

—Y encima es cuidadosa —bromeó Don.

—Al menos lo intento.

Cruzaron una larga mirada.

—¿Qué le parece si esta noche cenamos juntos? —preguntó el presentador, que se había hartado de perder el tiempo.



—Perdone, pero no le he entendido.

—Cenar juntos esta noche —repitió Don con paciencia—. Dos personas se sientan ante una mesa y toman alimentos. Se trata de una costumbre local muy popular.

—No.

—¿A qué viene ese no?

—No, gracias.

El presentador la observó con curiosidad antes de preguntar:

—¿Es lesbiana?

—¿Qué ha dicho? —inquirió Cameron boquiabierta.

—He preguntado si le gustan las mujeres.

—Ah, ahora lo entiendo. Como no quiero salir con usted supone, automáticamente, que soy lesbiana.

—No tiene nada de malo... Mejor dicho, no tiene nada de malo que sea lesbiana —puntualizó y contempló el bello rostro de la joven—. Por otro lado, debo reconocer que sería un penoso derroche. Además...

—No soy lesbiana —precisó Cameron con firmeza—. Se lo digo, pero no es asunto suyo.

—¿Está casada o prometida? —insistió el presentador.

—¿Qué es esto? ¿La inquisición?

—Más o menos. Me gustaría llevarla a cenar e insiste en decir que no. Tiene que haber algún motivo.

—Por ejemplo, que no es mi tipo.

—¿Se burla de mí?

—No salgo con actores.

—No soy actor.

—Sale en televisión, que es más o menos lo mismo.

—Presento mi propio programa, algo totalmente distinto.

—No salgo con famosos.

—¿Con quién sale?

—¿Quiere que le diga una cosa? Prepararé el café —apostilló Cameron, decidida a poner fin a una conversación que se había vuelto demasiado personal y que no conducía a ninguna parte—. Cámbiese de ropa y haremos media hora de entrenamiento con pesas.



—Y de esta forma ella cambia de tema —murmuró Don arrastrando las palabras.

—¡Retírese!

—A sus órdenes, jefa —replicó y se cuadró con actitud burlona.

Don sonrió mientras se dirigía al vestidor y cogía el pantalón del chándal y una camiseta. Esa mujer era radicalmente distinta a aquellas a las que estaba acostumbrado. Era bella... lo mismo que las otras. Tenía un cuerpo de fábula... lo mismo que las otras. Cameron poseía algo más; no solo le pareció extraordinariamente guapa, sino honesta, segura de sí misma y para nada impactada por su fama. La situación le resultó muy refrescante. Lo mejor era que la joven no estaba dispuesta a sucumbir a sus numerosos encantos, lo cual era realmente insólito.

Lo cierto es que Cameron no quería salir con él y deseaba averiguar a qué se debía. Le gustaba llegar al fondo de las cosas. Después de todo, no era un pervertido loco al que la entrenadora había conocido en Internet o ligado en un club, sino Don Verona, un hombre con el que la mayoría de las mujeres deseaba tener algo que ver.

¿Qué le pasaba a esa joven?

Cuando Don regresó a la cocina, el café ya estaba listo y Cameron se dedicaba a cortar fruta.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el presentador.

—No se debe entrenar con el estómago vacío —respondió la mujer con tono decidido—. No es el modo adecuado de iniciar la jornada.

—Nunca como por la mañana.

—Pues ahora lo hará —acotó y apartó un mechón rubio que no cesaba de caer sobre sus atractivos ojos verdes—. Le proporcionará energía.

—¿Siempre es tan mandona? —inquirió Don y cogió con los dedos una rodaja de mango.

—Solo cuando es necesario.

—Por ejemplo, ¿ahora?

—Eso parece —replicó Cameron y le pasó un trozo de plátano.

—¿Quién es usted? —quiso saber el presentador y durante unos segundos se preguntó si uno de sus amigos la había enviado para confundirlo. Era la idea que tenían de lo que suponía una broma, pero a él no le pareció nada divertida.

—Su nueva entrenadora. Desconozco qué clase de excusas le daba a su último entrenador, pero le aseguro que conmigo las cosas cambiarán.

—¿Cambiarán?

—¡Ya lo creo!



Una vez más sus miradas se encontraron y Cameron repitió para sus adentros que debía tener cuidado. Ese tío era un picaflor y no estaba dispuesta a caer en sus redes. Claro que no. Tenía cosas mucho más importantes de las que ocuparse y Don Verona podía convertirse en una distracción incómoda.

«No dejes de recordarlo —se dijo—. Nada de rollos. El trabajo es lo primero.» Por otra parte... Gregg se había convertido prácticamente en un recuerdo lejano y no tenía a nadie con quien compartir cosas, no había hombre que la abrazara por la noche. Marlon no contaba y...

«¡No, no y no! —gritó una voz severa en su mente—. No pasará nada, ni lo sueñes, no puede ser.»

Ahí acababa la historia.



ANYA

Anya no tardó en comprender que, desaparecido Serguéi, no podía confiar en nadie, salvo en sí misma. Serguéi la había tratado con amabilidad y, por lo visto, la amabilidad no daba resultado, ya que Serguéi estaba muerto y a Olga jamás la acusaron del crimen debido a sus conexiones.

La mañana siguiente al crimen, Olga ordenó a Ígor que subiera a Anya al dormitorio que la madama ocupaba en el último piso de la casa. Anya había pasado la noche agazapada en un armario cerrado con llave donde Ígor la había depositado después de que abatieran a Serguéi. La muchacha apenas había conciliado el sueño y, cuando Ígor la recogió, fue dolorosamente consciente de que olía mal, tenía el pelo enredado y la ropa sucia.

— ¿Cómo te llamas? — espetó Olga.

— Anya — repuso, abrumada por el lujo del dormitorio de Olga.

La habitación albergaba una cama enorme, las ventanas estaban cubiertas por largos cortinajes de raso y en el suelo había una inmensa alfombra blanca y peluda. Anya nunca había visto algo semejante.

— ¿Cuántos años tienes? — quiso saber Olga y se frotó las manos, pues pensó en el dinero que produciría esa niña exquisita.

— Quince — murmuró Anya.

— Quince y no eres virgen, pero puedes fingir, ¿verdad?

Anya movió afirmativamente la cabeza a pesar de que, en el fondo, no había entendido a qué apuntaba esa mujer.

— Quitate la ropa — ordenó Olga. Anya se puso rígida—. No seas tímida. Ya lo he visto todo con anterioridad.

Anya se quitó tímidamente el vestido. A Serguéi nunca se le ocurrió comprarle ropa interior, por lo que quedó como había venido al mundo delante de esa mujer que la intimidaba y de Ígor, que permanecía junto a la puerta.

Al verse allí, desnuda y temblorosa, Anya se sintió invadida por un sentimiento de impotencia.

— No estás nada mal — dictaminó Olga y cogió una taza de porcelana llena de té negro azucarado—. No hay nada que un buen baño y el despioje no consigan resolver.



En ese preciso momento Anya se prometió a sí misma que algún día sería tratada como un ser humano más que como un trozo de carne. Algún día se desquitaría de toda esa gente.

En el fondo de su alma sabía que ese día llegaría.



11

—He decidido dar una fiesta sorpresa por el cumpleaños de Ryan —le dijo Mandy a Lucy.

Ambas ocupaban una mesa de la terraza de The Ivy.

—Y yo estoy pensando en divorciarme de Phil —respondió Lucy, se acomodó las gafas de sol de Dolce & Gabanna y se preguntó si la vigilaban los *paparazzi* furtivos que se ocultaban en el todoterreno negro aparcado junto a la acera de enfrente.

—¡Ay, dios mío! ¿Qué ha hecho? —preguntó Mandy y pensó que, en realidad, tendría que haber averiguado con quién lo había hecho, ya que la actividad sexual de Phil Standard era de conocimiento público. Phil era un chico muy malo y, a pesar de todo, adorable.

—Se niega a participar en mi regreso profesional —replicó una malhumorada Lucy—. Cuando le conviene, Phil se convierte en un cerdo celoso. No le gusta nada la idea de que yo llame la atención más de lo que ya lo hago.

—¿Phil es celoso? —inquirió Mandy, aunque no creyó una sola palabra pues Phil siempre le había parecido despreocupado.—No te lo puedes ni imaginar —añadió Lucy, que estaba hasta la coronilla de tanta injusticia—. Si se saliera con la suya, me tendría permanentemente encerrada y metida en la cocina preparándole tres comidas diarias. Por favor, no entienda que soy una estrella.

—Estoy convencida de que está muy orgulloso de ti —murmuró Mandy.

Lucy ya no la escuchaba porque estaba disparada:

—¡Me tomé mi tiempo para tener hijos y ahora que planifico el regreso a la pantalla el muy cabrón egoísta se muestra tan útil como un grano en la punta del pijo! ¡Vaya imbécil!

—¿Cómo están los niños?

—Bien. Están con la niñera. No sé qué haría sin ella, es genial.

A Mandy el tema no le interesaba y tenía sus propios problemas, pero, de todas maneras, se mostró comprensiva.

En cuanto Lucy terminó de quejarse, Mandy reiteró su deseo de organizar una fiesta sorpresa para Ryan.



—Será en la planta alta de Mr. Chow —precisó—. Solo seremos veinte. No se lo cuentes a Phil, porque hablará con Ryan y ya no será una fiesta sorpresa.

—¿Cómo quieres que lo lleve si no puedo contárselo? —preguntó Lucy y dio un mordisco al pastelillo de cangrejo.

—Dile que se trata de una cena con Don —acotó Mandy—. Le llamaré y se lo avisaré, pues es mucho más capaz de guardar un secreto.

—Por si no lo sabes, se tira a su ayudante —informó Lucy.

—¿Quién se tira a su ayudante? ¿Te refieres a Don? —quiso saber Mandy, profundamente sorprendida.

—No, a Phil —contestó Lucy con desdén—. Tiene el folleteo en los genes o al menos eso dice... como si así estuviera bien. —Hizo una breve pausa y entrecerró los ojos—. Claro que si yo hiciera lo mismo se volvería loco. Por eso no quiere que vuelva a trabajar, supone que quedaré expuesta a toda clase de tentaciones.

—¡Qué absurdo! —exclamó Mandy y paseó por el plato la ensalada de verduras a la plancha.

—Tienes razón —coincidió Lucy—. No se trata de que entre en el plato y me folie a George Clooney. —Esperó unos segundos, sonrió y acotó—: Aunque pensándolo bien...

Ambas rieron solo de pensarlo.

—¿Has engañado a Phil alguna vez? —inquirió Mandy llena de curiosidad.

Lucy se tomó su tiempo antes de responder. Mandy era una cotilla célebre y difundiría por la ciudad todo lo que le contase; por lo tanto, aunque estaba furiosa con Phil, no lo castraría hablando con Mandy sobre el tenista profesional y el masajista con los que había tenido líos fugaces pero satisfactorios. Había logrado mantener en secreto esas historias y así continuarían.

—No —repuso finalmente—. ¿Alguna vez has engañado a Ryan?

—¡Claro que no! —exclamó Mandy y se ruborizó ligeramente—. Jamás le haría algo semejante.

—¿Crees que te engaña?

—¿Quién? ¿Ryan? —Mandy se desternilló de risa—. No sería capaz. ¡Le cortaría los cojones y me los pondría de pendientes!

—Ryan es muy atractivo —opinó Lucy—. Ya conoces a las mujeres de Los Ángeles... sobre todo cuando se sueltan el pelo. Se convierten en una pandilla de zorras depredadoras.

—Ni que lo digas —aseveró Mandy y movió afirmativamente la cabeza para manifestar su acuerdo—. De todas maneras, Ryan no me pone los cuernos.



—Te escandalizarías si te diera los nombres de algunas de las mujeres que se han fijado en Phil —prosiguió Lucy—. Afortunadamente, el muy cabrón se limita a tirárselas y sigue su camino.

—Cuenta, cuenta —pidió Mandy y sus ojos se encendieron de expectación—. Ya sabes que seré discreta con todo lo que digas.

—No puedo —se lamentó Lucy y apretó los labios.

—No entiendo cómo has aguantado tantos años —añadió Mandy, aunque se sintió ligeramente molesta porque Lucy no le dio nombres—. ¿A veces no te pasa que tienes que sobreponerte a las ganas de acogotarlo?

—Son diez años de matrimonio y probablemente quinientas mujeres —calculó Lucy y echó hacia atrás su larga melena oscura—. Supongo que estoy enamorada de ese cabrón que me pone los cuernos, por lo que no puedo hacer nada.

—Como has dicho hace un rato, puedes divorciarte.

—He dicho que lo pensaría. —Lucy frunció el ceño y se dijo que había cometido un grave error al hablar con Mandy Heckerling. Mandy estaba pendiente de todo tipo de información jugosa para transmitírsela a su pandilla de presuntas amigas.

En ocasiones Lucy se preguntaba por qué tenía un trato amistoso con Mandy. No tardaba en responderse que, viviendo en Los Ángeles, Mandy era una especie de imperativo social, ya que participaba en todo, por lo que no era aconsejable tenerla en contra.

Resultaba curioso que todos la llamaran Mandy Heckerling en lugar de Mandy Richards. Jamás había permitido que olvidasen que era la hija de Hamilton J. Heckerling. Todos lo recordaban.

Ryan se merecía algo mejor porque era un encanto. De todos los hombres del mundillo del espectáculo, sin lugar a dudas Ryan era el más simpático y divertido. También era indiscutiblemente atractivo, listo, interesante y muy sensual... aunque no daba señales de saberlo, lo que le diferenciaba de Don Verona. Por si eso fuera poco, se trataba de un cineasta consumado. Lucy daría lo que fuera por trabajar con él y había abrigado la esperanza de que Ryan opinase lo mismo, pero, a juzgar por su ausencia de reacción ante la noticia de que ella regresaba al trabajo, la colaboración no se consumaría. Pero Lucy no estaba dispuesta a darse por vencida, seguía empeñada en que Ryan echase un vistazo a su esbozo de guión. Tal vez le gustaría tanto que querría producirlo.

—Verás, pensar en el divorcio es el primer paso —comentó Mandy con gran sensatez—. Si decides seguir adelante, ¿a qué abogado contratarás?

—No hablaba en serio —explicó Lucy, se las apañó para apartar a Mandy del tema del divorcio y volvieron a hablar de la fiesta sorpresa para Ryan.



Lo cierto es que no tenía la menor intención de divorciarse del cabrón que la engañaba; al fin y al cabo, le había dedicado diez años y había decidido que un día de estos recogería los beneficios.

Don se sentaba cada mañana en su despacho del estudio y se reunía con el equipo de producción y los guionistas principales. En primer lugar analizaban el programa de la noche anterior y a continuación repasaban el de la siguiente. Don tenía una intervención considerable en la elección de los invitados. Había hecho una lista de favoritos, famosos que podían acudir a su programa siempre que quisieran. Esa lista incluía a todos, desde Tina Fey y Don Rickles hasta Jimmy Woods y Dennis Miller. Se trataba de invitados geniales que sabían al dedillo lo que tenían que hacer. También le agradaban los comentaristas políticos incisivos, los escritores y los cómicos punzantes. Por otro lado, los productores asociados y los buscadores de talentos siempre querían que aparecieran estrellas de los grandes estudios y deliciosas actrices o modelos de poca monta.

Por regla general llegaban a un acuerdo, por lo que el programa acababa siendo una mezcla interesante, si bien en su condición de presentador Don solía aburrirse y en ocasiones su comportamiento molestaba a los publicistas pues acababan creyendo que había insultado a uno de sus clientes más importantes.

A Don le importaba un pimiento; cumplía con su trabajo y el público impaciente jamás se hartaba de su retorcido sentido del humor. No podía con los jóvenes actores y actrices con un exagerado sentido de su propia importancia. Lo que más lo fastidiaba era la famosa que acudía a su programa convencida de que era divina de la muerte y entraba en lo que Don denominaba «el trance del coqueteo». Algunas mujeres montaban un espectáculo increíble: vestidos minúsculos con la espalda descubierta, faldas escuetas, ausencia de bragas, tops transparentes y pezones erectos. El presentador estaba tan acostumbrado que no le producían el más mínimo efecto. Mary Ellen fue la primera con la que quedó en mucho tiempo.

Bastó una sola cita para que Don se percatase de que Mary Ellen tenía demasiadas necesidades para su gusto. Después de la cena en Geoffrey's la acompañó a casa en coche. La joven lo invitó a tomar una copa, pero el presentador declinó el ofrecimiento y no volvió a llamarla. La actriz esperó una semana antes de enviarle un mensaje para invitarle al estreno de la película de bajo presupuesto en la que había participado. Don se compadeció y aceptó. Por fin había llegado esa noche, estaba muy arrepentido y no dejaba de preguntarse por qué había accedido.

Si se hubiera tratado de Cameron... bueno, esa sí que habría sido una cita para estar pendiente de ella.



Pues no, la guapa y solitaria Cameron se mostraba muy seca, se presentaba cada día en su casa a las siete de la mañana con un aspecto inmejorable, le hacía sudar mediante una rutina enérgica y le rechazaba cada vez que la invitaba a salir.

Don no estaba acostumbrado a que le dijeren que no. Cameron Paradise era la primera que lo hacía y no le había gustado nada.

Por otro lado... la entrenadora representaba todo un desafío, y si algo había en lo que Don destacaba era precisamente en afrontar desafíos.

Cameron Paradise acabaría cediendo. Siempre ocurría lo mismo.

Mandy llamó a Don al móvil y le contó que estaba preparando una fiesta sorpresa.

Don no supo qué decir. Estaba convencido de que Ryan no necesitaba para nada una fiesta sorpresa, pero, como no dependía de él, le aseguró a Mandy que asistiría.

—¿Con quién vendrás? —quiso saber la esposa de su amigo.

—Depende.

—¿De qué depende?

—Mandy, depende de cómo me sienta esa noche —replicó irritado y se dijo que Mandy era muy insistente.

—Podrías venir solo. No es necesario que siempre te vean con una acompañante pasajera.

¡Vaya zorrón!

—Mi ayudante te lo hará saber —informó Don y cortó bruscamente la comunicación.

¿Quién mierda se creía esa mujer para hablarle en esos términos? ¡Al cuerno con las acompañantes pasajeras!

Don se dijo que cuanto antes la dejara Ryan, mejor sería.

Mary Ellen llevaba un vestido rosa escotado y tacones de vértigo. Sus piernas eran fabulosas y tenía un cuerpo admirable, pero Don no se sentía atraído por ella.

Fue en el Lamborghini color plata a buscarla a su casa de Brentwood y la condujo al Academy Theater de Wilshire, donde tendría lugar la proyección de la película en la que había participado. Se trataba de su primer papel protagonista en una cinta basada en una obra de teatro y Mary Ellen estaba muy excitada. Era una gran estrella televisiva, pero el cine era otro mundo y estaba impaciente por pasar de la pequeña a la gran pantalla.



Los fotógrafos autorizados y los *paparazzi* se volvieron locos cuando los vieron entrar en el cine. Formaban una pareja de ensueño. Hubo una descarga de fogonazos de los flashes mientras Don apretaba los dientes y soñaba con estar en otra parte. El rollo de la alfombra roja nunca le había interesado. Le traía malos recuerdos de Sacha, su segunda esposa, una voluptuosa estrella cinematográfica francesa a quien le encantaba ser el blanco de todas las miradas. Tras el divorcio, Sacha se había ido a París y ahora vivía con un artista famélico. Por tanto, no le pasaba pensión alimenticia.

—Entraré y te esperaré en el vestíbulo —susurró el presentador a Mary Ellen.

—Quédate, por favor —susurró la actriz y, un poco aterrorizada, se colgó del brazo de su acompañante—. No puedo hacerlo sola.

Don tuvo que quedarse mientras los flashes lo cegaban, le metían los micrófonos en la cara y gritaban preguntas a su alrededor, preguntas como: «¿Sois pareja?», «¿Cuánto hace que salís?», «¿Cuándo se celebrará el compromiso?», «¿En qué momento tendrá lugar la boda? », « ¿Mary Ellen está embarazada? », «¿Cuándo os divorciáis?».

En realidad, nadie preguntó cuándo se divorciaban, pero Don supo que a los periodistas les habría gustado plantearlo.

¡Mierda! ¿En qué lío se había metido?

De repente una mano lo sujetó del hombro y vio a Ryan, que sonrió al notar lo incómodo que su amigo se sentía.

—Venga, vosotros —dijo Ryan y los rescató—. Ocupemos nuestras butacas o nos perderemos el principio de la película.

—¡Gracias a dios! —exclamó Don mientras subían la escalera—. Ya no recordaba que los estrenos pueden ser una pesadilla. Dime, ¿qué haces aquí?

—El director es amigo mío —contestó Ryan—. Mary Ellen, antes de que se me olvide, el director no habla más que maravillas de tu interpretación. Dice que posees una cualidad muy especial.

—Gracias —comentó recatadamente la joven, que estaba radiante por todas las atenciones recibidas.

—¿Dónde está Mandy? —preguntó Don al tiempo que ocupaban sus asientos.

—En una de sus movidas benéficas. Hemos quedado más tarde en Spago. ¿Quieres sumarte?

—Me encantaría —replicó Don con gran alivio.

El presentador se dijo que ya había pasado suficiente tiempo a solas con Mary Ellen, que, al fin y al cabo, no era su tipo. No es que tuviera un tipo definido, pero, fuera como fuese, Mary Ellen no encajaba en sus preferencias.



A la mañana siguiente los periódicos, los periodistas televisivos del cotilleo y los blogs de internet anunciaron a bombo y platillo el romance de Don Verona y Mary Ellen Evans, el amor que existía entre el célebre y atractivo presentador y la famosa vecina de al lado abandonada por su marido.

Las señoras de *The View* llegaron a la conclusión de que se trataba de una combinación perfecta. Jillian, Steve y Dorothy dieron noticias sobre ellos en *Good Day L. A.* Incluso Regis y Kelly concedieron un par de minutos a la presunta pareja.

A Don no le gustó nada, pero no podía echarle la culpa a nadie salvo a sí mismo. Tendría que haber sabido que no debía asistir a un estreno cinematográfico con una famosa y queridísima estrella de la televisión.

Mandy lo llamó a primera hora y dijo:

—Supongo que vendrás al cumpleaños con Mary Ellen. Necesito saberlo porque encargaré tarjetas carísimas con caligrafía en oro.

—Mandy, ayer ya te dije que no sé con quién iré —respondió con toda la paciencia del mundo.

—Bueno, me pareció que...

—Hazme un favor: no saques conclusiones precipitadas.

—Pues anoche...

El presentador se preguntó cómo era posible que Ryan conviviese con esa mujer. A él, hasta su voz lo ponía de los nervios y la mera idea de acostarse con ella...

Mandy no dejó de hablar sobre lo mucho que se habían divertido la víspera en Spago y la buena pareja que Don hacía con Mary Ellen.

—Formáis una pareja maravillosa —concluyó.

—No te equivoques, no lo somos —precisó Don tajantemente y colgó.

Si Mandy no fuera la esposa de su mejor amigo, no perdería un segundo en hablar con ella. Claro que, como estaba casada con Ryan, tenía que soportarla... porque así funcionaban las cosas.



12

Cameron y Cole se reunieron con Laura Lizer, la responsable de los negocios de Natalie, y firmaron los documentos correspondientes. Después se presentó Iris y firmaron el contrato del local que habían alquilado en Wilshire. Daba la impresión de que todo discurría como correspondía.

En cuanto terminaron, Cole organizó una cena de celebración en Obar, un bar restaurante de Santa Mónica.

Cameron y él llegaron juntos; Lynda fue con su novio, el supermasculino Carlos; Dorian se presentó con un joven ayudante que se ocupaba de una importante estrella musical, y Natalie se hizo acompañar por su último conviviente, un constructor de éxito, y por uno de sus mejores amigos, Ty Morris, un talentoso fotógrafo negro que se había especializado en desnudos artísticos.

Ty echó un vistazo a Cole y a Cameron y, para fastidio de Natalie, dedicó casi toda la velada a suplicarles que posasen para él. Simultáneamente, el joven ayudante se calentó con Cole, por lo que Dorian se fue cabreado mientras Carlos se pavoneaba de aquí para allá y se comportaba como si con su asistencia les hiciese un favor.

—Esto es horrible —comentó Cameron a Cole en mitad de la cena—. No deberíamos haber permitido la presencia de acompañantes. Fue un error.

—Tienes toda la razón —coincidió Cole, pese a que disfrutaba de toda la atención que le prodigaban.

—Me muero de ganas de salir de aquí —susurró Cameron y a renglón seguido comunicó a Ty por cuarta vez que no, que no tenía previsto posar desnuda en el futuro inmediato.

Necesitaban ponerle nombre al nuevo centro y a todos se les ocurrió algo. Dorian dijo que «Flow» sonaba bien; Natalie prefirió «Energy»; Ty se decantó por «Strip», y a Cole se le ocurrió el nombre ganador:

—Lo llamaremos «Paradise». Suena perfecto.

Así fue como eligieron el nombre de Paradise.



Además de organizar el alquiler de los equipos y de hacerlos instalar, Cameron no tardó en percatarse de que había mucho que hacer y de que Cole o ella tenían que estar en el nuevo local para cerciorarse de que todo marchaba bien. Eso supuso que ambos renunciaron a algunos clientes y que Cameron tuvo que comunicar al administrador de Bounce que dejaba el trabajo, hecho que resultó más dramático de lo previsto.

El dueño de Bounce era un cincuentón iraní al que, a sus espaldas, apodaban el señor Bronceado de Bote. Se presentaba una o dos veces por semana, casi siempre con una rubia intercambiable a cuestas, y prefería las jóvenes con los pechos mejorados, a las que denominaba sus nuevas ayudantes.

Dado que alquilaba los metros que utilizaba y pagaba al señor Bronceado de Bote una comisión por cada uno de los clientes que usaban las instalaciones, Cameron no se sintió obligada a avisar con gran antelación que se iba. Cuando se lo comunicó, al iraní le dio un ataque y chilló:

— ¿Por qué me haces esto si te he dado trabajo y he cuidado de ti? ¿Por qué eres tan desagradecida?

¿Desagradecida? Ese hombre había ganado un pastón con las comisiones que cobró durante los dos años que Cameron llevaba en Bounce, por lo que no tenía de qué quejarse.

— ¿Dónde vas a trabajar? — preguntó a gritos el señor Bronceado de Bote—. Nadie te tratará mejor que yo.

Su reacción había acoquinado a Lynda, que era asalariada.

Cole se había tomado las cosas con tranquilidad y había aconsejado que no dijese que estaban a punto de inaugurar su propio centro porque eso sí que enfurecería al señor Bronceado de Bote.

Cameron soltó una trola y le informó que pensaba atender a clientes particulares en sus casas. De esa forma el iraní se calló.

Lynda comentó que no tardaría en enterarse de la verdad. Cole le aseguró que no podría hacer nada y que sería mejor que ella avisara de su partida lo antes posible. Lynda se desesperó y preguntó qué explicación podía darle. Le contestaron que le dijera que iba a casarse. Lynda acotó que ya le habría gustado dejar de trabajar para contraer matrimonio.

Simultáneamente, Cameron se preguntó si había asumido demasiadas responsabilidades. Una cosa era soñar con abrir su propio centro y otra muy distinta hacerlo. El dinero se reducía de forma alarmante y se trataba de su dinero, del de Cole y de la inversión de Natalie. La preocupación era muy grande, pero tanto Cole como Cameron estaban convencidos de que lo conseguirían. Al fin y al cabo, no tenían otra opción.



Cada mañana Cameron entrenaba a Don Verona a las siete. Luego tenía dos clientes más y a las diez y media se presentaba en el nuevo local y organizaba a pintores, instaladores, fontaneros y electricistas. Cole iba a las cuatro, lo que permitía que Cameron dedicase el resto de la jornada a otros clientes.

Se trataba de un horario agotador, pero mereció la pena al ver que el local comenzaba a tomar forma.

Don seguía empeñado en salir a cenar con ella. Había rechazado tajantemente sus invitaciones, pero el presentador no se mostró dispuesto a darse por vencido. Cameron tampoco se llamó a engaño, supo que lo hacía porque no estaba acostumbrado a que le dijese que no.

—Parece cansada —comentó el presentador una mañana, mientras usaba la cinta de correr y andar y la entrenadora permanecía junto a la máquina, cronómetro en mano.

—Veamos... duermo una media de cinco horas por noche —comentó apesadumbrada—. Supongo que comienza a afectarme.

—Sé que le desagrada que le haga preguntas —dijo Don sin tenerlas todas consigo—, pero ¿qué demonios hace durante la noche?

Cameron no le había hablado de su nueva empresa. Había pensado mencionarlo cuando estuvieran a punto de abrir, fecha que no parecía muy próxima ya que los operarios que habían contratado parecían incapaces de cumplir los plazos. Por si eso fuera poco, el así llamado contratista no servía para nada: los cuartos de baño no estaban terminados, no habían instalado las líneas telefónicas, había que acondicionar las luces y solo habían llegado la mitad de las máquinas. La situación era muy frustrante, por no decir costosa. Cada día que pasaba le preocupaba más quedarse sin fondos incluso antes de inaugurar.

—Pronto abriré mi propio negocio —explicó y consultó la hora—. Dentro de cinco minutos haremos pesas.

—¿Qué tipo de negocio? —preguntó Don sin dejar de correr.

—Un centro deportivo.

—¿Es usted quien lo abrirá?

—No entiendo por qué se sorprende tanto.

—Lo que me sorprende es que no lo haya dicho antes —puntualizó el presentador y se preguntó por qué Cameron era tan reservada.

—No pretendo ser entrenadora personal toda la vida. Mi sueño es tener un centro.

—Me alegro por usted —añadió Don casi sin aliento—. ¿Va viento en popa?



—No, va muy despacio —se lamentó la joven—. Se trata del cuento interminable de las cosas que no se acaban a tiempo, lo que supone que tengo que estar siempre presente y supervisar todo. Si tengo que salir va mi compañero.

—¿Tiene compañero? —preguntó Don y se puso alerta.

El presentador se preguntó si ese era el motivo por el cual no lograba nada con ella. ¡Tenía un maldito compañero! ¿Vivía con él? ¿Follaban? ¡Mierda!

—Sí, tengo compañero —confirmó con frialdad—. Se llama Cole de Barge y también es entrenador personal.

—No me dijo que estaba prometida —añadió Don frunciendo el ceño.

—¿Prometida?

—Tiene compañero.

—¡Vaya, vaya! —Cameron se echó a reír—. Cole es mi compañero en el negocio. No soy su tipo.

—Usted es el tipo de cualquier hombre.

—Cole es gay.

El presentador se preguntó por qué se sintió tan aliviado e inquirió con tono ligero:

—¿De verdad?

—Es un tío fenomenal y Natalie, su hermana, es nuestra inversora.

—¿Tiene inversores? —preguntó Don y redujo la velocidad de la cinta.

—Solo uno: Natalie de Barge.

—Me parece que conozco a Natalie —apostilló el dueño de casa y abandonó la cinta—. Trabaja en un magacín de última hora de la tarde, ¿no?

—Exactamente —confirmó Cameron y le pasó una toalla.

—Claro, es muy buena —añadió Don acomodándose la toalla alrededor del cuello.

—Eso espero, ya que nos estamos quedando sin dinero.

Cameron se maldijo por haber hecho ese comentario y pensó que había dado demasiada información.

—¿Están cortos de fondos? —preguntó Don, pues presintió que por fin se le presentaba una oportunidad.

—Tal vez me vea obligada a subirle la tarifa —añadió Cameron deprisa y quitó hierro a sus palabras—. ¿Cree que podrá pagarme?

—Quizá debería incorporar a más inversores —propuso el presentador—. Lo que estoy diciendo es que yo podría...



—Gracias, pero no.

¡Por favor, no quería que Don Verona pensase que necesitaba su dinero, pues no era cierto! Ya se apañarían, no les quedaba otra opción.

—¿Cuándo se inaugura?

—Pensamos hacerlo en dos o tres semanas —contestó Cameron mientras se acercaban a las pesas—. Tal vez le apetezca venir.

—Ah... —musitó sabiamente el presentador—. Esta mujer me necesita para hacerse publicidad.

A Cameron no se le había ocurrido, pero en ese momento pensó que no estaría mal que algunos famosos asistieran a la inauguración del centro.

—¿Puedo contar con su presencia?

—Le propongo una cosa —añadió Don, tomó asiento en el banco y cogió un par de mancuernas—. Haremos un trato.

—Ay, ay, ay... —se lamentó la entrenadora con cautela—. No sé si estaré de acuerdo.

—Acudiré a la inauguración de su centro a cambio de que el domingo por la noche me acompañe a la fiesta de cumpleaños de un amigo.

—Sabe perfectamente que no...

—Claro que sí, lo sé, lo sé, no mezcla trabajo y placer. Piense en la publicidad que obtendrá si estoy en su local cuando abra las puertas al público. Ya sabe que la gente me adora —apostilló con ironía—. Tengo infinidad de fieles seguidores.

—Eso es chantaje —puntualizó Cameron severamente.

—Yo no he dicho que no lo fuera.

A la entrenadora no le quedó más remedio que sonreír.

—Señor Verona, es usted todo un personaje.

—¿Y usted? —inquirió el presentador y la miró con curiosidad.

—Vale, trato hecho —replicó Cameron y pensó en lo mucho que Lynda se emocionaría al conocerlo.

—¿Está segura? ¿No me dejará colgado en el último momento?

—¡Sería incapaz de hacer algo así! Si le apetece, traiga a algunos amigos famosos.

Cameron se dijo que más les valía que la inauguración estuviese salpicada de estrellas. Al fin y al cabo, estaban en Los Ángeles y era muy aconsejable comenzar con las mejores relaciones públicas.



—No tengo amigos famosos, solo son conocidos —respondió Don y realizó una serie de ejercicios para la parte superior del brazo.

—En ese caso traiga a su amiga.

—Tampoco tengo una amiga especial.

—La prensa dice que sí que la tiene.

—¿De verdad? ¿De quién se trata?

—De Mary Ellen Evans.

—Ay, caramba —se lamentó el presentador y dejó las pesas—. No se crea todo lo que lee.

—Está en Internet.

—¿En Internet?

—No es que viva pegada a Internet, pero lo he visto.

—¿Y está celosa? —preguntó Don con actitud provocadora.

—Desde luego. He perdido el sueño y apenas pruebo bocado.

—Ah, por eso solo duerme cinco horas por noche —añadió sonriente el presentador—. Está deprimida y decepcionada porque no fue la primera en pillarme.

—No creo que sea así.

—¿No lo cree? —insistió Don con tono de broma.

—No.

—En ese caso, ¿qué puedo hacer para que pierda el sueño? —Absolutamente nada.

—¿Está segura?

—Del todo, pero se lo agradezco.

—Ya veremos.

—¡Por favor! ¡Tiene un ego que se lo pisa!

—No es lo único que me piso...

—Está bien, está bien —se apresuró a añadir Cameron—. No quiero saber nada más.

Don sacó a relucir otra de sus famosas sonrisas. Su entrenadora personal comenzaba a entrar en razones. El presentador se dijo que su encanto no le había abandonado.

La deliciosa Cameron Paradise y él no tardarían en convertirse en una pareja.



13

Al entrar en la fiesta de cumpleaños que se celebraba en la planta alta de Mr. Chow, Cameron se dio cuenta de dos cosas. En primer lugar, era la mujer más joven y, en segundo, a las restantes no les sentó nada bien la presencia de una desconocida, sobre todo porque la desconocida no parecía una aspirante a actriz-modelo con las tetas falsas de rigor, los labios hinchados de silicona y la frente rellena de bótox. Lo que peor les cayó fue que iba con Don Verona.

Pronto se hizo evidente que, pese a estar casadas, todas sentían que merecían llamar la atención de Don Verona. Era el hombre preferido, famoso, soltero y heterosexual y, en el caso de que existiese la más mínima posibilidad, estarían dispuestas a meterse en la cama con él.

En la fiesta había muchas parejas y las mujeres rodearon a Don como si fuera la guinda del pastel. Mandy fue la primera; estaba resplandeciente con un Valentino de lentejuelas plateadas, diamantes por todas partes y el pelo recogido en un moño elegante que en realidad no le quedaba bien porque era demasiado baja.

—Hola, querida —saludó Mandy y repasó a Cameron de la cabeza a los pies—. Te llamas... —Calló porque en realidad no le interesaba saber su nombre.

Había supuesto que Don iría con Mary Ellen, esa chica de la tele abandonada por su marido, motivo por el cual se había convertido en la reina de la prensa sensacionalista. Al menos la pobre era famosa a su manera.

—Mi ayudante te dio su nombre —intervino Don afablemente y cogió un rollito de primavera de la bandeja de un camarero que se movía entre los invitados—. Es Cameron Paradise. Mandy, me cuesta creer que se te haya olvidado un nombre tan especial.

—Hola —saludó Cameron y se sintió incómoda y fuera de lugar con su sencillo traje de pantalón blanco y sin diamantes.

—Bienvenida, querida —añadió Mandy y se distrajo cuando entraron más invitados.

—Mandy es la esposa del tío del cumpleaños —explicó Don—. Llévala a tu gimnasio y todas las esposas de Hollywood la seguirán. A Mandy se le da bien eso de descubrir sitios nuevos.



—No creo que las esposas de Hollywood sean las clientas que más me interesan —reconoció Cameron fríamente.

—¿Quieres o no ganar dinero? —inquirió Don y cogió otro rollito de primavera—. Te aseguro que el primer paso consiste en tener a Mandy de tu parte. —Hizo una pausa y enarcó las cejas—. ¿Sabes quién es?

—Sí. Acabas de decírmelo, es la esposa del tío del cumpleaños.

—Y la hija de Hamilton J. Heckerling, el megaproducer con un poder inconmensurable.

—¿Qué has dicho? —preguntó Cameron y contuvo la risa, pues tuvo la sensación de que Don estaba un poco nervioso por haberla llevado, lo que significaba que no se controlaba como de costumbre, situación que a la entrenadora le resultó divertida.

—Busquemos a Ryan —propuso Don.

—¿Te refieres al tío del cumpleaños?

—Ni más ni menos. Probablemente pasa una grave crisis en un lugar tranquilo.

—¿Por qué?

—Porque cumple cuarenta y está como si se tratara del principio del fin.

—¿A qué se dedica? —preguntó Cameron e intentó mostrarse interesada.

—Es productor independiente. Estudiamos juntos. Probablemente Ryan es mi mejor amigo.

Tres féminas exageradamente vestidas rodearon a Don y lo envolvieron en nubes de Angel, Sapphire y Something Very Exclusive. Hablaron a la vez y, pese a que el hombre intentó presentarles a Cameron, su interés fue nulo.

—Enseguida vuelvo —murmuró la entrenadora y franqueó discretamente la puerta.

Pensaba tomarse un respiro en el servicio, pero estaba lleno de mujeres que parloteaban; como sintió claustrofobia, bajó y salió del restaurante, donde un montón de *paparazzi* le prestaron atención unos segundos y, al darse cuenta de que no era conocida, optaron por no hacerle el más mínimo caso.

Se alejó varios metros de la entrada del restaurante y respiró hondo... El aire fresco le sentó bien, pese a que estaba impregnado del humo de unos pocos pero resueltos fumadores que permanecían a las puertas del restaurante.

Cameron se dijo que se había equivocado al acompañar a Don. Ese no era su mundo, sino un universo lleno de hombres poderosos y mujeres ricas, algunos de los cuales eran famosos.



Su idea de la diversión consistía en ir al cine y cenar en un pequeño restaurante del barrio. Don no podía hacerlo porque era una estrella, de modo que su libertad de hacer lo que le viniese en gana era inexistente.

No volvería a compartir una salida con Don Verona, que no tenía nada que ver con su mundo.

Un hombre muy agitado caminaba calle arriba y abajo y murmuraba para sus adentros. A Cameron no le pareció la clase de individuo que se dedica a soltar tacos a media voz. Vestía un traje de buen corte, camisa azul y corbata de seda de un tono azul más intenso. Cuando la luz de la farola le iluminó el rostro, la entrenadora contempló los ojos más azules que había visto en su vida: ojos de un azul intenso en una cara irregular, de labios generosos y nariz ligeramente torcida. Durante unos segundos no pudo dejar de mirarlo. No era de una belleza perfecta, como Don, sino extraordinariamente atractivo.

Cuando pasó por tercera vez junto a ella, Cameron no pudo contenerse, por lo que avanzó un paso y preguntó:

—Oye, ¿estás bien?

El hombre se detuvo bruscamente y la traspasó con la mirada.

—Sí —replicó tras unos segundos en silencio—. Intento soltar estrés para no reventar.

—No es aconsejable reventar —comentó la entrenadora con tono jocoso y se preguntó por qué se le había acelerado el pulso.

—Venga, explícamelo.

«Lo haría encantada, me encantaría llevarte a la cama y explicártelo todo», pensó Cameron.

¿Qué demonios le ocurría? ¿Desde cuándo un perfecto desconocido la excitaba? Y, por añadidura, un hombre que murmuraba en voz baja y la hipnotizaba con sus ojos azules. No había sentido lo mismo desde el día en el que conoció a Gregg. Fue atracción instantánea.

Parecía que el desconocido no se dirigía a ninguna parte, por lo que Cameron se preguntó cómo llamar su atención.

—Oye, ¿cenarás en Mr. Chow? —preguntó, convencida de que esa frase había sido totalmente disparatada.

—Supongo que sí —repuso el desconocido.

De repente sus miradas crearon un intenso intercambio con carga sexual que ninguno de los dos se mostró dispuesto a interrumpir.

—Bueno, estás aquí —dijo Don, que surgió de la nada mientras los *paparazzi* entraban en acción y disparaban los flashes. Cameron apartó la mirada del



desconocido de ojos azules e intentó recobrar la compostura—. Y tú también —añadió el presentador dirigiéndose al desconocido y no hizo caso de los fogonazos que iluminaron su rostro—. Será mejor que muevas el culo y entres en el restaurante antes de que tu esposa pierda los nervios. Te aseguro que le falta muy poco. —Les dirigió una sonrisa satisfecha—. Veo que ya os conocéis. Ryan, ¿no te dije que era encantadora? ¿Tenía o no razón?

Ryan asintió a pesar de que estaba conmocionado. Esa mujer, esa criatura exquisita, era la nueva pasión de su mejor amigo. ¿Qué podía hacer ante eso?

No podía hacer absolutamente nada porque era un hombre casado y, por mucho que hubiese querido, no había nada, nada que hacer.

—Supongo que eres el tío del cumpleaños —murmuró Cameron.

—Yo soy ese —confirmó Ryan.

Sus miradas volvieron a cruzarse.

Cameron pasó la velada en medio del aturdimiento. Don le presentó a unos cuantos invitados, pero le dio exactamente lo mismo. Fue incapaz de dejar de observar a Ryan Richards, que, al parecer, no lo pasó demasiado bien. Más tarde supo por Don que Ryan estaba furioso con su esposa porque, pese a que había organizado la fiesta sorpresa, Mandy fue incapaz de invitar a los miembros de su familia, con los que su marido mantenía una relación muy estrecha.

Por si no tuviera suficientes valores, encima ese hombre quería a su familia. Eso sí que era novedoso.

Cameron preguntó discretamente a Don si los Richards tenían hijos y el presentador le contó la historia de los abortos espontáneos y del bebé que había nacido muerto.

A la entrenadora se le hizo un nudo en la garganta al imaginar la desilusión y la congoja que Ryan debió de sentir.

Regresaban a casa en coche cuando Cameron preguntó si Mandy y Ryan eran felices.

—Da la sensación de que los Richards te interesan mucho —opinó Don, que conducía con una mano en el volante y la otra sobre el hombro de su acompañante.

—Son los que dieron la fiesta, no puede ser de otra manera.

—¿Te has divertido? —quiso saber el presentador y no hizo caso de la pregunta que la joven había planteado.

—Verás... —repuso Cameron y titubeó unos segundos—. La comida es excelente.

—No me has respondido.

—Los invitados... En realidad no tienen nada que ver conmigo.



— ¿Quiénes tienen que ver contigo? — quiso saber Don y comenzó a masajearle el cuello cuando giraron por Sunset.

«¡No, por favor! — pensó Cameron—. Espera que vaya a su casa y es precisamente lo que no me apetece.»

— Las personas... las personas más relajadas — contestó—. Creo que debo avisarte que has tomado la dirección equivocada.

— ¿Estás segura?

— Te has equivocado.

— Supuse que, puesto que empezamos a entrenar a las siete y es tarde, sería más conveniente que te quedases a dormir en casa.

— ¿Has dicho conveniente? — preguntó Cameron y arrugó las cejas—. Esa sí que es nueva.

— Tengo cuarto de invitados — aseguró el presentador—. No pretendía presionarte.

— Yo tengo dos perros que, si no aparezco, me destrozarán la casa, por lo que...

— Me figuro que eso significa que tengo que dar la vuelta y acompañarte a tu casa — añadió Don con tono irónico.

— Por lo visto, ese es el plan.

— Eres una mujer dura.

— No, soy una mujer que trabaja duro — le corrigió.

Don la dejó en su casa sin protestar. Al menos el presentador sabía comportarse como un ser humano decente.

— Te veré sonriente a primera hora de la mañana — se despidió él y la saludó con la mano mientras se alejaba.

Cameron fue a casa del vecino a recoger a *Yoko* y a *Lennon* y entró apresuradamente en su vivienda.

¡Vaya con el tío del cumpleaños!

¡Vaya con Ryan Richards!

La cabeza le daba vueltas y más vueltas. Hacía mucho, muchísimo tiempo que no se sentía así.



ANYA

«¿Qué quieres que te haga?» eran las palabras que Anya empleaba cada día. Se habían convertido en su mantra. Había aprendido a preguntar lo mismo en varios idiomas. También había aprendido que, para sobrevivir, no podía mostrarse tímida y retraída; necesitaba ser agresiva en lugar de tumbarse y aceptar todo lo que le sucedía. Se lo había enseñado Velma, una polaca de veinte años que era la fulana más popular del burdel de Olga.

Los dos primeros meses Anya se había encogido y apartado de los hombres a los que debía servir. Individuos de todas las formas, tamaños y edades pasaron por la habitación que le habían asignado. Se abrían el pantalón y la usaban como querían.

La muchacha se sintió horrorizada y avergonzada. No había nadie que la protegiese, estaba presa sin más opción que tumbarse mientras una sucesión de hombres usaban su cuerpo para obtener gratificación sexual.

Dos veces al día le permitían bajar a la cocina para tomar una comida insulsa, casi siempre sopa y pan. Fue allí donde conoció a Velma, una chica corpulenta, de pechos enormes, pelo muy ahuecado y teñido de negro, kilos de perfilador de ojos oscuro y labios rojos como la mermelada de fresa.

Al principio Velma no hizo caso de la muchacha delgaducha y de expresión aterrorizada. Luego llegó a la conclusión de que, por mucho que tuviese la cara bonita, la nueva no representaba competencia alguna, por lo que al cabo de algún tiempo se apiadó de Anya y comenzó a dirigirle la palabra. Básicamente le transmitió lo que consideraba palabras sabias:

«No conseguirás que un hombre vuelva a solicitar tus servicios si te quedas quieta como un gato muerto», «¿No tienes maquillaje? Estás más blanca que un vaso de leche», «Ofrécete a chuparle la polla y te lo sacarás rápidamente de encima».

A veces Velma iba a la habitación en la que Anya dormía por la noche y se metía en su cama. En ocasiones la tocaba con caricias mucho más suaves que las que le hacían los hombres a los que estaba obligada a satisfacer. Esos hombres incluían a Ígor, que, en virtud de que la había llevado al burdel, consideraba que tenía derecho a aprovecharse de ella siempre que le daba la gana.

—Dile a ese cabrón que los servicios gratis se han terminado —le aconsejó Velma—. Si no te hace caso, quéjate a Olga, que no tardará en ponerlo en su sitio. Olga se ocupa de que todo el mundo pague por usar a sus chicas.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Anya.



—Demasiado —respondió Velma y encendió un cigarrillo—. Ahora Olga me paga y cuando haya ahorrado lo suficiente me iré.

—¿Adonde irás?

Velma se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez a Holanda. Me han dicho que en Ámsterdam las chicas ganan mucho dinero.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Anya y su mirada se iluminó ante la posibilidad de escapar de la vida que le habían impuesto.

—Puede ser —contestó Velma—. También me han dicho que dos chicas que se lo montan juntas son muy populares.

Aquel día plantaron la semilla de la huida y Velma comenzó a planificarla.



14

Ryan estaba tan furioso que condujo sin tener en cuenta su seguridad ni la de su esposa; además, había bebido demasiado y no estaba dispuesto a tener en consideración los sentimientos de su esposa.

—¡Eres una zorra jodida y mala y quiero el divorcio! —espetó, y prácticamente no hizo caso de la señal de stop.

Esas palabras sorprendentes sumieron a Mandy en el silencio. ¡El divorcio! ¿Se había vuelto loco? Semejante estallido era muy poco habitual en su esposo y se vio obligada a reconocer que, después de todo, lo había presionado demasiado al no invitar a su ridícula familia a la fiesta. Tendría que haberse dado cuenta de que excluir a la familia de Ryan era una insensatez. «¡Tonta, tonta y más que tonta!»

—No lo entiendes... —comenzó a decir Mandy y se preparó para dar una docena de justificaciones.

—Lo he entendido demasiado bien. Odias a mi familia, siempre ha sido así. Para ti no es lo suficientemente importante, ¿correcto, Mandy? No es lo bastante rica. Como no posee grandes empresas y estudios cinematográficos y sus miembros no son estrellas ni celebridades, ¿para qué mierda preocuparte por ellos?

—Lo que dices no es justo.

—Yo te explicaré lo que no es justo —añadió Ryan furioso—. Organizas una fiesta sorpresa por mi cuarenta cumpleaños y ni siquiera invitas a mi madre, por no hablar de mis hermanas.

—Es que son demasiados —balbuceó Mandy—. Pensé que más entrada la semana organizaríamos una celebración privada, una velada familiar en casa. Al fin y al cabo, no conocen a nuestros amigos. Esta noche no habrían disfrutado y se habrían sentido fuera de lugar.

—Que te zurzan, Mandy, lo que dices es una mierda —apostilló Ryan y giró hacia la calle de su casa.

—Escucha, si hubiera invitado a tu madre, a tus hermanas y a sus maridos, habrían sumado siete personas más. Dime, ¿dónde los habría metido?

—Ya está bien, ahórrame tus absurdas excusas —masculló cuando paró el coche frente a su casa.



- No son excusas —declaró Mandy tercamente.
- Bájate —ordenó el productor.
- No te entiendo.
- He dicho que te bajes del jodido coche. No pienso entrar.
- ¿Dónde irás?
- No es asunto tuyo.

Mandy nunca había visto tan cabreado a su marido ni le había oído maldecir tanto. Estaba segura de que, por la mañana, cuando se le pasase la borrachera, Ryan se arrepentiría. Se preguntó cómo tenía que tratarlo hasta que se hiciese de día.

—¡Fuera! —repitió Ryan con impaciencia—. ¡Lárgate!

Mandy se apeó a regañadientes y Ryan apretó a fondo el acelerador sin darle tiempo a pronunciar una sola palabra más.

Mandy entró enfadada en la casa. No era la forma en la que tenía prevista concluir la velada. El comportamiento de Ryan era imperdonable. ¿Cómo se atrevía a hablarle de una manera tan irrespetuosa? Si se enteraba, su padre se indignaría.

Claro que su padre no estaba cerca. Había emprendido un cruceo por Francia e Italia en compañía de una mujer que ella ni siquiera conocía. Sin duda se trataba de otra zorra aventurera con las manos metidas en los bolsillos de papá.

¡Maldito Ryan Richards! No apreciaba nada de lo que ella hacía por su bien. Se había tomado muchísimas molestias para organizar una fiesta fabulosa y así se lo devolvía.

Mandy deseó que le detuvieran por conducir bajo los efectos del alcohol, tal como le había ocurrido al tonto de su cuñado. Se lo tenía bien merecido.

Sin dejar de pensar en eso, subió la escalera, se quitó el vestido de diseño, se zampó dos somníferos y se metió en la cama.

Ryan estaba lo suficientemente sobrio como para saber que probablemente no sabía lo que hacía y que, desde luego, no debía conducir. ¡Madre del amor hermoso! Recordó las peroratas que le había soltado a Evie porque el alcohólico de su marido se sentaba al volante... y ahora era él quien hacía lo mismo.

Le embargaron sentimientos contrapuestos: ira porque Mandy ninguneaba a su familia; culpa porque acababa de conocer al último capricho de su mejor amigo y había experimentado una atracción abrumadora por ella, y tristeza porque no podía hacer absolutamente nada.

¿Cuáles eran los motivos?



En primer lugar, él estaba casado.

En segundo, ella salía con su mejor amigo.

¿O estaba equivocado? De acuerdo con lo que había comentado Don, entre ellos no pasaba nada. La entrenadora no estaba dispuesta a salir con él, y mucho menos a meterse en su cama.

Por otra parte... un poco antes Cameron había estado pendiente de Don y era posible que en ese mismo momento, mientras Ryan conducía sin rumbo fijo, estuviesen juntos.

Aparcó junto a la acera, abrió el móvil y telefoneó. Si Don no respondía, quedaría claro que Cameron y él eran pareja.

Y si respondía...

—Hola —dijo Don.

Su amigo había contestado, lo que significaba que la chica no estaba a su lado.

Ryan experimentó una profunda sensación de alivio.

—¿Qué pasa? —quiso saber Don e intentó disimular un bostezo—. ¿Para qué llamas? ¿Por qué no estás en la cama con tu encantadora esposa?

—Mi esposa es un mal bicho —masculló Ryan.

—Por fin te has dado cuenta de la verdad.

—Me voy a dormir a tu sofá.

—Un momento, puedes estar seguro de que no compartirás la cama conmigo —bromeó Don.

—Voy para allá.

—¡Te estoy esperando! —exclamó el presentador con sarcasmo.

—¿Dónde está tu amiguita?

—Lamentablemente, decidió volver a su casa —contestó Don—. ¿Qué te pensabas?

—Es demasiado buena para ti —dijo Ryan arrastrando las palabras.

—¿Lo sabes después de haber estado cinco minutos en su compañía?

—Es jodidamente buena.

—¡Tío, qué mal estás! Será mejor que vengas, pero conduce despacio. Prepararé café.

Ryan logró llegar a casa de Don, entró a trompicones, se quitó la chaqueta y se desplomó en el sofá. Cuando Don se acercó con una taza de café solo, el productor dormía a pierna suelta y roncaba.



Don meneó la cabeza, tapó a su amigo con una manta y se marchó al dormitorio.

Por la mañana, cuando Ryan despertó, la luz entraba a raudales por las enormes puertaventanas que conducían a la piscina, y *Butch*, el perro de Don, le olisqueaba la entrepierna.

—¡Mierda! —masculló y se sentó de sopetón.

Los acontecimientos de la velada desfilaron por su cabeza, que le dolía... ¡vaya si le dolía! Tuvo la sensación de que una perforadora le taladraba la sien derecha y de que una rata se había colado en su boca y muerto en el interior.

Abandonó el sofá y se dirigió al cuarto de baño de los invitados. Orinó, se miró en el espejo y se dio cuenta de que tenía un aspecto fatal. No solo era fatal, sino que se le veía insatisfecho. La verdad es que parecía penosamente triste. Fue entonces cuando lo comprendió: estaba triste. Al final la vida con Mandy se había vuelto insoportable. La víspera lo había dicho con rabia, pero la triste realidad apuntaba a que pensaba seriamente en pedirle el divorcio. No podía seguir viviendo una mentira con una mujer a la que ya no quería. Además, a la larga sería mejor para los dos.

Don todavía dormía y la puerta de su habitación estaba cerrada a cal y canto. Ryan se dirigió a la cocina, preparó café, dejó salir a *Butch* y pensó en volver a casa y afrontar la ira de Mandy. Su esposa tenía la extraña costumbre de darle la vuelta a todo y hacerle sentirse como si fuese él el que había fastidiado las cosas.

Esta vez no sería así, claro que no. Mandy se había equivocado al no invitar a su familia a la celebración de su cumpleaños. Era un grave error.

El día anterior Ryan había hablado con su madre y ella le dijo que quería ir a su casa para celebrarlo. Estaba claro que cumplir cuarenta no era una celebración, sino el ingreso en la edad madura, idea que le produjo una profunda depresión. Le había dicho a su madre que le era imposible porque Mandy había organizado una cena tranquila para dos.

La cena tranquila para dos había pasado a ser una comilona para él, ella y veintiséis malditos amigos de su esposa.

Ryan seguía cabreado. ¡Qué capulla!

Tras beber una taza de café, llegó a la conclusión de que no tenía sentido esperar a que Don se despertase. Su amigo le repetiría por enésima vez que era tonto por seguir con Mandy y no necesitaba que nadie se lo confirmase porque, por fin, lo había entendido.

Cogió la chaqueta, salió de la casa y en la entrada se topó con... con Cameron Paradise.



Ambos se llevaron una buena sorpresa.

—¡Vaya! —exclamó la entrenadora y se quedó de piedra—. Eres tú, el tío del cumpleaños.

—Hazme un favor y deja de llamarme así.

Ryan fue incapaz de apartar la mirada de ese bello rostro. A la luz del día era todavía más bonita gracias a su piel apenas bronceada, sus ojos verdes y límpidos y su pelo rubio natural.

—Supongo que tu gran día ya ha pasado —murmuró Cameron.

La joven pensó que daba la sensación de que Ryan había dormido con el traje puesto. Le dio igual, ese hombre le provocaba escalofríos. Por no hablar de sus ojos tan azules e intensos. Se quedó sin aliento y se sintió muy excitada sin saber por qué.

—Veamos... Don está durmiendo —informó el productor y carraspeó—. Aún no se ha levantado.

—He llegado temprano —reconoció Cameron y se apresuró a consultar el reloj—. Anoche no conseguí pegar ojo.

A Ryan le habría gustado preguntar por qué, por qué no había dormido y si se había dedicado a pensar en él.

Habría quedado en ridículo. Estaba claro que no había pensado en él, ya que apenas lo conocía. En realidad, Ryan se sorprendió de que la entrenadora le recordase.

—Puedes tocar el timbre o... —propuso, y pensó que hablaba como si le hubiesen concedido el título de tonto del año—, o puedes venir a desayunar conmigo.

Se impuso el silencio, un silencio tenso y cargado de palabras implícitas.

Finalmente fue Ryan quien lo rompió:

—Necesito alimentarme urgentemente.

—Desayunar parece un buen plan —replicó Cameron y experimentó ligeros estremecimientos de placer.

Se dijo que no pasaría nada si faltaba a la sesión con Don; ya le llamaría para darle una excusa.

—Conozco un pequeño local en Sunset donde preparan unos deliciosos huevos con beicon —propuso Ryan—. ¿Te interesa?

«Claro que me interesa, me interesa muchísimo.»

Algo chirriante resonó en su cabeza, eso que algunos llamaban la voz de la razón y que ella consideraba una soberana chorrada.

«Está casado.»



«Me parece que no está felizmente casado.»

«No es asunto tuyo.»

«No pasará nada por desayunar juntos.»

«¿A quién crees que engañas?»

—Bueno, vayamos a desayunar —aceptó Cameron entusiasmada.

—¿En mi coche o en el tuyo? —quiso saber Ryan y se percató de que su resaca mejoraba a cada minuto que pasaba.

—Coge tu coche y yo te seguiré —concluyó la entrenadora porque pensó que si faltaba a su cita habitual con Don, no era aconsejable que dejara el coche en la calzada de acceso a su casa.

—Conduciré despacio —prometió el productor y se sintió absurdamente contento.

—No es necesario, te seguiré.

Sus miradas se encontraron y el aire se cargó de electricidad.

Cameron subió al Mustang y esperó a que el Lexus se moviera. Lo siguió y, mientras se dirigía dondequiera que Ryan la conducía, dejó un mensaje a Don en el que le comunicaba que había surgido un imprevisto y no podía ir, pero que le vería al día siguiente.

«Esto es una aventura», pensó.

«Sí, claro, es una aventura que no tendrías que emprender.»

«¿Por qué?»

«Lo sabes perfectamente.»

¡Maldición! Ya nada podía pararla. Se había desencadenado una fuerza irresistible y era incapaz de contenerla.



15

Cuando despertó y se dio cuenta de que Ryan no había regresado en toda la noche, Mandy se sorprendió, a renglón seguido se molestó y por último se enfadó muchísimo. No se le pasó por la cabeza preocuparse.

Enseguida llamó a Ryan al móvil, pero saltó el contestador de voz.

Colgó frenética y se preguntó cómo se atrevía su marido a no contestar. Además, ¿dónde había pasado la noche?

Seguramente había ido a casa de Don, de Don Verona, su amigo soltero, una mala influencia que no simpatizaba mucho con ella. Mejor dicho, intentaba poner buena cara por Ryan, pero Mandy sabía que no le caía demasiado bien.

Le encantaría volver a ver a Don nueva y firmemente casado. Los amigos solteros tenían algo ligeramente amenazador, sobre todo los que se liaban con prostitutas.

Pues sí, todos sabían que Don Verona solicitaba los servicios de prostitutas. Probablemente la víspera había acudido a la cena con una señorita de compañía, esa rubia alta, de buen cuerpo y actitud comedida. La enfurecía que hubiese llevado a esa tía a una fiesta tan exclusiva. A veces Don no manifestaba nada de clase y era una pena, pues tenía todo a su favor, pero no sabía elegir a la mujer adecuada. ¿Por qué no había asistido con Mary Ellen? Seguramente era una actriz aburrida y de poca monta, pero al menos era famosa, lo cual tenía su valor.

Mandy se moría de ganas de llamar al móvil de Don y preguntar si su marido estaba en su casa, pero se negó a hacerlo. No quiso desempeñar el papel de esposa necesitada que persigue a su hombre.

¿Y si en plena borrachera Ryan se había ido con otra y había tenido relaciones sexuales con ella?

La idea le provocó náuseas. Su padre era un mujeriego reconocido. ¿Y si su marido se había convertido en lo mismo?

No, en el caso de Ryan era imposible. No podía ser tratándose del fiel Ryan, un hombre con una brújula moral estable cuya aguja jamás oscilaba.

Mandy sabía que su marido era atractivo para otras mujeres, lo que la llevaba a sentirse bien porque era demostración de su excelente gusto. De todas maneras, Lucy tenía razón, las solteras de Los Ángeles eran depredadoras, guapísimas e inescrupulosas cuando se trataba de pillar a un hombre... estuviera o no disponible.



Cogió impulsivamente el teléfono y llamó a Don.

—¿Puedo hablar con Ryan? —preguntó dulcemente, como si en el mundo no hubiera nada que la preocupase.

—¿Cómo? —masculló Don, que, como de costumbre, no se mostró dispuesto a ayudarla.

—¿Estás durmiendo? —preguntó Mandy al percatarse de que eran las siete y cuarto, probablemente demasiado temprano para llamar a alguien salvo que supieras que le gustaba madrugar.

—Sí, Mandy, estoy durmiendo —repuso el presentador y llegó a la conclusión de que, definitivamente, había llegado la hora de cambiar de número y evitar que Mandy conociese el nuevo.

—Lo siento, Don, pero tengo que hablar con Ryan —añadió, para nada arrepentida.

—¿Qué te hace suponer que está aquí? —inquirió el presentador y le dio largas.

—Porque eres la primera persona a la que acudiría —contestó Mandy y elevó el tono de voz.

—¿Has dicho acudir?

Mandy se preguntó por qué Don se mostraba tan endiabladamente difícil.

—Tuvimos un intercambio de pareceres y, como bebió demasiados mojitos, lo lógico es que Ryan se refugiara en tu casa —añadió Mandy, mantuvo un tono uniforme y se mostró agradable—. ¿Correcto?

—Tendrás que volver a llamar a una hora razonable —dijo Don y bostezó—. Ya te he dicho que estoy durmiendo.

Una vez más, Don Verona le colgó.

Mandy se quedó sin habla, ya que no estaba acostumbrada a semejante descortesía. Decidió que, de alguna manera, Don Verona tenía que salir de sus vidas de forma definitiva y, en el caso de que a Ryan no le gustase, que se aguantara.

«¡Cielos, la tía se pega como una lapa!», pensó Don, buscó a tientas el reloj y miró la hora. Habitualmente se levantaba más temprano, pero hoy había dormido hasta después de las siete. ¿Dónde estaban Cameron y sus ejercicios de campaña? Siempre llegaba a tiempo.

Se levantó, se dirigió al cuarto de baño, meó, se cepilló los dientes y buscó a Ryan, que ya no estaba en el sofá. Una vez sobrio, probablemente el pobre cabrón se había ido vencido y derrotado.



Como la cafetera estaba caliente, Don se sirvió una taza y leyó los mensajes del móvil. Tenía varios, casi todos de la víspera: su agente, el estilista del programa, Mary Ellen para invitarlo a su fiesta de cumpleaños y, a continuación, el primero de la mañana. Era de Cameron y le avisaba que había surgido un imprevisto y que no podía acudir.

Don se sintió extrañamente decepcionado. Se había acostumbrado a comenzar la jornada con ella y hoy no vendría.

¿Se debía a algo que le había dicho?

¿Tenía que ver con algo que había hecho?

Era imposible. La víspera, que había sido la noche de su primera cita, Don se había portado bien. No había habido apretones ni intentos de intercambiar un beso de buenas noches, a pesar de que le habría encantado... ¡ah, vaya si lo había deseado!

Cameron estaba casi todo el tiempo en sus pensamientos. Empezaba a sentirse como un adolescente incapaz de dar el primer paso con la animadora más guapa de la escuela. ¿Qué estaba pasando? Él era ni más ni menos que Don Verona. Podía escoger a la mujer que le diera la gana, por lo que no entendía qué tenía de especial Cameron Paradise.

«Lo especial eran sus labios, sus ojos, sus pómulos, su cuerpo, sus cabellos, su aroma...»

Estaba colado como un crío, por lo que no había solución.

A decir verdad, resultaba excitante, ya que últimamente estaba bastante harto, razón por la cual había apelado a los servicios de una prostituta. Las trabajadoras del sexo venían, te hacían lo que querías, cobraban y adiós muy buenas. Se trataba de una transacción limpia y clara.

De todas maneras, Don sabía que no era algo permanente, sino una fase por la que estaba atravesando. Poco después Cameron apareció en su vida y quedó enganchado, no pudo dejar de pensar en ella ni dejar de sonreír.

Tuvo la clara sensación de que, si actuaba correctamente, solo le esperaban buenos tiempos.

A las diez Mandy ya había llamado a las salas de montaje, al despacho de Ryan y por último, debido a que se quedó sin opciones, a su suegra, aunque a regañadientes.

Noreen Richards se mostró tan graciosa y encantadora como de costumbre.

—¡Mandy, querida, cuánto me alegro de tu llamada! Ryan me contó que anoche tuvisteis una cena íntima a fin de celebrar su cumpleaños. Las muestras de romanticismo son fundamentales. ¿Lo habéis pasado bien?



En el acto Mandy se dio cuenta de dos cosas: en primer lugar, Noreen no tenía ni la más remota idea de la cena en Mr. Chow y, en segundo, estaba claro que Ryan no había pasado la noche en la casa de su madre en Calabasas.

—Hola, Noreen —saludó Mandy y buscó a toda prisa una salida—. Yo... verás... pensé que daría una buena sorpresa a Ryan si tú y, por descontado, tus hijas y sus maridos vinierais esta noche a cenar a casa. Es una especie de celebración del día posterior al gran día.

—Me parece fantástico —afirmó Noreen—. ¿Ya has telefoneado a las hermanas de Ryan?

—No. En realidad, pensaba pedirte. Llámame cuando lo hayas resuelto y dime quién viene. ¿Te parece bien?

—Por supuesto, querida. En cuanto colguemos me pondré en contacto con ellas.

—Ah, Noreen, antes de que se me olvide, si hablas con Ryan no le digas nada —acotó Mandy apresuradamente—. Quiero darle una sorpresa.

—Tranquila, querida.

—Quedamos a las siete en nuestra casa. Hasta luego.

Mandy colgó con actitud triunfal. Así vería Ryan lo mucho que se preocupaba por él.

Por otro lado, tenía que buscar un servicio de *catering* y pasar toda la velada con la familia de Ryan. ¡Vaya tostón! ¿Qué era lo que solían decir? Ah, sí, «la vida es injusta y te sale el tiro por la culata».

Lo haría si era la única manera de apaciguar a Ryan. No le suponía ningún problema hacerle la pelota y convertirse, para variar, en la esposa perfecta.



16

Ryan no sabía dónde llevar a Cameron. Pensó que Hugo's, en Sunset, podía ser el lugar adecuado, pero llegó a la conclusión de que no era el mejor y acabó conduciendo hacia el hotel Four Seasons.

Acababa de cometer una tontería. ¿Y si una de las amigas de Mandy le veía en el hotel con una mujer?

Tal como se sentía en ese momento, lo cierto es que no le importaba. Se trataba de un desayuno totalmente inocente con una nueva entrenadora potencial. Sí, eso era todo, contrataría a Cameron para entrenar con ella, lo mismo que había hecho Don.

Llegaron al hotel, donde el aparcacoches saludó a Ryan por su nombre. Tras entregarle el Lexus, el productor informó al muchacho, que parecía un actor en paro, que la señora del Mustang iba con él y que abonaría ambos aparcamientos.

Cameron llegó por fin y Ryan se acercó deprisa y comentó:

—Bonito coche. ¿De qué año es?

—Del sesenta y nueve —respondió y se apeó del Mustang—.

Tiene catorce años más que yo y todavía funciona como un reloj. ¿Qué te parece?

Ryan hizo un rápido cálculo mental y llegó a la conclusión de que Cameron tenía veinticinco, veinticinco años de madurez, no era una tontita como la mayoría de las chicas.

De todas maneras... a los veinticinco era una niña en comparación con su edad avanzada. ¡Por favor, ya había cumplido los cuarenta! ¡Jodidos cuarenta! ¡Justo a él tenía que ocurrirle!

—Esto es un hotel —afirmó Cameron y dijo una perogrullada.

—Preparan el mejor desayuno de Los Ángeles.

—No voy vestida como para...

—Estás guapísima —la interrumpió Ryan.

Ya está, lo había dicho. ¿Decir algo tan evidente lo convertía en un viejo verde? En realidad, no era una frase hecha, sino su opinión sincera. Cameron era la mujer de sus sueños.

¡Error! Cameron era la mujer de los sueños de Don.



¡Mierda, mierda y mierda! No podía ser. Era una situación absurda y, por si fuera poco, estaba casado, jodidamente casado.

De todas maneras, podían ser amigos, ¿no?

Sí, claro, a Don le encantaría, se imaginó las palabras de su amigo: «¿Qué coño haces llevando a desayunar a mi chica? ¡Atrás, cerdo cuarentón, casado y salido! ¡Es mía!».

—Tengo hambre —reconoció Cameron, aunque no era exactamente así.

La entrenadora experimentó una sensación de vacío en la boca del estómago, pero no era de hambre, sino de expectación y anticipación.

—Yo también —afirmó Ryan y la cogió del brazo mientras cruzaban el vestíbulo del hotel en dirección al comedor, donde el jefe de comedor se deshizo en atenciones y les acompañó hasta una de las mejores mesas contigua al ventanal.

Enseguida llegó un camarero con las cartas. Cameron estudió la suya y ocultó la cara tras la cartulina mientras intentaba entender qué estaba haciendo.

Se había saltado el entrenamiento con Don para desayunar con un perfecto desconocido que tenía los ojos más azules que había visto en su vida, sonrisa ligeramente torcida y lo que parecía un cuerpo totalmente en forma bajo el traje con el que, estaba claro, había dormido. Por si eso fuera poco, poseía manos grandes, dedos largos de artista y... ¡maldita sea! En uno de los dedos llevaba la alianza matrimonial y Cameron se preguntó cómo se le había ocurrido acompañarlo.

—¿Qué te apetece? —quiso saber Ryan—. ¿Quieres huevos o prefieres el desayuno continental?

«Me apetece tú», pensó la entrenadora y dejó la carta sobre la mesa.

Sus miradas se encontraron y durante unos instantes el tiempo pareció detenerse.

Finalmente, Cameron desvió la mirada y murmuró algo acerca de que le gustaría tomar huevos a la benedictina. Ryan estuvo de acuerdo, por lo que pidió para dos, y de repente se pusieron a hablar de cine, literatura, política y arte.

Ryan sabía bastante de casi todo y Cameron le siguió el ritmo. Por las mañanas echaba un vistazo al *New York Times* y a *USA Today* para tener de qué hablar con sus clientes. También era forofa de la CNN y adicta al Discovery Channel. Resultó que él también.

Les sirvieron el desayuno, comieron con apetito y no dejaron de hablar. Cameron se tomó unos minutos para ir al aseo y cancelar las dos citas que tenía después de la de Don. No le importó. Por una vez en su vida se divertía. Cuanto más charlaban, más claro tenía que Ryan no solo le gustaba como hombre increíblemente atractivo, sino como persona.

Era bueno y honrado.



«Pero está casado, así que deja de fantasear.»

Iban por la tercera taza de café cuando el móvil del productor vibró por quinta vez. Lo cogió de la mesa para ver quién llamaba.

—Es mi hermana —explicó—. Será mejor que conteste.

¡Dios! Ryan respetaba los valores familiares; no había respondido a las llamadas anteriores, pero hacía una excepción para atender a su hermana. Cameron se dijo que era el hombre perfecto mientras el productor se alejaba de la mesa sin dejar de hablar por teléfono.

Durante un tiempo Gregg había sido igual... lo fue hasta que se convirtió en un monstruo que pegó a su esposa y mató a su futuro hijo.

Cameron había perdido ese hijo por culpa de Gregg y ese dolor insoportable perduraría para siempre. Olvidar era demasiado difícil y doloroso. Por ese mismo motivo no había establecido relaciones serias desde que escapó de Hawái; de hecho, tenía demasiado miedo de que volviesen a herirla.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, abrió su bolso y buscó a tientas las gafas de sol para disimular su vulnerabilidad mientras Ryan regresaba a la mesa con expresión seria.

—¿Va todo bien? —preguntó la entrenadora.

—Mi hermana me necesita —le dijo el productor—. Es urgente.

—Por mí no pierdas un segundo.

—Tengo que ir a su casa —añadió Ryan y pidió la cuenta—. Ayer salió de la cárcel el despreciable de su marido, que la ha amenazado.

—¿Has dicho que la ha amenazado? ¿Por qué? —inquirió Cameron y tuvo escalofríos, ya que la situación le pareció espantosamente conocida.

—Es una larga historia —replicó Ryan—. Su marido tiene problemas con el alcohol, siempre necesita dinero y no tienen precisamente un buen pasar.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó la entrenadora, se sorprendió de lo que acababa de decir y olvidó que debía ir a Paradise, pues presuntamente irían a instalar las líneas telefónicas.

—¿Para qué?

—Quizá pueda ayudar. La situación puede resultar difícil entre él y tú, pero si yo estoy presente... tal vez quede desdibujada.

Ryan pensó que no solo era guapa, sino que se preocupaba por todo. A Mandy jamás se le ocurriría hacer esfuerzos por su familia, preferiría morir antes que ir a Silverlake.

Llegó la cuenta. Ryan dejó un puñado de billetes sobre la mesa y se puso de pie.



—En marcha. Deja tu coche aquí, ya lo recogeremos más tarde.

—Natalie, soy Don Verona —se identificó el presentador.

Natalie de Barge se apoyó el teléfono en el hombro y movió los labios diciendo Don Verona para evitar que la maquilladora que se esmeraba en aplicarle pestañas postizas de una en una supiese quién llamaba.

La maquilladora se mostró debidamente impresionada.

—¡Vaya! Hola, Don —saludó Natalie e intentó mantener la calma, a pesar de que estaba realmente sorprendida de que Don Verona la hubiese llamado—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me he enterado de que has invertido en un centro de entrenamiento —afirmó, y fue directamente al grano.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Natalie—. Las noticias corren que vuelan. ¿Cómo te has enterado?

—Eso da lo mismo. Quiero participar.

—¿En qué? —preguntó Natalie confundida.

—Quiero formar parte del proyecto, poner dinero y convertirlo en el mejor local de la ciudad.

—Verás, Don, me parece fantástico, pero comprenderás que antes tengo que hablar con mi hermano, que es quien lo dirige —explicó Natalie lentamente.

—¿Te refieres a Cole?

—¿Lo conoces?

—A él no, pero conozco a Cameron. Por lo que tengo entendido son socios, ¿no?

—Da la sensación de que estás al tanto de todo.

—Natalie, te diré lo que quiero —apostilló el presentador, que no estaba dispuesto a perder un segundo más—. Pretendo ser totalmente anónimo. Estoy dispuesto a convertirme en socio capitalista y a poner todo el dinero adicional que necesiten. Lo único que quiero es que desconozcan mi identidad. ¿Puedes conseguirlo?

—Don, ni siquiera sé si necesitan otro inversor.

—A cualquier empresa le viene bien otro inversor. Queremos que todo vaya rápido, así que el administrador de mis negocios se pondrá en contacto con el tuyo y le dirás a tu hermano que tienes un amigo que quiere participar. Lo único que te pido es que no cuentes a Cole ni a Cameron quién soy. ¿Cuento con tu discreción?



—¿He de suponer que no estás dispuesto a explicar los motivos por los que quieres participar? —inquirió Natalie y se preguntó qué se proponía el presentador.

Don rió.

—Tienes toda la razón.

—¿Y qué recibiré a cambio?

—¿Qué quieres a cambio?

Natalie respiró hondo y se lanzó a la piscina:

—Quiero una entrevista exclusiva, en tres partes y en tu casa, que pasaremos durante la medición de los índices de audiencia.

—Natalie, Natalie... —el presentador suspiró—. Sabes perfectamente que no doy exclusivas y que jamás hago entrevistas en mi casa.

—¿Sí o no? —preguntó osadamente la hermana de Cole.

—Eres muy dura.

—Don, nunca dije que no lo fuera.

—Está bien.

—¿Qué es lo que está bien?

—Una exclusiva que no dure más de diez minutos. No se hará en mi casa, sino en el estudio.

—Estamos de acuerdo —confirmó Natalie y colgó bastante sorprendida.

No tenía una cita con Don Verona... sino algo mucho más importante: ¡una exclusiva con un hombre famoso por no dar entrevistas!

¡Lo había conseguido! Natalie de Barge se sintió feliz y satisfecha.



ANYA

No fue fácil escapar de Olga, pero Velma era espabilada, mucho más lista que Igor y Serguéi juntos. Velma se concentró en un puñado de clientes habituales a los que, después de chuparles la polla, les contaba historias lacrimosas. Les decía que tenía que ocuparse de su madre enferma y de un bebé que prácticamente se moría de hambre. Velma resultó tan convincente y sus habilidades eran tan excelsas que los hombres le creyeron y empezaron a dejarle dinero además de pagar por sus servicios. Un poquito aquí y otro poco allá no tardaron en convertirse en mía buena cantidad.

—Podrías hacer lo mismo —aconsejó Velma a Anya—. Los hombres son fáciles y cortitos. Hazles creer que te excitan más que nadie y así les sacarás lo que te dé la gana.

Anya asintió, sin saber muy bien lo que tenía que hacer, aparte de tumbarse como un trozo de carne en el tajo mientras se quitaban las ganas con ella.

Velma le enseñó algunas cosas, por ejemplo, la forma de comportarse en la cama y lo que tenía que decir a los hombres para satisfacer sus egos.

Al principio a Anya le pareció repelente y asqueroso hablar con esos hombres que eran tan bruscos y solo buscaban un breve rato de placer a su costa, pero en cuanto empezó a hacer y decir lo que Velma le había enseñado, cambió la actitud de los hombres hacia ella. La trataron mejor, solicitaron sus servicios cuando visitaban la casa e incluso le acariciaron rincones en los que no quería ser tocada... salvo por Velma; de todas maneras, le resultó más soportable que ser usada como un mero recipiente que invadían.

Poco después empezó a hacer comentarios sobre una hermana que no podía caminar y una madre a la que un accidente espantoso había dejado ciega. En cuanto comenzó, las mentiras salieron con facilidad y, al igual que Velma, no tardó en ganar dinero extra que ocultó a Olga.

Desde la invasión de su casa y el asesinato de su familia sustituía, por primera vez Anya sintió que tenía un mínimo control sobre su vida. Velma estaba en lo cierto: la mayoría de los hombres eran fáciles en cuanto aprendías a mentirles.

Poco a poco aceptó la sensación de poderío sexual que la dominó y finalmente comprendió que era decisivo para su supervivencia.

Fueron necesarios casi dos años de conspiración, planificación y ahorro hasta el día en que Velma decidió que había llegado la hora de irse. Anya estaba entusiasmada y aterrorizada. ¿Y si Olga iba tras ellas? ¿Y si lo desconocido era aún más aterrador que la sucesión de hombres



a los que se había acostumbrado a prestar servicios? Lo peor era pensar en la posibilidad de que Velma la abandonase.

De todos modos, estuvo dispuesta a correr ese riesgo, ya que Velma lo era todo para ella y no podía permitirse perderla.

Se fueron a las tres de la madrugada, mientras el resto de los habitantes de la casa dormían. Velma tenía un cliente habitual que disponía de un viejo coche y le convenció de que las ayudara a emprender el viaje. Otro cliente les consiguió pasaportes falsos. Las habilidades sexuales de Velma resultaron plenamente convincentes.

La salida de Polonia fue angustiada, sobre todo al llegar a la frontera. Anya tenía terror de que se dieran cuenta de que los pasaportes eran falsos y de que las enviaran de regreso al prostíbulo. Velma puso en práctica sus aptitudes con los agentes de frontera, con quienes coqueteó e intercambió bromas vulgares. Anya sabía que Velma se habría apeado del coche y se la habría mamado a cada uno de haberlo considerado necesario. No hizo falta. En cuanto cruzaron la frontera, el conductor del coche reclamó gratificación sexual por parte de las dos antes de dejarlas en una estación del ferrocarril.

En cuanto se fue, Velma lo tildó de repugnante cerdo polaco y en modo alguno se mostró agradecida por la ayuda que les había prestado.

Pasaron los días siguientes a bordo de trenes con rumbo a Ámsterdam, donde Velma había jurado que tenía un pariente. A veces los trenes estaban bien, pero en la mayoría de los casos estaban sucios y atestados, por lo que Anya se preguntó si había tomado la decisión adecuada.

Velma no tardó en ejercer su oficio. Cada vez que detectaba un posible cliente lo llevaba al aseo y le proporcionaba lo que pedía.

—Es dinero fácil —aseguró a Anya—. Deberías hacer lo mismo.

Anya negó con la cabeza.

—No quiero.

Velma la miró con severidad y apostilló:

—Harás lo que sea necesario porque, de lo contrario, no volverás a verme —Anya le hizo caso y volvió a prestar servicios a diversos hombres mientras los trenes cruzaban Europa. Cuando llegaron a Ámsterdam estaba agotada. A Velma no le ocurrió lo mismo.

—Nos mimaremos y pasaremos la noche en un hotel —comunicó a Anya—. Mañana empezaremos de nuevo. Mañana empezaremos a ganar dinero de verdad.

Anya estaba emocionada. Nunca había ido a un hotel y la idea de un lecho como corresponde y una ducha la entusiasmó.

Velma llamó un taxi y habló con el conductor, que le recomendó un motel modesto. En cuanto se registraron, Velma se echó sobre la cama y declaró que Ámsterdam era la mejor ciudad del mundo.

Anya estuvo de acuerdo.



—Este es nuestro nuevo hogar —afirmó Velma.



17

Sentada en el asiento del acompañante, junto a Ryan y de camino a Silverlake, Cameron se sintió totalmente a sus anchas, tuvo la sensación de que eran viejos amigos más que dos personas que se habían conocido la noche anterior.

La entrenadora notó que estaba preocupado; sin duda pensaba en su hermana. No quiso entrometerse, pero de repente Ryan comenzó a hablar del tema:

—Tengo tres hermanas y Evie es la más joven. Tenía dieciocho años cuando se fugó con este idiota. Actualmente tiene tres hijos y sigue con él.

—¿Qué hace su marido? —preguntó Cameron.

—Bebe y se gasta todo el dinero que pilla.

—Lo que pregunto es de qué trabaja.

—El cabrón es doble cinematográfico, pero no tiene demasiadas aptitudes. Me sorprende que todavía no se haya matado. Te aseguro que escenas peligrosas y alcohol son una mezcla pésima.

—¿Había amenazado antes a tu hermana?

—Por lo que ella me ha contado, no, pero tampoco me sorprendería que lo haya hecho.

—Lo lamento —musitó Cameron.

—Claro, yo también —añadió Ryan con expresión compungida.

Compartieron el resto del trayecto sumidos en un afable silencio. No sintieron la necesidad de hablar, pues sabían que después tendrían de sobra. A pesar de todo, Cameron estaba convencida de que indudablemente habría un después.

Lucy Lyons Standard tenía un plan. Puesto que parecía que el reciente anuncio de su retorno profesional había dejado impassible a su marido, tomó la decisión de desarrollar personalmente el proyecto. Al fin y al cabo, era a ella a quien se le había ocurrido el argumento, por lo que podía pedir a alguien que escribiese el guión. Así tendría algo que mostrarle a Ryan, dado que estaba convencida de que, en cuanto lo leyese, este se mostraría muy interesado en seguir adelante con el proyecto.



Phil se negó tajantemente a hablar del tema con ella. Cada vez que Lucy lo planteaba, el guionista abandonaba la estancia.

La venganza de Lucy consistió en negarse a prepararle la comida y a compartir su cama. Ninguno de esos castigos fueron nada del otro mundo, ya que la señora de la limpieza cocinaba mejor que ella y, por otro lado, supuso que su marido tenía mucho sexo con su ayudante asiática de veintitrés años, tetas pequeñas y puntiagudas y risa de hiena.

El problema de Phil consistía en que carecía de buen gusto; era capaz de tirarse a una planta si esta lo miraba de reojo y de follarse a la mujer más vulgar del mundo y hacerla sentir como una diosa. Tal vez no fuese el hombre más apuesto del mundo, pero las mujeres se sentían atraídas como las abejas por la miel. Parecía que percibían que Phil era un genio en la cama, que sabían que tenía una lengua de oro y que era experto a la hora de utilizarla. Con el paso de los años había perfeccionado el arte de satisfacer oralmente a una mujer y se concentraba en los puntos de placer exactos que la conducían a un éxtasis vertiginoso. ¡Maldito Phil!

Lucy condujo hacia la playa en su Mercedes descapotable blanco último modelo. Phil era generoso cuando se trataba de las cosas materiales, pero no tanto a la hora de compartir su poderoso talento. Le habría sido muy fácil ofrecerse a escribirle el guión y ayudar a que su carrera volviese a rodar.

Pues no, incluso se negaba a hablar del tema.

Por lo tanto, estaba obligada a contratar a un escritor desconocido, ya que, en tanto esposa de Phil Standard, no podía acudir a un guionista consagrado, pues ambos quedarían en ridículo.

Hacía varias semanas que un amigo abogado, mejor dicho, un conocido, había enviado un par de excelentes guiones escritos por su hijo universitario con el propósito de que Phil le hiciera el favor de mirarlos. Phil ni se había molestado en abrirlos, pero Lucy los había leído.

Los textos eran sorprendentemente novedosos y mordaces. Lucy quedó tan impresionada que iba de camino a conocer al chico, que estudiaba en la UCLA, para hablar de su idea y averiguar si estaba dispuesto a plasmarla en el papel.

Fuera como fuese, estaba decidida a demostrarle a Phil que era capaz de retornar a su profesión... y lo haría con o sin su ayuda.

Evie los recibió en la puerta de su casa con un ojo morado y en pleno ataque de histeria. Temblaba sin poderse controlar.



De repente Cameron experimentó una sensación de vacío en la boca del estómago, la misma que había sentido cada vez que Gregg terminaba de pegarle: una mezcla de miedo, odio y desvalimiento.

Evie mostró esas mismas emociones en su mirada cuando se echó en brazos de su hermano y sollozó.

—¡Cabronazo! —masculló Ryan rabioso—. ¡Es un cabronazo que no tiene perdón de dios! ¿Dónde está?

—Se ha ido —replicó Evie con un hilillo de voz—. Cogió mi bolso y salió pitando.

—¿Y los niños? ¿Dónde están?

—Afortunadamente, en el colegio.

Indecisa, Cameron avanzó un paso y murmuró:

—Bueno... hola...

—Te presento a Cameron, es amiga mía —explicó Ryan sin dilaciones.

—Sería aconsejable que entráramos y te pusieras hielo en el ojo —propuso la entrenadora con su tono más solidario.

Evie miró a Ryan con expresión dudosa y este movió afirmativamente la cabeza.

—Cameron tiene razón, entremos.

Los tres se dirigieron al interior de la casa, que parecía asolado por un huracán: había muebles caídos, un jarrón hecho añicos en el centro de la sala y libros y cedés esparcidos por el suelo.

—¿Qué ocurrió exactamente? —quiso saber Ryan y mantuvo un tono ecuánime, aunque ambas se percataron de que interiormente estaba que trinaba.

—Marty salió ayer de la cárcel —respondió Evie con tono bajo—. Llegó a casa enfadado y me acusó de no tocar resortes para sacarlo de la cárcel. Discutimos, así que cogió mi tarjeta de crédito y salió. Regresó esta mañana, todavía borracho, apestando a whisky y a... —Evie titubeó un segundo, miró a Cameron y dejó de hablar.

—Continúa —la alentó Ryan—. Ya te he dicho que Cameron es amiga.

—Está bien... —Evie se atragantó—. Olía a mujer de la cabeza a los pies. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Le... le acusé de engañarme y se enfureció, se puso a gritar como loco. Destrozó la sala, me pegó, exigió más dinero y se largó.

—¿Te había pegado con anterioridad? —quiso saber Ryan sin apenas poder controlar su ira.

—No —contestó Evie sin hacer frente a la severa mirada de su hermano.



«Claro que sí —replicó Cameron para sus adentros—. Su marido ya le había pegado. Lo tiene grabado en el rostro. Ryan, puedes creerme pues he pasado por lo mismo. Conozco esa actitud.»—Te garantizo que no volverá a golpearte. No te pegará de nuevo —aseguró Ryan.

—No quería pegarme —espetó Evie sin poderlo evitar—. Estaba contrariado.

«Por descontado. Además, ¿no tenía nada mejor que desfogarse contigo? —pensó Cameron—. Eres un blanco fácil, una mujer, alguien a quien le resulta muy difícil defenderse. En realidad, estamos programadas para no hacerlo.»—Por favor, Evie, me da igual cómo estuviera —aseguró Ryan, puso una silla en pie e hizo sentar a su hermana—. Pegar a una mujer es un acto de cobardía imperdonable.

—¿Dónde está la cocina? —inquirió Cameron—. Iré a buscar hielo para que te lo pongas en el ojo.

Ryan le indicó dónde estaba la cocina.

—Es una chica agradable —comentó Evie con tono bajo y no hizo preguntas.

—Es... bueno... es mi entrenadora —explicó Ryan.

—Sí, claro, veo que lleváis la ropa adecuada para una sesión de entrenamiento —añadió Evie.

Ryan experimentó cierta culpa. ¿Qué suponía Evie que ocurría?

El móvil del productor vibró y lo sacó del bolsillo para ver quién llamaba. Era Mandy y se trataba de su tercer intento. Su esposa estaba preocupada y a él le importaba una mierda.

—No puedes quedarte aquí —dijo a su hermana—. Iremos a buscar a los niños a la escuela y te llevaré a casa de mamá. En cuanto estéis todos a salvo, volveré y me ocuparé de Marty.

—No pienso ir a casa de mamá —aseguró Evie, presa del pánico—. Pensaré que soy una fracasada.

—No, no es verdad. Mamá lo comprenderá.

—Eso dices tú —acotó Evie y meneó la cabeza.

Cameron regresó a la sala con el cepillo y el recogedor. También había cogido un paquete de guisantes congelados y explicó a Evie cómo ponérselo en el ojo. A continuación barrió diligentemente los añicos del jarrón.

Ryan la contempló perplejo. Esa chica no tenía nada que ver con Mandy. La idea de que su esposa afrontara la situación de una forma tan cuidadosa y eficaz era impensable, al tiempo que parecía que Cameron sabía exactamente lo que tenía que hacer.



—El ataque de histeria se me ha pasado —reconoció Evie con el paquete de guisantes congelados apoyado en el ojo golpeado—. Me ocuparé de Marty. Conozco a mi marido y sé que me pedirá mil disculpas.

«Por supuesto —se dijo Cameron—. Te dirá que está profundamente arrepentido, que te quiere y te adora, y en cuanto se le vuelvan a cruzar los cables, te molerá a palos otra vez.»

—No pienso dejarte aquí —aseguró Ryan—. Ni lo sueñes.

—Por favor, Ryan —suplicó Evie—. No insistas. Me encargaré de Marty.

Siguieron discutiendo mientras Cameron ordenaba la sala y finalmente Evie convenció a su hermano de que no habría problemas.

—Si estás segura... —apostilló Ryan, que era reacio a marcharse.

—Estoy segura —confirmó su hermana prácticamente recuperada—. Vete a tu... a tu sesión de entrenamiento y prometo que te llamaré más tarde. —Evie se estiró y cogió a Cameron del brazo—. Lamento que me hayas visto así. Agradezco tu delicadeza.

—Está bien... —musitó Cameron, a quien le habría gustado ayudar un poco más—. Te comprendo.

«Ay, sí, te aseguro que te comprendo. He pasado por lo mismo y la única solución consiste en irte mientras puedas. No postergues la toma de decisiones porque puedes tener la certeza de que, una vez que te pegan, volverá a ocurrir.»

Después de abrazar a su hermana y hacerle prometer que lo llamaría a cualquier hora del día o de la noche, Ryan cogió a Cameron del brazo y la condujo hasta el Lexus.

—No me parece correcto —opinó el productor y meneó la cabeza—. ¿Crees que debería quedarme y proporcionar a ese cabrón lo mismo que le dio a mi hermana?

—Evie no quiere que te quedes —precisó Cameron—. Necesita decidir por su cuenta lo que tiene que hacer.

—¿Estás segura?

Cameron movió afirmativamente la cabeza.

—Por regla general es así.

El productor contempló su rostro unos segundos y al final preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

—Verás... tuve... tuve una amiga que pasó por lo mismo —respondió, ya que Ryan la había pillado con la guardia baja—. Al final... al final, se aclaró y se largó.

La entrenadora notó que Ryan la traspasaba con la mirada de sus ojos intensamente azules.



—Te pasó a ti, ¿no?

—¿Cómo dices?

—Fuiste tú la que se aclaró y se largó.

A Cameron se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo se había dado cuenta? El simple hecho de pensar en lo ocurrido la afectaba tanto que no quiso entrar en el tema. Gregg pertenecía a su pasado. La entrenadora se dijo que ahora era fuerte e invencible y que nunca más permitiría que alguien se acercase tanto como para volver a hacerle daño.

Ese era su plan y no estaba dispuesta a desviarse ni un ápice.



18

Estaba todo organizado. Mandy había contratado un cocinero, tres camareros y un barman, demasiado personal para nueve personas, pero no le importaba ya que no estaba dispuesta a echar una mano y la señora de la limpieza no estaba disponible esa noche. Se planteó la posibilidad de despedirla, pero luego se dijo que tendría que enseñar a una nueva y no tenía la más mínima intención de volver a vivir esa pesadilla.

Ryan tenía la culpa de todo. Cuando se casaron, Mandy insistió en contratar a un matrimonio interno, pero su marido se negó tajantemente pues quería disfrutar de la libertad de no tener servicio todo el día en casa. Se trataba de una batalla que Ryan había ganado. Cuando se trataba de cuestiones domésticas, Mandy solía salirse con la suya, aunque a veces Ryan se mostraba inflexible. Aquella había sido una de esas veces, motivo por el cual no tenían servicio interno.

A Mandy le daba vergüenza contárselo a sus amigas. Lucy y Phil daban trabajo a una pareja guatemalteca, a un par de señoras de la limpieza que iban todos los días, a una lavandera, a una niñera inglesa para sus dos hijos y a tres colaboradores que también trabajaban desde la casa. Lucy decía que toda ayuda era poca porque Phil era el hombre más desordenado del planeta, los niños daban mucho trabajo y además tenían una casa de fieras variadas.

Impulsivamente Mandy cogió el teléfono y llamó a Lucy, que contestó en el acto.

—Estoy conduciendo —anunció Lucy y maniobró con una sola mano apoyada en el volante—. Me dispongo a entrevistar a un escritor para que desarrolle mi idea.

—¿Lo sabe Phil? —preguntó Mandy.

—A la mierda con Phil —espetó Lucy—. Es un dictador imbécil.

—¿Seguís sin dirigiros la palabra?

—Ya lo creo que nos hablamos —contestó Lucy con tono funesto—. En la cama no permito que se me acerque y, por mucho que haga por otro lado, Phil detesta que no le dé la ración de cada noche.

—¿De cada noche?

Mandy estaba impresionada. Debía de ser cierto lo que decían de Phil y de su apetito sexual insaciable, por no mencionar su enorme pene. Claro que el tamaño no era tan importante y, además, en ese aspecto a Ryan no le faltaba nada.



Cierta vez, durante la fiesta navideña anual, Phil la había abordado en el cuarto de baño. Había cerrado la puerta con llave, declarado que era una preciosidad ardiente, la había arrinconado contra el tocador e intentado meterle la lengua hasta la campanilla.

Mandy lo había apartado y le había comunicado que no era la clase de mujer que engaña a su marido, sobre todo cuando se supone que su marido era uno de los mejores amigos de Phil.

Phil se había reído muchísimo y se había puesto rojo porque estaba muy borracho; abrió la puerta del baño y se apresuró a decir a todo aquel que estaba dispuesto a escucharlo que Mandy era una zorra frígida.

«¡Ya te vale! —había pensado Mandy en su momento—. Si supieras lo que Ryan y yo hacemos en la cama, llamarías frígida a tu abuela.»

Eso había ocurrido en el pasado, antes de los dos abortos espontáneos y del bebé que nació muerto, antes de que la rutina matrimonial los dominara y se acostumbrasen tanto el uno al otro que el sexo dejó de ser excitante.

Mandy pensó que le convenía hacer algo para alegrar la vida sexual si Ryan no estaba satisfecho. Su marido había pronunciado la palabra más temida, «divorcio», lo cual era impensable. Mandy llegó a la conclusión de que cuando lo planteó estaba borracho y enfadado, por lo que no hablaba en serio. De todas maneras...

Le resultaría insoportable oír los gritos de alegría de su padre en el caso de que Ryan y ella se divorcieran. «¡Te dije que era un maldito perdedor, un picha floja con espermatozoides de poca calidad!»

Hamilton nunca se cansaba de repetir que los abortos espontáneos y el niño que había nacido muerto eran resultado de los espermatozoides débiles de Ryan. Incluso Mandy se escandalizaba cada vez que su padre decía tantas tonterías.

Suspiró y analizó la mejor manera de hacer las paces con Ryan. El primer paso era la cena familiar y, una vez resuelta, Mandy no vio motivos que justificasen que tuviera que soportarla en solitario, por lo que preguntó:

—¿Qué hacéis esta noche?

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber Lucy, que había aprendido a no comprometerse hasta conocer por qué le planteaban esa pregunta, sobre todo cuando era Mandy quien la hacía.

—He organizado una cena íntima para Ryan —repuso Mandy e intentó que la propuesta resultara tentadora—. Es en casa. Me gustaría que Phil y tu vinierais.

Lucy tardó unos segundos en responder. Una cena íntima en casa de los Richards parecía la oportunidad ideal para arrinconar a Ryan y hablarle del argumento que se le había ocurrido.



—Tengo que consultar a Phil, pero me parece bien —respondió y redujo la velocidad a medida que se acercaba a su destino—. Ya te llamaré y te diré algo.

—De acuerdo —concluyó Mandy y pensó que no tendría que atender en solitario a la familia de Ryan, lo que era un gran alivio.

Por añadidura, los Standard merecían la pena, ya que eran una estrella antaño muy importante y un guionista ganador de un Oscar. ¡Ojalá la familia Richards fuese tan afortunada!

Sentado en su despacho, con una extraordinaria vista panorámica de Burbank, Don estaba irritable y se desquitaba con cuantos le rodeaban. Se quejó de que el café estaba tibio, de que las galletas estaban duras, de que el aire acondicionado de su oficina estaba demasiado fuerte y de que los invitados del programa de esa noche no resultaban convincentes.

—¿Qué te pasa? ¿Te has caído de la cama? —preguntó Jerry Mann, su productor.

Jerry se acercaba a los sesenta años, estaba calvo, lucía un bronceado intenso, mostraba una actitud relajada y se las sabía todas. En otra época había trabajado con Carson, Griffin y Letterman. Estaba al tanto de todo, era más listo que el hambre, se había formado en la vieja escuela y no había nada que desconociese del mundo del espectáculo; por añadidura, nada le confundía, motivo por el cual a Don le agradaba trabajar con él. Eran socios en un programa por el que Don jamás había apostado, pero, pocos meses después de que el jefe de la cadena lo convenciese, los índices de audiencia empezaron a subir y ahora, ocho años después, estaba en lo más alto. Su ambición original había consistido en convertirse en periodista de noticias de una cadena como la CNN e informar desde zonas en conflicto y lugares de interés. Sin embargo, el destino lo había conducido en otra dirección.

—Esta mañana no realicé la sesión de entrenamiento —se lamentó Don—. Mi entrenadora no se presentó.

—Hablas como un perrito faldero —bromeó Jerry—. Súbete a una de las puñeteras máquinas que tienes en casa y entrena por tu cuenta.

—Necesita a Cameron —intervino Jill Khoner, la productora asociada que le había recomendado a la entrenadora—. Es la mejor de Los Ángeles y te motiva para que hagas cada vez más ejercicio. Don, ¿verdad que tengo razón? ¿No estás agradecido? Aunque no está bien que lo diga yo, lo cierto es que te hice un gran favor.

—Sí —replicó Don y procuró no mostrarse demasiado entusiasmado—. Cameron es bastante motivadora.



—Todos pensamos que es lesbiana —comentó Jill con tono confidencial y soltó una risilla significativa, como si supiera más de lo que decía—. Nunca tiene una cita ni sale con hombres. ¿Qué opinas?

«Opino que me encantaría hacerte tragar esa sonrisa sarcástica. La chica de mis sueños no es lesbiana. ¿O lo es?»

¿Era posible que ese fuera el motivo por el cual lo rechazaba? ¿Cameron Paradise era chupacoños, boyera, tortillera?

«¡No....! Bueno, tal vez...»

¡Mierda! Sería realmente sorprendente. Además, ¿qué le había respondido cuando la invitó a salir?

Intentó recordarlo. Había dicho algo así como «Como no quiero salir con usted supone que soy lesbiana.»

—Don, ¿qué opinas? —repitió Jill.

Jill no lo dejaba en paz. Sin duda quería conocer su opinión experta, pues todo el mundo sabía que, cuando se trataba de mujeres, Don Verona era un experto o, como mínimo, es lo que se suponía.

—Ni se me había ocurrido pensarlo —repuso con gran indiferencia. No quería que nadie sospechase que Cameron le caía bien, realmente bien—. Se trata de una entrenadora excelente y eso es lo único que me importa.

—Tienes razón. Además, está a punto de abrir su propio centro deportivo —añadió Jill con gran entusiasmo—. Me muero de ganas de conocerlo.

—¿Hablamos o no del programa de esta noche? —quiso saber Don y cambió rápidamente de tema.

Lo cierto es que le fastidiaba que Cameron hubiese suspendido la sesión y no quería volver a hablar de ella.

—Birdy Marvel interpretará una canción de su próximo cedé —precisó Jerry y carraspeó—. Saldrá la semana que viene. ¿Qué te parece si le haces una breve entrevista?

—¡No! —respondió Don con tono tajante—. No pienso hablar con esa estrella pop descerebrada a la que has insistido en invitar. Cantará una canción y ya puede largarse. No posará su culo desnudo en mi sofá. ¿Ha quedado claro?

—De acuerdo, Don —apostilló Jill y pensó que su jefe resultaba muy sensual cuando estaba de mal humor.

A renglón seguido se preguntó a quién se tiraba. Corría la voz de que últimamente había contratado prostitutas. No se lo reprochaba. La prensa era implacable a la hora de criticar a los famosos y sus relaciones.



—Haz lo que quieras, pero deberías saber que su grupo de seguidores es impresionante —terció Jerry y se encogió de hombros.

—Me importa una mierda —replicó Don—. ¿Ha quedado claro? Una canción y adiós muy buenas.

—¡Más rápido! —gimió Phil.

La joven asiática que estaba agachada entre sus piernas dejó escapar un sonido ronco.

—¡Tía, te he dicho que más rápido! —la apremió Phil mientras la boca de la muchacha le ceñía un poco más el pene e intentaba acelerar el ritmo.

Phil no tenía ningún problema, era la asiática la que no sabía hacerlo. Carecía de técnica y si la mujer no tenía técnica, el guionista no se corría.

Phil notó que se le bajaba y apartó a la joven.

La chica rió con nerviosismo. Phil recordó que Lucy la había acusado de reír como una hiena y, como de costumbre, tenía razón.

Lucy hacía unas mamadas épicas, mamadas de estrella cinematográfica... pese a que ya no lo era. Ese era precisamente el motivo por el cual discutían, debido a que no estaba dispuesto a ayudarla a regresar a la gran pantalla.

Phil Standard no era tonto. Tenía una esposa indescritiblemente guapa, sexy y talentosa que no estaba dispuesto a compartir con el público voraz. Hacía una década, cuando se conocieron, Lucy estaba rodeada de agentes, publicistas, directores, apuestos compañeros de reparto, productores, estilistas, maquilladores y una sarta de parásitos. Había logrado apartarla de su séquito, la había enamorado y preñado, se había casado con ella y de alguna manera había conseguido apartarla de la mierda de la industria cinematográfica y hacerle llevar una existencia normal... mejor dicho, todo lo normal que puede ser cuando te dedicas al cine. Guionista con un éxito arrollador, Phil jamás había sentido la necesidad de tener séquito, por lo que gradualmente se había deshecho del de su esposa.

Su existencia era muy buena. Poseían una gran casa, amigos interesantes, dos hijos púberes que de momento no habían causado demasiados problemas y sus queridos animales. Por si eso fuera poco, Phil daba a Lucy todo lo que esta quería: coche nuevo, casa en la playa, vacaciones en Bali, ropa de diseño y montañas de bolsos y zapatos. Lucy podía comprar cuanto deseaba.

De repente había soltado el bombazo: quería regresar al cine.

Pues no, Phil no estaba dispuesto a permitirlo.



El regreso al trabajo la expondría a toda clase de tentaciones y, pese a que en su opinión estaba bien que él se follara a quien le daba la gana porque no tenía la menor trascendencia, en el caso de Lucy desde luego que no era correcto. Cuando se trataba de su esposa, Phil Standard dejaba entrever una posesividad agresiva.

—Suki, es suficiente —musitó mientras la asiática intentaba animarlo con la mano—. No estoy de humor.

Suki salió de debajo del escritorio y, con expresión dolorida, preguntó:

—Phil, ¿he hecho algo mal?

—No es por ti, sino por mí —replicó, apelando a la frase más famosa que se conoce.

—Podría...

—No, Suki, hoy no —la interrumpió y se cerró la bragueta.

—Hola —dijo Lucy y miró al joven que abrió la puerta de su destartalada casita en Venice.

El chico vestía una desgastada camiseta de la UCLA y tejanos desteñidos e iba descalzo. Su cabello rubio decolorado estaba revuelto y ligeramente húmedo, como si acabara de salir de la ducha.

La actriz retirada esperaba un estudiante más que semejante semental.

—Soy Lucy Standard —se presentó.

—Encantado de... bueno... Señora, encantado de conocerla —aseguró el muchacho y le estrechó la mano. Lucy se preguntó si le tomaba el pelo al llamarla señora—. Pase —añadió con acento ligeramente sureño—. Parece un tugurio, pero, como me enseñó mi padre, cada uno tiene que ocuparse de lo suyo. Nada de limosnas.

—Sí, claro —confirmó Lucy y entró—. Tu padre es un excelente abogado.

—Ya lo creo. Mi madre siempre me lo dice, a pesar de que se separaron cuando yo tenía siete años.

—¡Qué pena!

—Así es. Papá se mudó a Los Ángeles y nosotros nos quedamos en Tennessee. Ahora que vivo en Los Ángeles mi padre y yo volvemos a estar cerca.

—Me parece encantador —opinó Lucy mientras estudiaba la luminosa vivienda de una estancia que daba al paseo de tablas de madera de Venice.

En el centro de la estancia había un futón, así como varios montones de ropa, pilas de periódicos y revistas, un viejo escritorio de madera de pino repleto de libros, más el ordenador y diversos equipos electrónicos.

—Creo que debería explicarte lo que se me ha ocurrido —añadió Lucy y reparó en la gruesa capa de polvo que lo cubría todo, salvo el escritorio.



—Dispare. Me muero de ganas de empezar.

—No me cabe la menor duda —murmuró, al tiempo que se preguntaba si era malo tener pensamientos impuros con un adolescente musculoso—. A propósito, ¿qué edad tienes?

El joven la miró.

—Señora Standard, ¿la edad plantea algún problema?

—Llámame Lucy y tutéame —se apresuró a añadir la actriz retirada—. Bueno... no, no plantea el menor problema. Simplemente sucede que...

—Lo sé, lo sé —repitió el muchacho y le dedicó un sonrisa pueril—. Mi madre dice que parezco más joven de lo que soy. De todos modos, mis guiones te gustaron, ¿no es así?

—Por eso he venido.

—En ese caso, la edad no tiene la menor importancia —añadió confiado—. No quiero jactarme, pero tengo en marcha más cosas que algunos vejestorios de treinta y cinco años que ya están agotados.

¡El chico pensaba que alguien de treinta y cinco años era viejo, lo que significaba que probablemente la consideraba una anciana! ¡La idea era encantadora!

—Tengo diecinueve años —apostilló el muchacho y esbozó otra sonrisa fascinante—. Además, estoy más que preparado para conquistar Hollywood. Por lo tanto, señora Standard... perdón, Lucy... pongamos manos a la obra.



19

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Cole con expresión gélida—. Tuve que suspender dos sesiones y venir corriendo para aquí.

—Lo siento muchísimo —se disculpó Cameron, abrumada por la culpa—. Un amigo tuvo... bueno, tuvo una urgencia y fui a ayudarlo.

—¿Quién? —quiso saber Cole receloso y la miró a los ojos, pues entre Cameron y él no había secretos... o, al menos, eso pensaba.

—Verás... hummm... Katie y Jinx se liaron en una discusión de locos —mintió—. Lui a toda velocidad a su casa para impedir que se matasen.

Se preguntó por qué no le decía la verdad a Cole. ¿Por qué no le contaba que había conocido a alguien a quien deseaba desesperadamente, un hombre casado y que era del todo inalcanzable, lo que significaba que no podía hacer nada para remediarlo?

—¿Y tu móvil dejó de funcionar? —inquirió Cole, todavía cabreado—. ¿No podías avisarme de que no vendrías al local? El tío de la compañía telefónica me llamó para decir que no sabía qué líneas tenía que poner y dónde. Eres tú la que trata con él. Tuve que marcharme en medio de la sesión con el director de una cadena. Tía, te aseguro que se puso furioso.

—Ay, cielo —musitó Cameron avergonzada—. Supongo que el móvil se apagó.

—Te dejé tres mensajes —añadió Cole con tono acusador y la expresión de contrariedad demudó sus bonitas facciones.

—Así es, tienes razón —confirmó Cameron después de escuchar el buzón de voz, que contenía tres mensajes de Cole y dos de Don.

—Debería volver a mi trabajo, siempre y cuando estés segura de que no tendrás que afrontar más urgencias —acotó el entrenador sarcásticamente.

—Estoy segura —respondió Cameron y se preguntó si su amigo se había percatado de que, por algún extraño motivo, no podía dejar de sonreír.

En realidad, entre Ryan y ella no había pasado nada, simplemente se había dado una conexión asombrosa, el encuentro de las mentes, la sensación de que podía pasar veinticuatro horas diarias con él sin aburrirse.

Al irse de Silverlake habían charlado un rato más. Cameron no había revelado muchas cosas porque no le interesaba.



Ryan Richards no la había presionado. Era un hombre especial, la entrenadora lo había percibido la primera vez que lo vio.

Cuando llegaron al hotel para recoger el coche de Cameron, el productor le preguntó si podía incluirlo en su agenda de entrenadora personal.

Había respondido que por supuesto y pensado: «¡Gracias, Señor! Esté o no casado, al menos volveré a verlo». Habían quedado de lunes a viernes a las seis de la tarde, lo que significaba que tendría que cambiar el horario de un cliente al que ya le había reservado esa hora, pero, tal como se sentía, incluso habría cancelado las sesiones con Brad Pitt.

Ryan había añadido que sería mejor que no dijeran nada del desayuno ni de la visita a Silverlake.

Cameron había estado de acuerdo.

Solo había pasado un día y ya compartían secretos. ¿Por qué esa certeza le aceleró el pulso?

«Te estás desviando de tu camino.»

«No me estoy desviando.»

«¿Cómo dices? Faltan pocas semanas para que inaugures tu propio centro y aun tienes mil cosas que hacer, pero te pasas la mañana perdiendo el tiempo con un ilustre desconocido.»

«No es un desconocido, sino un nuevo cliente y necesito tantos clientes nuevos como pueda conseguir.»

«¿A quién demonios crees que engañas?»

Su monólogo interior quedó interrumpido por la llegada de Lynda y Carlos. Lynda era pura sonrisa y Carlos se pavoneaba con actitud machista.

—¡Por favor! ¡Este lugar es increíble! —exclamó Lynda, que estaba de fábula con un ajustado top rojo y tejanos ceñidos que resaltaban su trasero, muy parecido al de Jennifer López—. ¿Nos mostrarás las instalaciones?

—Por supuesto —replicó Cameron—, siempre y cuando no tropieces con los cables sueltos.

—Ayer fue mi último día de trabajo en Bounce —declaró Lynda y se ahuecó la cabellera castaña rizada—. Me parece que el señor Bronceado de Bote sospecha lo que está ocurriendo.

—Da lo mismo, pues no puede hacer nada. Ninguno de nosotros ha firmado un contrato con él.

—Afirma que eso no importa —añadió Lynda con tono de preocupación—. Dice que os demandará a Cole y a ti por la pérdida de clientes.



—Ya puede intentarlo —afirmó Cameron con gran serenidad—. A mí no me preocupa. ¿Y a ti?

—Claro que no —declaró Lynda en un arranque de osadía—. Vendré a trabajar aquí. ¡Tía, te aseguro que ya no puedo esperar más! —Carlos le asestó un notorio codazo—. Ay, sí, antes de que se me olvide. Carlos conoce a un contratista, a un hombre que es dueño de su empresa y gana una pasta gansa. Se nos ocurrió que...

—¡No! —la interrumpió Cameron—. ¡No quiero ni un solo recomendado más!

—No se trata de un recomendado —se defendió Lynda y puso cara de ofendida—. Estamos hablando de un contratista. Carlos pensó que tal vez podría echarle una mano.

—Eso es —terció Carlos—. Solamente cobra en efectivo... pero tiene precios ajustados y trabaja rápido. Deberías conocerlo.

—¿Qué opinas? —quiso saber Lynda.

—Creo que apuntaré su número de teléfono.

—Además, no está nada mal —Lynda rió entre dientes—. Es un tío interesante, al estilo de Tony Soprano.

—¡Ya está bien! —Cameron suspiró.

—¡Ya te tengo! —chilló Lynda y se aferró al brazo de Carlos—. Está casado, de modo que no está disponible por mucho que te enamores locamente de él.

«Sí, como Ryan —pensó Cameron—. Está casado y vedado, por lo que, ¿para qué entrar en ese tema?»

«Porque no puedo evitarlo, por eso entro en el tema.»

Ryan alquilaba varios despachos en un pequeño edificio de Ventura Boulevard. El arreglo le iba bien porque, cuando estaba en plena producción, disponía de muchos metros para arrendar y, entre un proyecto y otro, reducía los gastos al mínimo y solo utilizaba dos oficinas y una ayudante. No le gustaba desperdiciar el dinero e invertía hasta el último céntimo en la película en la que trabajaba. Esa situación enfurecía a Mandy, quien pensaba que, al igual que su padre, su marido debía contar con grandiosas oficinas con las que impresionar a los inversores potenciales y que al realizar una película debía adjudicarse un trozo más grande del pastel.

Ryan se negaba a trabajar en esos términos. Si sus películas eran rentables, él también ganaba dinero. En caso contrario... bueno, no estaba dispuesto a robar a nadie. Además, ¿de qué se preocupaba Mandy? Al fin y al cabo, tenía su propio dinero.

Su asistente, Kara, una negra competente que estaba a su lado desde hacía más de diez años, le entregó una hoja con las llamadas telefónicas. Ryan se encerró en su despacho y repasó la lista. Vio las llamadas profesionales de costumbre, la de Don, la



de Phil y un par de Mandy. Su esposa ya le había dejado tres mensajes en el móvil; sin duda estaba ansiosa y, con toda probabilidad, muy enfadada. Tendría que aguantarse, ya que él también lo estaba.

Durante unos segundos se dedicó a pensar en el desayuno con Cameron. La conexión entre ellos era palpable y estaba seguro de que la entrenadora también lo había notado. De todos modos, no tenía nada que hacer con Cameron hasta que le dijese a Mandy que ya no había vuelta atrás.

¡Señor! Si era sincero consigo mismo, tenía que reconocer que había retrasado lo inevitable. Su matrimonio estaba muerto y seguramente Mandy también lo sabía. El no invitar a su familia a su cuadragésimo cumpleaños era la señal que estaba esperando. Había llegado la hora de poner fin a ese vínculo.

Ryan cogió el teléfono y llamó a su esposa.

Se había preparado para oír gritos, pero se topó con la Mandy agradable y dulce, la Mandy que a esas alturas de la vida apenas hacía acto de presencia.

—¿Estás bien? —preguntó la mujer, pura amabilidad y ternura.

—Estoy bien —repuso el productor con cautela.

—Como anoche no volviste a casa me preocupé por ti —añadió cálidamente.

Ryan carraspeó y dijo:

—Mandy, escúchame, tenemos que hablar.

«Ay... tenemos que hablar», repitió Mandy para sus adentros las palabras que a ninguna mujer le gusta escuchar.

—Y hablaremos —se apresuró a decir—, pero ante todo quiero que sepas que tu familia al completo viene a cenar esta noche a casa.

—¿Cómo? —espetó sorprendido el productor.

—Anoche intenté decírtelo —prosiguió Mandy e incorporó una nota de tristeza a su tono de voz—, pero no estabas de humor para escucharme.

¡Mierda! ¿Le estaba tomando el pelo? Su familia iba a cenar a su casa. Se preguntó si había juzgado erróneamente a Mandy.

—¿Vendrán todos? —preguntó por último.

—Sí, todos —confirmó Mandy—. Hace cinco minutos hablé con tu madre y asegura que vendrán todos. Habría preferido darte una sorpresa, pero anoche estabas tan furioso que decidí contártelo. Hace semanas que lo planeo. —Hubo un largo silencio—. Cariño, ¿estás contento?

Aunque no solía llamarlo «cariño», Mandy se dijo que la ocasión lo merecía, pues quería hacerle sentirse culpable por la forma en la que la había tratado. A Ryan Richards le hacía falta un buen escarmiento.



—Bueno... sí...

¡Joder! Le había chillado por no invitar a su familia y hacía tiempo que Mandy había planificado ese encuentro. ¿Por qué Evie no le había comentado nada?

Probablemente porque su hermana tenía otras cosas de las que ocuparse.

—Me has dejado sin palabras —musitó.

—No pasa nada —apostilló Mandy con gran magnanimidad e indulgencia—. Estabas alterado y pensaste que había excluido a tu familia. Deberías saber que jamás se me ocurriría hacer algo semejante.

¡Maldición! Ryan se sintió como un verdadero mierda. Había pensado muchas cosas negativas de su esposa, incluso se había planteado pedirle el divorcio... y ahora le salía con estas.

—¿A qué hora vendrás a casa? —inquirió Mandy.

—Más tarde.

—Que no sea mucho más tarde. Seguramente querrás ducharte y arreglarte, y tu familia llegará a las siete.

Ryan habría preferido que Mandy se comportase como la regañona habitual, pero no tuvo esa suerte.

Su esposa se despidió y le dejó con un nudo en la boca del estómago.

Estaba atrapado en el matrimonio con una mujer a la que no amaba y, al parecer, no podía hacer nada para solucionarlo.

Lucy se sintió muy entusiasmada mientras regresaba de Venice Beach. Contarle a Marlon (pues sí, el chico se llamaba así, por lo visto su madre había sido una gran admiradora de Marlon Brando) su proyecto fue muy emocionante porque lo entendió, lo entendió de verdad, no solo lo comprendió, sino que inmediatamente se le ocurrieron varias ideas, ideas refrescantes y punzantes. Podía decir muchas cosas favorables acerca de tratar con alguien tan joven. Marlon no estaba agotado y mostró una actitud entusiasta que a Lucy le pareció admirable.

Se le pasó por la cabeza la idea de que si el muchacho redactaba un buen guión, no necesitaría a Phil ni a Ryan; le pediría a su agente que pusiese su nombre en el guión y le sacarían el mejor partido posible.

Sin embargo, no le quedó más remedio que reconocer que le agradaba la idea de trabajar con Ryan porque era sensible con las actrices y ella necesitaba, mejor dicho, ansiaba, esa clase de sensibilidad típica del productor.



«Hum... ¿Y si como gesto de buena voluntad Phil accede a colaborar con el guión?», pensó Lucy.

La actriz retirada cogió el teléfono y llamó al infiel de su marido.

— ¿Dónde estabas? — quiso saber el guionista, que parecía molesto porque ella no estaba en casa ocupándose de cada una de sus necesidades.

Como era demasiado pronto para contarle lo que tramaba, Lucy replicó sin dar demasiadas explicaciones:

— De compras.

— ¿De compras? ¿Has salido de compras otra vez? ¿No tienes todo lo que necesitas?

— Todo todo, no. Ay, antes de que se me olvide, Mandy y Ryan nos han invitado a cenar esta noche en su casa. Seremos unos pocos. ¿Te va bien?

— Lo que tú quieras.

«Quiero recuperar mi profesión.»

— De acuerdo. Pide a tu ayudante que llame a Mandy y acepte.

— ¿Estás de camino para casa?

«¿Estás follando con todo lo que se menea?»

— No tardaré en llegar.

— Me has arruinado el día — se quejó Don y echó a todo el mundo de su despacho mientras hablaba por teléfono con Cameron.

— ¿Por qué lo dices?

— Anoche, durante la fiesta de Ryan, tuve la impresión de que habíamos establecido una conexión — explicó y tamborileó los dedos sobre el escritorio—. Pero esta mañana me has abandonado. No está nada bien.

— Perdona — murmuró la entrenadora y tuvo la sensación de que no hacía más que disculparse.

— No basta con decir lo siento — añadió el presentador con fingida severidad—. ¿Qué surgió tan importante como para suspender la sesión de entrenamiento?

Cameron no podía decir que lo había dejado colgado para desayunar con Ryan. Sabía que le gustaba a Don, pero solo lo atraía porque con ella no iba a ninguna parte. También sabía que era muy amigo de Ryan. ¿Qué podía hacer? No tenía la culpa de sentirse tan atraída por Ryan y no siempre era capaz de controlar sus sentimientos.



—Fue por un tema personal —contestó con gran cuidado—. Mañana no faltaré.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No, Don. De todos modos, agradezco tu ofrecimiento.

—¿Estás segura? —insistió el presentador, deseoso de que Cameron le contara algo más; la entrenadora era muy esquiva y eso le fastidiaba.

—Absolutamente.

—Podría invitarte a cenar —propuso Don y se sintió como el tonto del instituto que pide una cita a la reina del curso.

—No es necesario —replicó y se dijo que probablemente había hablado como una bruja, pero no podía evitarlo, ya que no hacía más que pensar en Ryan.

—¿Qué pasa contigo? —le soltó el presentador—. Eres condenadamente independiente.

—¿Qué tiene de malo ser independiente? —preguntó Cameron y se distrajo cuando el trabajador de la compañía telefónica intentó llamar su atención.

—Nada, pero...

—Tengo que cortar —le interrumpió bruscamente.

—Querida, si prefieres que sea así... —replicó Don y experimentó una ráfaga de cólera al reparar en la facilidad con la que Cameron le rechazaba. Tal vez Jill tenía razón y la entrenadora era lesbiana—. Yo también tengo que cortar —se apresuró a añadir para no hacer el ridículo ni un segundo más.

—Mañana, temprano y bien despierta, te veré en tu casa —concluyó Cameron con tono ecuánime.

«Temprano y bien despierta una mierda», pensó el presentador con amargura al tiempo que colgaba. Estaba harto de perseguirla. Era absurdo. Podía conseguir a cualquier mujer, y la mujer que le gustaba probablemente era lesbiana, así que al diablo con todo, dejaría de volverse loco.

Llamó a su asistente y ordenó:

—Ponme con Mary Ellen Evans.

Había algo de lo que estaba totalmente seguro: esa noche pegaría un polvo.



ANYA

Durante varios y gozosos días Anya disfrutó de las alegrías de estar en una ciudad de verdad en la que había lugares por los que caminar y cosas que ver. Era verano y Ámsterdam le pareció hermosa gracias a sus canales serpenteantes, los edificios antiguos y fascinantes y los numerosos museos. Tuvo la sensación de que estaba en otro mundo, un universo en el que las personas caminaban por las aceras, montaban en bicicleta, paseaban por los parques y no estaban obsesionadas con el sexo. Pensó que estaba en un mundo en el que, por primera vez desde la muerte de sus padres, se sentía como un ser humano más que como un simple objeto.

Experimentó un gran alivio al ser libre, aunque solo fuese transitoriamente.

Velma le había asegurado que se encargaría de garantizar un futuro para ambas. Había insistido en que en la ciudad ganarían mucho dinero, por lo que era importante montarlo todo bien.

Durante tres días, cada mañana Velma abandonó el hotelito en el que se hospedaban y no regresó hasta bien entrada la noche.

Más que sola, Anya se sintió feliz... le encantó explorar la ciudad por su cuenta. Velma se encargaba del dinero que tanto trabajo les había costado ganar y cada mañana le entregaba una pequeña cantidad para que comprase la comida y le decía que se lo pasara bien porque muy pronto trabajaría tanto que no tendría tiempo de ver nada.

Era tanta la confianza que Anya depositaba en Velma que ni se le pasó por la cabeza preguntarle qué hacía durante el día.

Durante la tercera noche en Ámsterdam, Velma regresó a la habitación del hotel con un hombre. Era turco, alto, delgado, con el pelo largo y graso recogido en una coleta, barba rala, la cara marcada de viruela y mirada escurridiza.

—Este es Joe —anunció Velma—. Será nuestro protector.

—¿Protector? —repitió Anya—. No lo entiendo.

No tardó en comprenderlo. Velma había llegado a la conclusión de que necesitaban a alguien listo que conociera la ciudad y el famoso barrio rojo para emprender lo que, estaba convencida, sería una carrera lucrativa. Joe era la persona adecuada.

Durante sus paseos Velma había hecho muchas preguntas y el nombre de Joe apareció insistentemente. Al final lo había encontrado y le había comunicado que estaba dispuesta a llegar a un acuerdo con él. Joe la miró, asintió y declaró que podía ocuparse de ella. Le



proporcionaría habitación, protección y todo lo que necesitase a cambio del sesenta por ciento de todas sus ganancias.

Velma había replicado que no pretendía ser una buscona en un escaparate y que aspiraba a algo más.

Joe había preguntado qué proponía.

—Otra chica y yo. Me refiero a una joven muy bonita. Montamos un espectáculo erótico en vivo y, cuando se termina, el mejor postor se la folla. ¿Te interesa promovernos? ¿Nos hacemos socios al cincuenta por ciento?

Joe se mostró interesado, pero, ante todo, quería ver a la tía que, según Velma, era tan joven y tan hermosa.

Aquel día Anya había deambulado por toda la ciudad. Había visitado el Museo Van Gogh y admirado los cuadros; había dado de comer a las palomas en la plaza del Dam; se había maravillado ante el palacio real; había visto varias veces cómo se abría y se cerraba el puente Magere y, por último, había terminado en un coffee shop donde la carta ofrecía diversas variedades de marihuana de consumo legal.

Regresó al hotel soñando con lo que le deparaba el futuro junto a Velma. Esta había dicho que su futuro radicaba en los espectáculos de una chica con otra, pero ya no estaba tan segura, pues había muchas otras cosas que podían hacer.

—Quítate la ropa —ordenó Velma—. Mostraremos a Joe algunos de nuestros mejores trucos eróticos.

—No —intervino Joe y se humedeció los delgados labios—. Desnúdala y ocúpate de hacerlo muy despacio.

Anya intentó disimular las lágrimas que se agolparon en sus ojos. Se había hecho la ilusión de que sus días como objeto sexual habían tocado a su fin, pero ahora ese hombre de aspecto perverso la miraba con los ojos entornados e inyectados en sangre y esperaba que hiciese aquello que tanto temía. Tendría que haber sabido que era imposible abandonar el oficio más antiguo del mundo. Había cometido la insensatez de imaginar lo contrario.

—Pajarillo, ven aquí —la llamó Velma y la cogió de la ropa—, simula que estamos solas y hacemos eso que tanto te gusta. Mostremos a este hombre cómo hacemos el amor.

Anya asintió sin saber lo que hacía y por sus mejillas rodaron lágrimas de impotencia. El sexo con Velma era algo especial y solo para ellas. Si lo compartían se echaría a perder.

Con el corazón afligido comprendió que no había escapatoria, que nunca la había.



20

Dondequiera que Mary Ellen Evans iba la seguían los *paparazzi*. Era la víctima perfecta: famosa estrella televisiva, de momento sola, reciente y públicamente abandonada por su marido, astro de la gran pantalla, que enseguida se había liado con su espectacular compañera de reparto. A la prensa le encantaba presentar a Mary Ellen como la pobre víctima. Su foto mientras paseaba por la playa con expresión melancólica y con su perro como única compañía vendió cientos de miles de revistas.

El tema la fastidió mucho, razón por la cual le echó decididamente el ojo a Don Verona. Era uno de los contados solteros de Hollywood (se había casado dos veces, pero eso no contaba) que le permitiría dejar de ser una patética perdedora en el amor para convertirse en una chica con suerte.

Mary Ellen lo necesitaba y no vio motivos que impidieran que lo tuviese. Al fin y al cabo, ella también era atractiva y un buen partido.

Cuando Don la llamó en el último momento para salir esa noche, su primera reacción consistió en decir que no, pero se lo pensó y llegó a la conclusión de que no tenía nada de malo. Más le valía pillarlo mientras pudiera pues, como ya había descubierto, era un hombre esquivo y resbaladizo.

Sería la tercera cita, lo que significaba que sin duda habría sexo. Mary Ellen decidió ir a por todas porque, en cuanto viese cómo actuaba en la cama, Don Verona se percataría de que no era la perfecta chica de la casa de al lado a la que interpretaba en la comedia televisiva. Sabía moverse y muchas cosas más. Don no se llevaría un chasco.

En cuanto el presentador la recogió en otro de sus coches impresionantes, en este caso un brillante Aston Martin de color azul metálico, Mary Ellen comenzó a coquetear al máximo.

—Iremos a The Ivy —dijo Don.

La actriz estaba encantada. The Ivy significaba el frenesí de los *paparazzi*. Montones de fotografías acechaban frente al restaurante; permanecían en todoterrenos con los cristales tintados a la espera de lanzarse sobre la presa. Esa noche recibirían un buen regalo.

Don había elegido The Ivy precisamente por ese motivo. Pese a que detestaba la presencia de los fotógrafos, quería que Cameron se diese cuenta de que tenía



competencia y de que le convenía reaccionar antes de que fuera demasiado tarde. Se dijo que se trataba de una actitud perversa. Como conocía a Cameron, pensó que a la entrenadora le importaría un bledo que se liase con Angelina Jolie y Megan Fox a la vez. Cameron recorría su propio camino y eso era precisamente lo que le gustaba de ella. Se trataba de una mujer bella e independiente a quien la fama y la gloria le traían sin cuidado. No había sentido lo mismo por una mujer desde sus años de instituto, en los que se había enamorado de su profesora de latín, la señora Ramírez, una mujer quince años mayor que él que le había enseñado unas cuantas cosas además de esa lengua muerta. Hummm... vaya con los recuerdos ardientes y cachondos.

En ocasiones Don se preguntaba si su antigua profesora lo veía en televisión y recordaba al muchacho que había educado en más de un sentido.

Esperaba que la señora Ramírez lo recordase.

Mandy interpretó el papel de nuera amable hasta las últimas consecuencias. Si se lo proponía, superaba con creces incluso a las mejores actrices.

Ryan la observó sorprendido. Desde que llegó a su casa, su esposa puso la superdirecta y el productor no entendía nada.

¿Acaso una de las amigas de su esposa lo había visto desayunando con Cameron? ¿A qué se debía ese montaje? ¿Su querida esposa estaba al borde de una crisis nerviosa? La situación le puso los pelos de punta, sobre todo cuando la vio fascinar a su familia, especialmente a su madre, de la que jamás había hecho un comentario positivo.

Noreen Richards se lo tomó con mucha calma. Durante años había intentado desarrollar una relación amistosa con Mandy, pero no lo había conseguido y en ese momento su nuera se comportaba como si fueran grandes confidentes. Ryan ya estaba bastante sorprendido y se sintió desconcertado al ver entrar a Evie y a Marty. Su hermana había disimulado el ojo a la virulé con ayuda del maquillaje, pero Ryan sabía que existía y tuvo que reprimir el deseo de darle una buena paliza al imbécil de su cuñado, que no tardó en atacar la botella de vodka Grey Goose.

Todos se presentaron con regalos, actitud que en una situación normal habría sido agradable. Sin embargo, no se trataba de una situación normal, sino de una recepción organizada por Mandy con la ayuda de tres camareros, un barman y un cocinero.

Ryan se sintió incómodo porque no era la forma más adecuada de recibir a su familia, que prefería la comida casera e improvisada más que esas tonterías caprichosas que, como muy bien sabía Mandy, él detestaba. La formalidad no era ni nunca había sido su fuerte.



Pensó unos segundos en Cameron. Por algún motivo tuvo la certeza de que la formalidad tampoco le iba.

Evie estaba en el sofá con Una e Inga, sus dos hermanas mayores. Ryan se acercó, logró que se levantase y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Te ruego que no le digas a Marty que te lo he contado —suplicó Evie y su mirada mostró alarma—. Está arrepentidísimo, no te lo puedes ni imaginar. Te garantizo que todo va bien. Ha jurado que no volverá a actuar así.

—¡Por favor, Evie, déjate de tonterías! —exclamó Ryan y frunció el ceño.

—No, no y no —aseguró Evie y agitó las manos—. Ha sido un terrible equívoco.

—Querrás decir un jodido equívoco —espetó Ryan y arrugó un poco más el entrecejo.

—No sueltes tacos. Si te oye, mamá te lavará la boca con jabón.

—Muy graciosa —acotó Ryan con seriedad—. ¿Por qué eludes el tema y finges que no ha pasado nada? ¿Es la forma madura de afrontar la cuestión?

—¿Cómo te ha ido en... en tu sesión de entrenamiento? —preguntó Evie con tono significativo—. ¿Mandy está al tanto de tu... de tu sesión?

Le resultó imposible asimilar que Evie le decía que dejase estar el tema o hablaría de Cameron con Mandy. Se dio cuenta de que probablemente su hermana sabía que sentía algo por Cameron ya que, al ser los hermanos más pequeños, siempre habían tenido un vínculo estrecho.

—Te has vuelto loca —afirmó Ryan y meneó la cabeza—. Cometes un grave error al perdonar a Marty y aceptarlo de nuevo en casa.

—No es así —sostuvo Evie tercamente—. El grave error fue llamarte.

En ese momento llegaron Lucy y Phil.

Ryan se llevó otra sorpresa, pues Mandy no le había dicho que los había invitado.

Miró de soslayo a su esposa, que sonrió con dulzura.

Sería una velada interminable.

—Ya está bien de hablar de mí —ordenó Mary Ellen, se inclinó sobre la mesa del restaurante tenuemente iluminado y dirigió a Don una mirada prolongada e insistente—. Háblame de ti.

Don se encogió de hombros.



— ¿Qué quieres que te cuente?

— Tus secretos más recónditos — replicó tímidamente.

— No tengo — añadió Don, preguntándose por qué había decidido someterse a esa velada insufrible; lo cierto es que Mary Ellen le caía bien, pero conversar con alguien que no le interesaba resultaba sumamente aburrido.

— Todos tenemos secretos — añadió Mary Ellen con tono misterioso.

El presentador optó por dar un giro a la conversación:

— En ese caso, cuéntame los tuyos.

— ¿Te interesan de verdad? — inquirió la actriz y ladeó la cabeza con actitud coqueta.

— Soy todo oídos — la alentó Don.

Mary Ellen se puso a hablar, lo que permitió que Don se repantigara y desconectase mientras ella parloteaba sobre su ex infiel, su infancia solitaria, las tonterías que los periodistas escribían sobre ella y su verdadera ambición de ser aceptada como actriz de talento más que como una simple estrella televisiva.

«Nadie está satisfecho con lo que tiene, ni siquiera yo», pensó Don.

Para entonces el camarero rondaba la mesa e intentaba tentarlos con los postres. Evidentemente, el joven era un actor en paro que se había empeñado en hechizar a Mary Ellen.

— El pastel de lima es extraordinario — aseguró el camarero y la miró como diciéndole que sería una gran incorporación a su comedia televisiva.

— No, gracias — replicó amablemente la estrella.

— ¿Y qué me dice de la tarta tatín? — insistió.

— No, tampoco.

La desesperación hizo mella en el camarero.

— ¿Les apetece té o café?

Mary Ellen negó con la cabeza.

— La cuenta, por favor — solicitó Don. El camarero se dio por vencido y fue a buscar la nota—. Tomaremos café en mi casa.

Mary Ellen asintió y procuró disimular su excitación.

Se marcharon en cuanto Don pagó la cuenta y dejó una generosa propina al actor en paro, por el que experimentó una gran empatía.



Los *paparazzi* se lanzaron sobre ellos. La jauría al completo se empujó y se pateó para obtener la mejor instantánea; tropezaron entre sí y gritaron: «¡Don! ¡Don! ¡Estoy aquí! ¡Sonríe, Mary Ellen! ¡Dedícanos tu maravillosa sonrisa!».

Lograron llegar al coche.

—¡Caramba! —Mary Ellen suspiró cuando Don apretó el acelerador a fondo—. ¡Qué tortura!

—Supongo que tú ya estás acostumbrada —opinó el presentador—. Al fin y al cabo, forma parte del paquete.

—En tu caso, también.

—Pero no tanto.

—¿Me echas la culpa por toda la atención recibida? —preguntó Mary Ellen con timidez.

—Llamas mucho la atención.

—Así es, pero por razones equivocadas —respondió la estrella y agudizó el tono de voz.

Don apartó una mano del volante y le acarició la rodilla. Mary Ellen reaccionó y se acercó.

El presentador condujo a toda pastilla y Mary Ellen se preparó para el encuentro sexual. Don no dejó de preguntarse por qué la había invitado.

Era una pena, una verdadera pena, que esa mujer no fuera Cameron.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Phil a Lucy en voz baja—. Es la noche de la reunión familiar en casa de los Richards. ¿Qué demonios hacemos aquí?

—Tal vez Mandy nos considera parte de la familia —comentó Lucy, tan confundida como su marido.

La estrella retirada esperaba un grupo reducido de pares más que a toda la familia de Ryan. Eran personas muy agradables, pero vivían en un universo totalmente distinto. Sus hermanas eran madres y se quedaban en casa. Con excepción de Marty, los maridos eran empresarios y la madre de Ryan era, sin lugar a dudas, una mujer hogareña que se había ocupado de la familia y que, por lo visto, carecía de necesidades personales.

Lucy se preguntó de dónde procedían Ryan y su esplendoroso talento, ya que estaba claro que no era hereditario. Marty, el que trabajaba de doble, comenzó a lanzarle indirectas nada más llegar.



—Estuviste genial en *Blue Sapphire* —declaró y se acercó tanto que a Lucy le molestó—. ¿Dónde aprendiste a desvestirte con tanto arte?

Blue Sapphire era la única película de la que Lucy se arrepentía. Había interpretado a una mujer que se gana la vida desnudándose, el rito de paso de toda estrella hollywoodiense. En determinado momento de su carrera todas tenían que desnudarse o hacer de prostituta y, a ser posible, ambos papeles.

En *Blue Sapphire* se lo había quitado todo porque el director insistió en que era una de las exigencias: tenía que exhibir las tetas, mostrar el culo al mundo y revelarlo todo.

Se estremecía cada vez que recordaba esa película, sobre todo porque *Playboy* le había hecho fotos en todo su esplendor y las había repartido por toda la revista.

Blue Sapphire era un traspie que ansiaba olvidar y ahora ese borracho imbécil la mencionaba.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —preguntó Marty arrastrando las palabras y la siguió cuando Lucy intentó cruzar la estancia hacia donde estaba Ryan.

—¿Qué? —espetó la actriz retirada, que no estaba nada contenta.

—No pretendo ser descortés —aseguró Marty, y bebió otro trago del carísimo vodka—, pero... tía, en esa película tenías unas tetas impresionantes. ¿Eran de verdad?

Ese descarado tenía un morro que se lo pisaba. ¡Vaya caradura!

—¿Cómo dices? —preguntó Lucy y lo fulminó con la mirada.

—Tú ya me entiendes. Cuando rodó esa película en la que se desnudaba, Demi Moore se puso pechos... para interpretar ese papel. Por eso pensé que...

—Pues no fue así —lo cortó Lucy y le lanzó otra mirada gélida.

—Los implantes no tienen nada de malo —masculló Marty y se rascó la nariz—. Cuando acabó el rodaje Demi se los quitó. Además...

Sin darle tiempo a terminar la frase, Lucy escapó y se acercó a Ryan, que acababa de concluir una acalorada discusión con su hermana.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó la actriz retirada.

—Por supuesto —contestó Ryan y se alegró de cambiar de tercio.

Estaba furioso con Evie, que era tonta si pensaba que el arrepentimiento de Marty era sincero y que no volvería a pegarle.

Lucy lo cogió del brazo, lo condujo hacia el patio y explicó:

—Supongo que no molestamos. Mandy no dijo que se trataba de una celebración familiar.



—¿Para qué iba a decirlo? Nuestra Mandy es así —replicó Ryan y se preguntó en qué momento su esposa había decidido invitar a los Standard.

—Me he puesto en contacto con un joven creador de gran talento —apostilló Lucy con tono bajo—. No se lo digas a Phil, pero el escritor convertirá mis ideas en un guión.

—¡Lucy, así me gusta! De todas maneras, será mejor que se lo expliques a Phil.

—¿Por qué? —preguntó contrariada—. No le interesa. Cada vez que lo planteo, Phil me ignora, por lo que he decidido ocuparme personalmente del asunto. ¿Me lo reprochas?

Ryan se encogió de hombros. En ese momento los problemas de Lucy con sus ideas para un guión y el retorno a su profesión no eran lo que más le preocupaba. Tenía otras cosas en las que pensar. Por ejemplo, ¿qué tramaba Mandy? ¿Por qué había organizado esa reunión familiar? Pocos minutos antes había descubierto que, pese a las afirmaciones de Mandy, no se trataba de una celebración planificada de antemano. Su madre le había comentado que solo había tenido noticias de Mandy esa misma mañana, lo que significaba que, mientras él desayunaba con Cameron, su esposa se encargaba de organizar la fiesta. Mandy había hecho trampa y le había dicho que la había planificado con mucha antelación, cuando, en realidad, no era así. Se trataba de una decisión de último momento. ¿A quién cuernos creía Mandy que engañaba? Desde luego, a él no.

—Prométeme que, una vez terminado, leerás el guión —pidió Lucy.

—Cuenta con ello —respondió Ryan, que tenía la mente en otra parte.

Lucy se inclinó y le besó en la mejilla.

—Ryan, muchísimas gracias, sabía que podía contar contigo. Te aseguro que no te decepcionaré.

El productor se acercó a la barra. El rato pasado con Cameron había sido revelador, le había permitido darse cuenta de que la vida era algo más que seguir con la mujer a la que ya no amaba. Estaba harto de castigarse por cosas del pasado que no controlaba. Ni él ni Mandy podían hacer nada en relación con los abortos espontáneos y el bebé muerto. Era una tragedia... pero pertenecía al pasado. Había llegado el momento de seguir adelante. El divorcio era la mejor solución para ambos.

Finalmente tuvo la certeza de que así era.



21

Cole había organizado una serie de entrevistas para que se (presentaran entrenadores y mostraran sus habilidades.

Cameron había preguntado si no era mejor esperar hasta después de la inauguración.

Cole había insistido en que, como solo eran tres, no podrían con todo. Dorian, ella y él se quedarían cortos. Necesitaban como mínimo dos entrenadores para empezar con buen pie.

Las pruebas tuvieron lugar en el local todavía sin terminar de montar y Cole le encontró pegas a todo.

Examinó a cada postulante y declaró: «Demasiado viejo», «demasiado joven», «excesivamente sensual» y, a renglón seguido, «no es lo bastante sexy».

Cameron empezó a perder la paciencia y estalló cuando Cole rechazó a una chica encantadora por considerarla «demasiado hetero».

— ¿Qué es exactamente lo que buscas? —preguntó a gritos la entrenadora.

Cameron no solía chillar, por lo que Cole se sorprendió. Pensó unos segundos, una sonrisa iluminó su rostro y respondió: — Alguien tan competente como nosotros.

Cameron meneó la cabeza. No podía reprocharle que quisiera lo mejor.

— Cogemos al próximo candidato, a menos que tenga dos pies izquierdos —dijo severamente la entrenadora—. No podemos perder más tiempo.

— Entendido —coincidió Cole.

Cherry, la siguiente aspirante, era una muchacha bonita, de cuerpo firme y atlético, personalidad alegre y credenciales impecables.

— Estás contratada —afirmó Cameron—. ¡El próximo!

Al final del día habían cogido a Cherry y a Reno, un joven italiano de abdominales duros como piedras y actitud entusiasta.

Más tarde Cameron, Cole y Dorian fueron al California Pizza Kitchen de Beverly Hills y se zamparon pizzas de pollo picante y grandes ensaladas César.

— Tengo novedades —dijo Cole dando un mordisco a su trozo de pizza—. Me olvidé de contarlas antes.



—No te olvidaste —puntualizó Cameron—. Estabas enfadado conmigo.

—Es cierto —reconoció Cole—. Hablando de todo un poco, ¿dónde estabas esta mañana? Hablé con Katie y ciertamente no estabas con ella.

—¿O sea, que la señorita Paradise pasó a formar parte de la lista de desaparecidos? —terció Dorian y se apartó de la cara los rizos rubios.

—No desaparecí, simplemente... bueno, simplemente se me olvidó la hora —se defendió la entrenadora, pensó unos segundos en Ryan y se preguntó si el productor también pensaba en ella.

«¡No, no y no! ¡Ya está bien, ese hombre está casado!»

«Olvidalo.»

«¿Y si no puedo?»

«Tienes que olvidarlo.»

—Me dijiste que tenías que ayudar a un amigo —musitó Cole en tono acusador.

«Sí, claro, se trata de un amigo, de un nuevo amigo.»

—¿Qué misteriosa se ha vuelto! —bromeó Dorian—. Nos oculta algo. ¡Mira qué cara se le ha puesto! Señora, está claro que es culpable.

Cameron se preguntó si su actitud revelaba culpabilidad y por qué. Al fin y al cabo, lo único que había hecho era desayunar con un hombre casado, lo cual no era precisamente un delito.

—Dejadme en paz —declaró malhumorada—. La verdad es que se me pegaron las sábanas.

—¿Con algún conocido? —preguntó Dorian maliciosamente—. Me parece que tienes cara de que acabas de follar.

—No es así —puntualizó Cameron y se ruborizó.

—Ay, sí, claro que la tienes —canturreó Dorian.

—¡Ay, sí, es la cara que tiene! —se sumó Cole.

—¿Qué fue lo que te olvidaste de decirme? —quiso saber la entrenadora y cambió rápidamente de tema.

—Llamó Natalie y resulta que tenemos un nuevo inversor.

—No te entiendo.

—Se trata de alguien que buscaba una nueva oportunidad y que ha llegado en el momento más oportuno.

—¿Quién es?



—No tengo ni la más remota idea. ¿Es muy importante saber quién es? Está dispuesto a soltar muchos pavos.

—¿A cambio de qué?

—De una parte de las acciones de Natalie.

Tal vez Cole no era tan entendido como Cameron había supuesto. La entrenadora frunció el ceño y añadió:

—No podemos permitir que cualquiera entre a formar parte de nuestro negocio si no conocemos su identidad.

—Tómalo con calma —aconsejó Cole—. Está todo bien si Natalie da la cara por esa persona. Además, ya sabes que nos estamos quedando sin dinero. De esta forma podremos terminar lo que falta e inaugurar por todo lo alto. Natalie ha invitado a una serie de famosos y su programa de televisión se ha comprometido a mencionar la inauguración. ¿No te parece fantástico?

Cameron asintió sin tenerlas todas consigo. Cuanto más próxima estaba la apertura de Paradise, más tensa se ponía. Paradise representaba su futuro, todo aquello por lo cual había trabajado. Tenía que ser un éxito.

¿Y si no lo era?

¿Y si se convertía en un fracaso arrollador?

¿Y si nadie acudía?

Estaba claro que no solo pensaba en la inauguración, a la que los asistentes no faltarían pues había comida y bebida gratis; la fiesta de inauguración no planteaba dificultades.

¿Qué sucedería si, una vez inaugurado, el centro no funcionaba?

«Déjate de tonterías, basta de pensamientos negativos —se regañó—. Paradise funcionará de maravilla. No cabe la menor duda.»

—¿Has llamado al contacto de Carlos? —preguntó Cameron a Cole.

—Sí. Puesto que ahora habrá dinero y que Natalie está más tranquila, tengo la sensación de que podría ser nuestro hombre. Hemos quedado mañana a las diez en el local. Tengo la impresión de que es capaz de realizar el trabajo a la velocidad necesaria.

—¿A tiempo para la fiesta?

—Por lo que dice sabe mucho.

—Es necesario que sepa hacer algo más que hablar.

—Natalie opina que para la inauguración deberíamos contratar a un experto en relaciones públicas —prosiguió Cole—. Así tendremos una gran resonancia.



— ¿Qué te parece?

— Nena, estamos en Hollywood y a todo el mundo le interesa estar en forma. Con la publicidad adecuada podríamos convertirnos en el nuevo yogur congelado Pinkberry.

— ¿Cómo? — preguntó la entrenadora y frunció la nariz.

— ¿Recuerdas que Pinkberry arrasó en el negocio de los yogures? Nosotros haremos lo mismo con los cuerpos.

— Me encanta — coincidió Dorian.

— Paradise será el centro al que irán todos los que quieran tener los mejores cuerpos de Los Ángeles — añadió Cole con gran confianza.

Su entusiasmo resultó un tanto perturbador. ¿Y si sus expectativas eran exageradas?

Pese a la sonrisa, Cameron estaba nerviosa y estresada. De repente pensó que necesitaba sexo y, puesto que con Ryan no podía ser...

En su mente apareció el nombre de Marlon. Con Marlon siempre podía ser.

— Bueno, chicos, me voy — dijo fingiendo un bostezo.

— Es temprano — puntualizó Dorian—. Suponía que querías venir con nosotros a Abbey y ver cómo se babean los tíos por Cole y por mí. Te garantizo que es todo un espectáculo.

— Te lo agradezco, pero paso.

— Cameron tiene un amigo — canturreó Dorian—. Lo lleva escrito en su preciosa carita.

— Te equivocas — aseguró la entrenadora.

— Cuando de sexo se trata, jamás me equivoco — afirmó Dorian—. Tía, estás bien follada.

«Por supuesto que lo estoy y volveré a estarlo veinte minutos después de llegar a la playa.»

— Albergó la esperanza de que salga con alguien — comentó Cole—. Ya le tocaba un poco de acción.

— Os agradecería que dejaseis de hablar de mi vida sexual y os concentrarais en las vuestras — apostilló cáusticamente—. También quiero decir que no me agrada que hablen de mí como si no estuviese. Siempre hacéis lo mismo.

— Vale, vale — repitió Dorian—. No te hagas la diva con nosotros.

Cameron se puso de pie, se inclinó por encima de la mesa y los besó.

— Adiós, chicos. Nos vemos mañana.



En cuanto salió llamó a Marlon. El joven le dijo que estaba preparando un guión, pero, de todas maneras, tenía tiempo de verla.

Hummm... que Marlon preparase un guión era toda una novedad. Cameron había supuesto que era estudiante y ahora resultaba que se trataba de un aspirante a guionista. ¿Por qué se sorprendía? ¿Acaso todos los jóvenes de Hollywood no mostraban la misma ambición?

Condujo hasta Venice sin perder un segundo.

En cuanto llegó se arrepintió de haber hecho el trayecto. El estado de ánimo de Marlon no tenía nada que ver con el suyo y, pese a que había imaginado que deseaba sexo, hacerlo con el estudiante simplemente ya no la entusiasmaba.

Se dio cuenta demasiado tarde. Marlon la saludó con gran cariño, la tumbó en el futón y se puso dale que te pego hasta que Cameron fingió un orgasmo y le dijo que había sido fantástico. En cuanto la entrenadora comenzó a vestirse, el joven decidió que tenía ganas de charlar.

Fue una idea desacertada. Ellos no hablaban, simplemente practicaban sexo.

Tras hacerle caso durante cinco minutos, Cameron le dijo que había quedado con alguien y salió pitando.

El sexo con Marlon ya no era atractivo. Era un crío y ella deseaba un hombre de verdad.

Deseaba a Ryan Richards.

—¿Qué le pasa a nuestra chica? —preguntó Dorian en cuanto Cameron se fue.

Cole estaba muy ocupado estableciendo contacto ocular con un tío macizo que estaba en la barra.

—No lo sé. Para mí está como siempre.

Al percatarse de lo que intentaba Cole, Dorian soltó un gemido.

—Por favor, no te lées con ese. La semana pasada estuve con el pobre cabrón y lo único que sabe chupar es un limón.

—¿Qué te lleva a pensar que los limones no me gustan? —ironizó Cole.

—Ya está bien, Cole —Dorian suspiró y se abanicó con la carta—. Si fuera tu tipo, tú y yo formaríamos un equipo imbatible.

—Somos un equipo —afirmó Cole y mostró su dentadura blanquísima—. Simplemente tú te quedas de un lado y yo del otro.

—¡Zorróna! —espetó Dorian.



—Como si no te gustara — concluyó Cole sin dejar de sonreír.

Cameron condujo a toda velocidad mientras escuchaba un viejo cedé de Sade. Estaba un punto nostálgica y Sade nunca la decepcionaba.

Después de recoger a *Yoko* y a *Lennon* y de darles una vuelta, se duchó, se puso ropa cómoda, se sentó delante del ordenador y buscó a Ryan Richards en Google.

Encontró numerosas entradas: su biografía, sus películas, sus premios, su familia.

Lo leyó todo y asimiló hasta el último detalle. Cuando terminó cogió el coche, fue a Barnes & Noble y adquirió sus siete cintas. Regresó a casa y experimentó el impulso de empezar a verlas, pero era casi medianoche y a las siete de la mañana tenía sesión con Don... por no hablar de que la aguardaba otro día interminable.

Pensó en Ryan unos minutos. Habían fijado la hora de su entrenamiento, pero no habían acordado dónde lo harían. Ryan le había dicho que la llamaría y Cameron esperaba que no cambiase de idea.

Comprobó si tenía mensajes, vio que ninguno era de Ryan, se metió en la cama, se quedó dormida y soñó con desastres durante la inauguración y con que se caía desde un acantilado hasta una laguna profunda, en la que languidecía y flotaba boca arriba mientras los delfines saltaban a su alrededor.

A las tres de la madrugada *Yoko* y *Lennon* la despertaron ladrando con gran frenesí.

Se incorporó sobresaltada y aguzó el oído en un intento de percibir sonidos poco habituales. Con excepción de sus escandalosos perros, todo estaba tranquilo.

—Callaos de una vez.

Cameron bostezó y pensó que tal vez sería conveniente aprender a disparar. El señor Wasabi le había comentado que en su calle se habían producido un par de robos y, a pesar de que no era aprensiva por naturaleza, tal vez debería tener un arma.

Los perros dejaron de ladrar y al cabo de un rato se quedó nuevamente dormida. Soñó con Ryan y despertó con una sonrisa en los labios.



22

—¡Caramba! —exclamó Mary Ellen y paseó la mirada a su alrededor—. ¡Vaya casa!

—La construí yo mismo —explicó Don.

Con su mal comportamiento de costumbre, *Butch* echó a correr y avanzó directamente hacia la entrepuerta de la estrella.

Asustada, Mary Ellen retrocedió de un salto.

Don aferró a *Butch* del collar y lo apartó de su invitada.

—¿Quieres que lo deje fuera?

—Me parece fantástico. No estoy acostumbrada a los perros grandes. Tengo un chihuahua.

«No podía ser de otra manera», reflexionó el presentador mientras abría las puertas del patio y conducía a *Butch* hasta la piscina. Los chihuahuas eran perros de exposición y quedaban bien en las fotos. Tendría que haber deducido que era la raza de perro por la que Mary Ellen se decantaría.

Don pulsó un botón y la música sensual de R. Kelly inundó la estancia.

—¿Te apetece una copa? ¿Qué deseas tomar?

—Un Baileys me sentaría de maravillas —repuso la actriz y se preguntó en qué momento lo intentaría el presentador.

El entorno era insuperable: una casa impresionante con una panorámica espectacular de la ciudad. Las luces parpadeantes de Los Ángeles se extendían a sus pies cual una manta deslumbradora.

Mary Ellen se sentó en el sofá de piel y esperó a que Don hiciese lo mismo.

El presentador aún no había tomado una decisión sobre lo que haría.

Follarla o no follarla, esa era la cuestión.

No tenía demasiadas ganas, pero sabía que ella esperaba un encuentro sexual. Si lo hacían, ¿era Mary Ellen la clase de tía que pensaría que ya formaban una pareja?

Don se dijo que tenía que actuar con sumo cuidado.



Le sirvió un Baileys, se puso un Jack Daniel's y se sentó junto a ella sin saber lo que haría.

Fue Mary Ellen la que tomó la decisión por ambos. Se zampó el Baileys de dos tragos, se desabotonó la blusa y se desabrochó el sujetador, que cerraba por delante, dejando al descubierto dos pechos perfectos y naturales con los pezones tiesos y muy dilatados.

¡Trato hecho!

La respuesta de Don fue instantánea. ¡Ni por todo el oro del mundo desaprovecharía esos pezones!

Don inclinó la cabeza y se puso a trabajar; lamió, chupó y acarició hasta que Mary Ellen gimió intensamente y le suplicó que la follase.

No pudo decirle que no. Por mucho que en su mente solo estuviera Cameron, su cuerpo también se había puesto a tono.

La estrella le desabrochó rápidamente los pantalones y se quitó la falda; acabaron rodando por la alfombra blanca extendida delante del sofá y los gemidos de Mary Ellen se volvieron cada vez más estentóreos.

«Ponte un condón, ponte un condón», fue el letrero que apareció en la mente del presentador, pero la polla le dijo que no se preocupase.

Por tanto, no hizo nada. La folló hasta las últimas consecuencias.

«Maldición, no tendría que haber cogido ese camino, de ninguna de las maneras tendría que haberlo hecho», pensó el presentador cuando acabaron.

A cada minuto que pasaba, Marty estaba más borracho y a Phil, que también se había puesto a tono, no se le pasó por alto la forma en la que perseguía a Lucy.

Ryan no les quitó ojo de encima porque sospechó que estallaría una buena. Era precisamente lo que le faltaba para que la noche resultase perfecta.

Se acercó a Mandy, que charlaba con su madre como si fueran grandes amigas.

—¿Cuándo servirán la cena? —quiso saber el productor.

—Enseguida —contestó Mandy y aferró la mano de Noreen.

—Será mejor que no tarde mucho —acotó Ryan concisamente—. Marty está borracho y no cesa de perseguir a Lucy.

—¿Has visto qué encantador es nuestro Ryan cuando se pone nervioso? —preguntó Mandy a su suegra y soltó una risilla—. Parece un chiquillo.



—Deberías haberlo visto a los diez años —comentó Noreen, y se sumó a lo que parecía una broma—. Era más listo que el hambre y parecía un adulto.

—Nada ha cambiado —aseguró Mandy—. ¿No es así, cariño?

Esa Mandy no tenía casi nada que ver con su esposa. Se preguntó si le habían practicado una lobotomía y él no se había enterado.

Sonó el timbre. Nadie más pareció oírlo, por lo que Ryan se dirigió a la puerta y la abrió de par en par.

Se topó con Hamilton J. Heckerling y con Pola, su bella y joven esposa. La mujer vestía un traje de raso verde de Yves Saint Laurent y una variedad de elegantes joyas con diamantes.

Hamilton se alzaba altivo, cual orgulloso y reciente esposo, rodeando posesivamente los hombros de su mujer.

—Vaya, pero si es mi yerno —dijo Hamilton entrando—. Te presento a Pola, mi flamante esposa.

Pola sonrió.

De repente se puso muy pálido.

—Oye —apostilló Hamilton en voz alta—, ¿no piensas darnos la enhorabuena?



Ámsterdam

Siete años antes

Capitaneado por Don Verona, el avión privado llegó a Ámsterdam a mediodía; transportaba a un grupo de hombres resacosos, incluido Ryan Richards, el mejor amigo de Don, que no tardaría en casarse. A bordo también iban otros grandes amigos de Ryan: Phil Standard; Eddie Serrano, actor que había sido el protagonista de la primera película de Ryan, y Jenna, una amiga lesbiana de la época universitaria que había coproducido una de sus películas.

Se trataba de cuatro hombres y una mujer norteamericanos con la frase «despedida de soltero» escrita en la frente. Ryan habría preferido quedarse en casa, pero Doti y Phil no quisieron saber nada. Por fin su amigo Ryan se casaba y todos habían tomado la decisión de que merecía una despedida memorable.

Don ya se había divorciado una vez y Phil llevaba tres años de matrimonio con la voluptuosa estrella cinematográfica Lucy Lyons, que ya le había dado un hijo y estaba embarazada del segundo.

Phil estaba deseoso de correrse una juerga... y otro tanto podía decirse de Don, pues salir de un divorcio siempre era estresante.

Don no solo había contratado el avión, sino que había organizado la estancia en el hotel y un recorrido especial para que viesen Ámsterdam. «Nada de tonterías turísticas —había ordenado Don—. Nos interesa ver lo que de verdad vale la pena.»

La guía los esperaba en el hotel. No tenía nada que ver con lo que esperaban. En primer lugar, supusieron que sería un hombre. Cabía la posibilidad de que en el pasado Hanna lo hubiese sido, pero ya no lo era. Medía metro ochenta y tres y tenía una catarata de rizos rubios, pechos generosos, hombros anchos y facciones muy marcadas. Su disposición parecía dar a entender que se lo pasarían pipa porque, de lo contrario, sería muy capaz de darles su merecido.

Jenna se enamoró en el acto, lo mismo que Eddie, y Phil se dijo que tal vez intentaría conquistarla. La guía hablaba un inglés perfecto, con tono masculino y grave. Ryan llegó a la conclusión de que era transexual.

«Tanto mejor —opinó Don—. Seguro que Hanna conoce lo bueno y lo malo de los lugares interesantes que visitaremos.»



Hasta cierto punto, Ryan tuvo la sensación de que los amigos le habían hecho una encerrona para divertirse a su costa. Le habían convencido de subir al avión asegurándole que el destino era Las Vegas, pero estaban en Ámsterdam, una de las capitales europeas del sexo.

En ese momento no le apetecía tener relaciones sexuales ni le interesaba follar. Tenía treinta y tres años y, en lo que a las mujeres se refería, hasta ese momento su vida había consistido en una delirante e interminable despedida de soltero. Ahora estaba en condiciones de sentar cabeza con una mujer, que era a la única que necesitaba. Mandy Heckerling era perfecta; se trataba de una mujer bonita, lista y satisfecha de convertirse en su esposa. Por añadidura, encontrar en Hollywood a una mujer sin ambiciones profesionales era un punto a favor.

En cuanto se registraron en el hotel, que daba a uno de los muchos canales del centro de Ámsterdam, Don anunció que el plan consistía en descansar dos horas para recuperarse y en salir luego a la calle para pasarlo en grande. Preguntó si todos estaban preparados.

Todos respondieron que sí, salvo Ryan, que se preguntó cómo podía librarse de esa situación. Mandy no tenía ni idea de que le habían hecho cruzar el Atlántico para irse de juerga por Ámsterdam, algo que no le caería precisamente bien.

—Recuerda que es tu última cana al aire, así que te aconsejo que la aproveches al máximo —advirtió Don.

Ryan recordó la última cana al aire de Don, hacía un año y medio, previa a su matrimonio con Sacha, la estrella cinematográfica gala. Había sido una locura. Fueron dos noches de alcohol a manta en Tijuana, con abundancia de strippers y prostitutas, espectáculos típicos y resacas que duraron una semana. Don ya se había divorciado, por lo que no había sido precisamente su última cana al aire.

Ryan se duchó y se preparó para la tortura que le aguardaba. De todas maneras, estaba decidido a permanecer sobrio y a mantener el control de la situación.

Sí, claro, precisamente con ese grupo de amigos. Era su despedida de soltero, así que más le valía prepararse para cualquier cosa.

Muchas horas después llegaron por fin al barrio rojo; fueron horas consagradas a los requisitos habituales de mía despedida de soltero: strippers que se lo hacían con serpientes; un espectáculo erótico en vivo entre dos mujeres y un luchador de sumo; clubes en los que había mujeres que se lo montaban con pepinos, plátanos, enanos, pollos, ovejas y cualquier cosa que se te ocurriera. Por el camino entraron en cafés en los que la marihuana era legal y donde colocarse se había convertido en algo habitual.

En la infame calle las mujeres esperaban en los escaparates iluminados a que alguien las eligiera, se las tirase, pagara y se fuese. Los chulos acechaban entre las sombras y buscaban clientes.

—Escoged —dijo Don mientras recorrían la calle y observaban a las mujeres en venta.



Las había de todo tipo: jóvenes, viejas, gordas, delgadas, de pechos grandes, lisas como tablas, asiáticas, europeas, negras y escandinavas. Había para todos los gustos.

—Tenéis que elegir —insistió Don—. Si no lo hacéis, la mala suerte os acompañará.

Ryan se obligó a examinar a esos pobres y patéticos seres sentados en los escaparates. Compadeció a la negra delgaducha que llevaba lencería rosa, a la rubia gorda que vestía un picardías transparente y también a la pelirroja fogosa que se chupaba los dedos y llamaba sugerentemente a los transeúntes.

Fue entonces cuando vio a la jovencita de uno de los espectáculos eróticos a los que habían asistido. Llegó a la conclusión de que no tenía más de quince o dieciséis años. Aunque de una belleza exquisita, su expresión era triste y su mirada estaba cargada de dolor.

Un rato antes, cuando la joven había actuado junto a tres hombres y una mujer, Ryan había procurado no mirar. Había pensado en otra cosa porque, después de follarla, los hombres orinaron sobre ella y la insultaron para diversión del público. Tuvo que salir del local y esperar a sus amigos.

Se avergonzó de haber sido testigo de cosas que no quería ver, pero se trataba de su despedida de soltero y no le quedaba otra opción. Sus amigos se divertían y no quería aguarles la fiesta.

Ahora Ryan estaba en la calle y volvía a ver a esa criatura hermosa, desamparada y perdida.

Se detuvo bruscamente y dijo:

—Me la quedo.

Phil aplaudió ruidosamente, señaló a una morena atractiva que llevaba un vestido corto de color rojo, estaba sentada ante una mesa y parecía aburrirse mientras hacía un solitario, y dijo:

—Yo me quedo con la de al lado.

Hanna esbozó una sonrisa, mostró sus dientes de caballo y preguntó:

—¿Alguien más ha visto algo interesante?

Don negó con la cabeza, dio un puñetazo a Ryan en el brazo y le aconsejó:

—Móntatelo bien porque, a partir de esta noche, solo tendrás recuerdos.

Hanna añadió que negociaría precios y se acercó al chulo alto y delgado que permanecía cerca de ellos.

Daba la sensación de que Hanna y el chulo se conocían e intercambiaron bromas y dinero. Luego la guía dijo a Ryan y a Phil que podían entrar en las habitaciones.

—Nos veremos en el hotel —afirmó Don y palmeó la espalda de Ryan—. ¡A no ser que prefieras que nos quedemos y miremos!



—No es necesario, puede que tarde más tiempo del que supones —replicó Ryan forzando una sonrisa.

—¡Así me gusta! —apostilló Don—. Nos vemos en el hotel.

—Puedes dar propina a la chica si se porta bien —explicó Hanna con actitud empresarial—. Hará lo que le pidas. Está todo pagado.

—Sí, es un detalle de mi parte —terció Don y sonrió de oreja a oreja—. Protégete, tú ya me entiendes.

Segundos después Ryan estaba a solas con la muchacha en la habitación.

Sin mirarlo, la chica se acercó al escaparate, corrió las delgadas cortinas para impedir que entrase la luz de la calle y dejó encendida una lámpara de pie con bombilla roja. Comenzó a quitarse la escueta blusa que llevaba.

—¡No, no hagas eso! —exclamó Ryan bruscamente.

La joven se volvió y le observó.

—¿Me entiendes? ¿Hablas inglés?

—Un poquitín.

Durante los dos años que llevaba en Ámsterdam había aprendido inglés y muchas cosas más. Había aprendido que no podía confiar en nadie, ni siquiera en Velma, pues una noche, después de una violenta discusión con Joe, Velma se había esfumado para no regresar jamás. A partir de ese momento había quedado a merced de Joe, que era un verdadero tirano que la obligó a realizar cosas terribles.

—¿Qué puedo hacer para darte placer? —preguntó Anya con expresión indiferente.

—Nada —respondió Ryan.

—Nada —repitió la muchacha automáticamente—. Has pagado por mis servicios y si no te doy placer...

—¿Qué pasará si no me das placer?

La joven bajó la cabeza y murmuró:

—Nada.

Era evidente que mentía.

—¿Qué edad tienes? —inquirió Ryan y calculó que no pasaba de los dieciséis.

—¿Qué edad quieres que tenga? —espetó con gran osadía—. Puedo tener la edad que más te guste. Puedo hacer lo que te apetezca. ¿Quieres que te la chu...?

—¡Basta!

—Míster, puedo hacer lo que te apetezca —repitió enfurruñada.



Ryan tuvo la sensación de que lo único que la muchacha quería era terminar de una buena vez: otro cliente, otra noche y lo mismo al día siguiente, al otro y así sucesivamente.

— ¿De dónde eres? —preguntó el productor y notó que la joven tenía los brazos cubiertos de grandes moretones.

— De ninguna parte —replicó categóricamente.

Ryan se sentó en el borde de la cama hundida y cubierta por la colcha azul desteñida.

— ¿Tienes padres?

— ¿Eres policía? —quiso saber Anya y entornó los ojos.

— No, no soy policía. Simplemente soy un hombre que se casa la semana que viene y esta es la forma en la que a un amigo mío se le ocurrió celebrarlo. Créeme si te digo que no ha sido idea mía.

— ¿No quieres follarme? —preguntó la muchacha con incredulidad.

— No, no quiero. Lo que sí me gustaría es ayudarte.

— ¿Ayudarme? —preguntó con enorme desconfianza—. ¿Por qué estarías dispuesto a ayudarme?

— Sería mi forma de volver memorable la noche de mi despedida de soltero, ya que ayudaría a una persona que evidentemente está pillada en un callejón sin salida.

— No puedes ayudarme —reconoció Anya amargamente—. No sabes nada de mí.

— Soy cineasta. Es a lo que me dedico y escucho las historias de la gente. ¿Qué tal si me cuentas la tuya?

— ¿Haces cine porno?

— No, hago películas normalitas.

— ¿Quieres comprar porno? —preguntó tal como le había enseñado Joe—. Mi novio... mi novio vende películas guarras que a casi todos los americanos les gustan. Chicas con chicas, tíos...

— ¿Has dicho tu novio? —la interrumpió Ryan—. ¿Te refieres a tu chulo?

Temerosa, la muchacha miró la puerta como si esperara que Joe se presentase en cualquier momento.

— Solo son suposiciones, pero de todos modos lo diré. Procedes de una familia pobre... de Eslovaquia o quizá de Polonia. Cierta día un hombre se presentó en tu casa y prometió a tus padres que te conseguiría un buen trabajo en Holanda, por lo que dejaron que te fueras con él a cambio de un modesto pago. Cuando llegaste a este país, resultó que el trabajo era de prostituta y ahora te sientes atrapada.

La muchacha se encogió de hombros. La versión que el americano había hecho de su vida era un cuento de hadas en comparación con la realidad.



— ¿Tengo razón? — insistió Ryan.

Anya le contempló en silencio unos segundos y se preguntó si se trataba de una trampa de Joe, de una prueba para descubrir si era capaz de denunciarle a las autoridades.

Pensó que respondería que sí, pero luego llegó a la conclusión de que diría que no.

El americano parecía bastante sincero, pero no exigía favores sexuales, lo que le volvía sospechoso porque todos los hombres querían sexo.

— Siéntate y hablemos — propuso Ryan con gran delicadeza —. Por favor, no tengas miedo, te aseguro que no te haré daño. Tengo tres hermanas y si alguna estuviera metida en un lío, me encantaría que alguien interviniese y la ayudara.

A Anya le dio vueltas la cabeza. ¿Era posible que el americano hablara en serio?

Tal vez, sí...

Tal vez, no...

Ya no estaba segura de nada.



23

Los ojos de Anya adquirieron un tono azul claro acerado cuando los clavó en Ryan como si jamás lo hubiera visto, como si no fuese el hombre que la había rescatado de una vida de degradación y desesperación.

—Encantada de conocerte —dijo la joven con tono monocorde y claro acento extranjero.

—Bueno... lo mismo digo —se las apañó para decir Ryan al tiempo que Mandy aparecía en la entrada y se sorprendía mucho de ver a su padre, pues suponía que todavía seguía de luna de miel.

—¡Papá! —gritó Mandy e hizo un mohín de irritación—. ¿Por qué no me avisaste de que habías vuelto?

—Princesa, quería sorprenderte —repuso Hamilton y se pasó la mano por la melena plateada y tupida—. Me apetecía presentarte a Pola. ¿No te parece una muñequita?

Solo Hamilton tenía el desparpajo de llamar «muñequita» a una mujer.

Mandy giró la cabeza para mirar a la flamante esposa de su padre. La tía era exactamente lo que suponía, otra cabrona ávida de dinero. Se preguntó por qué su padre no se limitaba a acostarse con ellas en lugar de casarse.

Aunque no dijo esta boca es mía, interiormente Mandy estaba que trinaba. ¿Qué le pasaba a su padre? ¿Estaba realmente convencido de que el mundo admiraba su buen gusto antes de elegir mujeres cuando hasta el más tonto se daba cuenta de que solo le querían por su dinero? Por si eso fuera poco, esa ni siquiera era una mujer, sino una chica que llevaba ropa de diseño y demasiados diamantes, lo que la volvía excesivamente sofisticada pese a ser tan joven.

—Hola —saludó Mandy y logró esbozar una sonrisa poco entusiasta.

—Encantada de conocerte —contestó Anya y repitió palabra por palabra el mismo saludo que había dirigido a Ryan.

El productor estaba paralizado por la sorpresa de ver a Anya/Pola. ¿Cómo demonios había llegado hasta allí? Le costó creer que estuviera casada con su suegro y en la puerta de entrada de su casa.



¿Anya se había dado cuenta de que era él, Ryan Richards, su salvador, el hombre que había pagado un pastón para conseguir su libertad, el que había pedido infinidad de favores para conseguirle un visado para entrar en Estados Unidos? Afortunadamente, no se la había tirado, porque eso sí que habría estado muy mal.

Ni el más mínimo atisbo de reconocimiento demudó el exquisito rostro de la joven. ¿Acaso tenía amnesia? Solo habían transcurrido siete años y Ryan no había cambiado tanto, mejor dicho, casi nada. Tenía el pelo más largo, eso era todo.

Por su parte, Anya había cambiado muchísimo. Ya no era una chiquilla asustada y maltratada, sino una muchacha elegante, cuidada, con el pelo castaño, maquillaje muy bien puesto y ropa cara. Los diamantes con los que se adornaba eran asombrosos. Hamilton debía de estar loco por ella.

Mandy asumió la situación porque no había otra salida y dijo:

—Nos habéis dado una gran sorpresa. ¿Os quedáis a cenar?

—No sabía que estabais de fiesta —reconoció Hamilton y se quitó una pelusa imaginaria de la chaqueta de su traje Brioni—. No queremos molestar.

—Está claro que no molestáis —acotó Mandy, y con un ademán restó importancia a la situación—. Solo ha venido la familia de Ryan. No se trata de una fiesta propiamente dicha.

Ryan la fulminó con la mirada. Acababa de decir que solo había acudido su familia, como si no tuviera la menor importancia. Se preguntó si las palabras escapaban de la boca de su mujer sin que antes pensara en lo que iba a decir.

Pues sí, Mandy tenía la desagradable costumbre de decir lo que no correspondía, nunca tomaba en consideración los sentimientos de los demás.

—Nos quedamos —afirmó Hamilton—. Pola y tú os haréis íntimas.

—¿De veras? —inquirió Mandy y se tragó la indignación que le produjo que su padre supusiera que se haría amiga de su última esposa.

—Pola no conoce a nadie en Los Ángeles y no pienso exponerla a las brujas que mis amigos tienen por esposas —prosiguió Hamilton—. Y además no tiene nada en común con ellas, ya que son demasiado viejas. Princesa, te ha tocado. Le enseñarás las chorradas típicas de las chicas, como a qué peluquería y manicura ir, dónde se dan los mejores masajes y qué tiendas conviene frecuentar.

—Por supuesto —aseguró Mandy y pensó que por nada del mundo intimaría con la última tonta con la que su papá se había liado—. Ven —añadió y condujo a su padre hacia el salón—. Seguramente necesitas un trago. Phil y Lucy Standard han venido. Dime, ¿Lucy no participó en una de tus películas?

—Sí, en *Blue Sapphire* —replicó con la mirada encendida—. Con esa cinta ganamos un pastón. Las ganancias en el extranjero batieron toda clase de récords. Me apetecía



hacer la segunda parte, pero Lucy puso pegas, ya que no estaba dispuesta a volver a mostrar los pechos. ¡Vaya con las actrices! ¡No saben cómo poner en marcha sus carreras!

Para entonces Ryan había regresado al salón y no sabía si alertar o no a Phil. Se preguntó si su amigo se acordaría de una de las chicas del espectáculo erótico en vivo que una noche de borrachera habían visto en Ámsterdam.

Probablemente no recordaría nada. Phil se había mantenido al margen de todo y solo se había concentrado en su propio placer.

Ninguno de los amigos de Ryan sabía qué había sucedido aquella noche, ya que el productor decidió no compartirlo con nadie, ni siquiera con Don. Había hecho algo bueno y no le había resultado precisamente fácil. Después de oír la historia de Anya, llegó a la conclusión de que le correspondía ayudarla a empezar de nuevo. No supo por qué tenía que hacerlo, aunque se dio cuenta de que para él era importante. Al fin y al cabo, en la vida había tenido toda clase de oportunidades: una familia cariñosa, educación universitaria, su carrera en pleno desarrollo y, en perspectiva, el matrimonio con una mujer maravillosa.

Concluyó que había llegado el momento de devolver parte de lo que había recibido, y ayudar a una menor que solo había vivido desdichas le pareció, sin lugar a dudas, lo correcto.

Había sido muy caro, pero pagó con alegría la libertad de Anya. En cuanto comprobó que la muchacha estaba sana y salva en Estados Unidos, Ryan no volvió a saber nada de ella, lo cual fue una suerte porque si su esposa se hubiera enterado de lo que hizo, habría tenido el convencimiento de que se había acostado con la joven y se habría armado la marimorena.

—Será mejor que le digas al imbécil de tu cuñado que deje de molestar a mi esposa —le advirtió Phil al oído—. El idiota la persigue como si fuera una perra en celo. No me gusta que los tontos se coman con los ojos a mi mujer.

—Hamilton está aquí —anunció Ryan y cogió una copa.

—¿Y estamos contentos o fastidiados? —inquirió Phil, consciente de que Ryan y su suegro supe triunfador no se llevaban precisamente de maravillas.

—Ni lo uno ni lo otro —respondió Ryan—. Procuro que no me moleste de ninguna de las maneras.

—Es la actitud más atinada —opinó Phil y se mesó la barba.

—Ha venido con su nueva esposa.

—¿Otra más? —preguntó Phil a gritos.

—Baja la voz, que vienen para aquí —añadió Ryan y observó atentamente a Phil cuando Hamilton y Anya entraron en el salón.



Phil dejó escapar un silbido y un chasquido.

—El viejo cabrón sabe elegir las —murmuró con admiración.

—Así es —coincidió Ryan y experimentó un gran alivio porque, al parecer, Phil no se acordaba de la chica.

Súbitamente resonó un grito de cólera en la otra punta del salón.

—¡Borracho idiota, aparta tus asquerosas manos de mí! —chilló Lucy y arrojó a la cara de Marty el contenido de su copa.

Marty se adelantó y levantó el brazo como si fuera a abofetearla, pero Ryan se acercó de un salto, impidió que su cuñado se moviese y les pidió que se tranquilizaran.

Evie se acercó a la carrera dispuesta a defender a su marido. Ryan la traspasó con la mirada, ya que a esas alturas su hermana debería saber que no había que defenderlo, y advirtió:

—Tómalo con calma.

—Nos vamos —declaró Evie, cogió a Marty del brazo y lo condujo hacia la puerta.

Ryan meneó la cabeza. No podía hacer nada por ayudar a su hermana, que tenía que comprobar por sí misma que su marido solo era un borracho perdido y lascivo. Por mucho que la situación afectara a su madre, más le valía aclararse y divorciarse de ese desgraciado antes de que fuese demasiado tarde y Marty perdiera totalmente el control.

Las otras dos hermanas quisieron saber qué había pasado. Ryan pensaba contarles lo que había visto por la mañana en casa de Evie, pero esa noche no era el momento más adecuado.

—Todo va bien —aseguró el productor—. Simplemente, Marty ha bebido unas copas de más.

Ryan apretó los dientes y sobrellevó como pudo el resto de la velada.

En ningún momento Anya lo miró. El dueño de la casa se dijo que se lo tenía merecido por hacer de buen samaritano, aunque también se le cruzó por la cabeza la idea de que Anya intentaba ser discreta.

El productor tampoco dio a entender que la conocía, lo que significaba que sin duda la joven se dio cuenta de que no era aconsejable mencionar el pasado. Ryan no quiso imaginar la cara que pondría Hamilton si conociese la verdad. De hecho, Hamilton se había ocupado de decir a todo el mundo que su esposa era una ex bailarina rusa que se había trasladado a Estados Unidos a estudiar economía. Se habían conocido en una fiesta y enamorado en un abrir y cerrar de ojos.



«Por descontado —pensó Ryan—, es lo que pasa con un multimillonario de sesenta y cinco años y una ex prostituta menor de edad que ahora tiene veintipocos. Como todo el mundo sabe, se trata de una verdadera conexión amorosa».

¡Vaya con los romances! Un rato después estaba en la puerta, junto a Mandy, y se despidió de todos los invitados.

Cuando todos se marcharon, Mandy se volvió hacia él y le soltó con toda la falta de sinceridad del mundo:

—¡Adoro a tu madre! Me gustaría saber por qué Hamilton no encuentra una mujer como ella. Tienen más o menos la misma edad, ¿no?

Ryan se encogió de hombros. Se sentía vacío y agotado. No era el momento adecuado de entrar en una acalorada discusión.

Lo plantearía al día siguiente, cuando todo estuviera más tranquilo y pudiese pensar con claridad.

Al día siguiente le diría a Mandy que quería el divorcio.



24

Mary Ellen se quedó a dormir. Don no tenía previsto que pasara la noche en su lecho, pero tampoco podía echarla inmediatamente después de hacer el amor. Nunca le había gustado deshacerse de las mujeres después de acostarse con ellas. Resultaba fácil dejar de verlas en cuanto se iban, ya que no respondía a sus llamadas ni contestaba a sus correos electrónicos y a sus mensajes de texto. La situación cambiaba en cuanto estaban cómodamente instaladas en su cama.

Si tenía que ser franco, prefería dormir solo, pero no le quedó más remedio que aguantarse. Durante una temporada lo había solucionado contratando profesionales, aunque no tardó en desaparecer la excitación de pagar a una mujer para que hiciese cosas que la mayoría de las féminas habrían hecho gustosa y gratuitamente.

Se dio cuenta de que había vuelto a la pauta de las citas, pese a que no estaba muy seguro de que fuese lo que deseaba.

Lo que realmente deseaba era a Cameron Paradise.

Evidentemente, Cameron no lo deseaba a él.

La haría cambiar de parecer... ¿o no?

Con Mary Ellen pegada a su cuerpo, Don durmió a trancas y barrancas, no concilió el sueño de verdad hasta las tres de la madrugada y después se quedó frito, de modo que cuando Cameron tocó el timbre a las siete en punto, el presentador estaba zombi.

El timbre sonó varias veces hasta que lo oyó. Por regla general, *Butch* lo despertaba con unos cuantos lengüetazos en la cara, pero *Butch* estaba fuera, junto a la piscina, ya que era lo que había pedido la estrella.

—¿Es el timbre de tu casa? —musitó Mary Ellen, entrelazó la pierna con una de las de Don y le acercó su cuerpo tibio.

—Parece que sí —repuso el presentador, se apartó y se levantó de un salto—. Quédate aquí. Enseguida vuelvo.

Prácticamente había llegado a la puerta cuando Don se percató de que estaba tal como había venido al mundo. Corrió al cuarto de baño, cogió el albornoz blanco y se dirigió a la puerta, que abrió de par en par.

—Parece que hemos vuelto a dormirnos —comentó Cameron.



La entrenadora estaba allí con un aspecto tan espectacular que Don se tambaleó y reconoció muy a su pesar:

—Me has pillado.

—Te diré una cosa —añadió Cameron y entró en la casa—, deberías dejar de trasnochar porque, si vengo a las siete, pretendo que estés a punto para la acción.

—Te aseguro que estoy a punto para la acción —bromeó Don y se ajustó el cinturón del albornoz.

Cameron esbozó una ligera sonrisa.

—No me refería a ese tipo de acción.

—¿En qué tipo de acción estabas pensando? —quiso saber el presentador y acortó distancias.

—¿Siempre eres tan provocador? —preguntó la entrenadora reculando.

—Solo cuando te tengo cerca.

—Lamento despertar esas emociones en ti.

—Nunca te disculpes, no va contigo.

—Hummm... Supongo que querrás que prepare el café antes de empezar.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Don e intentó reprimir un bostezo.

—Porque se ha convertido en una costumbre, ¿no? —preguntó Cameron secamente—. Yo preparo el café mientras tú te pones el chándal y así la sesión se reduce a media hora.

—¿Me estás acusando de débil?

—¡Jamás! —aseguró la entrenadora y rió—. Antes de que se me olvide, ¿cuándo presentarás el famoso evento para el que pretendes ponerte en forma óptima?

—Pronto, demasiado pronto. Detesto hacer esa porquería.

—A partir de ahora debería llamarte antes de salir de casa para comprobar que te has levantado. ¿Qué te parece?

—Me parece que eres el servicio de despertador más guapo de toda la ciudad.

—Solo para ti —añadió Cameron sonriente.

—¿Por qué lo haces? —preguntó alentado—. ¿Estás diciendo que soy tu cliente preferido?

—No, pero vendrás a nuestra inauguración y traerás a algunos amigos famosos. Por lo tanto... por lo tanto me siento en la obligación de ofrecerte algunos servicios extras.

—Aceptados —se apresuró a decir Don.



La entrenadora paseó la mirada a su alrededor y preguntó:

— ¿Dónde está *Butch*?

— Fuera, junto a la piscina.

— ¿Por qué?

— Porque anoche durmió fuera.

— En Los Ángeles no deberías dejar el perro fuera por la noche, ni siquiera un perro grande —le regañó—. Por todas partes hay coyotes. Incluso durante el día un coyote se comió el cachorrito de una amiga.

En ese instante Mary Ellen salió del dormitorio. Solo se cubría con una de las camisas de Don. Se había recogido el pelo en la coronilla y en su bonito rostro no había ni un gramo de maquillaje.

— ¡Vaya! —exclamó desconcertada al reparar en la presencia de Cameron—. Lo siento. ¿Interrumpo?

Cameron echó un vistazo a Mary Ellen y luego a Don.

— Ahora sí que lo entiendo —opinó con actitud cómplice.

«¡Joder! —pensó el presentador y se preguntó por qué Mary Ellen no se había quedado en el dormitorio, que era donde la había dejado—. ¿Por qué hace acto de presencia y desfila con una de mis camisas? ¡Mierda!» Don había pretendido poner celosa a Cameron, pero no se había propuesto que se topase con la joven con la que había pasado la noche.

— Bueno, Cameron, te presento a Mary Ellen Evans —dijo Don sin perder los papeles—. Mary Ellen, te presento a Cameron, mi entrenadora personal.

— ¡Vaya! —exclamó Mary Ellen y experimentó un gran alivio al saber que esa diosa alta y rubia no representaba competencia alguna—. ¿Pensáis hacer una sesión de entrenamiento? ¿Puedo sumarme?

— Desde luego —replicó Cameron y miró divertida a Don. Sabía que el presentador estaba furioso porque Mary Ellen había salido de su dormitorio, pero no le quedó más remedio que aguantarse. Fue muy divertido ver a Don a punto de crisparse—. Será una pasada. Iré a preparar el café mientras os vestís. Celebraremos una sesión conjunta —y después de un largo silencio le dijo—: Don, ¿sabes una cosa?

— ¿A qué te refieres? —preguntó el presentador con el ceño fruncido.

— A que no te cobraré el doble.

Más tarde, después de una incómoda sesión de entrenamiento con las mujeres, Don quedó con Ryan en el comedor del Four Seasons.



—Pues bien —dijo Don, y bebió la segunda taza de café solo corto—, Mary Ellen sale del dormitorio cubierta únicamente con una de mis camisas, como si estuviera viviendo en mi casa. Te aseguro que me fastidió.

—¿Cómo reaccionó Cameron?

Ryan recordó que el día anterior había desayunado con la entrenadora en el mismo lugar. No la había llamado ni lo haría, sobre todo porque Don hablaba de ella como si fuera la única mujer de su vida.

—Salió airosa de la situación —reconoció Don—. Por favor, Ryan, creo que empiezo a estar colado por ella.

—Ya lo creo, tanto que te has acostado con Mary Ellen.

—No tiene la menor trascendencia. Cameron es la mujer que me va.

—Probablemente lo dices porque no puedes tenerla —añadió Ryan secamente y experimentó un escalofrío de satisfacción al saber que, a diferencia de la mayoría de las mujeres, Cameron no se había metido en la cama con su amigo.

—¡Vaya chorrada! —espetó Don—. Es una mujer que... bueno, no hace falta que te diga nada. La conociste durante la fiesta. ¿No te parece fabulosa?

Ryan asintió en silencio. Cameron era realmente fabulosa, además de bella, inteligente, cuidadosa y amable. Pese a lo mucho que apreciaba a Don, su mejor amigo y su compinche, Ryan se dijo que la entrenadora era demasiado buena para él.

¿Acaso pensaba así porque él tampoco podía tenerla?

Estaba muy confundido. Además, no había hablado con Mandy del divorcio porque esa mañana, cuando se levantó, su esposa celebraba en la sala y en compañía de tres amigas una especie de clase de yoga espiritual.

Como los cánticos no eran lo suyo, Ryan se había largado de prisa, ahora estaba con Don y lo único que a su amigo le apetecía era hablar de Cameron.

El productor llegó a la conclusión de que no podía telefonarla, al menos mientras Don estuviese tan colado por la chica. A lo largo de todos los años en que habían sido amigos jamás habían permitido que una mujer se interpusiera entre ambos y Ryan tampoco permitiría que ocurriese ahora.

—Perdona —se disculpó Don al percatarse de que había monopolizado la conversación como un adolescente encaprichado—. Cuéntame cómo pasaste la velada.

—Todo discurrió sobre ruedas hasta que Hamilton se presentó con su flamante esposa.

—¡Mierda! —exclamo el presentador—. ¿Cómo se lo tomó Mandy?

—Se lo tomó con mucha calma y se portó bien.



— ¿De verdad?

— Se comportó así porque Hamilton la acojona. Se pone nerviosa siempre que lo tiene cerca.

Un camarero se acercó a la mesa, el mismo que el día anterior había atendido a Cameron y a Ryan. Les entregó las cartas y dijo alegremente al productor:

— Señor Richards, me alegro de volver a verlo tan pronto.

— Gracias — masculló Ryan.

— ¿Pedirá lo mismo que ayer?

— Sí, por supuesto.

— Espero que mi intromisión no le moleste, pero me gustaría saber si la dama que lo acompañaba es modelo.

Don dejó la carta sobre la mesa y miró a Ryan con curiosidad.

— ¿Con una modelo? — inquirió—. ¿Sales con alguien y no dices nada?

— Señor Richards, le pido disculpas — intervino el camarero preocupado—. No tendría que haber preguntado nada. He sido muy indiscreto.

— No se preocupe — respondió Ryan afablemente y logró mantener la calma. Se dirigió a Don y explicó—: Entrevisté a una actriz.

— ¿Durante el desayuno? — preguntó Don sonriente—. ¡Viejo zorro, estoy seguro de que me ocultas algo!



25

—Buenos días, señora Heckerling —saludó Madge, el ama de llaves escocesa que desde hacía más de veinte años trabajaba para Hamilton.

—Buenos días —repuso Anya con rigidez al entrar en la amplia cocina de la mansión de Hamilton en Bel Air.

Todavía no se había acostumbrado a que la llamasen señora Heckerling ni a que la trataran con deferencia y respeto como si fuera importante.

Era plenamente consciente de que solo la consideraban importante porque estaba casada con un ricachón, mejor dicho, con un multimillonario. Claro que estar casada con Hamilton J. Heckerling no era nada fácil. La aterrizzaba la posibilidad de que un día su marido se enterase de su pasado y la abandonara como habían hecho los demás: en primer lugar, sus padres; luego su familia sustituyó; después Serguéi, seguido de Ígor y, por último, Velma, que se había esfumado y la había dejado en manos de Joe, un individuo que logró que los demás parecieran chapuceros aficionados. Los dos años que pasó en Ámsterdam fueron peores que todo lo que había vivido antes. Las cosas que Joe la había obligado a realizar eran indecibles.

Muchas noches se despertaba bañada en sudor frío, imaginaba que la habían descubierto por mentirosa y obligado a regresar a su vida anterior, posibilidad que le hacía desear la muerte. La triste verdad consistía en que vivía cubierta por esa nube y temía que algún día alguien descubriese quién era en realidad o la reconociese.

Hacía una semana esa persona había aparecido. Se trataba del americano que siete años antes la había ayudado a escapar de Ámsterdam.

Quiso el cruel destino que el hombre que la había salvado estuviera casado con la hija de Hamilton.

Anya se preguntó si la esposa de Ryan conocía su existencia y si él se lo había contado todo. De no ser así, ¿se lo referiría ahora?

La joven no sabía cómo afrontar la situación. ¿Debía huir y desaparecer en plena noche con la esperanza de que Hamilton no la persiguiera?

No, eso sería un desatino porque, si se esfumaba, Ryan hablaría y entonces todos conocerían su sucio secreto.

Era imprescindible que hablase a solas con Ryan y averiguara si se lo había contado a alguien porque, en ese caso...



«Me suicidaré. Me tomaré un frasco entero de los potentes somníferos de Hamilton y así pondré fin a todo», pensó.

Una noche, en Ámsterdam, después de que Joe la obligara a montar una orgía con dos lesbianas y siete alemanes borrachos, Anya había intentado quitarse la vida. Encontró una navaja en el cuarto de baño del hotel donde se celebró la orgía y se cortó las venas. Joe la encontró tendida en el suelo y cubierta de sangre. La pateó como si fuera un perro y le gritó que era la puta más inútil que había conocido en su vida. Después la arrastró a urgencias, donde le cosieron las muñecas y le dieron el alta.

La noche siguiente tuvo que volver a trabajar como de costumbre.

—Señora Heckerling, ¿le preparo algo? —preguntó Madge, de pie y con los brazos cruzados sobre su generoso pecho.

—No, gracias —repuso Anya amablemente.

Madge ya había llegado a la conclusión de que no aprobaba a la última esposa de su jefe, pero, como de costumbre, mantuvo las formas. Esa chica era bastante complicada, no tan transparente como las precedentes. Madge estaba convencida de que la muchacha ocultaba algo.

—Creo que me haré una taza de té —afirmó Anya y dio unos pasos hacia la nevera.

—Señora Heckerling, no es necesario —contestó Madge y le cortó el paso—. Lo prepararé y se lo llevaré a la terraza.

—Está bien —accedió Anya al darse cuenta de que no era bienvenida en la cocina; al fin y al cabo, era el reino de Madge y la mujer no quería que lo pisase.

Anya salió lentamente. Hamilton estaba sentado a la mesa del desayuno y leía el *Wall Street Journal*.

—Hola, cariño —la saludó casi sin mirarla.

Anya se sentó y contempló los enormes jardines rodeados de arriates primorosamente cuidados y jacarandas en flor. Avistó a lo lejos el brillo azulado de la piscina olímpica y la pista de tenis, de hierba.

Estaba casada con el hombre que poseía todo eso. Estaba casada con un multimillonario.

¿Le quería?

No.

¿Pensaba seguir a su lado?

Sí.



Hamilton apartó la mirada del periódico, la miró por encima de las gafas de montura de concha y preguntó:

—¿Te ha llamado Mandy? —Anya negó con la cabeza—. ¡Esa hija mía! —murmuró Hamilton contrariado—. Le pedí que te mostrara la ciudad y te presentase gente. Obtiene mil privilegios de mí y es incapaz de hacer lo único que le pido.

—Tal vez está ocupada.

«Quizá sabe quién soy realmente y no quiere tener nada que ver conmigo», añadió Anya para sus adentros.

—De ocupada, nada —espetó Hamilton—. Está ocupada sin mover un dedo. Por si no lo sabes, ha salido a su madre.

Anya no lo sabía. Jamás hacía preguntas sobre las esposas anteriores, ya que no le importaban.

«Ahora soy la señora de Hamilton J. Heckerling y eso es lo único que cuenta», concluyó mentalmente la joven.



ANYA

Infinidad de veces Anya había deseado que alguien la rescatase de la vida que se veía obligada a llevar. No merecía la pena existir en ese mundo y no se le pasó por la cabeza la idea de que tendría la suerte de escapar, pero una fatídica noche Dios, en quien no creía pero que al fin acudió en su salvación, le llevó a alguien que lo cambió todo.

Se trataba de un americano que estaba a punto de casarse, de un americano que reparó en su alma herida y decidió que su misión consistía en ayudarla. Sabía que ese hombre había comprado su libertad. No había pagado tanto como a Joe le habría gustado, pero su salvador amenazó con denunciarle a la policía y Joe dio marcha atrás porque el hombre tenía conexiones en la embajada de Estados Unidos.

Anya desconocía los detalles. Solo supo que el americano arregló las cosas para que la trasladaran a una casa segura, donde una pareja encantadora la cuidó; meses después le entregaron los documentos que necesitaba y la enviaron a Nueva York, donde la pusieron en contacto con una organización que ayudaba a las chicas con problemas. La alojaron en un albergue y le consiguieron trabajo en una casa. Sus tareas consistieron en realizar tareas domésticas ligeras y cuidar a un bebé de seis meses. Apenas era capaz de cuidar de sí misma, mejor ni hablar de hacerse cargo de un bebé.

El matrimonio joven con el que trabajó era muy agradable. El padre no pretendió tener sexo con ella y la madre era simpática. Ambos trabajaban todo el día.

Anya estaba sorprendida por todo lo sucedido. Había sido una esclava sexual en una de las ciudades más decadentes del mundo y en cuestión de meses cuidaba un crío en Nueva York, ciudad desconcertante e hiperactiva que la aterrizzaba.

El albergue para chicas en el que vivía era limpio y cómodo. Las demás formaban un grupo abigarrado. Anya se mantuvo apartada de sus compañeras; cada mañana salía a trabajar y a las cinco regresaba. Cada noche, después de cenar, se apoltronaba en la sala recreativa y miraba la televisión hasta la hora de acostarse. Los programas americanos fueron toda una revelación y vio infinidad de rostros bonitos y de casas limpias habitadas por familias felices. Por mucho que no lo fuesen y se pelearan y gritasen, esas familias acababan siendo felices. En televisión la vida era muy satisfactoria.

Entre las residentes estaba Ella, una muchacha negra con una maraña de pelo rizado, pechos generosos y muy desenvuelta que constantemente intentaba hacerla hablar. Ella hacía tantas preguntas que Anya se acordó de las chicas de la casa de madama Olga.



— ¿De dónde eres...? Tía, habla conmigo... ¿La familia te ha echado de casa...? ¿Alguna vez has tomado drogas...? Deberíamos largarnos de esta jodida cárcel.

Ella jamás cerraba el pico y un día le dijo a Anya:

— Eres tan callada que no consigo arrancarte una palabra.

Anya siguió pendiente del televisor, que era la droga a la que estaba enganchada.

— ¿Cuánto cobras en el trabajo? —quiso saber Ella y se sentó junto a Anya—. Donde yo trabajo los cabrones me pagan una mierda para cuidar de dos mocosos chillones. Por si eso fuera poco, este albergue es un timo. Nos acogen a las que nos metemos en líos y después nos hacen trabajar como mano de obra barata. ¿Sabes que cuando cumplamos los dieciocho nos tirarán a la calle? ¿Lo sabías?

Anya negó con la cabeza porque lo desconocía.

— Piensa que yo vivía en la jodida calle hasta que un puñetero bienintencionado me trajo aquí. Tal vez no debería quejarme tanto. Por lo menos tengo una cama en la que dormir.

Anya siguió pendiente de la televisión. Un hombre de aspecto hogareño y enorme sonrisa falsa repartía coches, neveras y toda clase de artículos de lujo. Estaba rodeado de chicas con dorados vestidos de fiesta, por lo que parecían aves exóticas, mientras mujeres rollizas y vestidas de forma más sencilla saltaban y gritaban cuando ganaban cosas. Anya estaba fascinada.

— ¿Cómo acabaste aquí? —inquirió Ella—. ¿Te escapaste de casa, como yo? Mi padrastro entraba cada noche en mi cuarto con la intención de metérmela. ¿Te pasó lo mismo?

Anya se acordó de la familia que la había acogido cuando tenía once años; el cabeza de familia la había molestado sexualmente noche tras noche mientras su esposa fingía que no pasaba nada. También recordó la noche en la que los soldados habían invadido la casa y habían matado a todos los habitantes, salvo a ella. Por alguna razón se había librado de ese destino. ¿A cambio de qué? A cambio de más horrores.

— Venga ya, cuéntame tu jodida historia —insistió Ella.

Anya se encogió de hombros. Había aprendido a hablar lo mínimo porque así estaba más segura.

— Eres muy callada. ¿No tienes nada que decir?

— Sí —respondió Anya por fin y señaló el televisor—, ¿cómo puedo participar en un programa como ese? Me gustaría ganar esas cosas.

Ella se desternilló de risa.

— A todas nos gustaría conseguir parte de esa mierda, pero si continuamos aquí no lograremos nada.

— En ese caso, ¿qué tenemos que hacer? —preguntó Anya con toda la seriedad del mundo.

Ella se encogió de hombros.



—No tengo ni idea. ¿Tienes alguna habilidad?

—¿Qué quiere decir habilidad?

—¿Eres buena en algo?

—Sí —replicó Anya y asintió sabiamente pese a su juventud—, en la cama. Soy muy buena en la cama.



26

Cherry y Reno, los nuevos entrenadores, representaron dos grandes valores para el centro. No solo se incorporaron con sus respectivas listas de clientes, sino que estaban deseosos de ayudar antes de la gran inauguración, y lo cierto era que había mucho que hacer. Cole había despedido al contratista y aceptado los servicios de Freddy Cruise, el contacto de Carlos. Freddy era un tío duro, oriundo del Bronx y que hablaba a toda velocidad; era todo un personaje, con la melena teñida de negro y un puro barato entre los labios, y daba trabajo a una cuadrilla que no aflojaba. Cobraban a tocateja y la música heavy metal no dejaba de sonar a través del reproductor de cedés, pero de repente todo comenzó a funcionar a gran velocidad.

Cameron estaba encantada. Habían aunado esfuerzos para la gran noche y el entusiasmo iba en aumento. Para la inauguración habían contratado a una relaciones públicas; la mujer se llamaba Dee Dee Goldenberg y era una neoyorquina que se había pasado a la costa oeste. Dee Dee era prácticamente la versión femenina de Freddy: hablaba rápido, era rigurosa y le gustaba realizar las cosas lo más rápido posible.

Dee Dee estaba inmersa en las listas de invitados y en ponerse en contacto con los famosos, que, como sabía cualquiera que se dedicase a las relaciones públicas en Hollywood, era una tarea hercúlea. Famosos y celebridades no se comprometían. A veces aceptaban la invitación y no se presentaban; otras la rechazaban y después aparecían; la mayoría esperaba que le pagasen. Se trataba de seres volubles que bailaban según su propio son, actitud que, tal como informó Dee Dee a quien estuvo dispuesto a escucharlo, era un verdadero coñazo.

—Es la puñetera historia del huevo o la gallina —se quejó la relaciones públicas—. Las celebridades tienen que confirmar su asistencia si queremos que las cadenas de televisión se presenten.

—No hay duda de que Don Verona asistirá —aseguró Cameron.

—¿Traerá a Mary Ellen Evans? —preguntó Dee Dee—. La prensa sensacionalista no hace más que hablar de ellos, lo que significa que nos dedicarán mucha atención.

—Me ocuparé de que la traiga —prometió Cameron, aunque no sabía muy bien cómo lo conseguiría porque Don repetía constantemente que Mary Ellen y él no eran pareja.



A pesar de lo ajetreada que estaba, la entrenadora se preguntó a qué se debía que Ryan no hubiera llamado. Se sentía decepcionada, sobre todo porque había suspendido las sesiones con un cliente habitual para incluirlo y Ryan no había dado señales de vida.

«Así aprenderás a no beber los vientos por un hombre casado.»

«¡Silencio! ¡No me importa!»

«Ay, sí, claro que te importa.»

«No y no, no me importa.»

Intentar olvidar a Ryan no fue tan sencillo como supuso. Pese a su fugacidad, el rato compartido persistía en su recuerdo. Lo cierto es que no podía dejar de pensar en él. Por añadidura, era lo que más deseaba, estaba desesperada por dejar de pensar en él. Entre ellos no pasaría nada y, en consecuencia, tenía que olvidarlo.

La obsesión por un hombre y, si a eso vamos, por un casado, la perturbaba, era una tontería y no conducía a ninguna parte.

Más le convenía obsesionarse por Paradise.

Cole presintió que pasaba algo y preguntó a Cameron:

—¿Has conocido a alguien? Dorian tiene razón, por fin te revuelcas con un tío que puede considerarse muy afortunado.

—Si estuviera con alguien, e insisto en que no es así, Dorian y tú seríais los últimos en enteraros.

—¿Por qué cuando hablamos de sexo te cierras como una ostra y te pones paranoica? —inquirió Cole y la atravesó con la mirada—. ¿Estás segura de tu sexualidad? Porque da igual que seas...

—Te lo agradezco, Cole, pero estoy segura. Puesto que tanto te interesa mi vida sexual, te liberaré de tu angustia y te diré que hace un año que estoy con un chico de veinte años que logra que Justin Timberlake parezca una niña.

Listo, lo había soltado. ¿Y qué? Por fin se acabarían las especulaciones sobre sus preferencias sexuales.

—¡Joder! —exclamó Cole—. Tienes un amante secreto. Me encanta.

—Gracias, Paris —replicó Cameron con gran ironía.

—¿Cuándo conoceremos al personaje?

—Nunca, pero te aseguro que existe. ¿Estás satisfecho?

—Lo estoy. ¿Y tú?

—Muchísimo, no sabes cuánto agradezco tu interés.



Aproximadamente una semana después, como quien no quiere la cosa, Cameron mencionó a Ryan y preguntó a Don: —¿Qué tal va tu amistad?

—Ya te dije que Mary Ellen ha sido pájaro de una noche —respondió el presentador con impaciencia—. No es mi tipo.

—¿Tienes un tipo de mujer preferido?

—Sí —contestó Don y la miró a los ojos—. Tú.

La entrenadora no hizo caso de la provocación y volvió a la carga:

—Cuando hablé de amistad me refería a tu amigo Ryan, aquel cuyo matrimonio hacía agua.

—¿He dicho yo que su matrimonio hacía agua?

—Lo diste a entender.

—Sí, hablamos de Ryan —apostilló Don con gran indiferencia—. Necesitará un nuevo par de cojones si se decide a dejar a Mandy.

Eso fue todo. Cameron no podía mostrarse muy interesada porque Don se daría cuenta de lo que pasaba, ya que no era precisamente tonto.

Cole se dedicó a cobrar favores de su lista de ex amantes importantes e influyentes. La mafia gay de Hollywood reaccionó favorablemente, ya que Cole no era una persona fácil de olvidar.

Dorian consultó su BlackBerry atiborrada de actores televisivos de nivel medio, la mitad de los cuales todavía no había salido del armario, e invitó del primero al último.

Resultó que Cherry era entrenadora personal de la estrella de pop Birdy Marvel. Sería fantástico que Birdy asistiera a la inauguración ya que, dondequiera que iba, las cámaras la seguían.

Tendrían una gran cobertura mediática si Birdy Marvel y Mary Ellen Evans hacían acto de presencia.

Reno contaba con su propio grupo de jóvenes hollywoodienses, que incluía a Max Santangelo, la preciosa y salvaje hija de Lucky Santangelo, el magnate de Las Vegas, así como los dos mejores amigos de la chica: Cookie, hija adolescente del icono del soul Gerald M., y Harry, el hijo homosexual del presidente de una cadena televisiva.

Cameron aún estaba nerviosa ante la inminencia de la inauguración. No sabía si arreglarse o ponerse ropa de trabajo. Tampoco es que tuviera un vestido especial,



pero Cherry le comentó que tenía una amiga estilista que la ayudaría a arreglarse a cambio de que la invitaran a la fiesta.

Era una situación tentadora. Tanto Cole como Dorian le dieron alas.

—¡Tienes que hacerlo! ¡Estarás más guapa que nadie! —la alentó Dorian.

—Claro que sí —se sumó Cole—. Ponte algo que destaque tu cuerpo, ya que es lo que vendemos.

La estilista amiga de Cherry eligió una sorprendente creación de Dolce & Gabbana: un vestido blanco que parecía una columna, con una raja delantera de aquí a la eternidad.

Cameron se lo probó y quedó encantada.

—¡Estás fantástica! —le dijo Dorian—. Necesitas un par de manolos con tacones de vértigo y quedarás perfecta.

—¿No pensarán que me he pasado? —preguntó Cameron preocupada.

—En absoluto —aseguró Cole—. Eres la cara y el cuerpo de Paradise y queremos que todos reparen en ti.

Hummm... no estaba segura de si se sentiría cómoda siendo el centro de atención.

Decidió ir a por todas. No tenía nada que perder, sino mucho que ganar.



27

Ryan esperaba la oportunidad adecuada para abordar el tema del divorcio. Le costaba iniciar la conversación porque el comportamiento de Mandy era inmejorable. Tampoco ayudaba que estuviese afectada por la flamante esposa de su padre... y a él le ocurría lo mismo, pero por otros motivos. En ese momento se desencadenó otro drama familiar: su hermana Evie llamó en plena noche, sollozando sin cesar y en busca de ayuda.

—Tienes que venir a recogernos —suplicó Evie con tono de desesperación—. Por favor, date prisa. Marty ha vuelto a perder los papeles. Estoy segura de que nos hará daño.

Al oír ese «nos», Ryan se preguntó si sus sobrinos estaban en peligro. ¡Por favor! Constantemente leía noticias sobre ese tema porque algún marido se volvía loco y se cargaba a toda la familia.

Después de prometer a Evie que llegaría lo antes posible, Ryan se levantó de un salto y se vistió de prisa y corriendo. Como se trataba de una urgencia y podía necesitar ayuda, decidió despertar a Mandy, que hasta entonces no había dado señales de vida. Contempló a su esposa dormida. Tenía los ojos tapados con un antifaz de terciopelo negro y los oídos sellados con tapones de gomaespuma porque decía que Ryan roncaba, pese a que él habría jurado que no era así. Ryan tuvo la sensación de que Mandy tardaría un buen rato en despertar. A pesar de todo la tocó y su esposa salió del atolondramiento inducido por los somníferos.

—¿Qué pasa? —preguntó de malhumor y agitó los brazos en el aire—. ¿Se ha producido un terremoto? ¿Qué está pasando?

—Nada —contestó Ryan brevemente—. Vuelve a dormir.

Ryan se dijo que había tenido una idea peregrina, ya que Mandy sería una carga más que una ayuda.

« Cameron Paradise, ¿dónde estás cuando te necesito? » Se dirigió al coche y salió disparado.

En cuanto llegó a Sunset, la mente del productor comenzó a funcionar a toda velocidad. ¿Tendría que haber cogido la pistola de la caja fuerte o llamado a la policía? Tenía muchos amigos que se encargaban de hacer cumplir las leyes, amigos que tal vez podrían echarle una mano.



«Cielos, ¿qué demonios tenía que hacer?»

Se saltó unos cuantos semáforos en rojo y llegó lo antes posible a casa de Evie.

Su hermana le esperaba en la puerta, con los ojos hinchados y llorosa.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Ryan—. ¿Dónde cuernos está el muy cabrón?

—Se emborrachó de nuevo —repuso Evie en tono bajo—.

Después empezó a despotricar contra ti y tus amigos ricos y quiso saber por qué no nos das dinero. Supongo que se disparó después de haber estado la otra noche en tu casa.

—¡Fantástico! —exclamó Ryan y entró en la casa con Evie pegada a sus talones.

—Le dije que constantemente me ofreces dinero y que no lo acepto. En ese momento se desmandó y empezó a romper cosas.

—¿Te pegó o golpeó a los niños?

—No. Salió hecho una furia y sé que volverá.

—Ya lo creo que volverá —masculló Ryan con gran seriedad.

—Ya no me siento segura en casa —reconoció Evie, que todavía no había dejado de llorar—. No debemos estar aquí cuando Marty regrese.

—Estoy totalmente de acuerdo —coincidió Ryan y se hizo rápidamente una composición de lugar—. ¿Dónde están los niños?

—En su cuarto. Están asustados y no saben qué pasa.

—De acuerdo, de acuerdo. Quiero que subas y prepares una maleta para pasar unos días fuera. Por la mañana decidiremos lo que haremos.

—Gracias, Ryan —musitó Evie—. Sabía que podía contar contigo.

—Vete a preparar el equipaje —añadió roncamente el productor.

Ryan entró en la sala y vio que, una vez más, Marty se había encargado de destruir cuanto encontró a su paso. El sofá estaba volcado, la televisión destrozada, había unas cuantas fotos repartidas por el suelo y los cristales de los marcos rotos se habían dispersado por todos los rincones.

Ryan tomó una decisión y se dijo que ya no había vuelta atrás: los llevaría a casa. Mandy sufriría una rabieta infantil, pero también se trataba de su casa y quería que los suyos pasaran unos días en su vivienda, hasta que resolviese el entuerto, por lo que no había nada más de qué hablar.

La gran pega consistía en que tendría que volver a postergar la charla sobre el divorcio. Puesto que llevaba siete años de matrimonio con Mandy, unas semanas más no supondrían una diferencia significativa. Lo importante era que Evie y sus hijos estuviesen en un lugar seguro.



Los tres críos bajaron la escalera restregándose los ojos y con cara de confundidos. Benji, el más pequeño, lloraba.

Ryan abrazó a sus sobrinos y les aseguró que las dificultades se resolverían. Los quería muchísimo y si Marty se atrevía a ponerles la mano encima...

—Chicos, en marcha —propuso, salió con ellos y los instaló en el asiento trasero del coche—. Viviremos una aventura.

Lucy Lyons Standard se había sentado en el puf de bolitas de la habitación de Marlon con la sensación de que había regresado a su época universitaria. Leía las últimas páginas del guión de Marlon, basado en su idea genial, y tuvo que reconocer que el texto era excelente. Estaba a punto de decírselo al joven cuando este revoloteó ante ella, y le lanzó una mirada maliciosa y comentó:

—Alquilé una de tus películas.

—¿De verdad? —preguntó Lucy y miró hacia arriba.

—Sí, *Blue Sapphire* —precisó y una sonrisa presuntuosa demudó su rostro juvenil—. ¡Qué pasada!

Lucy frunció el ceño y se preguntó por qué los hombres estaban tan obsesionados con *Blue Sapphire*. Es verdad que en la cinta se había desnudado y girado varias veces alrededor de una barra engrasada, pero ¿a qué se debía tanta fascinación? Había rodado doce películas más en las que había demostrado con creces sus dotes de actriz y a los hombres solo les apetecía hablar de *Blue Sapphire*. Personalmente, prefería correr un tupido velo sobre esa experiencia, entre otras cosas porque recordaba que el productor, Hamilton J. Heckerling, se había babeado por ella como si fuera una perra en celo. Era un asunto que nunca había compartido con Mandy. Hamilton se había presentado un día tras otro en el plato y había recorrido con mirada lasciva cada centímetro de su cuerpo desnudo. Una tarde inolvidable había comentado: «Filmaremos la segunda parte y harás como Sharon... mostrarás el chichi».

Ofendida, Lucy había espetado que jamás haría semejante cosa y, puesto que estaba acostumbrado a que todo el mundo le diese la razón, Hamilton dejó escapar una maldición y preguntó: «¿Qué os pasa a las tías de hoy? ¿No quieres ver cómo se dispara tu carrera?».

Por fortuna, en esa época empezó a salir con Phil, motivo por el cual Hamilton, que compartía con él dos proyectos más, se distanció y fue lo bastante sensato como para no contrariar a su guionista galardonado con el Oscar. Al fin y al cabo, tenía historia y futuro.



—*Blue Sapphire* no es mi mejor película —declaró Lucy, un tanto molesta de que Marlon la hubiera mencionado.

—¡Es como un buen...! ¡Caray! —dijo Marlon entusiasmado—. Tuve que parar varias veces el reproductor para no perderme nada.

—Has hablado como un auténtico adolescente —murmuró la actriz retirada y no se sintió nada impresionada.

—No soy adolescente —puntualizó el muchacho y arrugó el entrecejo como los críos—. Estoy a punto de cumplir los veinte.

«En ese caso, compórtate como si tuvieras esa edad», le habría gustado decir a Lucy, pero se abstuvo porque Marlon había hecho un trabajo excelente con el guión y no era aconsejable abochornarlo.

Lucy dejó el guión en el suelo, se puso de pie y se desperezó. El rato que había pasado en el puf de bolitas le había hecho polvo la espalda y ya no tenía dieciséis años. Se preguntó por qué el muchacho no tenía un sofá como la gente normal.

De sopetón Marlon se abalanzó sobre ella, la besó en los labios y se apresuró a acariciarle los pechos.

—¡Un momento! —se defendió Lucy y lo apartó—. ¿Qué haces?

El muchacho permaneció impávido y anonadado, con una erección más que visible.

—Bueno... lo siento... —masculló y se pasó la mano por el pelo aclarado por el sol—. Pensé que...

—¿Qué es exactamente lo que pensaste? —quiso saber Lucy y puso cara de enfado, aunque en el fondo se sintió muy halagada. Al fin y al cabo, tenía edad para ser... bueno... para ser su hermana mayor. Recuperó la compostura y preguntó—: ¿No tienes una amiguita?

—Tengo varias. Lo que ocurre es que... es que no son como tú. Tú eres...

—Sigue.

—Tú eres de verdad.

A Lucy le encantó ser de verdad. Estaba claro que el chico apreciaba a las mujeres maduras, lo que le diferenciaba de Phil, que no le hacía el más mínimo caso.

De todas maneras, Phil era su esposo y todos los maridos hacían poco caso a sus mujeres. Ese era uno de los motivos por los que intentaba resucitar su carrera. Cabía la posibilidad de que, si recuperaba la condición de estrella cinematográfica, llamase la atención del gran Phil Standard.



—Marlon, soy una mujer casada —afirmó con la voz suave de la razón adulta—. Tengo hijos que podrían ser... verás, que podrían ser tus hermanos. Por si no te has percatado, tengo varios años más que tú.

—Ya lo sé, pero me pones —añadió con descaro—. Me importa una mierda que estés casada y seas mayor.

¡Mayor! ¡Se había atrevido a decirle vieja!

Lucy caminó rápidamente hacia la puerta.

—Me marcho —anunció con frialdad—. Volveré mañana a la misma hora. Te aconsejo que pienses en ser más profesional. —Se impuso un largo silencio—. Oh, Marlon, antes de que me olvide, las primeras veinte páginas necesitan una buena corrección.

Pronunciadas esas palabras, Lucy se retiró dignamente.

¡Mayor! ¡Vaya con la palabrita! Era una estrella cinematográfica, siempre lo sería y ningún adolescente que aspiraba a convertirse en guionista se saldría con la suya y la llamaría vieja.

A veces Mandy dormía hasta tarde y en otras ocasiones el efecto de los somníferos desaparecía enseguida y despertaba al alba. Lo que más odiaba en esta vida era que la sacudieran hasta despertarla, que fue precisamente lo que Ryan hizo el martes por la mañana. A duras penas recordó que un rato antes su marido había intentado despertarla, pero no lo había conseguido. En ese momento Ryan volvió a la carga y la sacudió bruscamente del hombro hasta que Mandy se quitó el antifaz y abrió los ojos a regañadientes.

—¿Qué? —masculló y abandonó un sueño delicioso en el que Patrick Dempsey o tal vez Don Verona la perseguían por las playas de arena de Mystique.

—Necesito hablar contigo —dijo Ryan y se sentó al borde de la cama.

—¿No puede esperar? —quiso saber Mandy y tuvo la sensación de que se avecinaba un peligro.

—No, no puede esperar.

—Explícate de una vez —apostilló e hizo un esfuerzo para incorporarse.

—Evie y los niños están aquí.

—¿Dónde?

—Aquí, Mandy, en nuestra casa.



La mujer intentó recordar si los había invitado en un momento de debilidad en el que intentó ser sumamente amable con Ryan, pero llegó a la conclusión de que no lo había hecho.

—¿Por qué? —preguntó contrariada—. Ryan, ¿por qué están aquí?

—Porque se quedarán unos días con nosotros —replicó el productor serenamente.

La información la hizo sentarse a toda velocidad y, como pensó que no había oído bien, preguntó:

—¿Qué has dicho?

—Se trata de una emergencia. Finalmente Marty perdió el control y me vi obligado a ir a buscar a Evie y a los niños en plena noche.

—¿Y los has traído aquí, a mi casa? —inquirió Mandy con incredulidad.

—Querrás decir a nuestra casa —la corrigió Ryan.

«Eso es lo que tú te piensas.» Cuando presuntamente les dio la casa como regalo de bodas, Hamilton puso la escritura a nombre de una de sus empresas... por las dudas. «Por lo tanto, es mi casa y Hamilton no es tonto», concluyó Mandy.

La mente de la mujer discurrió en varias direcciones a la vez. Últimamente, desde que había tenido la sensación de que su marido se distanciaba, se había esforzado mucho por Ryan. Había organizado la cena con su familia; no se había enfadado cuando se emborrachó y pasó fuera toda la noche; le había ofrecido sexo y, de hecho, se había comportado como la esposa perfecta.

¿Y así se lo compensaba? ¿Se lo compensaba llevando a Evie y a los críos! ¡Maldición, era inaceptable!

—Estoy confundida —musitó Mandy y cogió la bata.

—Pues aclárate —añadió bruscamente—. Está todo decidido y te agradeceré que seas amable con ellos.

Mandy se dio cuenta de que su marido todavía estaba alterado, por lo que más le valía andar con tiento y representar el papel de esposa perfecta.

—Siempre lo soy —aseguró Mandy y decidió aprovechar al máximo esa situación peliaguda—. ¿Dónde están?

No era la reacción que el productor esperaba. ¿Quién era esa mujer encantadora que había ocupado el cuerpo de Mandy? Desde luego, no se trataba de la Mandy que conocía y a la que ya no amaba.

—Están abajo —respondió lentamente—. Consuelo les ha preparado el desayuno.

—En ese caso, bajemos de una vez —propuso Mandy alegremente y se puso las cómodas zapatillas de cachemira—. Hace siglos que no veo a los niños.



28

Faltaban veinticuatro horas para la inauguración y Freddy, el contratista excéntrico, y su equipo habían realizado un trabajo fenomenal y terminado todo. Había costado un ojo de la cara, pero el nuevo inversor sin identificar ni se inmutó y el dinero fluyó.

Mentalmente Cameron llegó a la conclusión de que el inversor era el actual amigo de Natalie, un agente inmobiliario de éxito y con mucho dinero para gastar. Todo iría bien mientras durase la relación, pero ¿qué pasaría si rompían? Cameron albergaba la esperanza de que, para entonces, Paradise ganaría dinero a espaldas, por lo que saldarían las deudas con los inversores y se librarían de interferencias externas.

Se sentía muy optimista y sobrada de energías cuando acudió a la habitual sesión de las siete de la mañana con Don.

—Hola, belleza —la saludó cuando abrió la puerta de su casa.

—Estás vestido de calle —afirmó la entrenadora y se dio cuenta de que habitualmente lo veía con ropa de gimnasio—. Espero que esto no signifique que hoy no hay sesión.—Señorita Paradise, ha dado usted en el blanco —confirmó el presentador, salió y cerró la puerta—. Significa que te llevaré a desayunar para celebrar que mañana por la noche inauguras tu nuevo centro.

—Logras que parezca un burdel —bromeó Cameron y se preguntó qué tramaba su cliente.

—Esa sí que es una palabra anticuada y pintoresca —acotó y se burló ligeramente—. Supuse que, gracias a Internet y todo lo demás, los burdeles ya no existen.

—A mí no me mires —dijo la entrenadora y se encogió de hombros como quien no quiere la cosa—. No sé nada de todo eso.

—Estas mujeres que van de inocentes por la vida... —apostilló Don y esbozó una sonrisa.

Cameron se preguntó si Don Verona intentaba mostrarse encantador para caerle en gracia. Era posible.

En los últimos días la entrenadora se había reservado un rato para ver el programa nocturno de Don. Lo encontró ligeramente cínico, ingenioso y original. Sus entrevistas eran divertidas pero iban al grano. Había disfrutado viendo su faceta



profesional y empezaba a comprender las razones por las que el programa era tan popular.

Don Verona era espabilado, guapo a rabiar y la hacía reír. Como había tomado la decisión de dejar a Marlon y estaba claro que el condenado Ryan no la llamaría, ¿qué tenía de malo salir con Don?

«¿Qué sentido tenía salir con él?»

«¿Por qué no iba a hacerlo?»

Se preguntó inútilmente lo que supondría tener una cita con un hombre como Don. Sabía que iba en busca de una mujer. Dos veces divorciado...

Claro que Don no se tomaba nada demasiado en serio, lo que no resultaba tan agradable.

«¡Ja, ja, ja! Es mejor que estar con un hombre casado.»

«Como si pudiera elegir. Me conviene recordar que Ryan no ha telefoneado.»

—De acuerdo, ¿dónde me llevarás a desayunar? —quiso saber Cameron, pues llegó a la conclusión de que un cambio de escenario le sentaría bien.

—¿Estás diciendo que no discutirás? —preguntó el presentador y, sorprendido, enarcó las cejas.

—¿Por qué tendría que discutir? —insistió sin tomárselo demasiado en serio.

—Porque siempre le encuentras pegas a todo.

—Será mejor que me digas dónde vamos antes de que cambie de parecer.

—A Malibú.

—No tengo tiempo para ir a Malibú.

—Sí, por descontado que lo tienes... siempre y cuando quieras que mañana por la noche me presente en Paradise.

—Ese comentario me huele a chantaje —le acusó—. Siempre me haces lo mismo.

—Tienes razón —admitió el presentador sin mostrar arrepentimiento—. Al parecer, es la única manera de conseguir algo de ti.

—¿Verdad que traerás a Mary Ellen a la inauguración?

—¿Es imprescindible? —se lamentó Don.

—Desde luego.

—En ese caso, ven conmigo a Malibú. Puesto que yo doy algo, tienes que aprender a hacer lo mismo.

—Está bien... si insistes... —accedió Cameron con excesiva facilidad—. A las diez tengo que estar de regreso.



—Trato hecho, Cenicienta —confirmó Don y tuvo la sensación de que había triunfado.

—¿Me lo prometes?

—¿Alguna vez te he fallado?

—¿Preguntas si me has fallado alguna vez, exceptuando que por la mañana nunca estás listo cuando llego a tu casa y que me obligas a preparar el café?

El presentador rió a carcajadas.

A Cameron no le quedó más remedio que reconocer que su risa era contagiosa.

—¿Qué piensas? —preguntó Don mientras la conducía hacia el Ferrari aparcado en la calzada de acceso.

—En algo que solo yo sé y que tendrás que adivinar —replicó sin dar más explicaciones.

—¡Cameron, ya está bien! —declaró el presentador desconcertado—. ¿Nunca das una respuesta directa?

—¿No crees que querer saber lo que pienso es una pregunta pueril?

—Lo he hecho mal —reconoció—. Presento un programa de entrevistas y sospecho que estoy acostumbrado a que los guionistas organicen lo que tengo que decir.

La entrenadora montó en el asiento del acompañante del Ferrari y pensó que lo que estaba haciendo era una locura.

«¿Qué tiene de malo? Soy mi propia jefa y tengo derecho a tomarme un rato. Natalie y Cole se encargan de la organización de la fiesta y puedo tomarme un rato de descanso.»

«Puedes tomártelo, pero lo cierto es que empiezas a ceder.»«No, no es verdad.»

Don era amante de la velocidad y condujo el Ferrari como si fuera un juguete y serpenteasen por una pista de la feria de atracciones. Aceleró Sunset abajo como si compitiese en la 500 millas de Indianápolis, se adentró en la Pacific Coast Highway y en ningún momento levantó el pie del acelerador.

—¡Te has vuelto loco! —jadeó Cameron y se espantó pese a que no era precisamente una conductora lenta.

—Nunca dije lo contrario.

—¿Siempre conduces como un chiflado?

—Solamente cuando la persona con la que tengo la cita tiene prisa.

—No soy la persona con la que tienes una cita, sino tu entrenadora personal —puntualizó Cameron.



—Mensaje recibido —aceptó el presentador, giró y aceleró por Old Malibu Road.

—¿Aquí hay un restaurante? —preguntó Cameron sorprendida.

—Sí, claro, mi restaurante.

—¿Has dicho tu restaurante?

—Ni más ni menos. Preparo los mejores crepes a este lado del Misisipi y un beicon que te hará levitar.

—¿Hablas en serio? —inquirió Cameron con gran desconfianza.

—Ya lo verás —contestó Don y aparcó frente a una rústica casa de playa. Se apeó, abrió la portezuela del lado del acompañante y la ayudó a bajar—. Este lugar me sirve de escape. Nadie conoce su existencia, salvo mi administrador y yo.

—En ese caso, ¿por qué me lo muestras?

—Porque eres especial. Además, quiero que sepas que puedes venir cuando quieras. Bastará con que me llames, avises cuándo vendrás y es tuyo.

—Es posible que acepte tu ofrecimiento.

—Eso espero.

—¿Puedo traer a los perros? Adoran la playa.

—Aquí los perros son bien recibidos.

La casa no tenía nada que ver con su ultramoderna obra maestra urbana. No había televisor ni ordenador. Se trataba de una cómoda casa de playa, de un solo dormitorio, decorada de forma chic pero modesta y con un aire muy cálido. Una gastada cama de perro ocupaba una posición destacada en la sala, junto a una cocina totalmente de madera que parecía muy acogedora.

Don la condujo a través de la casa y llegaron a una pequeña galería que daba al océano.

—Quédate aquí y contempla el oleaje mientras preparo el desayuno —propuso el presentador y la ayudó a apoltronarse en una cómoda tumbona—. Reposa, que ya has trabajado demasiado.

Don tenía razón, trabajaba demasiado. No había hecho un alto desde que abandonó Hawái. Había trabajado como una burra, ahorrado dinero, estaba a punto de inaugurar Paradise y todo era gracias a su visión.

Cerró los ojos unos segundos y disfrutó del olor del mar y de la brisa que le agitó los cabellos. El sonido del oleaje la hipnotizó. Era muy agradable relajarse y olvidarse del trabajo, mejor dicho, olvidarse de todo.

Debió de quedarse dormida porque, a continuación, Don le sirvió los famosos crepes con beicon y un vaso de zumo de naranja recién hecho. El presentador había colocado todo en una mesa de mimbre, arrimó una silla y se sentó frente a ella.



—Reconócelo, me has dado una droga para dormir de las que se usan con las acompañantes en las citas —musitó la entrenadora y se pasó la mano por los cabellos.

—Con gusto lo habría hecho —admitió Don con expresión imperturbable—. La única pega es que esto no es una cita. ¿Lo recuerdas?

—Ah, tienes razón.

—Por otro lado...

—Has llegado demasiado tarde —añadió Cameron, cogió con los dedos una tira de beicon y la mordisqueó.

—¿No te parece que ya es hora de que salgas conmigo? —preguntó Don y, por una vez, se puso serio.

—No —replicó Cameron.

—¿Por qué te niegas?

—¿Por qué tendría que aceptar?

—Volvemos a las respuestas escurridizas —se lamentó el presentador y puso los ojos en blanco.

—Mis respuestas no son escurridizas. Desde el primer momento te dije que no me gusta mezclar trabajo y placer.

—En ese caso, contrataré a otra entrenadora. ¿Problema resuelto?

—Me parece bien —repuso con tono indiferente, pues sabía que Don no hablaba en serio.

—¿No me echarás de menos?

—¡Por dios! —exclamó—. Nunca cejas.

—Me gustas. ¿Es un delito?

—Necesitas sabia nueva, nuevos guionistas —bromeó Cameron—. Esa frase es muy vieja.

—Que te jodan —apostilló el presentador y la sonrisa iluminó su rostro mientras pensaba en lo refrescante que es estar con una mujer que sabe bromear.

—¿Qué pasa con Mary Ellen?

—¿Basta con que diga que te jodan para que automáticamente menciones a Mary Ellen?

—Don, déjate de tonterías. Reconoce que es encantadora y que está claro que te adora.

—Cometí un error y me temo que lo pagaré caro.



—Si es verdad que cometiste un error, ahora tendrás que tratarla bien. Los medios la han tratado fatal y a la pobre no le hace falta que, además, tú la abandones.

—Hablas como mi madre.

—¿Tienes madre?

—¡Tía, eres de lo que no hay! —exclamó Don y meneó la cabeza.

—Tomaré esas palabras como un cumplido.

—Presta atención —añadió Don con seriedad—. El trato fue el siguiente: yo no soy responsable de Mary Ellen. Es adulta y sabe elegir. Me acosté con ella una sola vez. Nadie la obligó.

—Sí, claro, pero cree que te gusta —acotó Cameron y la compadeció realmente.

—¿Sabes adivinar el pensamiento? —preguntó Don perplejo—. Ni siquiera la conoces.

—En realidad, la conozco.

—¿De veras?

—Sí. Después de la sesión que los tres compartimos, me telefoneó y me pidió una sesión particular. Fui a su casa y lo único que hizo fue hablarme de ti.

Don frunció el ceño. Mary Ellen no tenía derecho a ponerse en contacto con Cameron sin decirle nada. No le sentó muy bien que digamos la idea de que las mujeres intercambiasen información sobre él.

—¿Qué dijo de mí? —preguntó sin poder evitarlo.

—Se refirió a lo mucho que le gustas. Afirma que eres inteligente, divertido y... ay, ahora que me acuerdo, también dice que eres un pésimo amante.

—Un momento... —se defendió Don y comenzó a sonreír—. Si hay algo de lo que jamás he sido acusado es de...

—Don, solo te estaba jodi...

—Eso espero —añadió el presentador y se puso en pie.

—Hummm... —musitó Cameron y guardó silencio unos segundos—. ¿Me he metido demasiado con tu amor propio?

—Puedes meterte con la parte de mí que más te apetezca —contestó Don y rodeó la mesa.

—Según Mary Ellen...

Sin darle tiempo a terminar la frase, Don se agachó y la besó. Ambos se llevaron una buena sorpresa.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la entrenadora, que se había quedado sin aliento.



—No te sobresaltes ni actúes como si fueras inocente. Sabes lo que siento por ti y era hora de que hiciéramos algo.

—¿Seguro?

—Absolutamente seguro.

—Está bien — aceptó Cameron y le costó creer en lo que estaba a punto de decir—. Trae a Mary Ellen a la inauguración de Paradise y saldré contigo.

—¡Por fin!

—No habría sido tan divertido si hubiera aceptado enseguida, ¿correcto? — preguntó la entrenadora y sonrió.

A Don no le quedó más remedio que reconocer que tenía razón. Además, a partir de ese momento tenía una ilusión.



ANYA

Ella era una chica de recursos. En cuanto supo en qué era competente Anya, lo que la sorprendió bastante, intentó establecer conexiones. Ella era muy espabilada y, pese a tener la misma edad que Anya, había corrido mundo. Sabía que Anya era más guapa que la mayoría de las jóvenes.

Cierto día Ella le dijo a su compañera:

—Conozco a un tío que dice que, si hacemos sexo juntas, buscará hombres que nos paguen.

—No me interesa —contestó Anya, con tono seco y carente de emociones.

—¿Por qué no te interesa? —insistió Ella—. Así ganaremos dinero y saldremos de este estercolero.

Era la misma historia de siempre: sexo, sexo y más sexo; Anya no hizo caso. Ahora estaba en América y todo había cambiado. Las circunstancias la habían convertido en prostituta y había llegado a la conclusión de que, si su destino consistía en seguir siéndolo, se convertiría en una zorra que ganaría un pasión, como las chicas de Sexo en Nueva York. La televisión le había enseñado muchas cosas. Había visto Sexo en Nueva York infinidad de veces y reparado en que las chicas se acostaban constantemente con hombres distintos. No solo se acostaban con ellos, sino que eran tratadas con respeto, por lo cual las recompensaban generosamente. Al parecer, ninguna tenía un trabajo serio, pero el dinero abundaba. Todas ocupaban apartamentos de lujo y llevaban ropa preciosa. Por no hablar de sus zapatos... ay, hasta qué punto Anya ansiaba tener un par de zapatos como esos.

Estaba tan impresionada que le dijo a Ella:

—Quiero ser como esas chicas de la tele.

Ella se rió en sus narices y añadió:

—¿No te das cuenta? Esas cabronas son actrices. En la tele todo es un cuento de hadas interminable, una mierda para tontos.

—Me da lo mismo —afirmó Anya con gran terquedad—. Es posible. Estoy en América y todo es posible.

—No, no todo es posible —aseguró Ella—. Si no pones algo de tu parte, en este mundo de mierda no logras nada.

Anya no le creyó. Tenía planes y lo cierto es que Ella no estaba incluida en ellos.



29

Natalie de Barge y Dee Dee Goldenberg se encargaron de que Paradise fuera el sitio al que había que ir la noche de la inauguración. Dee Dee había recibido instrucciones de montarla a lo grande y las había cumplido al pie de la letra. En el exterior del edificio parpadeaba un cartel de neón que decía Paradise, la alfombra roja serpenteaba desde el bordillo hasta la entrada y los cordones plateados retenían a una considerable cantidad de reporteros gráficos y equipos de televisión. Dos ayudantes de Dee Dee montaban guardia en la entrada, con sendas listas de invitados en la mano. El *catering* corría a cargo de Spago. Abundaban el champán y combinados bautizados específicamente con el nombre de Paradise. Camareros ataviados con pantalones negros ceñidos y nada más portaban las bebidas en bandejas que sostenían en alto. Dorian había realizado personalmente la inspección de abdominales para comprobar que del primero al último de los camareros estaban a la altura de las circunstancias.

Cameron se sintió como una princesa cuando entró escoltada por Cole y por Dorian. Dee Dee dio en el acto instrucciones a los fotógrafos para que pusiesen manos a la obra. Embelleció un poco la realidad y explicó:

—Es Cameron Paradise, la dueña del centro. Recordad su nombre, pues no tardará en tener su propio *reality show* en Bravo y en septiembre aparecerá como invitada en *Dos hombres y medio* y hará de mujer por la que Charlie Sheen se interesa.

Cameron abrió la boca para poner reparos, pero Dee Dee le lanzó una significativa mirada para decirle que ni se le ocurriese.

Los reporteros se pusieron las botas. Estaba claro que Cameron no era famosa, pero sí muy bella. Se sintió ridícula cuando posó para las cámaras. Experimentó un gran alivio cuando Natalie se presentó con Nicollette Sheridan y con Michael Bolton, pues las cámaras dejaron de apuntarle. Aprovechó la oportunidad y entró en el gimnasio. No le gustaba ser el blanco de las miradas.

—¿Participarás en *Dos hombres y medio*? —preguntó Dorian y enarcó las cejas.

—Habla con Dee Dee —repuso la entrenadora y rió entre dientes—. Tiene una gran imaginación.

—Adoro a la gente con imaginación desbordante —Dorian suspiró y agitó su melena rubia, que acababa de iluminar con mechas doradas para la inauguración—. ¿Crees que podría inventar una historia sobre Josh Duhamel y yo en Las Vegas?



—Eh, vosotros dos, no perdáis la concentración —solicitó Cole, que estaba de los nervios—. Es nuestra gran noche y tenemos que dar lo mejor de nosotros mismos.

—Tienes razón —reconoció Cameron—. Cole, ¿puedes explicarme cómo pagaremos esta fiesta? Supera con creces nuestro presupuesto.

—El inversor anónimo de Natalie solicitó lo mejor de lo mejor —respondió Cole, radiante con un Armani negro que le había comprado uno de sus numerosos admiradores—. Puesto que ese tío paga, ¿a quién le importa?

—No entiendo nada —musitó Cameron desconcertada.

—¿Qué es lo que hay que entender? —inquirió Cole—. El dinero es del inversor.

—Sí, claro, pero el negocio es nuestro —puntualizó la entrenadora—. ¿Estamos dispuestos a trabajar con alguien que cree que puede presentarse en el último momento y empezar a dar órdenes?

—Esta fiesta nos permitirá introducirnos en el circuito —explicó Cole—. Ya lo verás, esta velada será muy rentable. Nena, déjate llevar. Natalie está tranquila y nosotros deberíamos hacer lo mismo.

—Espero que tengas razón —dijo Cameron, preocupada por los gastos extraordinarios en los que habían incurrido.

—Yo siempre tengo razón —fanfarroneó Cole y se alejó para saludar a un importante magnate hollywoodiense que le saludaba con la mano desde el otro extremo de la sala.

Lynda se acercó presa del entusiasmo.

—¡Ay, chica, estás guapísima! Ese vestido sexy y con una raja te queda de maravilla.

—Míralo bien porque pasará mucho tiempo antes de que vuelva a ponerme algo parecido —replicó Cameron con tono seco.

—Tía, ¿por qué? La ropa sexy te sienta bien.

—Pero no definiendo lo sexy, sino estar sana y en forma —precisó Cameron sin tenerlas todas consigo.

—Está bien, está bien —añadió Lynda. Sus generosas curvas sobresalían del vestido corto, ceñido y de color rojo; calzaba sandalias doradas con tiras tobilleras y tacones de vértigo—. ¿Has visto a Carlos por aquí?

—¿Ha venido?

—Por descontado —contestó Lynda y cogió un canapé de salmón ahumado de la bandeja de un camarero que pasaba—. No le puedo quitar ojo de encima porque las mujeres... las mujeres lo persiguen como si se hubieran vuelto locas. No te imaginas



lo que me cuesta espantar a las zorras que se acercan demasiado. Mi Carlos tiene el atractivo de Antonio Banderas.

—Así es —musitó Cameron y pensó que Carlos se parecía a Antonio Banderas tanto como Pamela Anderson a Nicole Kidman.

Se preguntó cuándo aparecería Don. Unas cuantas veces le había pedido que acudiera con Mary Ellen y ahora se arrepentía de haber insistido. Desde que se habían besado en la playa lo veía con otros ojos. ¿Debería salir con él? ¿Sería un error? ¿Era un picaflor inconstante?

¡Qué demonios...! ¿Qué le impedía salir con Don?

Natalie estaba junto al bar provisionalmente montado delante de una hilera de máquinas nuevas y relucientes. Charlaba con un grupo de amigos y a su lado se encontraba el señor Millonetis, su novio inmobiliario.

Cameron pensó en acercarse y decirle algo, pero enseguida recordó que prefería el anonimato. Optó por seguirle la corriente.

«Don, ¿dónde te has metido? —pensó—. No me falles. Necesito que esta noche hagas acto de presencia.»

Pocos minutos después llegó Katie. Había viajado desde San Francisco para asistir a la inauguración.

—¡Caray! —exclamó Katie entusiasmada después de saludar a su amiga con un abrazo—. Me alegro de haber llegado a tiempo. Como el avión se retrasó, cogí un taxi y vine directamente.

—¿Dónde está Jinx? —inquirió la entrenadora y miró encantada a su mejor amiga.

—Finalmente logró firmar un contrato para grabar un disco —explicó Katie, feliz de la vida—. Está en el estudio y te envía muchos besos.

—¡Me alegro muchísimo! Dale recuerdos y felicítale de mi parte.

—Te diré que tengo novedades incluso más emocionantes —comentó Katie—. ¡Anoche, por fin, nos prometimos!

—¿De verdad?

—Ya lo creo —afirmó Katie y mostró una sortija con un modesto diamante.

—¡Fantástico! —exclamó Cameron y abrazó a su amiga—. Me alegro mucho por vosotros, sé que es lo que queréis.

—Nos casaremos el día que Jinx consiga su primer disco de oro —añadió Katie con toda la confianza del mundo.

«Puede que te toque esperar una eternidad», pensó Cameron y se dio un golpe metafórico en la mano por ser tan mal pensada. Aunque tenía talento, Jinx no era John Mayer ni Adam Levine, de Maroon 5.



Su móvil comenzó a vibrar en el bolso y Cameron lo sacó con rapidez.

—Llegaré tarde —anunció Don—. Ha habido problemas técnicos durante la grabación del programa, pero no padezcas, allí estaré.

—¿Vendrás con...?

—Sí, sí —replicó resignado el presentador—. La recogeré en cuanto salga del estudio y, como todo hay que decirlo, lo haré muy a mi pesar —Cameron rió suavemente—. ¿Te diviertes sin mí?

—Lo intento.

—No olvides nuestro acuerdo. Mañana por la noche tenemos una cita.

—Logras que me sienta como si hubiera vuelto al instituto.

—Espera a que llegue a la segunda base —apostilló Don y rió con actitud cómplice—. ¡Entonces lo sentirás de verdad!

—¿Me lo prometes?

—¿Quieres que te lo prometa?

—Concéntrate en la cita de esta noche y acuérdate de sonreír a los fotógrafos —le recordó la entrenadora.

—Vaya, nunca aflojas —protestó el presentador.

—Date prisa. Tu nombre figura en las listas y los medios comienzan a impacientarse.

—No tardaré —aseguró Don.

Cameron cerró el móvil, lo guardó en el bolso y paseó la mirada a su alrededor. Ya no cabía un alfiler. ¿Estaba Paradise a punto de convertirse en el nuevo gimnasio de moda de Los Ángeles? El triunfo sería rotundo si los presentes se inscribían. Cole había hablado de ampliar el negocio con una cabina de bronceado y un spa dedicado a la belleza. Cameron había puntualizado que tenían que hacer funcionar el gimnasio antes de incorporar otros elementos.

Lynda se acercó haciendo equilibrio con una copa, un canapé y el bolso adornado con lentejuelas y preguntó:

—¿Abrimos mañana?

—No, abrimos pasado mañana —precisó Cameron y se preguntó si alguna vez alguien le hacía caso.

Había explicado diez veces a sus compañeros que el día siguiente a la inauguración era jornada de limpieza y que, de todas maneras, debían acudir para contestar el teléfono y organizarse.



—Carlos tiene un primo que fabrica camisetas —comentó Lynda e introdujo el canapé entre sus labios recubiertos de brillo—. Le gustaría saber si harás un pedido.

—Carlos tiene más primos que la reina de Inglaterra —ironizó Cameron.

—Imprimiré la palabra Paradise en la pechera —prosiguió Lynda—. Serán muy bonitas y las venderemos en la recepción.

—No, Lynda, tal vez más adelante.

—Está bien, está bien —se lamentó Lynda decepcionada—. No hace falta que me grites.

—¿Quién te grita? Intento concentrarme en una cosa a la vez. En este momento no se trata de vender camisetas, sino de hacer socios. Las inscripciones garantizarán ingresos regulares.

—¡Madre... del... amor... hermoso...! —exclamó Lynda—. ¡Mira quién acaba de franquear la puerta! ¡Ni más ni menos que el señor Bocasucia!

—¿De quién hablas?

—Del rarillo del señor Lord.

—¿Quién le incluyó en la lista?

—Yo no he sido —replicó Lynda, indignada porque Cameron había pensado que era la responsable.

—Ya no le entreno —añadió Cameron—. ¿Qué diablos hace aquí?

—Tal vez Cole le envió la invitación.

—Lo dudo mucho.

—¿Quieres que le pida a Carlos que le eche?

—No, déjalo. Supongo que se mezclará con los invitados.

—No te hagas ilusiones —replicó Lynda y puso sus expresivos ojos castaños en blanco—. Cuidado, viene para aquí.

El cliente que todos detestaban se acercó a las mujeres. Cameron buscó una estrategia de salida y, como no la encontró, le hizo frente.

—Ay, Cameron, Cameron, Cameron —repitió el señor Lord con tono acusador, la peluca negra un tanto torcida y las cejas como orugas casi unidas—. Me dejaste en la estacada.

El señor Lord siempre se las apañaba para incluir un par de tópicos en la conversación.

La entrenadora decidió no perder la calma y contestó:



—A decir verdad, no podía llevarme los clientes de Bounce. Son las normas de la casa.

—A la mierda con las normas de la casa. Eras mi entrenadora y un día estabas allí, sexy y tentadora con tus pantaloncitos, aquellos que me permitían verte la raja, y al siguiente tu chocho húmedo pasó a formar parte de la historia.

De repente Cameron comprendió que no hacía falta ponerse nerviosa, que tenía su propio centro, que no tendría que hacer esfuerzos desesperados para ahorrar y que podía mandarle a freír espárragos. Experimentó una agradable sensación de poder.

—Señor Lord, su culo caído, viejo y reseco es lo que forma parte de la historia. Coja sus palabras soeces y sus diatribas sexistas y salga inmediatamente de aquí. En Paradise los pervertidos no son bien recibidos.

Tras pronunciar esas palabras, Cameron dio media vuelta y le volvió la espalda.



30

Don se presentó dos horas después de iniciada la fiesta y entró a lo grande con Mary Ellen. Tras ellos aparecieron Mandy y Ryan Richards.

Cameron lo vio llegar y se le aceleró el pulso. ¿Por qué Don no le había dicho que asistiría con Mandy y Ryan? De haberlo sabido con antelación se habría preparado.

Apartó a Cole de la compañía de un magnate de una de las grandes productoras cinematográficas, lo arrastró hasta donde se encontraban Don y los Richards y los presentó.

—Vamos, no te puedes quejar de la gente que ha venido —comentó Don tras echar un vistazo a los invitados—. Hay que reconocer que el centro tiene un aspecto fabuloso, incluso mejor de lo que esperaba.

—Gracias —musitó Cameron y tomó la decisión de que no miraría a Ryan.

—¿Te acuerdas de Mandy y de Ryan? —preguntó el presentador.

«Ay, sí, ya lo creo que los recuerdo.»

—Por supuesto —respondió la entrenadora con indiferencia.

Siguió esforzándose para no mirar al productor, pero ya no pudo resistirse y se sobresaltó al percatarse de que Ryan tenía los ojos tan azules como de costumbre, el pelo largo ligeramente revuelto y el pequeño hoyuelo en el centro de la barbilla, hoyuelo que como siempre le produjo escalofríos. Experimentó un ansia desesperada por ese hombre al que apenas conocía.

—¡Hola! —saludó Mary Ellen, alegre y gorjeante porque se trataba de su cuarta cita con Don y los medios hablaban de ellos como si fuesen una pareja; abrigaba la esperanza de que su ex marido se hubiera enterado y atragantado con el café sentado frente a su amiguita, la estrella cinematográfica que se dedicaba a robar hombres.

—Hola —repitió Cameron y apartó la mirada del objeto de sus deseos.

—Te aconsejo que seas amable con Mandy —propuso Don—. Tendrás todo hecho si Mandy decide respaldar el centro.

—Diría que todo está prácticamente resuelto —explicó Cameron y entornó los ojos—. Tengo todas las horas reservadas. ¿Y tú, Cole?

—Está todo reservado —contestó su socio y le siguió la corriente.



—Pero me harás un hueco, ¿no? —terció Mary Ellen—. No tardaré en volver a rodar la serie, por lo que me vendría bien a primera hora de la mañana.

—Me ocuparé de ti —prometió Cole y la cogió del brazo—. Será un placer.

—Te lo agradezco enormemente —añadió Mary Ellen con la esperanza de que la atención que le prestaba ese afroamericano guapísimo despertara los celos de Don.— Ten mi tarjeta —aconsejó Cole—. Llámame y ya encontraremos una solución.

—Ya lo creo que te llamaré —confirmó Mary Ellen y miró rápidamente a Don de soslayo para cerciorarse de que los había oído.

—Lo mío es el yoga —declaró Mandy, colgada del brazo de Ryan—. Intento convencer a mi marido de que lo practique, pero es muy terco. ¿No es así, amor mío?

¡Por favor! Ryan detestaba que Mandy lo llamara «amor mío». También le desagradaba que se colgase de él. Mandy no tenía por costumbre interpretar el papel de mujer desvalida, que era exactamente lo que hacía en ese momento. ¿Acaso se había dado cuenta de que él se sentía irresistiblemente atraído por Cameron?

—A algunas personas el yoga les resulta muy gratificante —repuso la entrenadora con ecuanimidad e intentó mostrarse fría y formal—. Yo prefiero ejercicios más enérgicos.

—¡Que me lo expliquen a mí! —bromeó Don—. Me hace trabajar tanto que cuando terminamos me arrastro hasta el estudio.

—Pues vale la pena —afirmó Mary Ellen y le contempló con mirada soñadora—. Tu cuerpo está en su punto.

—Cameron es la responsable —acotó Don—. Es la mejor.

—Puesto que eres la mejor, tal vez debería entrenar contigo —sugirió Mandy y no hizo el menor caso del comentario de Cameron acerca de que no tenía una sola hora libre.

—Señora Richards, estoy segura de que podremos adjudicarle uno de nuestros entrenadores —añadió Cameron.

—¡Tocada! —exclamó Don y soltó una carcajada.

Mandy tironeó del brazo de Ryan pues no comprendió del todo lo que estaba pasando. Don había insistido en que fuesen con él a la inauguración del nuevo centro deportivo y había llevado como acompañante a Mary Ellen. Y ahora resultaba que la chica con la que había asistido al cumpleaños de Ryan era una de las socias del gimnasio.

«Hummm, tal vez intenta montar un trío, es lo típico en Don», dedujo Mandy.

—Necesito una copa —dijo la mujer de Ryan—. Nuestra casa está llena de críos gritones. No os imagináis el alivio que siento al estar lejos de esos molestos mocosos.



Cameron se preguntó a qué críos se refería. Ryan le había contado que, puesto que no podía ser madre, Mandy no permitía la entrada de niños en su casa.

—Mi hermana y sus hijos están en casa —explicó Ryan como si hubiera adivinado el pensamiento de la entrenadora—. Son tres niños menores de ocho años y, aunque reconozco que es difícil, ciertamente resultan entretenidos.

—Estoy segura de que a nadie le interesa nuestra situación doméstica —declaró Mandy al detectar la tan cacareada presencia de Birdy Marvel—. Vamos, Ryan, debemos acercarnos a saludar a Birdy.

—Ve tú —replicó el productor—. Tengo que comentar algo con Don.

Mandy no supo a qué carta quedarse: ¿debía permanecer junto a su marido o ir a hablar con la famosa fulana del pop que estaba empeñada en que apareciese en su próximo evento benéfico?

La estrella del pop pudo más que su marido y se alejó, por lo que quedaron Mary Ellen, Don, Cole, Ryan y Cameron.

—¿Qué tal si os muestro el gimnasio? —se ofreció Cole—. Contamos con sauna de última generación y sillones vibratorios de masaje en lo que llamamos la sala de relajación. Os encantará.

—Sí, por favor —aceptó Mary Ellen—. Don, ¿vienes?

—Dentro de un rato —respondió y la despidió con la mano—. Ryan y yo tenemos que hablar.

El grupo se redujo a tres.

—¿Estás contenta? —preguntó Don y traspasó a Cameron con la mirada—. Esta noche he tenido que soportar el infierno de los *paparazzi* para estar aquí. Tendrás toda la publicidad que desees y durante un mes y medio me convertiré en el señor de Mary Ellen Evans. Es justamente lo que menos falta me hace.

—No sabes cuánto te lo agradezco —logró decir la entrenadora, que se sintió ridícula porque se le había secado la garganta y fue incapaz de volver a mirar a Ryan.

—Cameron me obligó a traer a Mary Ellen por una cuestión de relaciones públicas —explicó el presentador a su amigo—. ¿Te das cuenta de lo que tengo que soportar para conseguir una cita con esta mujer? Es muy exigente, pero merece la pena —Don sonrió a Cameron y la cogió de la mano—. ¿Te he dicho que estás espectacular?

—Gracias —murmuró Cameron y notó calor... que no procedía precisamente de la mano de Don.

—¿No te parece extraordinaria? —insistió y se dirigió de nuevo a Ryan, que asintió en silencio.

En ese momento se acercó Natalie de Barge, que estaba espléndida con un Versace de color verde lima y osado escote.



—¡Don! —exclamó y le saludó con sendos besos en las mejillas—. ¿Me acompañas un momento? Chicos, no os preocupéis, lo devolveré enseguida.

—¡Más te vale! —bromeó Don—. ¡De lo contrario, es probable que mi mejor amigo se escape con mi chica!

—Tenía entendido que tu chica era Mary Ellen —comentó Natalie.

Don le guiñó el ojo y acotó:

—Es una larga historia.

Natalie le cogió del brazo y se lo llevó.

Y así fue como Cameron y Ryan se quedaron solos.

Cameron experimentó el deseo delirante de salir corriendo, pero se contuvo y preguntó con sincera preocupación:

—¿Tu hermana está bien?

—Ahora sí —replicó Ryan—. Tuvimos que pedir una orden de alejamiento para Marty.

—¿De veras?

—Tuvo otro ataque en el que lo destrozó todo, y trasladé a Evie y a los niños a casa. Me parece que todavía es demasiado pronto para que vuelvan a su hogar. Marty es imprevisible.

—¿Cómo lleva Mandy que estén en tu casa?

—Digamos que intenta llevarlo.

—Ah, bueno...

Se produjo un incómodo silencio y Ryan fue el primero en romperlo:

—Verás, Cameron... bueno, no te he llamado —declaró con indecisión y puso palabras a lo evidente.

—Ya me había dado cuenta —replicó la entrenadora y tragó saliva.

—Quería llamarte, pero me pareció que no era el momento oportuno por lo que hay entre Don y tú y también por mi situación en casa.

—No tienes por qué dar explicaciones —añadió Cameron y con la mirada buscó a un camarero pues necesitaba desesperadamente otra copa.

—Sí que tengo que darlas, te las debo —reconoció con franqueza—. Te dije que te llamaría y no lo hice. No suelo ser así. Cuando digo que haré algo normalmente lo hago.

—No te preocupes —afirmó la entrenadora, detectó a un camarero y le hizo señas de que se acercase—. Lo comprendo. Estás casado y yo salgo con tu mejor amigo.



Además, entre nosotros no ha pasado nada, así que no hay de qué preocuparse, ¿correcto?

«¡Incorrecto! —se dijo Cameron mentalmente—. Entre nosotros pasó algo, se produjo una conexión que hasta ahora yo jamás había experimentado.»

—Entonces, ¿es cierto que sales con Don? —preguntó Ryan, deseoso de que Cameron le respondiese que no, que el presentador no era el hombre adecuado para ella por mucho que él pensase que lo era.

—Bueno... sí...

—Vaya, me alegro —apostilló Ryan rígidamente.

—Yo también —contestó la entrenadora y cogió un vaso de la bandeja que el camarero le ofreció. El contenido le daba igual, sencillamente necesitaba una copa.

Incapaz de contenerse, Ryan comentó:

—¿Sabes una cosa? Don es un tipo genial, pero ya lleva dos divorcios a sus espaldas y tiene fama de ser de los de aquí te pillo, aquí te mato.

—¿Se trata de una advertencia? —inquirió Cameron con gran frialdad—. En ese caso, estoy segura de que a Don no le agrada saber que lo has dicho, sobre todo porque aseguras que es tu mejor amigo.

—Estás cabreada conmigo, ¿no? —preguntó Ryan, que, de repente, se percató de lo que pasaba.

—¿Por qué iba a estarlo? —añadió Cameron y vació el vaso, que contenía un cóctel paradise y era bastante fuerte—. Verás, accedí a ser tu entrenadora a la hora que te viniese bien y para hacerte sitio cambié el horario de un cliente habitual, pero no pasa nada. De todos modos, habría estado bien que me llamaras para comunicarme que no cumplirías tu compromiso.

—Lo siento mucho. Tienes razón. Tendría que...

—Para el carro —lo interrumpió—. No hay ningún problema.

—La cuestión es que...

Cameron se dio cuenta de que no soportaba un segundo más esa tortura y puso fin a la situación.

—Ryan, tendrás que disculparme, pues me quedan mil cosas que atender.

Se obligó a moverse y a tomar distancia antes de cambiar de parecer o decir algo de lo que luego se arrepentiría, como «Esperé ansiosamente tu llamada. Desde entonces no hago otra cosa que pensar en ti. Seguramente te has dado cuenta de que entre nosotros hay algo. Estoy convencida de que sientes lo mismo».



Ryan la vio alejarse, salir otra vez de su vida y entrar en la de Don. Lo peor es que no podía hacer nada, salvo dejar a Mandy, algo que en ese momento era demasiado complicado porque Evie y los niños estaban en su casa.

Un profundo sentimiento de frustración le retorció las entrañas.

Se preguntó si Cameron ya se había acostado con Don y llegó a la conclusión de que no quería saberlo.



31

—Me encanta estar rodeada de estrellas —reconoció Katie y arrinconó a Cameron junto a la barra del bar, donde bebía otro paradise—. Cuéntamelo todo. ¿Qué pasa entre tú y el increíble Don Verona?

—¿Cómo dices? —preguntó Cameron, que estaba un poco atontada porque cuando bebía su límite era una copa y esa noche ya iba por la cuarta.

—Es adorable y no ha dejado de mirarte durante toda la velada.

—Déjate de tonterías. Está liado con Mary Ellen Evans.

—No has logrado confundirme —puntualizó Katie con complicidad—. Entre vosotros hay algo... ¡lo huelo!

—En realidad, tengo la sensación de que Don va detrás de mí —reconoció Cameron sin dar más precisiones.

—¡Ya lo decía yo! —exclamó Katie—. Me parece fantástico.

—Que no pasa nada, solo es un cliente. Hacemos gimnasia cada mañana.

—¿Y? —inquirió Katie, con la mirada encendida por la expectativa de oír cotilleos jugosos.

—Eso es todo. No es más que un hombre que conozco.

—No me vengas con esas —la regañó Katie—. Antes me lo contabas todo.

—Sí, es cierto, cuando éramos jóvenes e impacientes.

—Eso es el título de un culebrón.

—Ya lo sé.

—Sigue.

—Sigo... —repitió Cameron, pues necesitaba desesperadamente compartirlo con alguien—. Si te cuento algo, tendrás que jurarme que guardarás el secreto.

—¿A quién iba a contárselo?

—A Jinx.

—¡Ja, ja! —espetó Katie—. Como si fuera a decirle algo.

—Está bien... ¿Ves al tío que está de pie junto a Don?



—Sí —contestó Katie y paseó la mirada por el otro extremo de la sala—. Avistado.

—Es él —afirmó Cameron y suspiró.

—¿Quién es? —quiso saber Katie, que estaba algo desconcertada.

Cameron vació la copa e hizo señas al barman para que le sirviese otra.

—Está casado —añadió contrariada.

—¿Quién está casado?

—¡Katie, ya está bien! —la regañó la entrenadora e hipó inesperadamente—. ¿Qué te pasa que estás tan torpe? El tío que está de pie junto a Don.

—¡Ah! —exclamó Katie—. Por fin te entiendo. Te interesa el casado. A juzgar por lo que veo desde aquí, no está nada mal. En Hollywood casi todos son altos y guapos.

—Está casado —repitió Cameron apenada—. Está casado, casado y casado.

—Tú también —puntualizó Katie.

—¿Qué dices? —Cameron arrugó el entrecejo y el hipo volvió—. ¿Estoy casada?

—Chica, me parece que ya has tenido bastante —dictaminó Katie y se echó a reír.

—¿Bastante qué?

—Bastante alcohol —explicó Katie—. Mira lo que está a punto de pasar. El señor Verona se acerca... y se dirige en línea recta hacia ti —Cameron se apoyó en la barra para mantener el equilibrio. En cuanto Don se acercó, añadió—: Hola, soy Katie, la mejor amiga de Cameron y...

—Estoy mareada —la interrumpió la entrenadora—. Será mejor que me tumbe.

—Ha bebido de más —la justificó Katie.

—Ya me he dado cuenta —afirmó Don—. ¿Serás tan amable de ayudarme a llevarla al despacho?

—Encantada —contestó Katie—. Quiero decirte que al natural eres más guapo... y más alto que en televisión. ¿Te lo dicen muy a menudo?

—¿Por qué no nos ocupamos de Cameron antes de que se desplome? —propuso el presentador y cogió del hombro a la entrenadora.

—Hola, Don, ¿qué pasa? —masculló Cameron y tuvo un ataque de risa.

—Hola, Cam —respondió el presentador y frunció las cejas con expresión divertida—. ¿Alguien te ha dicho que estás pedo?

—¿Pedo? —repitió Cameron—. ¿Quién está pedo?

Don intentó quitarle la copa de la mano, pero Cameron la sujetó con tanta fuerza que el líquido salió disparado y salpicó la pechera de su vestido.



—¡Caramba! —la entrenadora volvió a desternillarse de risa—. ¡Pezones en alerta!

—Cógela del brazo y la llevaremos poco a poco —explicó Don.

—Ya está —dijo Katie, que estaba impresionada por la actitud controladora del presentador.

Consiguieron llevar a Cameron al despacho.

En cuanto cerró la puerta, Katie preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

—Ve a buscar una taza de café solo mientras yo le hago compañía.

Katie asintió. Don era alto, moreno, famoso, rico, cuidadoso y guapo. ¿Cameron se había vuelto loca? Si le había dicho la verdad, rechazaba al presentador pues prefería al casado. ¡Su amiga no sabía lo que hacía!

—Vuelvo enseguida —apostilló Katie.

—Volverá enseguida —repitió Cameron, rió, rodeó con los brazos el cuello de Don e intentó besarle.

El presentador hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y se apartó con delicadeza.

—¿Qué pasa? —preguntó la entrenadora—. Creí que te gustaba besarme.

—Te diré una cosa —respondió mientras la acompañaba hasta una silla—. Si no fuera un caballero, esta noche podría aprovecharme de ti.

Cameron le dedicó una sonrisa achispada.

—Adelante, muchacho, aprovéchate.

—Por favor —masculló Don y meneó la cabeza—. Te aseguro que por la mañana estarás muy arrepentida.

—¿Quién se arrepentirá de qué? —preguntó la entrenadora y abrió desmesuradamente los ojos.

—Cameron, Cameron —la regañó y dejó escapar una ligera risilla—. Me muero de ganas de que llegue nuestra cita de mañana por la noche para contarte todo esto. Como te conozco un poco, sé que te sentirás abochornada.

—Sí, claro —aseguró, se repantigó en la silla y sus pechos asomaron por encima del vestido—. Abochornada. ¡Vaya palabra! —Don le acomodó rápidamente el vestido para tapanle los pechos—. Muchas gracias, señor controlador —dijo, y se sintió cada vez más mareada—. No hay nada como el decoro.

—¿Qué has dicho?

Cameron cerró los ojos y rápidamente los abrió. Preguntó con gran seriedad:



— ¿Estamos en un barco?

—No, no estamos en un barco —puntualizó el presentador con paciencia—. ¿Por qué crees que estamos en un barco?

—Porque todo da vueltas.

Don la miró y se dijo que era hermosa...; incluso ebria era una mujer excepcional. No la tocaría mientras estuviese alcoholizada porque no sería correcto. De todos modos, la tentación era enorme.

Katie volvió con el café.

—Tu amiguita te busca. Ha preguntado a todo el mundo por ti. No he dicho nada.

—No tengo amiguita.

—Venga ya, leo la prensa. Me refiero a Mary Ellen Evans.

—Ah, a ella.

—Sí, a ella.

Don cogió el móvil y llamó a Ryan.

— ¿Dónde estás? —preguntó el productor—. Mandy quiere irse.

—No repitas lo que digo —pidió Don y bajó la voz—. Estoy con Cameron, que ha sufrido una especie de crisis. Necesito que me hagas un gran favor: pide disculpas de mi parte y lleva a Mary Ellen a su casa.

— ¡Don, ya está bien!

—Tienes razón, pero Cam me necesita y me quedaré para ayudarla.

— ¿Qué esperas que diga a Mary Ellen y a Mandy?

—Diles que me llamaron del estudio para volver a grabar una parte del programa. Se ha producido una emergencia.

Ryan no pudo contenerse y preguntó:

— ¿Cameron está bien?

— Está mejor que bien.

El productor colgó con un humor de perros. No le resultaba fácil asimilar lo que sucedía entre Don y Cameron. De todos modos, supo que tendría que afrontarlo pues no había otra solución.



ANYA

Diana y Seth Carpenter eran abogados y estaban muy dedicados a su profesión. Se trataba del joven matrimonio para el que Anya trabajaba. Cada mañana, a las ocho y media, la joven se presentaba en el apartamento. Poco después Diana y Seth salían juntos. A veces Seth volvía a casa a comer, se encerraba en el cubículo al que llamaba despacho y trabajaba en el ordenador.

Anya se dedicó a estudiarle minuciosamente. En sus pocos años de vida había observado a muchos hombres y Seth no se parecía a los que visitaban los burdeles en los que había trabajado. Era un hombre serio, para nada sensual y concentrado en el trabajo.

Algunos días le preguntaba si quería que le preparase el almuerzo. A veces respondía afirmativamente y, mientras Anya se ocupaba de prepararle un bocadillo, Seth jugaba unos minutos con el bebé y realizaba varias llamadas telefónicas. A continuación se comía el bocadillo y se iba.

Anya siguió estudiándolo y llegó a la conclusión de que Seth Carpenter era un hombre muy tenso y que parecía infeliz.

En ocasiones llegaba por la mañana y oía discutir a Seth y a su esposa. Ocurría más de una vez por semana. Se peleaban por el dinero y por la madre de Seth, que a Diana no le caía bien. Discutían por la factura del teléfono y las horas que Seth se pasaba en el ordenador. Se peleaban por la ropa que Diana lucía y por lo mucho que tardaba en estar lista. En realidad, discutían por todo.

Con el paso de los días, las semanas y los meses, Anya elaboró un plan magistral, que incluía no permitir nunca más que los hombres volvieran a usarla. Decidió utilizarlos para prosperar. Era lo que se merecían, ya que todos eran unos cerdos, por mucho que mostrasen una cara amable, como Seth. Se dio cuenta de que podría usar a Seth cuando le diera la gana. Al fin y al cabo era un hombre, ¿no? Todos los hombres tenían una debilidad innegable y ella había aprendido a aprovecharla ventajosamente.

Un mediodía Seth volvió a casa de pésimo humor y Anya no tardó en percatarse de que estaba enfadado.

— ¿Le preparo la comida? —preguntó.

—Hoy no, Anya —respondió roncamente—. Haré varias llamadas y me iré. ¿Llevarás a Ali al parque?

—Sí, hoy la llevo al parque.



— Salir le hace bien.

— Señor Carpenter, parece cansado — añadió Anya y suavizó el tono de voz.

— Lo estoy — reconoció Seth—. Nunca dejo de trabajar.

— En Rusia a veces trabajaba de masajista. Quítese la chaqueta y le frotaré los hombros. Es muy estimulante.

— Es mejor que no — respondió Seth, pese a que fue evidente que estuvo tentado de aceptar.

— Será muy relajante — insistió Anya.

— Ciertamente no me vendría nada mal.

— Ya lo verá, esta tarde trabajará mejor.

— Vale, si estás segura de lo que dices...

Anya asintió y señaló la silla de respaldo recto que había junto a la mesa de la cocina.

El señor Carpenter se quitó la chaqueta y tomó asiento.

Anya se situó tras él y hundió los pulgares en la delicada piel de su nuca.

— Eso me va — reconoció Seth.

— Ya se lo dije. En Rusia nos enseñan a dar masajes. El hombre que trabaja mucho tiene que aprender a relajarse.

— Lo haces muy bien.

— Gracias, señor Carpenter — dijo Anya y se acercó hasta que sus pechos menudos rozaron la espalda de Seth.

Un jadeo involuntario escapó de los labios del señor Carpenter.

Los hombres eran muy fáciles de convencer. Enseguida se le pondría dura y a partir de ese momento no tendría problemas para lograr que hiciese lo que ella quería. La verdad es que quería muchas cosas. Quería desquitarse de todos los años en los que la habían tratado como si fuera un insensible trozo de carne que pasó de mano en mano de los hombres.

Anya quería vengarse.



32

—Hoy comerás con mi hija —dijo Hamilton con un tono de voz que no daba lugar a llevarle la contraria—. Mi chófer te dejará en Spago.

—Casi no conozco a tu hija —puntualizo Anya, con la esperanza de librarse de ese encuentro con Mandy, pues ya se había dado cuenta de que no le caía bien a la hija de Hamilton.

—Eso da igual —afirmó Hamilton—. Mandy te enseñará la ciudad, te aconsejará dónde tienes que comprar, qué peluquerías debes frecuentar y esas cosas.

—Si insistes, iré —accedió Anya a regañadientes.

—Ya lo creo que irás. Paso mucho tiempo en Los Ángeles, así que te conviene acostumbrarte a esta ciudad.

—Podrías dejarme en Nueva York, no me molestaría.

—Ni lo sueñes —puntualizó con sarcasmo—. Ahora sé para qué me casé contigo: para dejarte solita en Nueva York a fin de que cada uno de mis viejos amigos multimillonarios intenten echarte un polvo.

—Hamilton, sabes que nunca te seré infiel.

—Yo sí que lo sé, pero de ellos no puedo fiarme.

Hamilton era extraordinariamente posesivo y celoso. No quería que mirase a otros hombres y menos aún que hablara con ellos, por lo que Anya había aprendido prácticamente a ignorar a los amigos de su marido cuando salían a cenar o asistían a una reunión benéfica. Fuera donde fuesen, Hamilton se encargaba de que uno de sus numerosos ayudantes llamara para cerciorarse de que los sentaban juntos.

La muchacha no sabía muy bien de quién desconfiaba Hamilton, si de ella o de sus amigos mayores y cachondos. Lo cierto es que ese ejército de multimillonarios casados, con amantes y diversas mujeres a su disposición, eran muy viciosos.

Anya no tardó en descubrir que, si tienes dinero, en Estados Unidos puedes comprar lo que quieras. Hamilton lo sabía y no estaba dispuesto a permitir que ofreciesen a su joven y exquisita esposa más tentaciones de las que él podía proporcionarle. Era tanto lo que le daba que a Anya no le molestaba su actitud posesiva. Mejor dicho, no se preocupaba casi por nada, salvo su colección de zapatos. Adoraba los zapatos.



A lo largo de los últimos cinco años, dos después de llegar a Estados Unidos, Anya había acumulado quinientos pares de zapatos, en su mayor parte de Jimmy Choo. Eran su posesión más querida y nada ni nadie se interpondría entre ella y sus zapatos.

— ¿Dónde conociste a mi padre? —preguntó Mandy, contrariada porque Hamilton la había obligado a comer con su esposa.

Su querido padre había insistido en que compartiesen el almuerzo y no tenía sentido negarse cuando Hamilton le pedía algo. Había recabado la ayuda de Lucy y de Mary Ellen e incluso había invitado a Birdy Marvell, que, de momento, no se había presentado, lo cual no era un problema porque en líneas generales la joven diva estaba tan colocada que ni siquiera era capaz de sostener una conversación.

Estaban en el patio de Spago. Era un fabuloso día de primavera y, en otras condiciones, Mandy habría disfrutado, pero hoy no era así porque al regresar a su casa se encontraría con tres mocosos chillones y revoltosos y porque se veía obligada a ocuparse de una aventurera rusa. No había nada perfecto en este mundo.

La expresión de Anya fue impenetrable y finalmente repuso:

— En una cena en Nueva York.

— ¿En casa de quién? —insistió Mandy, pues quería información.

— No me acuerdo —añadió Anya, y deseó estar en otra parte.

Se sentía tan incómoda como la hija de Hamilton porque aún no había tenido ocasión de hablar con Ryan y averiguar si le había contado algo acerca de su bochornoso pasado.

¿Era posible que Mandy estuviese enterada?

Sí, era posible.

— ¿No lo recuerdas? —inquirió Mandy y dio a su voz el punto de incredulidad que correspondía—. ¡Es sorprendente que no recuerdes dónde estabas la noche que conociste a tu marido!

— ¡Por favor! —terció Lucy tras beber un sorbo de su mimosa—. Jamás olvidaré la primera vez que vi a Phil. Estaba en casa de Brett Ratner, sentado junto a la piscina, y llevaba el bañador más ridículo que podáis imaginar. ¡Sus michelines parecían arder a causa del sol y era tan peludo que semejava a un gorila!

— Una descripción encantadora —ironizó Mandy—. Estoy segura de que deseabas llevártelo a la cama.



—Al cabo de un rato nos pusimos a hablar —explicó Lucy y sonrió con cariño al evocar la situación—. Poco después me tendió una emboscada con sus historias sorprendentes y disparatadas. A Phil se le dan muy bien las anécdotas, y me enamoré de sus palabras.

—Conocí a mi marido... bueno, creo que debería decir a mi ex marido... le conocí en una cita a ciegas —intervino Mary Ellen—. Compartimos un gestor que estaba convencido de que haríamos una pareja fantástica.

—Yo no lo llamaría una cita a ciegas —opinó Mandy—. Ambos ya erais famosos, por lo que probablemente cada uno lo sabía todo acerca del otro.

—Creo que tienes razón —coincidió Mary Ellen.

Mary Ellen no sabía muy bien a qué se debía la invitación de Mandy. La había aceptado porque seguramente a Don le agradecería que empezase a mezclarse con sus amistades y lo que más quería en este mundo era agradecerle. Don Verona era un buen partido, apuesto, atractivo e interesante. Los medios le adoraban y habían empezado a referirse a ellos como si fueran una pareja. Todo era muy emocionante. Abrigó la esperanza de que su ex estuviera arrepentido de haberla dejado en ridículo delante de todo el mundo. ¡Cabrón!

—Es evidente que ya sabía qué aspecto tenía ese hombre —precisó Lucy—. De todas maneras, podría haber sido un pelmazo.

—¿Qué dices, pelmazo en lugar de infiel? —preguntó Mandy.

Mary Ellen vació de un trago su vaso de agua con gas. No hizo caso de esa pregunta mordaz e inquirió:

—Mandy, ¿dónde conociste a Ryan?

Mandy retrocedió siete años en el tiempo. Tenía veinticinco y estaba desesperada por relacionarse con alguien que su padre no hubiese elegido para ella. Hamilton le ofrecía hombres a los que podía controlar y Mandy intentaba escapar. Supo instintivamente, mejor dicho, el psiquiatra le advirtió que le hacía falta un hombre que no estuviese sometido a la influencia de su padre, un hombre resuelto y capaz de dar la cara por sí mismo. ¿Había alguien más adecuado que Ryan Richards, el cineasta independiente? Había seguido su carrera y lo que vio le gustó. Ryan era joven, ardiente y exitoso: el candidato perfecto y el antídoto perfecto de su papá. Tras averiguar todo lo que pudo sobre él, Mandy puso manos a la obra; al cabo de tres meses Ryan le propuso matrimonio y ella aceptó. A Hamilton no le agradó su elección, lo cual fue una pena, ya que Mandy estaba encantada con Ryan.

—Ryan vio mi foto en *Hollywood Reporter* y me persiguió incesantemente —respondió inmersa en su propia fantasía—. No pude resistirme.

—¡Qué romántico! —dijo Lucy, y no añadió que Phil le había contado que Mandy se acercó y se presentó a Ryan durante el estreno de su segunda película y a partir de



entonces no le soltó; según Phil, su pobre amigo no había podido hacer nada porque, al igual que su padre, Mandy era implacable.

—¿Te ha llamado Don esta mañana? —preguntó Mandy dirigiéndose de nuevo a Mary Ellen.

—En realidad, no —repuso Mary Ellen, un tanto desanimada porque la noche anterior Don no la había acompañado a casa. Podría haberla llamado por la mañana para disculparse, pero no sabía nada de él—. Supongo que está muy ocupado —apostilló sin demasiada convicción.

—Anoche asistimos a la inauguración de un nuevo centro deportivo —explicó Mandy a Lucy—. Parece una ratonera, pero tal vez valga la pena.

—Estoy buscando un entrenador —admitió Lucy y saludó a Wolfgang Puck, que pasaba diligentemente de mesa en mesa.

—Conozco a un entrenador guapísimo y con un cuerpo de vértigo —intervino Mary Ellen—. Me ha dado su tarjeta. El centro es un gimnasio del que tienes que hacerte socia y creo que me apuntaré.

—Dame su teléfono —pidió Lucy y buscó la BlackBerry en el bolso al tiempo que se preguntaba cuándo podría marcharse. Marlon le había enviado un mensaje informándole que tenía más páginas y estaba deseosa de leerlas.

Anya miraba hacia el infinito. No tenía de qué hablar con esas mujeres. Hasta cierto punto le recordaban a las actrices de *Sexo en Nueva York*: las tres inmaculadamente vestidas, con el pelo brillante y el cutis perfecto; ataviadas con ropa elegante y accesorios disparatadamente caros y entregadas a una conversación superficial que no conducía a ninguna parte.

Sexo en Nueva York seguía siendo su programa de televisión favorito. Había comprado la caja con los DVD de la serie y los veía a menudo.

—¿De qué parte de Rusia eres? —preguntó Lucy, e intentó incorporarla a la conversación, compadecida.

La muchacha era muy joven y seguramente Hamilton tenía cuarenta años más. Como era previsible, Mandy la ignoraba, ya que podía ser muy cabrona sin demasiado esfuerzo. Al menos debería darle una oportunidad.

—De Moscú —contestó Anya y enseguida añadió—: Es una ciudad magnífica y en invierno hace mucho frío.

—Esta tía habla como una guía turística —masculló Mandy.

—¿Cómo dices? —preguntó Anya.

—Nada, nada, querida —replicó Mandy a la ligera—. Qué suerte, Birdy acaba de llegar. Ahora sí que nos divertiremos.



—Alquilaré una casa para ti —informó Ryan a Evie—. Y me niego a escuchar tus razonamientos.

—Déjate de tonterías —replicó Evie, que no tardó en ponerse a discutir—. No tiene sentido que nos mudemos. Regresaremos a Silverlake. Gracias a la orden de alejamiento, a Marty no se le ocurrirá presentarse.

—Eso es lo que tú te crees —aseguró Ryan con tono agorero—. He hablado con un amigo detective y dice que no te confíes demasiado simplemente porque tienes ese papel. En su opinión, ese documento no sirve para nada ya que la gente se salta las órdenes de alejamiento y es entonces cuando ocurren desgracias.

Evie miró por la ventana y contempló a sus tres hijos, que chapoteaban en la piscina. Se preguntó si era justo privarlos de su padre y si debía dar a Marty otra oportunidad a fin de que cambiara de comportamiento.

—Ryan, no estoy segura —dijo Evie llena de dudas—. Creo que debería darle otra oportunidad.

—¡Ya está bien! —exclamó el productor, que se sintió frustrado y enfadado—. Métete en la cabeza que deberías seguir tu propio camino. Marty nunca cambiará y en el fondo lo sabes.

—Supongo que tienes razón —admitió Evie a regañadientes.

—En ese caso, no se hable más —concluyó Ryan con firmeza—. Alquilaré una casa para ti e inscribiré a los niños en la escuela. No te preocupes por los gastos. Me hago cargo de todo.

Sin que su hermana lo supiese, Ryan ya se había puesto en contacto con un agente inmobiliario y visto varias viviendas. No había ido con Evie porque sabía que ella intentaría convencerle de que no hiciese nada.

Era muy bueno y agradable tener cerca a Evie y a los sobrinos, pero Ryan estaba impaciente por volver al trabajo. Su última película estaba lista y se estrenaría en un par de meses, por lo que había llegado el momento de preparar su próximo proyecto, un drama ambientado en las calles del centro de Los Ángeles. El guión estaba prácticamente terminado y pronto le tocaría ocuparse de reunir al equipo de rodaje, buscar exteriores y escoger el reparto. Nada le gustaba más que dedicarse a la producción de una película.

Por la mañana, cuando despertó, tomó la decisión de que tenía que dejar de pensar en Cameron Paradise. Se volvería loco si repasaba lo que podría haber sido, pues era una actitud destructiva y absurda. Cameron era la amiga de Don y ahí acababa la historia.

Cameron tenía que llevar hasta las últimas consecuencias lo que pudiera ocurrir entre ella y Don y él debía hacer lo mismo con Mandy.

Se trataba de la única decisión equilibrada que podía tomar.



33

La brigada de limpieza de Paradise estaba en plena actividad cuando Cameron entró. Cole, Dorian, Lynda, Cherry y Reno estaban sentados alrededor de la mesa del despacho y comían pizza de California Pizza Kitchen, la preferida por todos, mientras las asistentas corrían de aquí para allá con grandes bolsas de basura de color negro y recogían los restos de lo que había sido una inauguración grandiosa.

—¡Madame Paradise en persona está aquí! —gritó Dorian, se incorporó de un salto e hizo una falsa reverencia.

—No grites tanto —rogó Cameron y se aferró la cabeza—. Apiádate de mí.

—Vaya, ¿madame está ligeramente incómoda? —preguntó Dorian e intentó mostrarse preocupado pero no lo consiguió.

—¡Incómoda! —exclamó Lynda, cuyos generosos pechos parecieron a punto de escapar del ceñido top naranja—. ¡Más que incomodarse, la tía se dedicó a dar vueltas y más vueltas alrededor de él! Yo habría hecho lo mismo si Don Verona me hubiese perseguido durante toda la noche.

—Adelante —Cameron dejó escapar un suspiro y abrigó la esperanza de que todos bajasen la voz—. Volvéis a hablar de mí como si no estuviera presente.

—Aparecemos en *L. A. Times* —señaló Cole mostrándole el periódico—. Incluye una gran foto de Mary Ellen con tu amigo Don y de la colgada de Birdy Marvel con su último semental tatuado.

—Antes de que se me olvide —intervino Cherry—, esta mañana Jillian habló de nosotros en *Good Day L.A.* Nos recomendó como el mejor sitio nuevo en el que conseguir abdominales de cine. Dorothy dice que está deseosa de empezar de una vez y Steve que vendrá tras ella. Es fantástico.

—Esta noche, en su programa, Natalie nos dedicará cuatro minutos —acotó Cole—. Los teléfonos no han dejado de sonar. No podíamos comenzar con mejor pie.

—Lamento haberme perdido todas esas emociones —reconoció Cameron y se dejó caer en una silla—. Que alguien me haga el favor de recordarme que no debo volver a beber nunca más.

—Dalo por hecho —dijo Dorian, y sonrió con descaro—. Hay que reconocer que después de beber unas cuantas copas pareces otra, te vuelves muy libre y fácil.



—¡Por favor, no quiero oír nada más sobre el tema!

A Cameron todavía le latía la cabeza. ¡Joder!, lo había hecho, había bebido de más y seguramente se había comportado como una tonta. Tenía el recuerdo difuso de que Don la había llevado en coche a casa y de que ella le había hecho carantoñas. ¡Qué humillante!

Por fortuna, Katie estaba con ellos, ya que, de lo contrario, probablemente habría hecho algo de lo que a la luz del día se habría arrepentido. Tal como se desarrollaron los acontecimientos, Katie la había vigilado. Tuvo que reconocer que Don se había comportado porque se marchó en cuanto ayudó a Katie a meterla en la casa y acostarla.

Al despertar con la sensación de que era los posos de una botella de vino tinto picado, Cameron vio que Katie estaba a punto de irse al aeropuerto.

—He pedido un taxi —le dijo Katie—. Tienes un aspecto pésimo y si rechazas a Don Verona es porque te has vuelto loca.

—Ay —se lamentó la entrenadora, cuya cabeza parecía a punto de estallar—. ¿Tienes que irte? Necesito saber qué hice anoche. ¿Fui repugnante? ¿Me odian?

—Todo el mundo te adora —contestó Katie con gran sinceridad—. He paseado a los perros y traído la prensa. Oye, los muelles del sofá son un espanto. Y, por cierto, Don te ha enviado un increíble ramo de rosas. Tengo que irme, el taxi espera.

—Llámame cuando llegues.

—Te llamaré.

Katie se había marchado deprisa y retornado a los brazos de su prometido y aspirante a estrella de rock, y Cameron había llegado por fin a Paradise.

Paseó la mirada por los rostros sonrientes de sus compañeros y se dio cuenta de que Cole tenía razón, de que no habían podido tener mejor comienzo.

Le costó creer que todos sus sueños se hiciesen realidad y se dijo que debería disfrutar del momento en lugar de padecer la mejor resaca de su vida.

¡Maldito Ryan Richards! El tenía la culpa de todo.

Don empezó a llamarla a partir de mediodía.

—Estoy planificando nuestra velada —le comunicó muy ufano.

—No, por favor —se lamentó la entrenadora. La idea de ir a un sitio que no fuera la cama no le sentó nada bien.

—¿Prefieres una velada improvisada?

—Prefiero meterme en la cama y dormir para despertar mañana y volver a sentirme como un ser humano —explicó con el deseo de que el presentador la comprendiese.



—Ni lo sueñes —precisó Don con tono de reprimenda.

—¿A qué te refieres?

—Ni lo sueñes —repitió firmemente—. No te librarás de nuestro pacto.

—¿Qué pacto? —preguntó Cameron con inocencia, pese a que sabía que se refería a la cita, a su primera cita, aunque técnicamente era la segunda ya que había ido con él a la fiesta de cumpleaños de Ryan.

—Señorita Paradise, ni se le ocurra joderme —apostilló el presentador con severidad.

—Don, ¿puedo decirte algo? —preguntó en tono bajo.

—Te escucho.

—Esta noche no querrás verme.

—Estás equivocada.

—Tengo un aspecto fatal y me siento todavía peor —hizo un alto con la esperanza de que Don no la obligase a cumplir su palabra—. Te garantizo que esta noche mi compañía será horrible.

—Tú nunca serás horrible —declaró cortésmente.

—Por favor, ¿por qué no lo hacemos mañana a la noche?

—¿Has dicho hacerlo? —inquirió Don divertido.

—Ya sabes a qué me refiero.

—No, Cameron, no te entiendo.

—Por favor, Don, por favor.

—Ay, caramba —el presentador cedió—. Supongo que sí, si tanto insistes.

—¡Muchas gracias! —exclamó aliviada.

—Pero nos veremos por la mañana.

—A las siete en punto. Procura estar vestido y a punto para la sesión.

—¡A mandar, jefa!

Cameron cortó la comunicación y sonrió. Había algo muy atractivo en Don. Tal vez era él el que valía la pena y Ryan solo era un absurdo encaprichamiento.

Logró pasar el día y a las cuatro todos se sentaron frente al televisor del despacho para ver el programa de Natalie.

Seductora e impecable con su escotado Versace verde, Natalie deambuló por el gimnasio, entrevistó a los famosos y les preguntó qué hacían y cuáles eran sus trucos para estar en forma.



Don bromeó y dijo: «Considero que estoy en forma si por la mañana puedo levantar el trasero de la cama. Hablando en serio, la señorita Cameron Paradise es responsable de algunos de los mejores cuerpos de la ciudad».

Natalie, que había producido ese breve bloque, pasó al primer plano de la llegada de Cameron.

En el despacho todos aplaudieron.

«Mi recomendación es la siguiente —concluyó Natalie, y volvió a ocupar el centro de la pantalla—: Si tu objetivo es ponerte en forma enseguida, tienes que venir a Paradise.»

—¡Es tan maravilloso que me cuesta creerlo! —chilló Cole—. ¡Mi hermana se ha pasado!

—Madame, estaba usted más guapa que nadie —declaró Dorian con admiración al tiempo que se volvía hacia Cameron—. ¡Eres toda una estrella, nuestra estrella!

La entrenadora no quería ser estrella de nadie, solo le apetecía volver a casa y meterse en la cama. Eso fue lo que hizo exactamente después de ver el bloque de Natalie.

Una vez en casa, preparó dos tylenoles, dos botellas grandes de Evian, hizo un hueco en las profundidades de su cómodo nórdico y dejó de existir.

Simultáneamente, Cole se reunió con Natalie y fueron a Argo a celebrarlo. El entrenador quería que Cameron le acompañase, pero la joven se negó de plano y optó por irse a la cama.

—¡El bloque que nos dedicaste fue genial! Hermana, te lo agradezco muchísimo. ¡Eres divina!

—Tengo que contribuir a que mi hermano pequeño logre sus objetivos —replicó Natalie y sonrió con calidez—. ¿Dónde está Cameron? Quiero contarle que nuestra web está que arde y que los telespectadores se mueren por saber más de ella. Hasta es posible que la entreviste en el programa.

—Tiene una resaca de campeonato —explicó Cole—. Bebió unas copas de más.

—¿Estás diciendo que bebe y que tiene ese cuerpo y esa cara? —inquirió Natalie ligeramente sorprendida.

—Supongo que lo de anoche fue especial —respondió Cole y bebió cerveza a morro.

—Eso espero —murmuró Natalie.



—Quiero hacerte una pregunta —añadió Cole y se puso serio—. ¿Quién es el inversor anónimo que suelta la pasta?

—No puedo decírtelo —repuso Natalie y bebió un sorbo de su cosmopolitan.

—¿Por qué no puedes decírmelo? En primer lugar, soy tu hermano y, por añadidura, estamos juntos en el negocio.

—No te quepa la menor duda —declaró Natalie sin ceder un ápice.

—Suéltalo —insistió el entrenador y volvió a beber cerveza.

—No puedo, es una cuestión privada.

—¡Y una mierda! Natalie, Cameron quiere saber de quién se trata.

—Lo siento mucho, hermanito, pero no puedo decirlo. Mientras ponga la pasta y no pida nada a cambio, ¿a quién le importa?

—¿No importa porque no quiere nada a cambio? —inquirió Cole muy sorprendido.

—Mi inversor anónimo no quiere nada. Es rico y me está haciendo un favor, así que no sufras. El dinero que ha puesto no modifica el acuerdo original.

—Supongo que ese tío está loco.

—Tal vez.

—Dime solo una cosa, ¿estuvo en la inauguración?

—Por supuesto. Fue quien la pagó.

—Vaya, vaya —musitó Cole, convencido de que no podía ser más que el novio inmobiliario de Natalie.

—Mi equipo quiere inscribirse en el gimnasio. Encárgate de que alguien envíe los formularios —dijo Natalie, y cambió de tema porque había jurado formalmente a Don que bajo ningún concepto revelaría su identidad.

—Entendido. ¿Les has dicho que cuesta mil dólares anuales?

—Decidirán si se apuntan o no cuando reciban los formularios —contestó Natalie y saludó a la superestrella Venus y a su marido, Billy Melina, una década más joven y también estrella por derecho propio, que se dirigían a una mesa del patio descubierto.

—¡Mierda! —exclamó Cole y se enderezó en la silla—. ¿Los conoces?

—Sí, Cole, conozco a todo el mundo y todos me conocen... aunque no siempre logran situarme en el contexto.

—¿De qué hablas?



—De que soy una periodista de televisión que se dedica al famoseo —precisó Natalie con todo realismo—. Por lo tanto, cuando los entrevisto, somos los mejores amigos que quepa imaginar y cuando me ven en otra parte, no saben cómo situarme. Es muy divertido.

—Billy Melina es un guaperas muy sexy —comentó Cole y miró al actor con ganas—. No me molestaría endurecer su bonito trasero.

—Deja de relamerte por los heteros —le regañó Natalie—. Siempre has tenido el mismo problema.

—Tal vez no ha salido del armario —opinó Cole.

—Lo dudo mucho, ya que está casado con Venus —puntualizó Natalie.

—Nunca se sabe —insistió Cole, que no se dejó dominar por el desaliento—. ¿Cuántas veces tendré que decirte que siempre lo son aquellos de los que no sospechas?

—¡Que dios nos coja confesados! —Natalie suspiró—. ¿Cuándo encontrarás al hombre adecuado?

—¿Y tú? —espetó el entrenador—. Te los cepillas tan rápido como yo.

—Quizá mañana, tal vez nunca —repuso Natalie sin dar más precisiones—. No tengo prisa.

—De modo que está en nuestros genes. Tenemos que seguir buscando.

—Haz el favor de dejar de mirar hacia donde está Billy Melina —apostilló Natalie cáusticamente—. Ya te digo yo que Billy es totalmente hetero.

—Sí, seguro —se burló Cole.

—¡Monstruo!

—Hace falta otro monstruo...

—¡... para reconocer al primero! —Natalie terminó la frase por él.

Los hermanos se partieron de risa.

Después de dormir diez horas, Cameron se sintió muy bien al despertarse. ¡Caray! ¡La resaca estaba totalmente superada!

Se sentó en la cama y repasó los acontecimientos de los dos últimos días. Todo era emocionante, se trataba del cumplimiento completo de sus sueños. ¡Paradise se había hecho realidad! ¡Era fantástico!

Yoko y *Lennon* estaban espatarrados en la cama, a su lado, y pedorreaban y roncaban como de costumbre.

—¡Arriba! —ordenó Cameron—. ¡Vamos, de un salto! —los perros abandonaron la cama y se pusieron a ladrar—. Calma, chicos, hoy tenemos mucho que hacer.



Sin dejar de cantar para sus adentros, Cameron se dio una ducha, se puso ropa deportiva, preparó un desayuno saludable, sacó a los perros a dar una vuelta, los dejó en casa del señor Wasabi y partió hacia la de Don.

Fiel a su palabra, el presentador estaba levantado, vestido y a punto.

—Incluso he preparado café —explicó, y añadió maliciosamente—, ya que pensé que tal vez te haría falta.

—Pues no, no lo necesito —aseguró Cameron alegremente y subió la escalera en dirección al gimnasio—. Hoy me siento muy bien.

—Y yo me alegro mucho.

—Agradezco el comentario tan agradable que hiciste en el programa de Natalie. Lo aprecio sinceramente.

—Ha dado resultado —afirmó Don y la siguió escaleras arriba—. Todo el mundo me pide las señas para ir a verlo.

—Es sorprendente.

—Chica, tu éxito ha sido instantáneo.

—Gracias a tu apoyo y, desde luego, a Natalie. Es una mujer con un empuje increíble.

—Tienes razón. ¿Te conté que me entrevistará?

—¿Te ha invitado a su programa?

—No —repuso Don y mantuvo el tono informal de la conversación—. Le he concedido una exclusiva.

—Tenía entendido que jamás das entrevistas.

—Así es, pero Natalie me lo propuso y, como hace años que lo intenta, finalmente accedí.

—No sabía que os tratabais tanto.

—No es mucho lo que nos tratamos, pero siempre he pensado que, de la pandilla de periodistas del mundo del espectáculo, es una de las mejores. Además, durante la inauguración me arrinconó y no pude negarme.

—¡Por descontado que mencionarás Paradise!

—¡Ya está bien! —exclamó sonriente el presentador—. ¿Quién crees que soy... la fulana que se ocupa de tus relaciones públicas?

—Si estás dispuesto... —dijo Cameron y dejó escapar una risilla.

—Lo que sí estoy dispuesto es a verte tan contenta.

—Ya está bien. Monta en la máquina y no perdamos más tiempo.



—En el momento justo en el que el sol empieza a brillar aflora la mandona — bromeó Don.

—No soy mandona, sino organizada.

—Sí, sí, por supuesto —se burló el presentador.

—A propósito, dejaré de entrenar a domicilio y pediré a mis clientes que vayan al gimnasio.

—Salvo a mí —declaró Don muy seguro de sí mismo y montó en la cinta.

—Bueno, verás...

—Yo soy la excepción, ¿no? —preguntó y le dedicó otra de sus sonrisas arrolladoras—. Al fin y al cabo, soy el que la otra noche te rescató. Si no hubiera cuidado de ti habrías terminado en el suelo, entonando el himno nacional y con el vestido a la altura de la cintura.

—Lo dudo mucho —contestó Cameron y se ruborizó.

—No lo recuerdas, ¿eh?

—Recuerdo lo suficiente, gracias.

—Apuesto lo que quieras a que no te acuerdas —la provocó.

—Cambiemos de tema —suplicó Cameron y se estremeció al recordar parte de la inauguración.

—Está bien, siempre y cuando no te olvides de nuestro pacto.

—¿Qué pacto?

—Vamos, señorita Paradise, no me venga con tonterías —la reprendió—. Esta noche tenemos una cita y te recogeré a las ocho.

—¿Me recogerás?

—Exactamente.

—En ese caso, me comprometo a no beber una gota de alcohol.

—¿Qué pena! —exclamó Don y esbozó una sonrisa irresistible—. ¡Esperaba que dieses otro espectáculo!

—¡Cállate! —ordenó Cameron, se inclinó y subió al máximo la velocidad de la cinta.

—Caray, Cam, ¿qué es lo que te propones? ¿Pretendes matarme? —preguntó Don cuando intentó mantener la velocidad de la cinta y estuvo a punto de caerse.

Ahora fue Cameron la que sonrió y replicó:

—Es posible.



34

—Deberíamos dar una fiesta —propuso Lucy al tiempo que entraba en su larga y cómoda cocina, en cuya mesa Phil estaba a punto de terminar el desayuno—. Será agradable porque nunca recibimos en casa.

—¿Qué celebraremos? —preguntó Phil y dejó *Variety*, su lectura diaria, sobre la mesa.

—Nada en especial —repuso y se encogió de hombros—. Me pareció que sería divertido reírnos un buen rato.

Phil miró de soslayo a su bella esposa. ¿Desde cuándo Lucy recibía en casa? Las cenas perfectas no eran lo suyo, solía dejar esa clase de acontecimientos en manos de su amiga Mandy.

—¿Para cuántas personas? —quiso saber el guionista—. Y, lo que es todavía más importante, ¿cuánto me costará?

—Cariño, tienes tanto dinero que no creo que sea importante.

—Lo tengo porque sé cómo conservar mi jodido dinero.

«¡Que te jodan! —chilló el loro y repitió la palabrota—. ¡Que te jodan!» Phil se partió de risa.

—¡Je, je! ¡Adoro a ese pájaro!

—Lo sé —reconoció Lucy serenamente—. Los niños también lo quieren mucho, pero las madres de sus amigos no lo aprecian tanto.

Phil se alegró de que, al parecer, Lucy y él sostuvieran una conversación civilizada. Durante los últimos meses su esposa se había dedicado a incordiarle con el tema de resucitar su ridícula carrera cinematográfica. Tuvo la sensación de que, por suerte, Lucy había superado esas tonterías.

—De acuerdo —accedió Phil y terminó el café—. Daremos una fiesta. Adelante, organízala.

—La organizaré —confirmó Lucy y se alegró interiormente pues le tenía preparada una sorpresa mayúscula.

Phil se retiró a su estudio, situado en la casita del árbol, desde la que se avistaba la piscina. Se encerraría allí el resto de la jornada y no permitiría que le interrumpiesen. Nada se interponía entre Phil y sus guiones.



Lucy estaba acostumbrada a sus peculiaridades y sabía que, cuando escribía, al menos no andaba de folleteo por ahí. Tapó la jaula del loro, echó a los perros de la cocina y llamó a Marlon.

Saltó el contestador y le dejó un mensaje: «Marión, soy Lucy. Me encantó lo que he leído hoy. ¿Te falta mucho para terminar? He decidido organizar una fiesta para celebrar nuestro guión. Sigue trabajando».

—Traigo una gran noticia —anunció Ryan y encontró a Mandy en el inmenso vestidor, en el que su esposa intentaba decidir qué deportivas se pondría de su amplia colección—. He encontrado una casa para Evie y los niños.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó Mandy y siguió sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y rodeada de cajas de zapatos cerradas—. No soporto un día más con los críos pululando por aquí.

—Mandy, no es justo decir que pululan —puntualizó Ryan, molesto por ese comentario—. Se han portado bastante bien si tenemos en cuenta que los hemos arrancado de su casa.

—Como tú digas.

—¿Vas a salir?

—Sí —replicó Mandy y se decantó por unas zapatillas de Chanel que todavía no había estrenado—. Mary Ellen vendrá a buscarme y echaremos un buen vistazo al nuevo centro.

—¿A qué centro?

—A Paradise.

¡A Paradise! ¿Se estaba burlando? ¿Por qué quería volver al gimnasio?

—¿No te parece que es un nombre bastante estúpido? —prosiguió Mandy—. Además, la chica que lo lleva no parece demasiado lista. ¿Sabes si Don se la tira?

—No —repuso lacónicamente y se sintió abrumado por toda clase de emociones contrapuestas.

A Ryan le costó asimilar que Mandy tildara de estúpida a Cameron, pues era cualquier cosa menos tonta.

—¡Pobre Mary Ellen! —se lamentó Mandy—. Tiene la impresión de que Don es su hombre. ¿Debería explicarle que solo es un chico malo y mujeriego a quien le resulta imposible tener la bragueta cerrada?



—¿De qué te serviría decírselo? —preguntó Ryan y se dispuso a escuchar el programa de su esposa, ya que siempre decía lo que iba a hacer—. Además, no es Don, sino Phil el que no puede tener la bragueta cerrada.

—Nunca se sabe —añadió Mandy—. Mary Ellen podría resultar útil en alguno de mis eventos... al fin y al cabo, se trata de una estrella. Sé que solo es una estrella televisiva, pero las revistas le dedican tanto espacio que está claro que es muy popular. Tal vez deberías incluirla en una de tus películas.

«Quiero el divorcio. No puedo seguir así. No aguanto más», fueron las palabras que resonaron en la cabeza de Ryan.

Recordó que tendría que esperar a que Evie y los niños se instalaran en la casa nueva. ¡Por favor! Siempre surgía alguna pega.

Se prometió a sí mismo que, después de acomodar a su hermana y a sus sobrinos, lo plantearía... pues no soportaba más a Mandy.

La señorita Dunn, la ayudante más fiel de Hamilton en Los Ángeles, se acercó a Anya, que estaba tumbada junto a la piscina. Como la mayoría de los empleados, hacía casi veinte años que la señorita Dunn trabajaba para Hamilton. Delgada, con el pelo castaño y ralo recogido en un moño tieso y los ojos ligeramente bizcos, la mujer sentía un amor no correspondido por su autoritario jefe. Hamilton la había importado de Nueva York porque no quería que las chicas glamurosas de Los Ángeles trabajasen para él. Los negocios son los negocios y prefería que sus trabajadoras fuesen mujeres corrientes y dedicadas. La señorita Dunn daba la talla.

Anya se incorporó, apoyó el codo en el suelo y recostó lánguidamente la cabeza sobre la mano antes de preguntar:

—¿Necesita algo?

—El señor Hamilton me pidió que le entregue esto —explicó la señorita Dunn y se esforzó por no mirar el cuerpo cimbreado de la joven, el mismo que proporcionaba tanto placer a su jefe.

—¿Qué es? —quiso saber Anya y se hizo sombra en los ojos para protegerse del sol.

—Tarjetas de crédito de Neiman Marcus, Saks y Barney's. El señor Heckerling considera que debe tenerlas. También incluyó su nueva American Express negra.

—Está bien —dijo Anya y volvió a recostarse—. Déjelas sobre la mesa.

«¡Vaya desagradecida! ¡Al menos podría haberme dado las gracias!», pensó la señorita Dunn.



—El señor Heckerling me ha pedido que le avise de que se fue en helicóptero a Santa Bárbara —añadió la ayudante—. Volverá a las seis, a tiempo para cenar.

Anya se sentó en el borde de la piscina. Como Hamilton pasaría el día fuera de la ciudad tal vez tenía la oportunidad ideal para ponerse en contacto con Ryan Richards.

—¿Puede darme el número de teléfono del despacho del señor Richards?

—¿Se refiere al número de teléfono de la hija del señor Heckerling?

—No, al de Ryan Richards —precisó Anya bruscamente.

—Como usted diga —acotó la señorita Dunn con los labios apretados y se preguntó por qué razón la señora Heckerling quería ponerse en contacto con el yerno del señor Heckerling.

Anya cogió un top transparente que se puso encima del biquini casi inexistente y musitó:

—Entraré en casa con usted.

—De acuerdo —aceptó la señorita Dunn.

Le resultaba imposible entender que su jefe se casara con mujeres de esa calaña. ¿Por qué no se acostaba con ellas y las olvidaba? El matrimonio era un compromiso muy serio y el señor Heckerling siempre había escogido mal. La última no era la excepción a la regla y, por si con eso no bastara, era lo bastante joven como para ser su nieta, hecho que a la señorita Dunn le parecía repugnante. Esa misma mañana Madge, la leal ama de llaves escocesa, y ella habían analizado la situación mientras compartían una taza de té en la cocina.

—Se casa con ellas para provocar la envidia de sus amigos —había reconocido Madge como si dispusiese de información privilegiada—. Quiere que sientan celos.

—Tal vez no están dispuestas a acostarse con él a menos que les ponga la alianza —había añadido la señorita Dunn.

Madge había soltado una sonora carcajada.

—¿En esta época? ¡Vaya tontería!

Anya siguió a la señorita Dunn hasta el estudio de Hamilton, cuyas paredes estaban cubiertas por libros encuadernados en cuero, y de allí a la antesala en la que la ayudante trabajaba a pocos metros de su jefe. La señorita Dunn se dirigió al ordenador, imprimió los datos de Ryan y entregó el papel a Anya, que lo cogió y subió la escalera.

En cuanto la esposa de su jefe se retiró, la señorita Dunn apuntó algo en la lista pormenorizada de los detalles de la jornada que entregaba al señor Heckerling antes de irse a casa. A ese hombre le gustaba saberlo todo, en especial lo referente a las actividades de sus esposas.



—No te desmayes, pero tengo que decirte que daremos una fiesta en casa — afirmó Lucy por teléfono.

—No te entiendo —dijo Mandy sorprendida—. ¿Realmente invitarás a gente a tu casa? Será la primera vez.

—Lo sé, lo sé —coincidió Lucy—. No somos muy dados a recibir en casa porque no es precisamente fácil con los niños, los perros y el loro chiflado de Phil.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Lo estoy. Pensé que tal vez podrías decirme qué *catering* contrato.

—Ay, Lucy, Lucy, en algunos aspectos estás en pañales. —Mandy dejó escapar un suspiro—. Desconoces por completo cómo se hacen las cosas en Hollywood.

—¿Me estás insultando?

—Por supuesto —replicó Mandy a la ligera—. ¿No se nota? Solo lo hago de forma cariñosa

—¿Qué tal si mañana comemos juntas? —propuso Lucy—. Prepara una lista de todo lo que tengo que hacer para que la fiesta salga bien.

—Supongo que...

—¿Te parece bien en Mr. Chow a la una en punto?

—Allí estaré.

Anya miró la hoja con los números de teléfono de Ryan: el de la casa, el del despacho y el móvil. ¿A cuál llamaba?

No podía llamar a su casa. Mandy era una mujer sobrecogedora y dominante con la que no quería tener nada que ver.

¿Le telefoneaba al despacho? Era una buena opción.

¿Le llamaba al móvil? Probablemente se trataba de la forma más segura de ponerse en contacto con él.

Cogió el aparato sin tenerlas todas consigo.



ANYA

La mejor manera de pescar a Seth Carpenter consistía en moverse paso a paso. Anya sabía que era la única manera de lograrlo.

Los masajes no tardaron en convertirse en algo habitual. Seth volvía a casa casi todos los días y se encontraba con Anya, que cuidaba de su hija, le preparaba un bocadillo y se hacía cargo de todas sus necesidades, mejor dicho, de casi todas. La culpa le agobiaba porque tenía una erección cada vez que la muchacha le hacía un masaje en los hombros con los pechos apoyados en su espalda.

Anya fingía que no se daba cuenta y, una vez terminado el masaje, Seth iba corriendo al baño como si no pudiese aguantar más.

Cierto día el dueño de casa comentó:

—Es mejor que no le digas a la señora Carpenter que suelo venir a mediodía, ya que pensará que no trabajo lo suficiente —tras esas palabras, Seth dejó escapar una risa nerviosa.

«Querrás decir que te la sacudes», pensó Anya y llegó a la conclusión de que la televisión le había permitido aprender muchas expresiones típicamente americanas.

Cada vez que volvía al albergue, Ella insistía en que montaran juntas un espectáculo erótico para obtener dinero.

—Tengo un tío a punto —aseguró Ella—. Nos pagará cincuenta pavos a cada una. ¿Estás de acuerdo?

—No —respondió Anya formalmente.

¡Cincuenta pavos no era nada! Ahora estaba en América y tenía muchas más posibilidades.

Al cabo de seis semanas de jugar con Seth y de hacerse la ingenua, la inocente y la que lo cuidaba, el hombre finalmente no pudo más.

Anya supo lo que estaba a punto de ocurrir porque las discusiones matinales del matrimonio fueron en aumento y las peleas se volvieron constantes.

—Anya, tenemos que dejar de hacer esto —dijo Seth después de un masaje en la nuca muy enérgico.

—Señor Carpenter, ¿qué es lo que tenemos que dejar de hacer? —preguntó la muchacha con los ojos desmesuradamente abiertos y expresión ingenua.

El hombre se puso de pie, la miró y se explicó:



—Empiezo... empiezo a sentir cosas por ti y eso no está bien.

—Señor Carpenter, ¿qué siente?

—¡Por favor! —exclamó Seth—. Eres tan joven...

—Ya tengo diecisiete años.

—Lo sé, pero has llevado una vida protegida, se nota en tu cara. Eres inocente y tierna... — y se quedó sin palabras.

—He tenido novio —murmuró Anya con la esperanza de que el bebé no despertase, ya que ese era precisamente el momento que tanto esperaba.

—¿Novio? —repitió sorprendido el señor Carpenter—. Nunca comentaste que habías tenido novio.

—Porque me dejó —añadió con tristeza y bajó la mirada hasta el notorio bulto del pantalón de Seth Carpenter.

—¿Por qué te dejó? —inquirió con un tono cargado de deseo.

—Porque quería que hiciese ciertas cosas, cosas que no me parecieron correctas — respondió tímidamente.

—¿Qué cosas? —insistió Seth y se humedeció los labios con la lengua.

Anya hizo como que se ruborizaba.

—Cosas que solo deberían hacer los que están casados...

—¿Qué cosas? —repitió el señor Carpenter.

La voz de Anya se convirtió en un susurro apenas audible:

—Sexo oral.

—Te comprendo —afirmó Seth y notó que las gotas de sudor se acumulaban en su frente.

—Señor Carpenter, ¿qué opina? ¿Está mal que dos personas se quieran?

—¿Le querías?

—No.

—¿Hiciste... bueno... hiciste algo más con él?

—Me tocó los pechos, eso fue todo.

—Muéstrame cómo te los tocó —murmuró Seth, que ya no pudo dominarse.

Esa muchacha parecía un ángel gracias a su rostro delicado e inocente, a su larga cabellera rubia y a sus extraordinarios ojos azules. Se la habían enviado para salvarlo de una esposa que no cesaba de regañarlo y criticarlo.

Anya le clavó la mirada, se quitó lentamente la camiseta y comenzó a acariciarse los pezones.



—Así... me tocaba así.

El señor Seth Carpenter estaba al borde de convertirse en su primera víctima americana.



35

—Pensé que preferirías venir a casa en lugar de ir a un restaurante —afirmó Don y condujo a Cameron al patio que rodeaba la piscina.

En el patio habían montado una mesa para dos con los elementos imprescindibles para una velada romántica: velas en altos candelabros de plata, rosas rojas en diversos floreros de cristal pequeños y delicados, mantel también rojo y servilletas a juego, copas de vino negras y de pie fino, así como la atracción principal, un trío de hombres que tocaban suave música brasileña.

La entrenadora contuvo el impulso de echarse a reír. Esa escena de seducción era del todo previsible y probablemente Don había cubierto su lecho con pétalos de rosa.

No era lo que Cameron esperaba de él, suponía que se le tendría que haber ocurrido algo más original.

—Vaya... qué bonito —comentó.

—Y privado —precisó Don, muy satisfecho de sí mismo.

«Sí, muy privado —pensó la entrenadora—. Muy privado si no contamos con los dos camareros, el cocinero, el par de criadas y el trío musical. ¿La gente de Hollywood ya no sabía recibir?» Uno de los camareros se acercó y le ofreció una copa de champán.

—No, gracias —dijo Cameron y movió negativamente la cabeza—. Beberé agua.

—¿Agua? —inquirió Don.

—Después de lo de la otra noche...

—Perfecto. —El presentador hizo una señal al camarero—. Traiga Evian para la señorita Paradise. Tiene que estar a temperatura ambiente y sin hielo —Cameron se sorprendió de que Don lo recordase—. Sentémonos allí —propuso, la cogió de la mano y la condujo hasta las tumbonas estratégicamente colocadas para disfrutar de la espectacular panorámica de Los Ángeles.

—Don... —musitó Cameron.

—Te escucho.

—Esto es innecesario.

—¿A qué te refieres?



—A todo esto —respondió la entrenadora y con un ademán abarcó la mesa, los camareros y los músicos—. Es excesivo.

—Pensé que te gustaría.

—¿Crees que puedo disfrutar de algo así? Me resulta demasiado formal.

—Un momento, es mejor que un restaurante en el que la gente no deja de acercarse a mi mesa para pedir que le firme un autógrafo —puntualizó el presentador y frunció ligeramente el ceño porque se había tomado muchas molestias... mejor dicho, su ayudante se había esforzado.

—Tal vez para ti, pero no para mí —añadió Cameron—. No soy una mujer formal.

—¿No lo eres? —inquirió Don y enarcó las cejas.

—¿No se nota?

—No estaba del todo seguro.

Cameron sonrió suavemente.

—Don, te diré una cosa. No era necesario que te tomaras tantas molestias para llevarme a la cama. Ya había decidido que será esta noche.

—Bienvenida al mundo, señorita romántica —saludó el presentador y la miró desconcertado.

—¿Qué quieres que te diga? —añadió Cameron y se encogió despreocupadamente de hombros—. Este tipo de juegos no me va.

—Ni que lo digas —confirmó Don, muy confundido por la actitud desenvuelta de la entrenadora.

—Verás, este montaje me sobra.

—¿Te sobra?

—Sí, me temo que me sobra.

—De acuerdo —asintió Don y se puso de pie—. Nunca digas que no me atengo a razones. Quédate aquí y no te muevas.

—No pienso moverme.

—¿Me lo prometes?

—Se lo prometo, señor Verona.

Don entró apresuradamente en la casa y regresó pocos minutos después con una sonrisa de oreja a oreja.

Nada más verlo, Cameron preguntó:

—¿Qué has hecho?



—He pedido a todos que se larguen —respondió el presentador sin dejar de sonreír—. Supongo que te has dado cuenta de que no soy perezoso a la hora de cumplir órdenes.

—¿De verdad les has dicho que se vayan?

—Dentro de cinco minutos no quedará nadie —aseguró Don, la cogió de las manos y la ayudó a incorporarse—. ¿Estás satisfecha?

—No me imaginé que...

—Sí que te lo imaginaste —la interrumpió y la abrazó para darle un ardiente beso.

—Eso no significa que me metas prisa —advirtió Cameron y se apartó casi sin aliento.

—¿Quién te mete prisa? —quiso saber Don y se dispuso a besarla otra vez.

A Cameron le resultó imposible resistirse. Entrelazó los dedos de las manos alrededor de la nuca de Don, le acercó a su rostro y reconoció que establecer una conexión real era muy satisfactorio. Con Paradise inaugurado, se sentía mucho más segura y preparada para seguir adelante con esa relación.

Al cabo de unos minutos Don empezó a besarla de verdad y exploró su boca con la lengua. Ambos notaron que el ardor iba en aumento y se dejaron llevar.

Cuando recuperaron el aliento, en la casa ya no quedaba nadie.

—Lo has conseguido —jadeó la entrenadora y se apartó unos centímetros—. Estamos solos.

—¿Crees que te mentiría?

—Espero que no.

—Muy bien —acotó Don y la miró significativamente—. Ni música ni cena. ¿Qué hacemos?

—Yo me preguntaba lo mismo —musitó Cameron, que estaba un poco mareada y llena de expectativas.

Volvieron a besarse junto a la piscina y con las luces de Los Ángeles a sus pies.

Hacía mucho tiempo que la entrenadora no disfrutaba besando a un hombre y la experiencia le resultó embriagadora. Saboreó cada instante: la rugosidad de sus labios, el roce de su lengua y la sensación de respirar su aroma.

Cameron se irguió y le tocó la cara; le acarició la barba incipiente del mentón y volvió a cogerlo de la nuca.

Don era tan alto como ella y sus cuerpos parecieron fundirse. No tardó en notar su erección, que la excitó todavía más.



«¿Cuántas veces ha hecho lo mismo? —se planteó la entrenadora—. ¿Con cuántas mujeres se habrá acostado? ¿Soy una entre cientos, entre miles?»

Daba lo mismo. Besaba como los dioses, muchísimo mejor que el demasiado entusiasta Marlon, el único hombre con el que había estado desde que huyó de Hawái.

Cameron fue consciente de que corría un riesgo al emprender una aventura con Don Verona.

Se preguntó si estaba cometiendo un error.

Recordó la advertencia de Ryan: «Don es un tipo genial, pero ya lleva dos divorcios a sus espaldas y tiene fama de ser de los de aquí te pillo, aquí te mato».

En ese preciso momento le importó un bledo. Ansiaba estar con alguien que se preocupase por ella, que se preocupara de verdad, y era de esperar que Don fuese esa persona.

¿Y si no lo era? La cuestión radicaba en que alguna vez tenía que correr ese riesgo, así que más le valía ir a por todas.

Don bajó lentamente los tirantes de la camisola de seda blanca que Cameron llevaba y dejó sus pechos al descubierto.

—¡Por favor, qué bella eres! —la piropeó y acarició sus pezones con muchísima destreza.

La sensación que experimentó cuando Don la acarició dejó a la entrenadora sin aliento. Solo se había acostado con dos hombres, con Gregg y con Marlon, y ninguno se había dedicado a los juegos previos. No se imaginaba que podían ser tan embriagadores y excitantes.

Ráfagas de deseo la recorrieron cuando le desabotonó la camisa, súbitamente desesperada por sentir la piel de Don junto a la suya.

—Poco a poco —propuso Don y le sujetó las muñecas—. No olvides que el hombre soy yo.

Como siempre llevaba la delantera con Marlon, Cameron no estaba preparada para estar con un hombre que sabía al dedillo lo que hacía. Don era un experto y sus caricias la llevaron a estremecerse de éxtasis.

Las hábiles manos de Don bajaron por su cintura y abrieron la cremallera de su pantalón de seda blanca.

—No es justo —protestó Cameron—. No pienso quedarme desnuda mientras sigues vestido de la cabeza a los pies.

—Verte desnuda ha sido mi sueño desde que aquella mañana inolvidable te presentaste en casa —exclamó Don con voz ronca—. Aquel día te vi y supe que estaba perdido. Fue lo que sentí.



«Pues yo vi a Ryan caminando arriba y abajo a las puertas de Mr. Chow y sentí lo mismo.»

«Cameron, déjalo estar. Lo estás intentando con este hombre.»

«¿Don lleva dos divorcios a sus espaldas y tiene fama de ser de los de aquí te pillo, aquí te mato?»

«Cállate, Ryan. Estás casado. No es asunto tuyo.»

«Vale, vale.»

—Quítate la ropa —ordenó la entrenadora y se quitó los zapatos y el pantalón.

—Y pensar que sigues siendo mandona —protestó el presentador, aunque comenzó a desvestirse.

—¿No te alegras de que te pidiese que enviaras a todos a su casa? —preguntó Cameron con tono jadeante.

—No me queda más remedio que reconocer que sí —replicó y se quitó los pantalones—. Eres excelente a la hora de tomar decisiones.

—Necesitarás un condón —logró decir la entrenadora y admiró el cuerpo firme y la potente erección de Don.

—No te preocupes, acabo de hacerme las pruebas —contestó y la contempló de la cabeza a los pies—. No tienes de qué preocuparte.

Cameron estaba más allá del punto de no retorno. Le daba igual hacerlo con o sin condón.

A partir de ese instante ninguno de los dos pudo contenerse. Se recostaron en una de las tumbonas y Don se acomodó encima y la penetró, pero, de alguna manera, Cameron se las ingenió para cambiar de posición y se puso a horcajadas. ¡Qué agradable era!

El encuentro fue ardiente, frenético y carnal. Ambos se dejaron llevar y lo hicieron un buen rato hasta que juntos alcanzaron el clímax.

—¡Ha sido increíble! —declaró Don y se apartó—. No me has defraudado.

—Y tú estás en espléndida forma —musitó Cameron y notó que le temblaba hasta la última fibra de su cuerpo—. Tu energía me ha dejado muy sorprendida.

—Un momento, concédeme diez minutos —añadió el presentador y sonrió perezosamente—. Debería darle las gracias a mi entrenadora, ya que me mantiene en excelente forma.

—Se nota. Sin duda es muy competente.

—Ya lo creo. Desde luego que lo es.

Ambos se echaron a reír.



Al cabo de unos minutos Don se puso en pie y la arrastró consigo.

Cameron se sintió totalmente fortalecida y la piel todavía le cosquilleaba de puro placer.

—Eres indescriptiblemente bella. —El presentador dejó escapar un suspiro—. ¿Por qué me hiciste esperar tanto?

—Porque podía —repuso y le tomó el pelo, ya que momentáneamente se había olvidado de Ryan.

—Cam, no me tortures...

—¿Qué te pasa?

—Bueno... verás... creo que podría enamorarme de ti.

—No nos dejemos llevar por la pasión —añadió Cameron a la ligera pues recordó que ese hombre era un mujeriego y que debía moverse con pies de plomo si no quería tropezar y hacerse daño.

—Lo intentaré, pero no prometo nada.

La entrenadora se preguntó si Don solo hablaba con frases hechas o era sincero.

Todavía no lo conocía lo suficiente como para saberlo.

Cameron experimentó un súbito arrebató de energía, por lo que dio un salto y se zambulló en la piscina. Lo desafió cuando dijo:

—¡Tonto el último en tirarse a la piscina!

Cuando Cameron salió a la superficie, Don ya estaba en el agua, a su lado, y volvieron a liarse.

Hacer el amor en la piscina supuso todo un desafío, pero ambos pusieron mucho empeño y estuvieron a punto de ahogarse cuando alcanzaron simultáneamente el orgasmo en una maraña de brazos y piernas mientras tosían e intentaban coger aire.

Finalmente salieron muy risueños de la piscina.

—¡Caramba! —exclamó la entrenadora—. Hay que reconocer que, pese a ser viejo, eres muy activo.

—De viejo, nada —puntualizó Don, cogió un par de toallas y le lanzó una.

—¿Qué edad tienes? —preguntó Cameron y se envolvió con la toalla como si fuese un pareo.

—Treinta y nueve. ¿Y tú?

—Veinticinco.

—Diría que está bien —comentó el presentador y se secó el pelo con la toalla.

—¿Para qué está bien?



—Para estar juntos.

—Sí, claro —masculló Cameron porque no había entendido claramente a qué se refería Don.

El presentador la miró con perplejidad y se percató de que la caza acababa de empezar. Cameron se le escapaba entre los dedos y tendría que moverse con mucho cuidado para lograr que se comprometiera, lo que parecía una broma pesada porque se suponía que era él quien tenía fobia al compromiso y el que solía correr en dirección contraria en cuanto se salía con la suya.

Comenzaba a hacer frío y entraron en la casa.

—¿Dónde está *Butch*? —quiso saber Cameron.

—Tuve que encerrarlo en el gimnasio.

—¿Por qué?

—Porque salta sobre la encimera de la cocina y se zampa lo que encuentra. El cocinero es francés y odia los perros.

—¡Fantástico! —exclamó Cameron con el ceño fruncido—. Haz el favor de liberarlo, no es justo tenerlo encerrado.

—¡A sus órdenes, jefa!

—Deja de llamarme jefa.

—Tienes que reconocer que eres un poco mandona.

—Ya te he dicho que no soy mandona.

—Como tú digas.

—Ve a buscar el perro.

—Sí, je...

—¡Ni se te ocurra! —sin dejar de reír, Don corrió escaleras arriba para liberar a *Butch*—. Me daré una ducha. ¿Te parece bien?

—Adelante —gritó el presentador—. Enseguida me reúno contigo.

Hummm... ¿era insaciable o simplemente estaba bien dotado?

Cameron no podía dejar de sonreír. El sexo era sensacional y resultaba muy agradable estar con Don, no tenía nada que ver con lo que esperaba.

«No te lo tomes demasiado en serio. Es un tío muy mujeriego. Se ha divorciado dos veces y le encanta el aquí te pillo, aquí te mato.»

«No busco una relación seria.»

«Venga ya, claro que sí.»



La ducha era algo extraordinario, con chorros de agua procedentes de ocho direcciones y un televisor protegido por una caja de cristal.

¡Un televisor en la ducha! ¡Vaya locura!

Cuando se reunió con ella, Don ya estaba a punto para otro encuentro.

—¿Eres forofo del viagra? —preguntó Cameron jadeante mientras el presentador le pasaba por el cuerpo el jabón más delicioso y perfumado que quepa imaginar, que, según le explicó, había importado del sur de Francia.

—Supongo que, simplemente, soy afortunado —respondió y le enjabonó los pezones, movimiento que la puso a mil—. Una vez probé viagra y acabé con una erección que duró tres días.

—No te puedes quejar.

—Pues sí que me quejo —acotó apesadumbrado—. Tuve que ir al hospital y una enfermera le dio palmaditas hasta que bajó.

—Parece doloroso.

—Lo es —confirmó Don, la arrinconó delicadamente contra las paredes de bloques de cristal de la ducha y la penetró.

Al cabo de unos minutos, Cameron ya no pudo más.

—¡Ay, ya está bien! —jadeó y tuvo un orgasmo por tercera vez en la misma noche—. Eres...

—¿Qué soy?

—Bastante... muy... muy bueno.

Un rato después se envolvieron en sendos albornoces blancos y atacaron la cocina en busca de lo que el cocinero había preparado. Encontraron diversos entremeses, entre ellos, pequeñas patatas cocidas al horno y rellenas de caviar, minúsculos crepes de pato con salsa de ciruelas y minipizzas.

Don cogió una botella de vino tinto. Pusieron todo en una bandeja, la llevaron al salón y se instalaron delante del fuego de la chimenea, con *Butch* cómodamente tumbado a sus pies.

—Te diré una cosa. Probablemente esta es la mejor velada que he pasado en mucho tiempo —reconoció Don y la abrazó—. Cam, hay que reconocer que somos muy compatibles. ¿Sientes lo mismo que yo?

—¿A qué se debe...?



—A que no tengo la sensación de que pretendes algo de mí, que es lo que me transmiten casi todos.

—¿Y qué pretenden? —preguntó la entrenadora llena de curiosidad.

—Bueno, ya lo sabes, mi dinero, mi fama... y, sí, también mi cuerpo —respondió y rió sin alegría—. Claro que ahora es tuyo.

—¿Es mío? —preguntó Cameron y se acurrucó junto a él.

—Sí, siempre y cuando lo quieras.

—Lo acepto en alquiler —replicó y mordisqueó un crepe de pato.

—¿En alquiler?

—Así no hay nada permanente.

—¿He de entender que lo permanente no te interesa?

—¿Y a ti? —Cameron le devolvió la pregunta.

—¿Sabes que eres un bicho raro? —inquirió el presentador y la contempló largamente.

—¿Por qué me llamas bicho raro?

—Porque eres misteriosa, no te pareces al resto de las mujeres. ¿Te das cuenta de que no sé nada de ti? Desconozco tus gustos, tus aversiones y con cuántos hombres has salido. La mayoría de las mujeres están deseosas de contar esos pormenores.

—La diferencia radica en que yo no vivo en el pasado, sino en el presente —precisó Cameron con gran cuidado.

—Me parece de fábula —le contestó Don, volvió a traspasarla con la mirada y llegó a la conclusión de que, sin lugar a dudas, Cameron era la mujer perfecta.



36

—¿Qué tal la visita al nuevo gimnasio? —preguntó Ryan, que no pudo abstenerse de mencionar el tema.

La víspera se había quedado hasta tarde en el despacho y cuando llegó a casa, Mandy no estaba, pues había acudido a una de sus reuniones benéficas. A la mañana siguiente se afeitaba en el cuarto de baño cuando Mandy entró con cara de que quería preguntarle algo. Qué alivio habría sentido si las palabras pronunciadas por su esposa hubiesen sido que quería el divorcio.

Era muy libre de fantasear, ¿no?

—No fuimos. Mary Ellen tuvo que regresar al estudio.

—Es una suerte —añadió Ryan con tono monocorde.

—¿Por qué lo dices?

—Porque a ti el gimnasio no te interesa, prefieres el yoga.

—Prefiero todo aquello que me permite tener buen aspecto —respondió, se apoyó en el hombro de su marido y contempló su imagen en el espejo.

Ryan sabía que había llegado el momento de decirle que siempre tenía buen aspecto, pero fue incapaz de pronunciar esas palabras.

Detestaba sentir tanta hostilidad hacia su esposa, que, al fin y al cabo, no tenía la culpa de haber sido incapaz de darle un hijo.

¡Caramba! De pronto se le cruzó por la cabeza la idea de que tal vez ese era el verdadero motivo por el que su matrimonio hacía agua. Él quería hijos y Mandy no podía dárselos. De todas maneras, su esposa lo había intentado, ¿no? Dos embarazos malogrados y un niño que había nacido muerto eran una tragedia suficientemente grande.

—Estuve pensando —comentó Mandy y se alejó del espejo.

—¿En qué? —inquirió el productor con cautela.

—Estuve pensando que tal vez deberíamos irnos unos días fuera, a un sitio relajante, antes de que te concentres en la próxima producción.

—Mandy —dijo Ryan y notó que se le hacía un nudo en la boca del estómago—, yo también estuve pensando y...



No pudo terminar la frase porque Benji, su sobrino más pequeño, entró a la carrera en el cuarto de baño y gritó desordenadamente:

—¡Tío Ryan, tío Ryan! ¡Mamá dice que en la casa nueva tendremos una canasta de baloncesto! Tío Ryan, es genial. Tienes que jugar con nosotros. ¿Vendrás? ¿Vendrás?

Mandy miró disgustada al chiquillo.

—¿No te han enseñado a llamar a la puerta antes de entrar en una habitación? —preguntó fríamente.

Benji no le hizo caso o quizá no la oyó.

—Tío Ryan, ¿cuándo nos vamos? ¿Cuándo nos vamos? —repitió el pequeño y el flequillo más bien largo le tapó los ojos—. Tengo todo preparado.

—Muy pronto, Benji —aseguró Ryan—. ¿Dónde está tu mamá?

—No lo sé —masculló Benji.

—Ve a buscarla y enseguida me reuniré contigo.

Benji salió a toda velocidad sin dejar de gritar:

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¡Qué toscos son estos críos! —criticó Mandy.

—Benji tiene cinco años —puntualizó Ryan.

—Nunca es demasiado pronto para aprender a comportarse —replicó Mandy.

En ese momento sonó el móvil de Mandy y Benji regresó con uno de sus hermanos. En cuestión de minutos llegó el momento de que Ryan metiera a todos en su coche y los trasladara a la casa que había alquilado, situada a un par de manzanas, en Alpine.

El entusiasmo de Evie y de los chicos fue en aumento cuando recorrieron la nueva morada. Los niños corrieron de una habitación a otra y chillaron de entusiasmo. Se trataba de una casa de cuatro dormitorios con piscina y una pista de baloncesto en miniatura.

—¡Tiene que costar una fortuna! —exclamó Evie—. No sé cómo podré devolvértelo.

—No te preocupes, ya encontraremos la manera —repuso Ryan, muy contento porque, por fin, podía hacer algo por su hermana.

—Si estás de acuerdo, me dedicaré a trabajar en tu nueva película en cuanto los niños vayan a la escuela.

—Sabes que me encantaría —aseguró Ryan con gran sinceridad.

Evie era una talentosa diseñadora de decorados y, por añadidura, de las mejores. Había conocido a Marty cuando les tocó trabajar juntos en un rodaje en exteriores



que tuvo lugar en Arizona. Al menos de ese matrimonio le quedaban tres hijos maravillosos... y eso era todo.

Afortunadamente, parecía que Marty se había esfumado desde que recibió la orden de alejamiento. No estaba en la casa de Silverlake y nadie había tenido noticias suyas. Ryan pensaba reunir lo antes posible a Evie con un buen abogado.

En cuanto su hermana y sus sobrinos se sintieron a sus anchas, el productor puso rumbo a su despacho, donde Kara le esperaba con la lista habitual de llamadas telefónicas.

Le echó un rápido vistazo y demoró la mirada en un nombre concreto: señora Heckerling.

¿Qué quería esa mujer?

Por descontado que sabía lo que quería, pero no estaba de humor para resolverlo en ese momento. Además, había dejado un mensaje muy breve en el que le pedía que no la llamase, que ya volvería a intentarlo.

¡Fantástico! ¡Era precisamente lo que le faltaba: que Anya apareciera siete años después convertida en la esposa de su suegro! Parecía imposible, pero era verdad.

Las buenas obras acaban teniendo su castigo. Se trataba de una frase célebre e indiscutiblemente cierta.

Se preguntó qué sabía Hamilton del pasado de su esposa. ¿Anya le había hablado de Ámsterdam y de las actividades que desarrollaba en esa ciudad? Francamente, Ryan tenía sus dudas.

Kara le llamó para recordarle que había quedado para almorzar con Don Verona y Phil Standard.

Ryan respondió que ya lo tenía en cuenta y deseó fervientemente que Don no tuviese algo que contarle que, desde luego, no le apetecía nada oír.

Cameron estaba a punto de reunirse con Cole en el despacho de Paradise para resolver varias cuestiones cuando Katie la llamó por teléfono.

—¿Has visto la condenada prensa sensacionalista? —inquirió Katie muy entusiasmada.

—No —contestó Cameron e hizo equilibrios con una taza de té verde y una rebanada de pan de trigo tostado—. ¿Qué pasa?

—Mueve el culo y sal a comprarlos, ya que estás en todos.

—¿De qué hablas? —inquirió Cameron y dio un mordisco a la tostada.

—De ti, de Mary Ellen Evans y de Don Verona. Hay un notición impresionante.

—No... no entiendo nada —balbuceó Cameron y estuvo a punto de atragantarse.



—Han publicado fotos de Don llegando a Paradise con Mary Ellen. También han sacado una foto en la que te abrazas a él al salir. Te ayuda a subir a su coche y se os ve muy juntitos —Katie hizo una pausa para recuperar el aliento—. Cuando nos marchamos no vi reporteros por ningún lado. ¿Y tú?

—¡Ya está bien! —se lamentó Cameron—. ¡Lo que dices no suena nada bien!

—En el titular ponen «El casanova Don Verona vuelve a hacer doblete».

—¿Cómo dices?

—Yo tampoco sé qué significa, pero, si estuviera en la piel de Mary Ellen, me cabrearía —reconoció Katie—. El artículo habla de que los tíos siempre la abandonan. Deberías compadecerla.

—¡Maldición! —exclamó Cameron—. ¿Por qué hacen esto?

—Hacen lo que sea a cambio de un escándalo que merezca la pena —opinó Katie—. Sin duda sabes que Mary Ellen es uno de los personajes preferidos de la prensa sensacionalista y lo mismo podemos decir de Don Verona.

—Ya lo sé, lo que no entiendo es por qué me meten en esto —añadió Cameron, que estaba bastante alterada—. No soy una figura pública.

—Pero estabas allí... —aseguró Katie y añadió contrariada—: Yo también estaba, pero se las apañaron para borrarame.

—Te llamaré más tarde.

—Más te vale.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó Cole en cuanto su socia cortó—. Parece muy grave.

—Por lo visto aparezco en la prensa sensacionalista —explicó la entrenadora y meneó la cabeza.

—¿Tú?

—Sí, has oído bien, yo.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó Cole como si le costase creer lo que acababa de oír.

—Según Katie, Don me tuvo que ayudar a salir de aquí.

—¡Mierda! ¡Mierda! Lo que dices no es nada bueno para el negocio.

—Y que lo digas.

Cameron intentó recordar su salida de la inauguración del gimnasio. ¿Solo habían pasado tres días? Tenía la sensación de que desde entonces habían ocurrido muchas cosas. Paradise iba cada vez mejor y la noche anterior se había acostado con Don. El sexo había sido sorprendente, ardiente y muy distinto al que compartía con Marlon.



Además, estaba empeñada en no pensar en Ryan, había decidido que se encontraba fuera de su alcance.

La noche anterior había sido genial, tanto que había estado a punto de pasarla en casa de Don. Como no quería tanto en tan poco tiempo, finalmente le había pedido que la llevase a casa... y Don había accedido, aunque a regañadientes. Durante el trayecto habían recogido a *Yoko* y *Lennon* y se habían quedado charlando hasta las tres de la madrugada. Don se las apañó para pasar la noche en su cama, compartir su cepillo de dientes y quedarse hasta las ocho. Con tono triunfal había declarado que esa mañana no había sesión de entrenamiento, como si así se saliese con la suya.

Cameron ya había decidido que, puesto que se acostaba con él, enviaría a otra persona para que le entrenase. Tal vez a Reno o a Dorian. No se lo había explicado porque estaba convencida de que Don le pondría pegas. Tenía que hacerlo porque no podía mezclar los negocios y el placer y Don se había convertido en puro placer.

—Pediré a Penni que vaya al quiosco a comprar la prensa —dijo Cole y la devolvió al presente.

Penni, una delgada cría de dieciséis años con ojos enormes y actitud entusiasta, era sobrina de Carlos y la habían contratado para que se encargase de todo aquello que nadie más tenía tiempo de hacer.

En cuanto Cole se lo pidió, Penni salió corriendo a comprar la prensa sensacionalista.

Cameron se preguntó si debía llamar a Don para comunicárselo, pero llegó a la conclusión de que probablemente estaba en el estudio y alguien ya se lo habría comentado.

En ese caso, ¿por qué no la había llamado?

Hummm... tal vez a Don Verona solo le interesaba la caza y como ya lo habían hecho...

«¡Claro que no! Don no es así», se reprendió con firmeza.

«¿De verdad que no es así? ¿Le conoces profundamente?»

Penni regresó con tres semanarios sensacionalistas. Don y Mary Ellen ocupaban las respectivas portadas, los escalofriantes titulares eran variados y había una pequeña imagen de Don con Cameron. Muy a su pesar, no le quedó más remedio que reconocer que estaba abrazada a él.

—¿Cómo pudo ocurrir? —inquirió la entrenadora casi sin comprender mientras contemplaba las fotos.

—Dímelo tú —respondió Cole y no la ayudó en lo más mínimo.



—Se supone que controlas esta clase de basura —le espetó Don a Fanny, la publicista de su programa, una mujer cansina que llevaba demasiado tiempo en el oficio como para comerse los marrones de los demás... incluidos los de Don Verona.

Fanny hizo un ademán de desesperación.

—*People, Esquire, US...* hasta cierto punto controlo esas publicaciones, pero olvídalas cuando se trata de la prensa sensacionalista.

Le habría gustado añadir que si dejaba de acostarse con dos mujeres a la vez tal vez eso no sucedería, pero guardó silencio porque solo serviría para que Don se enfureciese un poco más. Por otro lado, Jerry Mann, el productor del programa, le lanzó una mirada de advertencia.

—Detesto los malditos medios sensacionalistas —siguió despotricando Don—. Se meten en la vida de la gente presentando un montón de medias verdades y hacen lo imposible por jodernos a todos.

—Es basura de ayer —precisó Jerry—. Nadie los lee.

—Querrás decir que nadie reconoce que los lee —le corrigió Don—. Pasa lo mismo con *Playboy*. Los hombres dicen que solo lo compran por los artículos y las entrevistas... y, mientras tanto, se la pelan tres veces por noche y se corren sobre la jodida Miss Enero.

—¿Tres veces? —repitió Jerry y rió a mandíbula batiente—. ¡Impresionante!

—¡Gilipollas, no hablaba de mí! —puntualizó Don y esbozó una sonrisa al recordar que la noche anterior lo había hecho tres veces con Cameron y todas habían sido memorables.

—Veo que sonríes —acotó Jerry—. Es una buena señal. Supongo que ya podemos repasar los invitados de esta noche.

—Adelante —accedió Don—, pero antes quiero que alguien le diga a mi ayudante que envíe a Mary Ellen Evans dos docenas de rosas con una nota que diga algo así como «Lamento lo de la prensa sensacionalista. Ya te llamaré, Don».

—No envíes rosas —aconsejó Fanny.

—¿Por qué? —preguntó Don y frunció el ceño.

—Déjate de rosas si decides no volver a verla.

—Una idea excelente. ¿Qué le mando?

—Una orquídea —replicó Fanny—. Es una planta cara y adecuada.

—Está bien. Cariño, ¿puedes ocuparte?

—¿Me has llamado «cariño»? —preguntó Fanny y enarcó sus cejas perfiladas.

—Sabes que te adoro —declaró Don y apeló a todo su encanto—. Espero que puedas hacerme este pequeño favor.



—Mientras me ocupo de hacerte el trabajo sucio, ¿qué hacemos con la otra? — preguntó Fanny, ya que le resultó imposible no hacer ese comentario.

—¿Qué otra?

—La otra mujer con la que te fotografiaron.

—Bueno... no te preocupes por ella. Lo resolveré personalmente.

Fanny y Jerry cruzaron una mirada de complicidad y exclamaron al unísono:

—¡Rosas!

—Que os jodan —replicó Don y repentinamente volvió a sonreír.

—Hazme un gran favor —pidió Jerry en cuanto Fanny salió—. Procura no joder a los invitados y luego echarlos, ya que volver a traerlos se convierte en un gran problema que inevitablemente acaba en mis manos.

—¿Quién viene esta noche? —quiso saber Don y no hizo caso de la petición de Jerry—. Si me dices que otro estúpido aspirante al famoseo, te juro que te mato.

—Sé que te alegrarás —aseguró Jerry—. Viene Don Rickles.

—¡Ya era hora! ¡Por fin alguien con quien puedo hablar!

—Tienes razón —coincidió Jerry—. Viene alguien a quien no tienes que follarte, lo que significa un gran cambio.



37

Con una lista de propuestas para la cena que Lucy quería organizar, Mandy se presentó en Mr. Chow con diez minutos de antelación. Estaba de excelente humor y suponía que, cuando regresase a casa, Evie y sus hijos ya se habrían ido. Había sido una pesadilla tener a ese trío de salvajes corriendo por la casa sin dejar de chillar y rompiendo cosas. A Ryan no le había molestado, pero debía tener en cuenta que los niños siempre le habían gustado.

A veces se sentía culpable de su incapacidad de darle un heredero, ya que todos sabemos que lo único que los hombres quieren es el reflejo de sí mismos en pequeño. Lamentablemente, no podía ser. Mandy lo había intentado, ¿no? No tenía la culpa de que las cosas salieran mal... aunque, si reflexionaba, actividad que no le gustaba nada, tal vez sí que era la responsable.

Ryan siempre había querido ser padre. Tener hijos era lo último que se le habría ocurrido a Mandy, pero, como es obvio, no se lo dijo. Llevaban un año de casados cuando le informó que estaba embarazada, lo cual era mentira, y ocho semanas después le dijo que, lamentablemente, lo había perdido, algo que también era una falsedad.

Ryan se mostró tan considerado y cuidadoso que la relación incluso mejoró. Los hombres son tan dóciles e ingenuos que resultan ridículos.

Un año y medio después pensaba apelar a la misma triquiñuela cuando comprobó horrorizada que estaba preñada. El pánico la dominó pues bajo ningún concepto quería hijos. ¡No, no y no! Ya había visto lo que ser madre suponía para algunas mujeres que conocía. Ninguna recuperaba la figura anterior al embarazo y, a pesar de las legiones de niñeras que contrataban y despedían de forma regular, siempre estaban agotadas y con sueño. Con toda sinceridad, tener hijos las volvía indescriptiblemente aburridas.

Mandy elaboró otro plan retorcido. Dio la buena nueva a Ryan, siguió adelante varias semanas y disfrutó de las atenciones y el amor que su marido le prodigó mientras esperaba a que se fuera cuatro días para rodar en exteriores. En cuanto Ryan se marchó, Mandy salió corriendo para México, a visitar a un médico que le habían recomendado, y se sometió a un aborto.



Al volver del rodaje, Ryan la encontró en la cama y con la triste noticia de que había vuelto a perder el niño. La desilusión fue claramente perceptible en su rostro, pero una vez más recobró los ánimos y estuvo a su lado en cuerpo y alma.

Hacia tres años Hamilton le había pedido que fuese a su casa y le había dicho sin ambages que quería un nieto y que, si en el plazo de un año no tenía descendencia, se casaría con una mujer lo bastante joven como para darle todos los hijos que quisiese, con los cuales Mandy tendría que compartir la herencia.

¡Quedarse embarazada o compartir la herencia! ¡Ni lo uno ni lo otro! Le pareció imposible. Se devanó los sesos y decidió que más le valía tener un hijo enseguida. Con inflexible determinación, Mandy se empeñó en concebir.

Tres meses después estaba embarazada. Triunfal, soportó ocho meses y medio de malestar y exasperación antes de dar a luz a un varón que nació muerto.

Quedó desolada al pensar en todo lo que había aguantado para tener un hijo que, evidentemente, había muerto en su seno.

A lo largo de los meses siguientes se planteó si tenía algo que ver con el aborto del que jamás había hablado con nadie, sobre todo cuando el ginecólogo le comunicó que, debido a ciertas complicaciones, no volvería a quedarse embarazada.

¿Era un castigo divino?

Se negó a pensar en ese asunto.

Una vez más Ryan estuvo a su lado, pero no sirvió de mucho. Poco a poco se distanciaron, situación que culminó con la discusión en el coche, durante la cual Ryan mencionó que deberían hacer terapia de pareja. Cualquier persona con dos dedos de frente sabe que la terapia de pareja es el comienzo del fin, motivo por el cual Mandy decidió arreglar la situación, pero le estaba costando mucho. Ryan estaba cada vez más en su mundo y cuanto más agradable se mostraba con él, mayor era la distancia que tomaba.

Se trataba de una situación que estaba muy lejos de ser perfecta y, por una vez en su vida, Mandy no supo si podría enmendarla.

De alguna manera tenía que encontrar una solución, ya que siempre la había.

El segundo día Paradise también se llenó a reventar. Cameron echó un vistazo al gimnasio atestado y experimentó un estremecimiento de puro gozo. ¡Lo había logrado! ¡Lo había conseguido! ¡Había abierto su propio negocio y el éxito era arrollador! Se sintió sensacionalmente bien.

Era imposible prever que todo se movería a gran velocidad desde el primer día. Solo llevaban dos jornadas en actividad y todos los entrenadores tenían la agenda



llena durante el resto de la semana. Se sorprendió de lo mucho que se lograba con un poco de publicidad, aunque también reconoció que podría haber prescindido de los condenados medios sensacionalistas.

Cole entrenaba a una clienta que era actriz; Dorian miraba cómo levantaba pesas Roger, su actor preferido, que todavía no había salido del armario; Cherry pegaba saltos con un par de clientes más jóvenes, y Reno daba una clase de *spinning* en la terraza.

En la recepción, Lynda hacía valientes esfuerzos por contestar a los teléfonos, que no dejaban de sonar. También intentaba organizar el papeleo de las inscripciones.

Cameron se dio cuenta de que Lynda necesitaba urgentemente ayuda y de que Penni no era precisamente la colaboradora adecuada. La jovencita era ideal para hacer recados, preparar café e ir a buscar la prensa rosa, que la entrenadora hacía denodados esfuerzos por olvidar. Estaba claro que necesitaban más personal.

Consultó la hora, comprobó que era mediodía y Don todavía no había telefonado. ¿Acaso esperaba que la llamase?

Pues sí. Habían tenido sexo, ¿no? Además, habían pasado la noche en su propia cama, hecho que para Cameron significaba una primera vez.

Recordó lo que habían vivido. Estaban sentados a la mesa de la cocina y bebían café cuando de repente Don se asomó por la ventana, que daba a la calle, y gritó: «¡Me están poniendo una multa! ¡No me lo puedo creer!». A renglón seguido la había besado y echado a correr hacia su querido Ferrari.

«¡Adiós, Don Verona!»

Ahora comprendía cómo se sentía Mary Ellen. ¿O estaba equivocada? Por desgracia, la prensa sensacionalista había vuelto a retratar a Mary Ellen como la perdedora del mes. No era muy agradable y Cameron se consideraba parcialmente responsable.

¡Un momento...! ¡No se lo había quitado! Don le había dicho claramente que Mary Ellen y él no eran una pareja, aunque lo cierto es que una vez había visto a la actriz salir del dormitorio del presentador a primera hora de la mañana.

Cameron suspiró y se preguntó si había cometido un error. Mientras recapacitaba recibió tres docenas de rosas con una nota que decía: «No eres mandona, sino organizada y estoy indiscutiblemente satisfecho. ¿Nos vemos luego? D.».

¿A qué correspondían los signos de interrogación? ¿Significaba que era ella quien tenía que llamarle?

«Te aconsejé que no te enredases. Te advertí que te desconcentraría. ¿No estabas mejor con Marlon, con el que el sexo era sexo y nada más?»

«Claro que no. No me arrepiento de nada. Sabía exactamente lo que hacía.»



Tuvo que interrumpir su reflexión porque apareció Charlene Lewis, seguida de un individuo muy pálido que supuso que era el guardaespaldas ya que, después de todo, alguien tenía que vigilar los diamantes.

—Veo que está demasiado ocupada para venir a verme —la regañó Charlene, que estaba radiante, con unas mallas ajustadas de color verde lima y pintada como una puerta. Las nubes de Ángel rodeaban a cuantos se atrevían a situarse a menos de medio metro de Charlene—. Probaré el gimnasio, pero estoy segura de que sabe cuánto defiendo mi intimidad —prosiguió y agitó el dedo ante Cameron, que seguía ante el mostrador de la recepción, mirando las flores y releendo la nota de Don.

El inmenso pedrusco del anillo reflejó la luz y deslumbró a Lynda, que miró a Charlene con expresión de contrariedad, ya que era una de las clientas que menos le gustaban.

—¿Es usted Cameron Paradise? —preguntó el guardaespaldas y se situó delante de Charlene.

—Sí —replicó Cameron al tiempo que pensaba que ese hombre era muy descortés—. Si tiene la amabilidad de esperar...

El hombre la dejó con la palabra en la boca y le entregó un documento de aspecto oficial.

—Dese por informada —afirmó y se marchó deprisa.

The Grill estaba que bullía. Ryan tuvo que detenerse casi en cada mesa antes de reunirse con Phil y con Don, que ya se habían sentado.

—Llegas tarde —dijo Don y golpeó el reloj con el dedo—. Solo dispongo de una hora. Tengo que regresar al estudio porque esta noche viene Don Rickles y tengo que preparar la entrevista.

—Rickles es excepcional, alguien único —declaró Phil con tono admirativo—. Supongo que estás dispuesto a que te insulte y te mande a la mierda.

—No solo estoy dispuesto, sino que lo aceptaré encantado —reconoció Don y saludó con la mano a Craig Ferguson, también entrevistador, que ocupaba una mesa cercana. Los programas nocturnos de Craig y de Jon Stewart eran los únicos que intentaba ver porque hacían monólogos inteligentes y en ocasiones geniales.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Ryan y se percató de que Don estaba muy relajado, claro indicio de que había follado hacía poco.

—Lo nuevo es que la chiflada de mi esposa insiste en dar una de esas ridículas cenas que, por lo visto, tanto os gustan —se quejó Phil—. La gente deambula por la casa, caga en nuestros lavabos y molesta a los animales. Por si eso fuera poco, me



toca alimentar a una pandilla de imbéciles desagradecidos. No me gusta nada, no soy partidario de estas cosas...

—Pero accediste —le interrumpió Don y esbozó una sonrisa cómplice—. Te había cogido de las pelotas y antes de que apretara...

—Dije que sí —reconoció Phil y se mesó la barba, que necesitaba urgentemente un recorte—. ¿Qué más puede hacer alguien que pretende disfrutar de un poco de paz en su vida cotidiana?

—Tenía entendido que disfrutabas de un poco de paz cada mañana —bromeó Don—. Al menos es el rumor que corre.

—Tuve que despedirla —se lamentó Phil—. A Lucy no le gustaba que lo hiciese tan cerca de casa.

—¿Cómo te las apañas? —preguntó Ryan y pidió un Jack Daniel's.

—¿Bebes antes de media mañana? —quiso saber Don y frunció el entrecejo con ironía—. ¿Qué diablos te pasa?

—Pareces un jodido patrocinador de Alcohólicos Anónimos —espetó Ryan—. Puesto que no soy alcohólico... guárdate tu mierda.

—Alguien necesita echar un polvo —terció Phil y se partió de risa.

—Para, déjale en paz —apostilló Don con tono afable—. Creo que intenta resolver algún asunto. ¿No es cierto, compañero?

«¡Maldito sea! —exclamó Ryan para sus adentros—. Estoy seguro de que se ha acostado con ella. Se nota en su puñetera cara, demasiado guapa para su propio bien.»

«¡Jodido cabrón!»

«¡Cerdo puñetero!»

¿Por qué había incluido a Cameron en su larga lista de conquistas?

¿Por qué mierda la había incluido?

—¿A cuántas personas piensas invitar? —preguntó Mandy, mojó una gamba en la salsa de ciruelas y se la llevó a la boca.

Lucy se encogió de hombros.

—Todavía no lo he decidido.

—Decídelo de una buena vez —añadió Mandy con tono autoritario—. No puedo aconsejarte si no sé cuántos invitados figuran en tu lista.



—Hummm... —Lucy frunció el ceño. Estaba deseosa de dar a conocer el guión, pero el grupo no debía ser demasiado grande—. Seremos doce, incluidos Phil y yo. Es lo que permite la mesa grande de casa.

—En ese caso necesitas dos cocineros, tres camareros, un barman, un aparcacoches y dos ayudantes —declaró Mandy y contó con los dedos—. Te enviaré un correo electrónico con el número de teléfono de mi organizadora de fiestas, ya verás cómo se ocupa de todo.

—¡Fantástico! —exclamó Lucy e imaginó la cara de Phil cuando le entregase las facturas—. Suena caro, pero Phil tendrá que fastidiarse porque detesta gastar.

—¿A qué hombre le gusta soltar la pasta? —preguntó Mandy—. Todos tienen cocodrilos en los bolsillos salvo que sean derrochones... y lo cierto es que estos últimos escasean, al menos en esta ciudad.

—Tienes razón —coincidió Lucy.

—¿Conoces a algún actor que pague la cuenta en el restaurante? —prosiguió Mandy—. Te aseguro que se cuentan con los dedos de una mano... a no ser que vayas con Michael Caine.

—Una vez trabajé con Michael —afirmó Lucy y recordó al astro inglés y a Shakira, su bella y exótica esposa—. Es encantador y me enseñó muchísimo de interpretación.

—Y, como ya te he dicho, también es generoso —Mandy remató la frase.

Lucy asintió al tiempo que pensaba en las personas a las que invitaría a la cena. Por descontado que a los Richards, a Don con acompañante y a Hamilton con su flamante esposa, aunque no se lo comentaría a Mandy porque con ella no sabías a qué atenerse, podías meter la pata. También invitaría a un par de productores que tal vez se interesasen por su guión, tal vez a Anne y a Arnold Kopelson, responsables de éxitos de taquilla como *Seven* y *El fugitivo*. También podía decírselo a los Bruckheimer, a pesar de que Jerry estaba inmerso en series televisivas de tanto éxito como *CSI*, por lo que tal vez no estuviera disponible.

Decidió que Marlon sería el invitado sorpresa. Lo haría aparecer durante el postre, lo presentaría y repartirían ejemplares del guión terminado.

Lucy se dijo que incluso podrían hacer una lectura del guión. Le pareció una idea genial, aunque necesitaría un actor que leyera con ella. Hummm... necesitaría a alguien que no desatase los celos de Phil.

En ningún momento se le pasó por la cabeza la posibilidad de que Marlon pudiese sulfurar a su posesivo marido.

—Estás muy callada —se lamentó Mandy—. No me digas que te preocupa que Phil gaste dinero, ya que tu marido está forrado. ¿Para qué lo guarda? Las cenas en compañía son muy divertidas y la tuya será memorable si me haces caso y contratas al personal adecuado.



Lucy manifestó su acuerdo con un asentimiento de cabeza. Estaba convencida de que resultaría inolvidable. Se encargaría de que así fuese.



ANYA

Al principio Anya no sabía qué quería de Seth. ¿Pretendía su dinero?

No, pues estaba claro que no era rico.

¿Quería su poder?

Seth no tenía el más mínimo poder y solo era un abogado del montón en un gran bufete.

¿Ansiaba su vida?

Ah, ser un ama de casa americana que cuidaba de su bebé y su marido... ¿Acaso era su ilusión?

Anya ya no tenía ilusiones, habían desaparecido el mismo día en el que vio a los soldados rajarse el cuello de Svetlana, cargarse a los padres de la muchacha y prender fuego a la casa mientras ella gimoteaba aterrorizada en un rincón. Ya no tuvo ilusiones a partir de ese momento ni cuando pasó por las manos de un hombre a otro, individuos que la usaron sin piedad. Se había quedado sin ilusiones...

Seth Carpenter sería su trampolín hacia cosas mejores. Anya se dijo que en algún punto tenía que empezar y decidió que le tocaría a Seth.

Antes de que la abandonase cruelmente y la dejara a merced de Joe, Velma le había enseñado las tres frases que hay que decir a un hombre para atraparlo durante todo el tiempo que quieras tenerlo cerca.

Anya no había olvidado las sabias palabras de su compañera.

Tu polla es muy grande.

Eres el mejor amante que he tenido.

Logras que me corra intensamente.

Había probado la primera con Seth después de que hicieran el amor en el mismo lecho que compartía con su esposa, mientras el bebé dormía en la habitación de al lado. Era mediodía y llovía a cántaros. Anya se abrió de piernas y le recibió como si fuese el primer hombre al que le permitía visitar el lugar tan sagrado.

Hacía semanas que todo conducía hacia ese instante. Seth había vuelto a casa casi todos los mediodías y Anya lo había atraído paulatinamente, hasta que el hombre se sintió tan desesperado que ella tuvo la certeza de que no podría contenerse un segundo más.

—Tienes la polla muy grande —comentó Anya con admiración y el hombre se pavoneó.



En realidad, su pene no era grande, pero Anya comprobó lo mágicas que resultaban esas palabras.

Después de la primera vez, fue sencillo dejar pistas delatorias en el apartamento: un pendiente entre las sábanas, unas bragas de encaje negro en el dormitorio.

Diana no era tonta y tardó poco en deducir lo que estaba pasando.

Para entonces Anya había colocado a Seth exactamente donde quería. El pobre estaba fascinado y era incapaz de pasar un día sin ella, de modo que cuando Diana la despidió y echó de casa a su marido, Seth hizo exactamente lo que la niñera quería: propuso alquilar un apartamento y que Anya dejase el albergue y se fuera a vivir con él.

Había cumplido el primer paso: tenía un americano para sí misma.

Se trataba de un inicio prometedor.



38

Ryan logró soportar la comida e hizo denodados esfuerzos para no preguntar nada a Don. Se enfureció al ver que su mejor amigo se comportaba como un pavo real y se mostraba tan satisfecho de sí mismo que daba asco. Como cabía suponer, a Don le resultó imposible no mencionar su última conquista.

—Asistiré a tu cena con Cameron —comunicó a Phil—. Date por enterado y no le acerques tus sudorosas manos. No es la clase de mujer a la que le gusta que la soben.

—¿Quién es Cameron? —preguntó Phil a gritos.

—La mujer con la que me estoy enrollando —reconoció Don y una sonrisa maliciosa demudó sus facciones.

Ryan notó que se le hacía un nudo en la boca del estómago y se preguntó hasta qué punto se había enrollado su amigo, si Cameron era una más de las conquistas de Don o si esta vez iba en serio.

—¿Qué pasó con la chica de la tele? —quiso saber Phil y atacó un considerable bistec con patatas fritas.

—La chica de la tele no es para mí —admitió Don y descartó a Mary Ellen con un ligero encogimiento de hombros.

—¿La nueva es para ti? —inquirió Phil.

—Tal vez —replicó Don y sonrió de oreja a oreja—. Ryan la conoce. Cameron es un encanto, ¿no es así, Ryan?

Ryan masculló algo porque no estaba dispuesto a fomentar esa aventura en ciernes. La verdad es que abrigaba la esperanza de que terminase lo antes posible.

—Verás, Ryan también la encuentra estupenda —acotó Don y rió—. Phil, hablando en serio, se trata de una mujer especial, ya lo verás.

—¿Te la has tirado? —preguntó Phil con su grosería habitual.

—¡Para el carro! —exclamó Don y meneó la cabeza—. Si lo hubiera hecho, serías el último en enterarte.



— Antes nunca callabas — opinó Phil.

— ¡Ya está bien! ¡Eres un zorro viejo y cachondo!

— Hace falta alguien igual para reconocer a un zorro viejo y cachondo — concluyó Phil y saboreó un succulento bocado de bistec.

— Los niños y los animales no pueden estar esa noche — ordenó Mandy, al mando y al control de todo—. Endílgaselos a tu madre.

— Mi madre vive en Paint Springs con un jardinero paisajista de veintiséis años que en este momento está en el paro — replicó Lucy secamente—. No creo que le interese cuidarlos.

— ¿De verdad? — inquirió Mandy sorprendida—. No me lo habías contado.

— No me lo preguntaste — replicó Lucy—. Además, no tiene sentido que mencione a la mujer que escribió un libro revelador sobre mí, en el que no cuenta más que repugnantes mentiras.

— ¿Eso no pasó hace años? — preguntó Mandy y recordó confusamente un libro escandaloso sobre la famosísima Lucy Lyons, libro que en su momento había causado sensación—. ¿No fue antes de que te casaras con Phil?

— Ocurrió hace diez años — puntualizó Lucy e intentó dominar la ira y el dolor que la abrumaban cada vez que recordaba la traición de su madre—. Estaba en el mejor momento de mi carrera y la muy zorra no pudo abstenerse de aprovecharse económicamente.

— ¡Ay, las madres...! — Mandy suspiró—. Nunca tuve madre, sino una sucesión de madrastras, cada una de las cuales fue más fastidiosa que la anterior.

— Tal vez tuviste suerte — dijo Lucy con amargura—. La mía no es precisamente un día de sol, sino una pesadilla en Elm Street.

— En ese caso, ¿cuentas con una vecina que pueda ocuparse de los niños? — añadió Mandy, que estaba harta de hablar de las madres.

— ¿No es suficiente con que le diga a la niñera que se ocupe de que permanezcan en sus habitaciones?

— Por supuesto que no — replicó Mandy con tono firme—. Los niños son un incordio, aparecen a la carrera y molestan a todo el mundo. Además, el servicio detesta tropezarse con ellos porque interrumpen el flujo de la reunión.

Lucy se preguntó cómo sabía Mandy esas cosas, sobre todo teniendo en cuenta que no tenía hijos.



—Puedo pedir a la niñera que los lleve a casa de su tía —contestó Lucy—. Asunto resuelto.

—Los niños y los animales —insistió Mandy—. Ay, antes de que se me olvide, tienes que contratar un buen servicio de limpieza que deje impecable tu casa.

—¿Para qué?

—Porque es lo que hay que hacer debido a que hace muchísimo que no recibes gente en casa. Ya ni recuerdo la última vez que tuviste invitados.

—Se debe a que no ha habido invitados en casa desde la noche de nuestra boda —reconoció Lucy—. Phil es tan agarrado que se negó a celebrar la fiesta en otro sitio.

—¡Joder! —exclamó Mandy horrorizada—. ¿Ya ha pasado tanto tiempo?

—El tiempo pasa deprisa cuando te diviertes —apostilló Lucy y rió secamente.

—Por aquel entonces me acostaba con el sensual cocinero alemán al que mi padre no podía ni ver —evocó Mandy y su mirada se iluminó—. Aún no había conocido a Ryan. ¿Asistió al banquete?

—Ryan estaba de rodaje en exteriores, pero Don asistió con su primera esposa, la bailarina clásica. ¿La recuerdas?

—Es imposible olvidarla —aseguró Mandy—. A todos se les caía la baba por esa mujer. Tenía las piernas extraordinariamente largas y su truco consistía en hacer *le grand écart*, es decir, abrirse de piernas. ¡Qué espectáculo!

—Estarás de acuerdo conmigo en que era guapísima. Don se lo pasó en grande.

—Por poco tiempo.

—En eso te doy toda la razón —coincidió Lucy cuando los recuerdos se tornaron nítidos—. Se divorció de ella un año más tarde, tras enterarse de que le engañaba con un contratista.

—¡Exactamente! —Mandy se partió de risa—. Es algo imposible de olvidar.

—Don estaba que trinaba.

—Estoy convencida de que le sentó fatal a su amor propio, aunque hay que reconocer que no tardó en volver a las andadas —apostilló Mandy—. Nuestro querido Don siempre hace lo mismo. —Cuando terminó con las evocaciones, hizo el siguiente comentario—: Da igual lo que hagas, pero los niños y los animales tienen que irse. Solucíonalo.

—Lo intentaré —afirmó Lucy indecisa—. A Phil no le gustará pasar una noche sin su loro. Está loco con ese maldito pájaro.

—¿Te refieres al que no deja de gritar «que te jodan»?

—El mismo —confirmó Lucy muy seria.



—Si estuviera en mi casa me lo cargaría —declaró Mandy y tamborileó las uñas recién pintadas sobre la mesa.

—Si lo hiciera, Phil me mataría.

—Pues piensa en la publicidad que obtendrías —acotó Mandy y rió con malicia—. Volverías a ocupar todos los titulares.

—Mandy, no sabes cuánto te lo agradezco —dijo Lucy cáusticamente—. Creo que existen mejores maneras de figurar en los titulares.

—Mary Ellen vendrá a tomar café —anunció Mandy—. Después de comer visitaremos Paradise, el nuevo centro de gimnasia. ¿Por qué no vienes con nosotras?

—No es una mala idea —reconoció Lucy pensativa y se dijo que, si pretendía reanudar su carrera, le convenía estar en la mejor de las formas.

Asociarse a un gimnasio era, sin lugar a dudas, una de sus prioridades.

—Hola —saludó Don a través del manos libres del coche.

—Hola —respondió Cameron y consultó rápidamente la hora. Eran casi las tres y por fin Don la llamaba.

Le molestó sobremanera convertirse tan rápido en la clase de chica que espera a que el hombre la llame en lugar de coger el teléfono y ponerse en contacto con él. Habían practicado el sexo y había sido grandioso. Don había salido corriendo de su casa a primera hora de la mañana y tendría que haberla llamado antes.

—¿Cómo estás? —preguntó el presentador.

—De maravilla, sobre todo si tenemos en cuenta que acabo de recibir la notificación de una demanda del señor Bronceado de Bote —respondió Cameron con retintín.

—¿Quién es el señor Bronceado de Bote? —preguntó Don muy divertido.

—El imbécil al que le alquilaba el local. Ha presentado una demanda porque considera que le hemos quitado clientes.

—¿Habéis firmado un contrato de trabajo?

—No. Ya te lo expliqué —contestó la entrenadora con impaciencia—, me limité a alquilarle parte de su gimnasio y le pagué una comisión.

—En ese caso no hay problema —aseguró Don—. Pediré a mi implacable abogado que lo resuelva.

Cameron supo que tendría que haber dicho que lo solucionaría personalmente, pero el abogado implacable de Don le pareció una opción mucho mejor.



—De acuerdo —aceptó con la esperanza de no parecer muy débil.

—Pediré a un mensajero que recoja los documentos.

—¿Estás seguro?

—Por ti haría lo que fuera —respondió con galantería. Al cabo de unos segundos inquirió—: ¿Recibiste mis flores?

—Son preciosas. Ah, también vi la prensa sensacionalista.

—No hagas el menor caso —aconsejó tranquilamente el presentador, como si no tuviese la menor importancia—. Es basura pura. Nunca dice las cosas como son.

—¿Qué pasa con Mary Ellen? —quiso saber Cameron—. Me siento mal por ella.

—No es asunto tuyo.

—Ya lo sé, pero ¿no crees que deberías telefonarle?

—¿Para qué?

—Para darle una explicación.

—Está bien, la llamaré —respondió sin la menor intención de hacerlo. No había obligado a Mary Ellen a meterse en su cama, había ido voluntariamente. Nadie tenía la culpa de que entre ellos no hubiese química y, por si eso fuera poco, como premio de consolación le había enviado una orquídea muy cara—. ¿Cenamos juntos esta noche? —preguntó Don, que abandonó bruscamente el tema Mary Ellen.

—No estoy segura —replicó Cameron indecisa—. ¿Cenamos juntos?

—Depende de ti.

¿Por qué dependía de ella? Don tendría que haber dicho que necesitaba verla porque lo de la noche anterior había sido maravilloso.

Pues sí, debería decírselo.

—Hasta ahora la jornada ha sido muy agitada —respondió la entrenadora—. Sospecho que esta noche me acostaré temprano.

—¿Te acostarás temprano?

—¿Te molesta?

—En absoluto, pero estuve pensando y creo que este fin de semana podríamos coger tus perros y el mío y relajarnos en mi casa de Malibú. ¿Te parece un buen plan?

Sí, indiscutiblemente se trataba de un excelente plan.

—Me parece fantástico —aseguró Cameron.

—De todos modos, nos veremos por la mañana y organizaremos los detalles. Intenta ver mi programa esta noche. Viene Don Rickles y el éxito será clamoroso. Rickles sigue siendo el más divertido.



—Lo veré si estoy despierta.

—¿No has oído hablar de los grabadores digitales de vídeos?

—No tengo vídeo.

Cuando colgó, Cameron se sintió muy decepcionada. ¿Qué esperaba? Se trataba de Don Verona, no de cualquier hombre.

Tomó la decisión de que a la mañana siguiente enviaría a Reno a la sesión de entrenamiento. Probablemente a Don no le gustaría, pero tendría que ser así si Cameron quería seguir viéndolo.

Podía soñar con el fin de semana. Tal vez entonces Don se abriría y se mostraría más cálido y cariñoso.

«Cariño, ¿es cariño lo que quieres?» «Indudablemente, no.» «Te advertí que no te involucrases.» «¡Ya está bien, que te zurzan!»

Don regresó al estudio y analizó su conversación con Cameron. La había notado un tanto fría, apenas interesada en él, tal como cabía esperar después de lo que habían vivido la víspera. Decidido a impedir que la joven se retrajera, el presentador también había guardado las distancias en lugar de lanzarse. A pesar de todo, tras una noche de sexo extraordinario y de compañía irresistible, Don estaba casi a punto de pedirle que se fuese a vivir con él.

¿Se había vuelto loco? ¡Por favor, era ni más ni menos que Don Verona y no un imbécil encaprichado y calentorro!

Sin embargo... sin embargo no podía dejar de pensar en ella. Tenía metidos en la cabeza su aspecto, su olor, sus movimientos en la cama... todo lo relacionado con Cameron le excitaba.

La espera a la que lo había sometido había servido para agudizar la atracción que sentía por ella. Bebía los vientos por Cameron hasta las últimas consecuencias... y estaba encantado.

¿O no?

¡Por dios! Esa chica le confundía y le fastidiaba la concentración, algo que precisamente no necesitaba.

Jerry entró en el despacho con olor a habano y a ajo, una mezcla fatal.

—Esta noche tendremos un programa fantástico —aseguró Jerry—. Todo el equipo se vuelca cuando Rickles nos visita.

—Ya lo sé —declaró Don y movió afirmativamente la cabeza—. Has acertado de pleno al concederle los tres bloques. Tendremos un éxito demoledor.



—Esta noche no aparecerán estrellitas tontas que muestran las bragas... o el pubis —puntualizó Jerry y rió de buen grado—. ¿Te he desilusionado?

—¿Me tomas el pelo? —quiso saber Don—. La rubia de anoche envió a la estilista a mi camerino con una tarjeta en la que apuntó su teléfono particular y garabateó: «Llámame y continuaremos la entrevista de camino a mi dormitorio».

—¿La llamaste? —inquirió Jerry y los ojos parecieron salirse de las órbitas.

—Jerry, salgo con alguien —explicó Don pacientemente—. Aunque no fuera así, no me van las actrices desesperadas con tetas de silicona.

—¿Con quién sales? —insistió Jerry, muerto de curiosidad.

—No la conoces —replicó Don, que todavía no estaba preparado para compartir lo que sentía.

—Si leyeras la prensa del corazón lo sabrías —aseguró Jill Khoner, que entró en el despacho con el proyecto de preguntas para la entrevista de Rickles.

—La he leído y no se trata de ninguna de las dos —replicó Jerry.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jill y entregó a Don un fajo de papeles.

—Porque ambas han recibido flores de despedida.

—¡Ya está bien! —protestó Don—. Venga ya, seguid hablando de mi vida amorosa. Estáis en vuestro derecho.

Jill rió antes de añadir:

—Dime, ¿qué es lo que hacías con nuestra amiga boyera?

Durante unos segundos Don se quedó sin palabras, algo muy inusual en él. Jill había meado fuera del tiesto, por lo que decidió aclararlo de una vez por todas.

—Cameron no es lesbiana —puntualizó con contundencia—. En el caso de que lo fuera, tampoco me gustaría que usaras la palabra «boyera» como si fuera algo de lo que avergonzarse.

—¡Perdona! —se disculpó Jill y cruzó con Jerry una mirada de sorpresa—. No me había percatado de que...

—¿De qué no te habías percatado? —la interrumpió Don y le dirigió una mirada demoledora.

Jill sabía exactamente en qué momento debía callarse.



39

Mary Ellen llegó a Mr. Chow seguida de una jauría de salvajes *paparazzi* a los que inmediatamente prohibieron la entrada. Sin dejar de soltar tacos y de quejarse, los reporteros se vieron obligados a congregarse a las puertas del restaurante mientras Mary Ellen entraba a toda prisa y se reunía con Mandy y con Lucy.

Estaba estresada, pese a que resultaba evidente que había hecho un gran esfuerzo para tener buen aspecto con un vestido blanco corto de Donna Karan y una chaqueta de Richard Tyler de tono azul claro. Ocultaba los ojos tras unas enormes gafas de sol de Dolce & Gabbana y constantemente retorció las manos como si estuviese muy agitada.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mandy en cuanto Mary Ellen se sentó.

—Tiene que ver con tu amigo Don Verona —espetó Mary Ellen—. ¡Es otro capullo infame de los que meten los cuernos! ¡Le detesto!

—¡Dios mío! ¿Qué ha hecho? —insistió Mandy, siempre deseosa de conocer hasta el último detalle.— Verás, me pareció que entre nosotros pasaba algo bueno, pero está claro que no comparte esa opinión.

—Don es así —afirmó Mandy como si lo conociese mejor que nadie.

Mary Ellen buscó algo en su enorme bolso de Prada, sacó la página que había arrancado de *Truth and Fact* y leyó el titular en voz alta:

—«El casanova Don Verona vuelve a hacer doblete». —Muy disgustada, dejó caer la hoja sobre la mesa—. ¡Vuelve a hacer doblete! Me gustaría saber en qué posición me coloca ese comentario.

—Francamente, en una posición que no es muy buena —intervino Lucy con actitud comprensiva.

—¡Ni más ni menos! —espetó Mary Ellen, que había perdido todo su encanto como la vecinita de al lado—. ¡Don Verona es un cerdo infiel... lo mismo que la zorra cara de mierda de Cameron!

—Cuéntanos cómo te sientes realmente —solicitó Lucy.

—Como una verdadera mierda —contestó Mandy, cogió la hoja arrancada de la publicación y siguió leyendo—. Si quieres que sea sincera, no se lo reprocho.



—Pensé que era el hombre de mi vida —reconoció Mary Ellen con tristeza y una lágrima solitaria escapó por debajo de sus gafas de sol y rodó por su mejilla—. Y ahora me hace esto.

—¿Te acostaste con él? —Mandy volvió a la carga, mentalmente preparada para asimilar más detalles.

—Claro que se acostó con él —dijo Lucy despectivamente—. ¿Existe alguna mujer dispuesta a rechazarlo? El tío está como un tren.

—¿En la cama es tan experto como aseguran? —inquirió Mandy, que hacía años que deseaba ardientemente conocer las interioridades de Don en el dormitorio y esa era la oportunidad ideal.

—Sí —musitó Mary Ellen—. Aunque también tengo que decir que se la chupé durante quince minutos y no hizo lo mismo por mí.

—¡Inaceptable! —pontificó Mandy.

—¡Ja, ja, ja! —Lucy se sumó rápidamente a la crítica—. Deberíais acostaros con Phil... ya que lo único que le interesa es lamerme el coño.

Ese comentario supuso toda una novedad para Mandy, que decidió mirar a Phil desde otra perspectiva. No abundan los hombres a los que les apasione comerlo. Desde su primer embarazo falso, Ryan no le había hecho un solo cunnilingus. Tampoco le importaba demasiado, ya que el sexo no figuraba entre sus actividades preferidas, si bien cuando se centraba en el tema era capaz de participar con entusiasmo. A los quince años había perfeccionado el arte de la mamada simplemente para caer bien a los tíos.

Había dado resultado, ya que pilló a Ryan, ¿no?

—Creo que me haré lesbiana —masculló Mary Ellen—. Así la puta prensa sensacionalista tendrá tema del que cotillear.

—Es una opción interesante —opinó Lucy—. ¿Has visto lo hermosas que son las actrices de *L*, de la cadena Showtime?

—Mary Ellen estaba ironizando —puntualizó Mandy y miró significativamente a Lucy—. Querida, ¿estoy en lo cierto?

—Será mejor que nos pongamos en marcha si queremos visitar el nuevo gimnasio porque he quedado a las cuatro con un guionista —dijo Lucy consultando la hora.

—¿Con quién? —quiso saber Mandy.

—Con un joven que he contratado —replicó Lucy sin dar más precisiones.

La actriz retirada se preguntó si Marlon intentaría besarla de nuevo. La primera vez no le había molestado tanto como dio a entender. Era fantástico que te desease alguien que no fuera tu marido, y Marlon la deseaba... ¡vaya si la deseaba!



—No puedo ir a ese gimnasio —aseguró Mary Ellen airada—. Es donde trabaja esa mujer.

—¿Qué mujer? —preguntó Lucy, que no había caído en la cuenta.

—La que se ha echado en brazos de Don —contestó Mary Ellen y subió el tono de voz—. La zorra que me hizo creer que solamente era su entrenadora.

—Tal vez no es nada más —acotó Lucy.

—¡Y yo que me lo creo! —exclamó Mary Ellen y torció la boca con desdén—. ¡Entrena la polla de Don para introducirla directamente en su maldito coño!

—Llamada de la señora Heckerling —anunció Kara a Ryan, que estaba reunido con el productor ejecutivo.

—Keith, concédeme un par de minutos —solicitó Ryan—. No puedo dejar pasar la llamada.

Keith abandonó el despacho y Ryan cogió el teléfono.

En realidad no necesitaba contestar, pero le apetecía saber qué quería decirle Anya siete años después.

—Debemos vernos —dijo Anya con tono bajo y sigiloso.

—¿Para qué? —inquirió el productor.

—Tengo que hablar contigo —explicó Anya—. El sábado que viene Hamilton se va a Japón y entonces podré verte. ¿Conoces un sitio discreto en el que podamos quedar?

Ryan pensó en un sitio discreto de Los Ángeles donde pudieran reunirse la joven esposa y el yerno del magnate. Ese encuentro no tenía nada de discreto. TMZ y Perez Hilton se pondrían las botas.

Evaluó las posibilidades.

¿En una habitación de hotel? ¡No, no y no!

¿En un motel de un lugar como Culver City? ¡Eso sería todavía peor!

¿En un bar? Más le valía olvidarlo.

De repente se le ocurrió una idea: en la casa de un amigo, en un sitio totalmente privado.

«En casa de Don.»

Con actitud perversa, Ryan llegó a la conclusión de que Don se lo debía.



Al salir de Paradise con Cole, Cameron no esperaba la arremetida de los fotógrafos. La rodearon y activaron alegremente los flashes al tiempo que gritaban un montón de preguntas.

«¿Estás con Don Verona?»

«¿Hace mucho que lo conoces?»

«¿Cuándo volverás a verlo?»

«¿Qué opinas de Mary Ellen?»

«¿Rivalizáis por él?»

La entrenadora se aferró al brazo de Cole y susurró:

—Esto es absurdo. Yo no existo. ¿Por qué me hacen esto?

—Me parece que te has convertido en alguien que existe —respondió su socio con poco entusiasmo.

—Iré corriendo hasta el coche.

—Te deseo toda la suerte del mundo. No te dejes intimidar. Te llamaré más tarde.

Cole le dio un beso en la mejilla y se encaminó hacia su moto.

Perseguida por un montón de reporteros gráficos, Cameron salió disparada hacia el Mustang. No estaba acostumbrada a esa situación y le desagradó...; mejor dicho, la detestó. No quería saber nada si ese era el precio que tenía que pagar por salir con Don Verona.

Al llegar a su casa reparó en que dos hombres y una furgoneta le cortaban el acceso al garaje. Hizo sonar el claxon y uno de los individuos se acercó hasta la ventanilla abierta del coche.

—No me dejan pasar —puntualizó la entrenadora.

—¿Es usted la señorita Paradise? —quiso saber el hombre.

«¡Por dios! ¡Que no fuera otra notificación judicial!» —¿Quién lo pregunta? —inquirió Cameron y le miró con desconfianza.

—Tenemos un envío para la señorita Cameron Paradise.

—¿Un envío? —insistió con el ceño fruncido.

—Sí, un televisor y un grabador digital de vídeos —respondió el hombre—. De parte del señor Verona. Si nos permite entrar en su casa, se los instalaremos.

Una hora después, Cameron contemplaba un novísimo televisor de pantalla plana y alta definición y un sofisticado grabador digital de vídeos que no tenía ni la más remota idea de cómo se utilizaban.



¿Acaso era la recompensa por haberse ido a la cama con Don Verona? ¡Fantástico! ¿Enviaba a todas sus conquistas un televisor nuevo?

Se trataba de una situación francamente surrealista. No quería regalos, prefería una llamada telefónica más personal. Por lo visto, no sucedería, de modo que, le gustase o no, tenía un televisor nuevo y un grabador digital de vídeos.

Mientras Cameron intentaba descifrar los motivos por los que Don le había enviado esos regalos, Don se preparaba para ser entrevistado por Natalie de Barge. No le agradaba lo más mínimo, pero no se echaría atrás porque había dado su palabra.

Fanny, la relaciones públicas del programa televisivo de Don, no entendía nada.

—Pero si no soportas las entrevistas —dijo a Don—. ¿Por qué aceptaste?

—Porque me comprometí —respondió bruscamente—. Además, Natalie de Barge es controlable y no se atreverá a plantear algo que yo no esté dispuesto a responder.

—Te aseguro que no es controlable —opinó Fanny con tono agorero—. Quien manda es su productor y lo sabes perfectamente.

Como era imposible discutir con Don cuando tomaba una decisión, Fanny le acompañó al estudio en el que Natalie rodaba su programa diario de cotilleo de la farándula, que tenía un éxito arrollador.

Natalie recibió a Don con un abrazo y preguntó con tono muy bajo:

—¿Qué opinas de que nuestra inversión haya subido como la espuma? Sin duda posees un toque mágico.

—Me lo han dicho más de una vez —replicó arrastrando las palabras.

—Hummm... —musitó Natalie y esbozó una sonrisa seductora—. Es algo en lo que pensaré todo el día.

—¿De qué hablas?

—De tu toque mágico.

—Ah, bueno... —contestó Don y también sonrió.

—¿Necesitas maquillaje? —quiso saber Natalie—. Las chicas de maquillaje se mueren de ganas de conocerte.

—Lamento decepcionarlas, pero jamás me maquillo.

—¿Ni siquiera para tu programa?

—Nunca.

—Casi todos los hombres que aparecen en televisión necesitan más maquillaje que Marie Osmond —bromeó Natalie—. Debí de imaginar que te gusta montar a pelo.

—También, también —respondió un sonriente Don.



—Vayamos al grano —terció Fanny con su mejor tono de publicista mandona—. El señor Verona tiene la agenda muy llena.

—No me cabe la menor duda —murmuró Natalie y recordó que no soportaba a los publicistas. Se metían constantemente, daban su opinión cuando nadie se la pedía e intentaban controlar a sus clientes. Había un puñado de publicistas competentes, pero Natalie no creía que Fanny formase parte de ese grupo selecto. A lo largo de los años habían tenido varios choques. En ese momento Natalie decidió que Fanny no ganaría ese asalto, sobre todo porque Don le había prometido esa entrevista—. Don, si estás listo podemos ir directamente al estudio —añadió, lo cogió del brazo y se las ingenió para excluir a Fanny, que se cabreó en silencio al verse relegada a caminar tras ellos—. Puedes ver la entrevista desde la sala verde —le informó Natalie por encima del hombro.

—No te preocupes por mí —replicó Fanny y apretó los dientes—. Prefiero estar en el plato.

—Don, ¿estás de acuerdo? —quiso saber Natalie.

—Desde luego —aseguró ansioso por acabar de una vez con el trance de responder preguntas, ya que lo que le gustaba era hacerlas.

—Perfecto, Fanny —acotó Natalie a la ligera—. Puedes quedarte en el plato.

«¡Zorra negra!», pensó Fanny.

«¡Arpia blanca y amargada!», pensó Natalie.

La entrevista discurrió bien hasta que Natalie decidió abordar temas personales. Bueno, en realidad la decisión no fue suya, sino del productor, que a través del pinganillo que llevaba en la oreja derecha le dijo que, puesto que la historia de Don con dos mujeres aparecía en toda la prensa sensacionalista, en su condición de periodista competente tenía el deber de plantearle el tema.

Don acababa de contar una divertida anécdota de Warren Beatty y Justin Timberlake, que habían acudido juntos a su programa, cuando Natalie le ametralló a preguntas sobre su vida amorosa: «¿Por qué te has divorciado dos veces? ¿Con quién sales ahora? ¿Es verdad lo que cuenta la prensa sensacionalista? ¿Qué pasa entre Mary Ellen Evans y tú? ¿Seguís juntos? ¿Por qué Mary Ellen tiene tan mala suerte con los hombres?».

Íntimamente molesto debido a que Natalie había traspasado los límites establecidos, Don desvió la mayoría de las preguntas con tacto y encanto, pero cuando se habló de Mary Ellen se quedó sin palabras. La actriz televisiva era una conquista que nunca debió de hacer.

La entrevista terminó por fin y Don se marchó sin miramientos, escuchando cómo le decía Fanny que ya le había advertido que no debía participar en un programa basado en el cotilleo.



«Ya es demasiado tarde para cambiarlo», pensó el presentador con un humor de perros.

Según el modo en el que Natalie montase la entrevista, parecería un descuidado cabrón o un picaflor al que solo le interesaba la caza.

Esa entrevista había sido una encerrona.

De regreso a casa, Ryan pasó por la de Evie para ver cómo estaban su hermana y sus sobrinos.

—¡Los niños están fascinados! —comentó Evie—. ¡Es demasiado! ¡No solo tienen piscina, sino pista de baloncesto!

—La semana que viene irás a ver al abogado —aseguró Ryan severamente.

«Y yo haré lo mismo», pensó.

Evie accedió sin demasiado entusiasmo. Había llegado a la conclusión de que Ryan tenía razón y de que debía cortar todos los vínculos con Marty y empezar de nuevo, pero lo cierto es que no le resultaba nada fácil.

Los niños se pusieron muy contentos de ver a su tío. Jugaron un rato al baloncesto y finalmente Ryan se marchó a su casa con la decisión tomada de que esa misma noche hablaría con Mandy.

Pues no, esa noche tampoco pudo ser. Mandy había invitado a seis amigas y a un gurú indio que intentaba enseñarles el significado de la vida.

¡Ni más ni menos que el significado de la vida...! Mandy no tenía ni puñetera idea; le encantaba seguir tendencias y en ese momento la espiritualidad estaba de moda.

Las mujeres canturreaban. Había varias que eran exactamente iguales, pues llevaban la melena rubia y lisa, tenían el cutis terso y ni una sola arruga en la cara. Por lo visto, el uniforme estaba formado por tejanos True Religion, camiseta blanca James Perse y bolso Birkin, de piel en tonos pastel, que tenían a su lado.

Se trataba de la generación más joven de las típicas esposas de Hollywood.

Ryan subió la escalera y telefoneó a Don. Quería resolver cuanto antes el sitio donde se reuniría con Anya y acabar con esa historia.

Don no contestó.

El productor imaginó que Don se había ido por ahí con Cameron. Tal vez estaba en la cama con ella... quizá hacía el amor con Cameron...

¡Maldición! Apenas conocía a esa mujer, pero estaba muy colgado, desesperada e insalvablemente colgado.



40

Por diversos motivos, todos aguardaban ansiosos el fin de semana. Cameron porque deseaba ver cómo se sentía si pasaba más tiempo con Don y, lisa y llanamente, también porque le apetecía escapar de la ciudad y tomarse un descanso. Estaba encantada de que Paradise funcionara bien, ya que el gimnasio había estado lleno a reventar de lunes a viernes.

Ryan preparaba su encuentro con Anya para averiguar qué quería decirle la joven. Don le había telefoneado y accedido a dejarle la casa. Como es obvio, Don había supuesto que Ryan había quedado con una mujer que no era Mandy y le había alentado: «¡A por todas! ¡Ya te tocaba!».

Ryan sentía curiosidad por saber cómo se habían conocido Anya y Hamilton y por qué su suegro se había casado con ella sin llevar a cabo una minuciosa investigación de su vida. Era hartamente improbable que Hamilton no lo hubiese hecho porque, en líneas generales, era muy escrupuloso hasta el más mínimo detalle.

Lucy preparaba todo para la fiesta de lanzamiento del guión, que se celebraría el sábado siguiente. Estaba muy entusiasmada. No podía decirse lo mismo de Phil.

Don ansiaba pasar el fin de semana con Cameron en la casa de la playa.

¿Acaso existía algo mejor? Hacía mucho tiempo que el presentador no se sentía así y aguardaba expectante todo lo bueno que estaba por llegar.

El sábado por la mañana *Yoko* y *Lennon* se olieron que estaba a punto de ocurrir algo. Recién bañados, deambularon de un lado a otro de la casa y se prepararon para las actividades playeras. Cameron habría jurado que comprendieron hasta la última palabra que les dijo y, puesto que les había explicado que se irían, el ambiente estaba cargado de entusiasmo. Esperaba que sus perros se llevaran bien con *Butch*, el labrador de Don.

«¡Caramba! —pensó y sonrió para sus adentros mientras preparaba el bolsón para el fin de semana—. ¡Es como si tuviéramos hijos y los reuniéramos por primera vez! ¿Cómo se llevarán? ¿Congeniarán?»

Había tenido un par de días para superar la conmoción de la prensa sensacionalista y de los fotógrafos, que la siguieron a todas partes. Dorian y Lynda se



sintieron en la gloria y salieron constantemente del edificio para ver cuántos cámaras acechaban. ¡También insistieron en acompañarla hasta el coche a fin de que, con un poco de suerte, los incluyesen en la toma!

El viernes los reporteros gráficos se esfumaron. Habían perdido el interés porque Don Verona no se presentó en Paradise. Lynda y Dorian se llevaron un buen chasco. Cameron estaba encantada porque le desagradaba sobremanera ser el centro de atención.

Aunque habían hablado por teléfono cada día, la entrenadora y Don no se habían visto desde la velada romántica que compartieron. Al presentador no le gustó nada que Cameron enviase a Reno para la sesión de entrenamiento.

—Quiero que vengas tú —había insistido Don.

—Ya conoces mi norma —repuso la entrenadora—. Nunca mezclo negocios y placer.

—Pues sí, tienes razón, ya lo sé. ¿Eso significa que ahora me he convertido en un placer?

—Más o menos —había reconocido Cameron.

—¿Más o menos? —repitió el presentador con tono inquisitivo—. Deberías estar deseosa de que haya más.

—No me presiones.

Don fue a buscarla el sábado a mediodía. Vestía pantalones chinos de color verde, camiseta negra y gorra de béisbol blanca. A la entrenadora no le quedó más remedio que reconocer que estaba estupendo.

Don opinó exactamente lo mismo de ella.

—Hola —la saludó y le dio un rápido abrazo—. Estás guapísima.

—¿Quieres ver mi grabador digital de vídeos? —preguntó Cameron con una buena dosis de ironía.

—No es lo que tenía previsto, pero si insistes... —bromeó el presentador—. ¿Te ha gustado?

—¡No tengo ni la más remota idea de cómo funciona el condenado chisme!

—Te lo explicaré.

—Ahora, no. *Yoko* y *Lennon* me están volviendo loca. Saben que les espera una sorpresa.

—¿Y a ti? —preguntó Don, acortó las distancias y le besó el cuello—. ¿También te espera una sorpresa?

—Ay, señor Verona, me parece que eso depende de usted —repuso Cameron con tono jocoso.



Don sonrió de oreja a oreja. Cameron también esbozó una sonrisa y se dijo que, evidentemente, se alegraba de verlo.

—En marcha antes de que me multen en esta calle de mierda y alguien intente secuestrar a *Butch*, que nos espera en el coche.

—Ten la amabilidad de no decir que vivo en una calle de mierda —protestó Cameron—. Se trata de una agradable y tranquila calle de barrio.

—Así es, en la que el otro día me pusieron una agradable y tranquila multa de barrio.

—Tal vez no tendrías que haberte quedado a dormir.

—La próxima vez pasaremos la noche en mi casa —apostilló el presentador muy seguro de sí mismo.

—¿Qué te hace pensar que habrá próxima vez? —preguntó Cameron.

Bromearon hasta el coche, un todoterreno negro de grandes dimensiones, en una de cuyas ventanillas *Butch* asomaba la cabeza. En cuanto se acercaron, el perro empezó a ladrar, se lanzó contra la ventanilla del coche y se puso furioso al ver a Don en compañía de dos canes desconocidos.

Yoko y *Lennon* se vengaron y también ladraron como locos.

—Tal vez no ha sido una buena idea —opinó Cameron sin tenerlas todas consigo—. *Lennon* protege a *Yoko* cuando hay cerca otro perro macho.

—¡Y a esta mujer no se le ocurre otra idea que decírmelo ahora! —exclamó Don con ironía.

—Perdona, no lo pensé.

—*Butch* no es agresivo, pero creo que no es un buen plan hacer que se conozcan en el coche.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—¿Por qué no los llevas a tu casa y los sueltas en el jardín? Llevaré a *Butch* y todo se resolverá en cuanto se hayan olido un rato.

—Me parece una propuesta excelente —concluyó Cameron, le entregó su bolsón y volvió a su casa con *Yoko* y *Lennon*.

Don miró la calle arriba y abajo. No detectó *paparazzi* a la vista. Afortunadamente, todavía no habían averiguado dónde vivía Cameron. A la entrenadora ya le molestaba bastante encontrárselos a las puertas de Paradise y se pondría hecha una furia cuando comenzasen a acampar a las puertas de su casa. A Don no le apetecía nada atemorizarla justo al comienzo de una historia que podía convertirse en algo más que un simple capricho pasajero.



En la esquina merodeaba un hombre en el que ya se había fijado al llegar, pero el tío guardaba las distancias y, además, parecía que no iba armado con una cámara.

A lo largo de los años Don había sufrido varias amenazas de muerte y, en cierta ocasión, una presunta fan enloquecida se había dedicado a enviarle apasionadas cartas que se trocaron en textos cargados de odio porque él no respondió. La mujer había entrado dos veces en su casa, le había enviado diversos regalos extraños y cierto día se presentó en su despacho y le clavó el abrecartas a su ayudante, por suerte sin causarle heridas graves. A partir de aquel incidente se volvió muy cuidadoso y siempre estaba atento a cuanto acontecía a su alrededor.

Don abrió la portezuela del coche y *Butch* salió como si tuviera un cohete en el trasero. ¡Le encantaba hacer amigos nuevos y el entusiasmado labrador no podía esperar un segundo más!

Mientras se dirigía a casa de Cameron, Don llegó a la conclusión de que le molestaba que la entrenadora viviese en una calle que no contaba con verjas de seguridad ni protección. Por si eso fuera poco, no había lugar para aparcar su condenado coche, ya que el diminuto garaje de la entrenadora apenas tenía espacio para albergar su querido Mustang.

En primer lugar, se dijo que tenía que comprarle un coche en condiciones y, en segundo, que ante todo tenía que pedirle permiso, pues era una mujer difícil de convencer.

Por el rabillo del ojo detectó que el hombre de la esquina se le acercaba.

¡Mierda! ¿Ese tío era periodista, otro fanático chalado o una amenaza?

No pudo seguir pensando porque el individuo le abordó y preguntó:

—Perdone, amigo, ¿puedo hacerle una pregunta?

Automáticamente Don retrocedió un paso. El presentador rondaba el metro ochenta y cinco, pero el desconocido era incluso más alto, muy fornido, con el pelo rubio rojizo y un bronceado intenso. Por el acento parecía australiano, así que probablemente se trataba de un turista.

—Por supuesto —respondió Don manteniendo las distancias.

—Busco Sunset Boulevard. ¿Cae por aquí?

¡Perfecto, se trataba de un turista! Don se sintió muy aliviado. Explicó al desconocido cómo llegar a Sunset Boulevard y echó a andar por el caminito que conducía a la casa de Cameron.

—Perdone mi entrometimiento —dijo el desconocido a sus espaldas—. Me han dicho que en Los Ángeles las chicas son muy bonitas y la mujer con la que estaba hace unos minutos es una auténtica belleza. ¿Es su hermana?



Don se preguntó si era un turista o un periodista que buscaba trapos sucios. Ya no lo tenía tan claro. ¿Dónde estaba Fanny precisamente cuando la necesitaba?

—Es mi hermana —replicó sin darle más importancia y apoyó la mano en el picaporte.

El desconocido no se dio por vencido.

—¿Está casada? —preguntó a gritos—. En el caso de que esté libre, no me importaría invitarla a salir.

El presentador no hizo caso del desconocido, franqueó la puerta y la cerró firmemente a sus espaldas. ¡Vaya elemento! Algunas personas tienen un morro que se lo pisan.

Butch atravesó la casa a la carrera y salió al jardincillo de atrás, donde se dedicó a prestar demasiada atención a *Yoko*.

Lennon gruñó e hizo ademán de espantar a *Butch*.

Don se olvidó del periodista, turista o lo que fuese, se detuvo junto a Cameron y se dedicaron a mirar cómo se llevaban los perros.

Media hora después estaban de camino a Malibú.

—¿Adonde vas? —quiso saber Mandy.

«A ver a la prostituta adolescente a la que salvé y con la que tu padre se casó.»

—A casa de Evie —repuso Ryan con gran serenidad—. Prometí a los niños que iría a buscarlos para comer fuera. ¿Quieres venir?

Esa propuesta le desagradó y se apresuró a responder:

—No, gracias. Ya he tenido suficiente a esos monstruitos.

El productor se preguntó qué clase de madre habría sido Mandy si hubiesen tenido la fortuna de engendrar hijos propios.

Probablemente no habría sido la mejor madre del mundo.

—De acuerdo, pero no digas que no te lo propuse.

—Si fuéramos los dos solos a comer al patio de Spago, te acompañaría encantada —contestó e intentó que su marido se sintiese culpable, ya que era uno de sus deportes favoritos.

—Pues no —acotó Ryan con tono relajado—. Es un almuerzo que compartiré con los niños.

—Tú te lo pierdes.



—Ya lo creo.

De repente a Ryan se le ocurrió un plan. Puesto que le resultaba casi imposible abordar el tema del divorcio, ¿qué sucedería si compartía con Mandy una cena tranquila en Spago? Estarían en un lugar público, por lo que era hartamente improbable que Mandy montase una escena.

El productor no entendía por qué le resultaba tan difícil decirle a su esposa que el matrimonio estaba acabado. Mandy era una mujer inteligente y sin duda tendría que haberse dado cuenta.

—¿Qué tal si cenamos en Spago? —preguntó Ryan rápidamente, sin darse tiempo a cambiar de parecer—. No invites a nadie más.

Nuevamente pilló desprevenida a Mandy. La mujer no recordaba la última vez que había cenado a solas con Ryan. ¿Se trataba de un encuentro romántico o de un plan para volver a mencionar la terapia de pareja?

Hummm... Mandy desconfió enseguida, pero no lo manifestó.

—Me parece una idea encantadora —aseguró—. Reservaré mesa.

Ya había empezado a elaborar el plan de defensa. De ninguna de las maneras se sometería a terapia de pareja.

No estaba dispuesta a hacerlo.

Por pura casualidad, Lucy pilló a Phil follando con Suki, su asistente, la misma que, según había jurado y perjurado, su marido había despedido hacía varias semanas.

Lucy nunca iba a la casa del árbol en la que a Phil le gustaba encerrarse cuando preparaba un guión. Como era sábado, Lucy llegó a la conclusión de que su marido no estaría.

Había reflexionado y pensado que probablemente la casa del árbol sería el lugar ideal donde meter a los animales durante la cena que estaba organizando. Al menos trasladaría allí al loro y a los perros. No lo tenía tan claro con el cerdo vietnamita. Además, quería ver con sus propios ojos si la casa del árbol estaba muy desordenada, ya que Phil se negaba a permitir la entrada del personal de limpieza. Ese era el territorio de su esposo; lo había diseñado, construido y convertido en su refugio personal. Además, Phil sostenía que era el único sitio donde su manantial creativo discurría libremente.

¡Vaya si discurrió aquel sábado! ¡Su manantial discurrió libremente por el pecho de Suki cuando Phil se balanceó, jadeó, la sacó y se corrió sobre las tetas inexistentes de la asistente!



Lucy se detuvo en el umbral, permaneció inmóvil como una estatua y se sintió demasiado indignada como para moverse. Claro que sabía que su marido le ponía los cuernos... ¿acaso había alguien que no conociera a Phil Standard y sus andanzas sexuales? Lo que Lucy jamás imaginó es que lo pillaría haciéndolo con otra en su casa.

—¡Cabrón putaño e infiel! —chilló la actriz retirada.

Hasta entonces nunca había empleado la expresión «cabrón putaño», salvo en una de sus películas. Consideró que era la más adecuada para la ocasión.

El culo peludo de un sorprendido Phil se elevó en el aire cuando se apartó de la señorita Suki. El guionista lanzó un rugido de desaprobación.

—¿Qué mierda haces aquí? —preguntó a su esposa—. Como sabes, no estás autorizada a entrar en la casa del árbol, nadie puede entrar.

—¡Que te follen, lo mismo que a la yegua que acabas de montar! —espetó Lucy y repitió la frase de otra de sus películas... aunque, pensándolo bien, probablemente correspondía a un western clásico de Clint Eastwood.

Lucy se preguntó cómo se atrevía su marido a imaginar que podía enfadarse con ella. Era la psicología inversa y la forma de comportarse de Phil.

Suki se sentó en el sofá y el semen de Phil se deslizó por su torso. Lucy se percató de que, pese a no tener tetas, la ayudante poseía unos pezones oscuros, grandes y muy poco atractivos.

—Por si a mi marido se le olvidó decírtelo, estás despedida —comunicó Lucy con el tono más gélido que fue capaz de poner.

Pronunciadas esas palabras, la actriz retirada se dio la vuelta y enfiló hacia su coche, el nuevo Mercedes que Phil le había regalado la semana anterior.

Se marchó sin que nadie pudiese impedirselo. Lo cierto es que nadie lo intentó.

Lucy se quedó a solas con su cabreo, algo que en ese momento le sentó de maravilla.



ANYA

Tras convivir unos meses con Seth y asegurarle constantemente que era el hombre más maravilloso del mundo, Anya lo convenció de que se divorciase. Varias semanas después Seth la llevó a las cataratas del Niágara, donde contrajeron matrimonio.

Todo cambió en cuanto Anya tuvo la alianza en el dedo. No se preocupó de Seth, ya que nunca le había importado. Al fin y al cabo, no era más que un hombre y todos los hombres representaban el enemigo. Querían sexo día y noche. Se dejaban controlar por el pene y eran violentos y desagradables, como los soldados que la habían violado, como Boris e Ígor, como todos los hombres a los que se había visto obligada a satisfacer desde que tenía catorce años.

El peor de todos era Joe, el chulo de Ámsterdam que la había degradado más que nadie.

Joe era el hombre de sus pesadillas y siempre aparecía con su rostro afilado, su mirada perversa y su pelo grasiento.

Las cosas que Joe le había obligado a hacer eran realmente vergonzosas: los espectáculos eróticos, las orgías, los animales, las perversiones...

Joe había estado a punto de aplastar su deseo de vivir.

Una vez más, Anya había sobrevivido gracias al desconocido que se había apiadado de ella y le había proporcionado un nuevo comienzo. Se trataba de un hombre, desde luego, de un hombre al que no conocía, motivo por el cual no le interesaba.

Seth decía que la amaba, pero Anya no le creía, ya que era imposible que la quisiese.

Lo que amaba era lo que ella le hacía sentir cuando la penetraba y movía la pelvis de una forma que hasta entonces Seth jamás había experimentado.

Amaba la manera en la que Anya se la metía en la boca y se la chupaba hasta que se corría con una intensidad que le parecía imposible.

La amaba porque Anya le permitía meter la polla dura donde quisiese al tiempo que suspiraba, susurraba su nombre y aseguraba que gozaba.

La amaba por esas razones, no había otros motivos.

En cuanto el divorcio fue definitivo, Anya se propuso distanciarlo de su esposa y de su hija. Fue bastante sencillo. Todo es posible si conoces la clave de los deseos sexuales de un hombre. Se lo había enseñado Velma, la misma Velma que la había abandonado y la había dejado en manos de Joe.

¿Velma la había abandonado realmente?



En sueños, a veces Velma se presentaba desnuda, empapada, angustiada, con el pelo largo enredado y caído sobre su rostro demudado y cubierto de barro y los dientes rotos sobresaliendo de la boca.

«¡Me ahogó! —gritaba Velma con ojos desorbitados—. ¡Joe me ahogó!» Esos sueños aterrorizaban a Anya porque eran muy reales.

Al cabo de un tiempo se le pasó por la cabeza la idea de que esos sueños tan intensos reflejaban la verdad y Joe había asesinado a Velma.

Tenía sentido porque nunca acabó de creerse que Velma la hubiese abandonado. Habían sido tan amigas y compartido tantas cosas... Además, Velma había dejado su ropa y sus pertenencias, de las que Joe no había tardado en deshacerse.

Cuanto más la adulaba Seth, mayor era el distanciamiento de Anya. Dejó de decirle que era maravilloso. Dejó de concederle favores sexuales cuando a él le apetecía. Se quedó con todo el dinero que pudo y así inició su querida colección de zapatos.

Cuanto más fría se mostraba, mayor era el deseo que Seth manifestaba por ella, lo que la llevó a comprender que, en lo que a las mujeres se refiere, a los hombres solo les interesan dos cosas: el sexo desaforado y sin límites y la caza.

Llevaban un año casados cuando Seth consiguió un ascenso en el despacho de abogados para el que trabajaba. Poco después lo invitaron a una celebración formal ofrecida por el socio principal del bufete.

Dio dinero a su esposa para que se comprase un vestido digno para la ocasión.

Anya volvió a casa con un corpiño de cuero negro y una falda extremadamente corta, que combinó con unos tacones de vértigo de Jimmy Choos.

Seth se sintió horrorizado. Con esa vestimenta, su esposa delicada y exquisita parecía una prostituta.

Intentó hacerla cambiar de parecer, pero Anya se negó.

Cuando llegaron a la reunión, todos los presentes clavaron la mirada en Anya, que parecía una jovencita disfrazada con ropa ajena. La mayoría de los hombres quedaron fascinados por su aspecto de niña fulana y las mujeres la detestaron.

Seth se sintió muy incómodo y le preguntó por qué le hacía eso.

Anya le tranquilizó y le susurró la promesa de los favores sexuales que le concedería en cuanto regresasen a casa.

Un rato después, la joven le pidió que le mostrara quién era el jefe. Seth se lo dijo y, sin dudar un instante, Anya echó a andar hacia él.

El jefe, Elliot von Morton, se sorprendió cuando Anya se acercó y se presentó diciendo que era la esposa de uno de los miembros de menor categoría del bufete. Tras la sorpresa inicial, Elliot le prestó atención y reparó en que, a pesar de la vestimenta estrambótica y del exceso de maquillaje, Anya era una verdadera belleza.



—Señora Carpenter, ¿qué puedo hacer por usted?—preguntó Elliot, un hombre alto, delgado, con los párpados caídos y bigote ralo.

Anya pasó el dedo por el suave borde de su corpiño de cuero, lo traspasó con la mirada de sus ojos intensamente azules y replicó:

—Me gustaría saber si soy yo la que puede hacer algo por usted.

Elliot miró a su alrededor para averiguar dónde estaba su esposa. La señora Von Morton charlaba animadamente con unos amigos en el otro extremo de la sala.

Elliot tuvo la certeza de que esa chica se le estaba insinuando.

¿Dónde se había metido su marido?

Seth Carpenter se acercaba a la carrera.

—Llámeme a la oficina —respondió Elliot y le entregó descaradamente la tarjeta—. Estoy seguro de que ya se me ocurrirá algo.

Mortificado y rojo como un tomate, Seth se reunió con ellos.

—Ay, disculpe, señor Von Morton —dijo torpemente—. Anya no está acostumbrada a esta clase de celebraciones. Espero que no le haya... bueno... espero que no le haya molestado.

—En absoluto —respondió Elliot y esbozó una sonrisa totalmente falsa—. Su esposa es encantadora —apostilló y recorrió con la mirada cada centímetro del escote de Anya, al tiempo que imaginaba que esa muchacha de rostro angelical permanecía de pie a su lado, con el látigo en la mano, y le molía a golpes—. Es realmente encantadora.

Un mes y medio después Anya dejó a Seth, Elliot se separó de su esposa y la joven se fue a vivir al ático del abogado en Park Avenue.

Anya empezaba a ganar terreno.



41

Cameron se sintió totalmente a sus anchas reposando en biquini en una tumbona mientras Don asaba en la barbacoa hamburguesas y panochas de maíz. Tres perros agotados permanecían tumbados en la galería y tomaban el sol sin moverse. Al cabo de una disputa de diez minutos con *Lennon* para hacerse con el control de la situación, *Butch* había reulado, encantado de no ser el jefe de la manada.

—Te diré una cosa —afirmó Cameron—. *Butch* necesita compañía. ¿Te has fijado en lo feliz que está?

—Yo soy su compañía —respondió Don con tono de broma—. Viene al estudio conmigo y en la calle se relaciona con una pareja de caniches. Cam, te aseguro que se lo pasa fantásticamente bien. Hablando de pasarlo bien, ¿sabes quién recibe hoy en mi casa?

—¿Alguien recibirá en tu casa mientras estás fuera? —preguntó la entrenadora y cogió la crema bronceadora.

—No me refiero exactamente a recibir en el sentido de dar una fiesta, sino de reunirse con una persona que no es su legítima esposa. Cameron tuvo la sensación de que le clavaban un puñal en la boca del estómago. Tenía que ser Ryan, estaba segura de que se trataba de Ryan.

—¿De quién hablas? —preguntó sin inmutarse y se puso crema bronceadora en las piernas.

—El tío del cumpleaños —respondió Don con tono triunfal—. Finalmente, ha decidido hacerse el regalo que durante años le dije que se hiciera.

Cameron permaneció unos segundos en silencio. Ryan no era así. O tal vez sí.

Se planteó hasta qué punto le conocía y tuvo que reconocer que muy poco. A pesar de todo, le pareció que se conocían desde hacía años.

—Bueno... —añadió Cameron mostrándose indiferente pese a que la curiosidad la estaba matando—. ¿Con quién ha quedado?

—No lo sé —repuso Don y dio hábilmente la vuelta a las hamburguesas—. Ryan es bastante reservado, aunque también hay que decir que el otro día lo vieron con una A/M despampanante. Tengo que reconocer que me sorprendió mucho.

—¿Qué es una A barra M?



—Una actriz/modelo. A veces hacen de acompañantes cuando necesitan dinero.

—¿Acompañante no es la forma elegante de referirse a una señorita de compañía?

—Cam, déjate de tonterías —añadió Don divertido—. Ryan jamás pagaría por hacerlo. Las mujeres se pelean con tal de acercarse a él y, por mucho que les pese, no se da por enterado... mejor dicho, hasta ahora no se ha dado por enterado.

—¿He de deducir que te alegras de que se la pegue a su esposa?

—Relájate —propuso Don y la miró con curiosidad—. Conoces a Mandy, es insoportable y le regaña constantemente. Sospecho que esto será el inicio del fin de su matrimonio. Ryan es un buen tipo y merece vivir sin tener a Mandy colgada de sus huevos.

—Tal vez —murmuró Cameron.

La entrenadora imaginó a Ryan en la casa de Don y le vio haciendo el amor con una actriz/modelo espectacular que podía o no solicitar el pago de los servicios prestados. Le desagradó mucho la idea de que Ryan fuese como el resto de los hombres. Se había hecho la ilusión de que era distinto y poseía un claro sentido moral. Se preguntó hasta qué punto se había equivocado.

—¿Quieres la hamburguesa con o sin queso? —preguntó Don por encima del hombro.

—Me da igual —contestó distraída porque había perdido el apetito y pensó que, con o sin queso, se la tragaría igual.

Lucy se saltó varios semáforos en rojo y condujo temerariamente mientras se dirigía a Venice a ver a Marlon. Todo el mundo sabía que Phil Standard se tiraba todas las faldas que podía, pero no en su casa y con una ayudante repugnante que, según le había dicho, hacía semanas que había despedido. No podía permitirlo.

Lucy Lyons era una esposa y estrella cinematográfica retirada que estaba que trinaba.

Al saltarse el cuarto semáforo, ni siquiera se inmutó cuando un coche patrulla salió de una calle secundaria y le indicó que se detuviera.

Lucy acercó el Mercedes nuevo al bordillo y frenó bruscamente.

El policía se apeó del vehículo y, sin dejar de contonearse con actitud engreída, se acercó a la ventanilla del Mercedes.

—Permiso de conducir y documentación del coche —reclamó casi sin mirarla.



Lucy lo miró de arriba abajo. El hombre tenía treinta y seis o treinta y siete años, unos cuantos kilos de más, era blanco, pasaba de todo y se limitaba a cumplir con su trabajo.

Decidió que no tardaría en cambiar la situación.

—Agente, no sabe cuánto lo siento —ronroneó como una gatita—. Acabo de pillar a mi marido con otra y, como se imaginará, estoy muy alterada. —Hizo una pausa para que el policía tuviese tiempo de asimilar esa información y se lanzó sobre él. Se quitó las gafas de sol y le dijo—: Probablemente me ha visto en *Blue Sapphire*. Casi todo el mundo ha visto la película.

El poli se cuadró en el acto. Incluyó la cabeza para mirarla, se humedeció los labios con la lengua y tragó saliva.

—Pues sí, ya lo creo que la vi —confirmó y pensó que era imposible olvidar esas tetas. Lucy Lyons estaba como un tren y todavía resultaba atractiva... aunque lo cierto es que era poco lo que veía más allá de su cara y su melena de color negro azabache. Al igual que Sharon Stone y Demi Moore, sus otras actrices preferidas, maduraba como el buen vino. El policía carraspeó y apostilló—: Se ha saltado un semáforo en rojo.

—Le repito que lo siento muchísimo —añadió Lucy, bajó la voz y adoptó un novedoso tono sexy—. Le prometo que no volverá a ocurrir.

—Está bien, en ese caso esta vez dejaré que se vaya —accedió el policía. A renglón seguido precisó severamente—. Pero que no vuelva a ocurrir.

—Por supuesto, agente —volvió a ronronear—. Muchísimas gracias.

La actriz retirada se sintió un poco más calmada y partió.

Se dijo que, al menos, no había perdido sus encantos. Lucy Lyons todavía era capaz de ejercer su magia particular y no la habían multado.

Anya no conducía. Pidió al chófer de Hamilton que la dejase en Barney's y le dio instrucciones para que la recogiese en la parte de atrás de Neiman Marcus tres horas más tarde.

En cuanto el coche se alejó, Anya caminó calle abajo hasta el hotel Beverly Wilshire, atravesó el vestíbulo, llegó a la entrada trasera, cogió un taxi y le dio al conductor las señas de la casa de Don.

Estaba nerviosa. Se dirigía a ver al hombre que sabía demasiado de su pasado. ¿Qué era lo que Anya sabía sobre él?



Desde luego, no mucho, solo la información que había obtenido a través de Hamilton y la que había extraído de la base de datos de cine en Internet, para lo cual había utilizado el ordenador de la señorita Dunn.

Tras repasar sus películas, quedó claro que Ryan rodaba cintas significativas que eran importantes. Hamilton lo había descrito como un perdedor bienintencionado y a Anya lo único que le importaba era que había sido amable con ella. Se preguntó si, puesto que ahora estaba casada con su suegro, Ryan Richards seguiría guardando su secreto.

Era imprescindible que lo averiguase.

Antes de mediodía, Ryan pasó por casa de Evie para confirmar que todo iba bien. Su madre estaba allí y le regañó por no haberle contado lo que ocurría entre Evie y el borracho de su marido.

—¿Por qué no me lo explicaste? —inquirió Noreen y le trató como si tuviera seis años.

—Mamá, lo siento, pero la verdad era que no quería que te preocupases.

Noreen meneó la cabeza y volvió a reprenderle.

Ryan se preguntó si había llegado el momento de comunicarle que pensaba pedir el divorcio a Mandy. Decidió no hacerlo pues le pareció mejor esperar.

Después de un rato y de jugar al baloncesto con sus sobrinos, Ryan se dirigió a casa de Don. El presentador estaba tan convencido de que su amigo tenía una aventura secreta que dejó champán y una lata de caviar en la nevera.

Caviar y sexo... no parecían una buena combinación. Un momento, tal vez lo eran en la glamurosa existencia de soltero de Don.

Ryan deambuló por la casa mientras esperaba a Anya. La vivienda de Don no era muy acogedora: puro cristal y cromo, muebles de cuero beis claro, piezas de arte moderno y demasiada tecnología. Todo estaba impoluto y ordenado, tal como a Don le gustaba.

Ryan recordó su época universitaria, en la que habían compartido un apartamento minúsculo. Incluso entonces Don era maniático de la pulcritud y ordenaba constantemente las cosas de los dos. ¿Quién podía imaginar que se convertiría en una estrella tan importante?

Ryan recorrió el dormitorio en busca de huellas de Cameron. ¿Había pasado la noche allí? ¿Qué era lo que realmente sentía por Don? ¿Pensaba mudarse a esa casa?

¡Por el amor de dios! ¿Por qué se torturaba?



Cameron era la actual novia de Don, así eran las cosas y más le valía aceptarlo.

—Es el día más tranquilo que he pasado en mucho tiempo —reconoció Don y se acomodó en la tumbona contigua a la de Cameron.

—Estoy de acuerdo —murmuró la entrenadora y dejó que el sol le diese de lleno en la cara.

—No hay nada como el sonido de la rompiente —acotó Don, estiró el brazo y pasó los dedos por el vientre de Cameron—. Resulta hipnótico y me sitúa en otro plano.

—Te entiendo perfectamente —reconoció Cameron y se sintió muy cómoda.

—En nuestros años universitarios, Ryan y yo solíamos ir a la playa cada fin de semana —añadió el presentador y sonrió—. Éramos dos jóvenes cachondos, sin un céntimo en el bolsillo pero llenos de grandes ideas.

—Debisteis de formar un buen dúo.

—Pues sí. Además, me prometí a mí mismo que algún día tendría una casa en la playa. Y ahora estoy aquí contigo. ¡Oye, tengo la casa en la playa y a la chica! ¿Qué te parece?

—No la tienes del todo —puntualizó Cameron fríamente.

—¿Sigues poniéndomelo difícil?

—Don, ¿no estás acostumbrado a las adversidades?

—Reconozco que no.

—Hablas mucho de Ryan —comentó Cameron cambiando de tema, pues era de lo que le interesaba hablar.

—¿Qué tiene de malo? Es mi mejor amigo y me gustaría verlo bien situado y con una mujer que se ocupe realmente de él.

—¿Mandy no se ocupa?

—¿Me tomas el pelo? —inquirió Don y bufó—. Mandy tiene sus propios planes y siempre ha sido así.

—En ese caso, ¿por qué Ryan sigue con ella?

—Porque se siente culpable. Le machaca con los abortos espontáneos y el niño que perdieron nada más nacer. Se ocupa de que, de forma irracional, Ryan se considere culpable. Te aseguro que Mandy le incita a pensar que es el único responsable. —Don se estiró y se dedicó a acariciarle el muslo—. Ya está bien de hablar de Ryan y de Mandy, ha llegado el momento de referirnos a nosotros. —El presentador subió



lentamente la mano—. ¿Es producto de mi imaginación o tenemos una conexión muy perceptible? Yo la siento. ¿Y tú?

La mujer que llegó a casa de Don Verona estaba a años luz de la prostituta adolescente, arrasada, de actitud vencida y mirada vidriosa, la misma a la que Ryan había liberado de una vida de desdichas y degradación. La joven que llegó era segura de sí misma o, como mínimo, transmitía esa impresión.

—¿De quién es esta casa? —preguntó Anya nada más entrar.

—De un amigo mío —respondió Ryan.

—Parece copiada de una revista de decoración —añadió y se acercó a las puertas de cristal para contemplar la espectacular panorámica—. Me gusta.

—Me alegro de que te guste —acotó el productor con cierto retintín irónico.

—Pues sí, es bonita —afirmó Anya lentamente—. Hamilton prefiere un estilo más tradicional.

Pero, bueno, ¿a qué se debía ese encuentro? ¿Era para hablar de la decoración hogareña?

—Anya... —dijo Ryan, que no estaba dispuesto a perder un segundo más.

—Ahora me llamo Pola —puntualizó—. Hace años que Anya dejó de existir.

—¿En serio?

—Por supuesto. Me cambié legalmente de nombre cuando contraí matrimonio con mi segundo esposo.

—¿Hamilton es tu segundo esposo?

—No, el tercero —precisó con gran pragmatismo—. Además, ahora soy ciudadana norteamericana.

—Me alegro —la felicitó el productor sin dejar de pensar.

Ryan se dijo que la muchacha había logrado muchas cosas en solo siete años, incluidos tres matrimonios y la ciudadanía, por lo que no era extraño que quisiera asegurarse de que todo iba a seguir así a pesar de lo que él sabía. Por mucho que ahora fuese la señora de Hamilton J. Heckerling, los recuerdos que Ryan tenía de ella eran muy claros: el de la chica obligada a actuar en un descarnado espectáculo erótico; el de la muchacha a la que meaban, humillaban y trataban como si fuese inhumana, y el de la misma muchacha desconsoladamente sentada en una habitación del célebre barrio rojo de Ámsterdam, desde la que se ofrecía a los transeúntes.



El productor jamás olvidaría su mirada, tan cargada de sufrimiento, pena y desvalimiento.

Ahora la mirada de Anya era distinta. Ryan la habría descrito como vigilante, hastiada, calculadora y de gran dureza.

—Me parece que comprendo a qué se debe que te pareciese importante que nos reuniéramos —afirmó Ryan—. Tienes miedo de que revele dónde te conocí, qué hacías y por qué te ayudé.

Anya le traspasó con la mirada.

—Revelar secretos es algo que está en la naturaleza humana —afirmó con tono monótono—. ¿Le has hablado a Mandy de mí? ¿Sabe algo?

—Por descontado que no —se apresuró a responder el productor—. No se lo he dicho a nadie ni tengo intención de hacerlo. Anya, te has creado una nueva vida y por ello hay que felicitarte. Me alegro de que hayas conseguido olvidar cuanto te ocurrió en el pasado y seguir adelante. De verdad que me parece encomiable. No todo el mundo podría superar lo que has sufrido.

Un atisbo de sonrisa demudó las facciones de la joven, que acortó distancias.

—Ha sido gracias a ti —apostilló y su tono se volvió tierno—. Ha llegado el momento de recompensarte.

—No hay forma de recompensarme —aseguró Ryan y automáticamente retrocedió un paso.

—Por supuesto que existe una manera de recompensarte —insistió Anya con gran firmeza.

Sin darle tiempo a detenerla, Anya se quitó el vestido y permaneció junto a él vestida únicamente con un tanga de encaje negro y altísimos tacones de aguja de Christian Louboutin.

—¡Basta, basta! —exclamó Ryan totalmente sorprendido. No se había imaginado que la muchacha tendría esa reacción—. ¡No, Anya, por favor, no! ¡Vístete ahora mismo!

—¿Por qué? —preguntó, se lamió provocativamente el dedo índice y se acarició el pezón izquierdo—. Como bien sabes, me deseas.

—No, no es así —respondió el productor y se esforzó por no mirar ese cuerpo menudo y perfecto.

Anya estaba idealmente proporcionada y sin tacones no llegaba al metro sesenta. Ryan notó cierta agitación donde no tendría que haberla sentido y volvió a pedirle que se vistiera.

Anya le miró la entrepierna y no se sorprendió al comprobar el efecto que había causado en él.



Los hombres eran endiabladamente simples. En cuanto se les ponía dura, todo lo demás perdía importancia.

—¿Te gustan mis pechos? —musitó sin dejar de acariciarse—. Son de verdad, no se parecen a los de tantas americanas que se inyectan silicona hasta parecer pavos rellenos.

Ryan se mordió el labio inferior, sintió dolor y deseó que su erección bajara.

No caería en esa trampa. De ninguna de las maneras caería en esa trampa.



42

El hombre que acechaba en la calle había visto salir dos veces a Cameron de la casa. La primera, cuando la entrenadora llevaba dos perros y un bolsón; la segunda estaba en compañía del hombre al que había abordado en plena calle, el guaperas que conducía el todoterreno negro. Ah, sí, el tío se llamaba Don Verona. Según la prensa que había leído, Don Verona era un famoso personaje televisivo.

Ya podía fiarse de Cameron, que sin pensárselo dos veces se había olvidado del marido que dejó en Hawái.

Ya podía fiarse de que la muy zorra se comportase como si no tuviera pasado.

Pues bien, vaya si tenía pasado y él estaba en Los Ángeles para demostrarlo.

Era Gregg Kingston, su marido, el mismo que había dejado tendido en el suelo de la casa de Hawái después de darle en la cabeza con una lámpara de mesa y salpicar todo de sangre; estuvo seis horas inconsciente, hasta que a las ocho de la mañana la mujer de la limpieza se topó con su cuerpo casi sin vida y pidió una ambulancia.

Había permanecido casi tres meses en coma. Todos le daban por muerto, pero un día abrió los ojos y luchó por retornar a la tierra de los vivos.

Gregg era un tipo fuerte y un superviviente, un superviviente endiabladamente enfadado. Deseaba que su jodida esposa se enterase de que, por mucho que lo intentase, jamás podría librarse de él.

¡La muy cabrona lo había intentado por todos los medios! Había dejado Hawái y desaparecido. Se esfumó como una bocanada de humo y nadie le ayudó a averiguar dónde estaba. Se llevó la libreta de direcciones y contactos, por lo que Gregg no dispuso de datos. Cameron podía estar en cualquier parte: en Estados Unidos, en Australia o en Tailandia. Al fin y al cabo, lo que más le gustaba era viajar.

A Gregg no le quedó más remedio que esperar con la esperanza de que un día Cameron hiciese acto de presencia. No le quedaba otra opción porque, conociéndola como la conocía, sabía que a la larga querría divorciarse y la única forma de conseguirlo sería volver a Hawái y plantárselo.

A no ser que Cameron estuviera convencida de que lo había matado.

¡Joder...! ¿Era eso lo que creía? ¿Se imaginaba que, debido a que él le había dado cuatro empujones, podría escapar después de haberle dejado medio muerto?



Ni por todo el oro del mundo, era imposible. Gregg decidió que la buscaría, la encontraría y la castigaría aunque fuese lo último que hiciera en su vida.

Cierto día, por pura casualidad, se enteró del sitio exacto en el que Cameron estaba.

El destino es algo extraño y maravilloso. Tras una temporada forzosa de baja, había vuelto a trabajar en el hotel de lujo de Hawái, hotel ocupado por familias, parejas y mujeres de vacaciones.

¡Ah... vaya con las mujeres! Estaban solas, calientes y buscaban una aventura durante las vacaciones. ¿Quién mejor que el rey de la playa, el surfista profesional y profesor Gregg Kingston, para proporcionarles lo que querían?

Se tiraba una media de tres o cuatro tías por mes. Las mujeres llegaban a la isla con grandes expectativas y Gregg no les fallaba.

Tenía la sensación de que, desde que había salido del hospital, su apetito sexual se había acrecentado y estaba empeñado en disfrutar de la vida.

El problema consistió en que ninguna de esas mujeres era Cameron... ninguna era tan hermosa, tan sexy o tan lista como la esposa que había intentado cargárselo.

La echaba de menos.

La detestaba con toda su alma.

Estaba obstinado en castigarla.

Una tarde en la que disfrutaba del sexo oral que le prodigaba una maestra con el deseo insaciable de chupársela tres veces al día, en la mesilla de noche Gregg vio una revista, en cuya portada aparecía la foto de una mujer que era idéntica a Cameron. En realidad, se trataba de Cameron.

Gregg apartó a la mujer y cogió la revista.

—¿Qué te pasa? —protestó la maestra—. ¿He hecho algo mal?

El surfista no le hizo caso, leyó la revista y devoró hasta el último comentario sobre su esposa, que ahora se llamaba Cameron Paradise, estaba liada con el famoso presentador de un programa estadounidense de entrevistas y había inaugurado su propio gimnasio, también llamado Paradise.

Le costó creer lo que estaba viendo. Cameron se comportaba como si no tuviese una sola preocupación. Le había dejado dándolo por muerto y se había inventado una nueva vida como si él jamás hubiese existido.

La furia se apoderó de Gregg, una furia rabiosa que desató sus ansias de encontrarla, hacerla regresar y obligarla a pagar la forma en la que le había tratado.

Dos días después había pedido permiso en el trabajo, ahora estaba en Hollywood y le habían bastado unas pocas averiguaciones para encontrarla.



En cuanto la tuvo bajo su radio de acción, Gregg llegó a la conclusión de que no tenía prisa. Ante todo debía enterarse exactamente de lo que tramaba Cameron, motivo por el cual se apostó en la calle para estudiar sus movimientos. La entrenadora tenía dos perros y un amigo rico, famoso y ligón. Al parecer, ambos habían hecho una escapada de fin de semana.

¿Sabía el señor Polla Famosa que Cameron era suya? Se trataba de la señora de Gregg Kingston, esa era Cameron. Si no lo sabía, el personaje no tardaría en enterarse.

Gregg se puso en movimiento en cuanto el todoterreno negro arrancó. Se acercó a la casa de Cameron, se deslizó hasta la parte trasera, sin dificultades introdujo una tarjeta de crédito en la puerta lateral que conducía a lo que evidentemente era el dormitorio e hizo saltar la cerradura. Cameron nunca se había preocupado demasiado por las medidas de seguridad y Gregg se sorprendió de que la puerta tuviese echado el cerrojo, aunque no había alarma.

La casa estaba limpia y ordenada y era bastante pequeña: un dormitorio, un cuarto de baño y la sala conectada con la cocina que daba a la calle.

Gregg dedujo que no se trataba de una vivienda en la que al señor Polla Famosa le gustaría estar.

Se tomó el tiempo que necesitaba para estudiarlo todo; revisó el armario, leyó la correspondencia y abrió todos los cajones. Al registrar el de la lencería, se guardó un par de tangas en el bolsillo del tejano. Era posible que más adelante le resultaran útiles.

Concluyó la inspección, salió por donde había entrado y se dirigió al coche de alquiler, que había aparcado una calle más abajo. Puso rumbo a las colinas que se extendían sobre Sunset, ya que sabía que el señor Polla Famosa vivía allí. En nuestros días es muy fácil averiguar dónde vive una persona. Si no encuentras esos datos en Internet, basta con comprar en cualquier quiosco el mapa que te indica dónde viven las estrellas. Gregg había hecho ambas cosas, por lo que sabía el emplazamiento exacto.

Experimentó una profunda satisfacción porque estaba en Los Ángeles, cerca de Cameron.

Sabía exactamente dónde estaba su esposa y qué hacía.

Lo más emocionante consistía en que ella no sabía de la misa la mitad.

«Mala suerte, zorra, he venido a buscarte.»



43

Ryan nunca se había sentido tan acorralado. Jamás había imaginado que Anya se desnudaría e intentaría seducirlo. De haber querido tener relaciones con ella lo habría hecho en Ámsterdam, donde la joven se ofrecía. Pero no, no es lo que había hecho, la había salvado, ¿no? ¿Anya estaba realmente convencida de que esa era la mejor manera de retribuírselo?

Estaba equivocada, muy equivocada.

Tras comprender que con él no iría a ninguna parte, Anya se vistió a regañadientes y le preguntó si era gay.

—Te estás quedando conmigo, ¿no? —preguntó el productor y meneó la cabeza, sorprendido de que a la muchacha se le hubiese ocurrido semejante idea.

—Todos los hombres quieren sexo —afirmó Anya rotundamente.

—Tal vez con la mujer adecuada —replicó Ryan.

—¿Y yo no soy la mujer adecuada? —inquirió y puso mala cara.

—Anya, estoy casado, lo mismo que tú. Además, no me debes nada.—Eres un hombre poco corriente.

—Y tú una mujer casada que debería respetarse más a sí misma —puntualizó Ryan e hizo el enésimo intento de hacerle comprender la situación—. No es necesario que hagas esto. Ahora eres libre.

La joven se encogió de hombros como si esas palabras no tuviesen la menor importancia.

—¿Es respeto lo que Hamilton manifiesta por mí cuando trae a otras mujeres para que me hagan el amor mientras nos mira y se da placer a sí mismo? ¿Eso es respeto?

Ryan levantó la mano y replicó con firmeza:

—No quiero conocer los detalles de tu vida conyugal. No me interesan. Esto es Estados Unidos. Si no quieres hacer algo... niégate. No estás al otro lado del escaparate ni un chulo controla tus movimientos.

Anya le contempló largamente y se mostró pensativa.

—Ryan Richards, eres un hombre decente —concluyó.



Para gran alivio del productor, la joven le pidió que llamase a un taxi y, en cuanto llegó, abandonó la casa.

Anya, Pola. Era una mujer compleja. Tan joven y tan herida; lo más penoso consistía en que, como todos los que le habían precedido, Hamilton también la usaba de mala manera.

—Te lo explicaré —dijo Don y no tuvo dificultades en hablar con Cameron de su carrera mientras caminaban por la orilla del océano—. Mi aspecto me permitió entrar en la televisión local. Al principio no estuve en plantilla, sino como reportero libre de un programa de noticias. Una noche el presentador enfermó y, como no encontraron a nadie más, me pidieron que lo sustituyese. Así fueron, más o menos, mis inicios. Gracias a mi personalidad agresiva conseguí mi propio programa de entrevistas y tengo que reconocer que nunca volví la vista atrás.

—¿Te habría gustado hacerlo? —inquirió la entrenadora y vio que los tres labradores retozaban en la rompiente y se lo pasaban pipa.

—¿Hacer qué?

—Volver la vista atrás.

—Ya lo creo —repuso Don y de una patada apartó un montón de algas—. Mi gran ambición consistía en convertirme en corresponsal de guerra e informar de los conflictos que se producen en los cuatro puntos cardinales.

—Eso sí que es realmente interesante.

—Reconozco que tienes razón —apostilló el presentador con cierta tristeza—. La pega radica en que, en mi caso, no se hizo realidad. En lugar de estar en el frente iraquí acabé sentado tras un escritorio y hablando de trivialidades con Charlize Theron y Jessica Alba.

—Calma, calma —pidió Cameron, sorprendida por la franqueza de Don—. Déjate de tonterías... La mayoría de los hombres matarían por hacer lo que tú haces.

—Cameron, yo no soy como la mayoría de los hombres —puntualizó el presentador con toda la seriedad del mundo.

—Es verdad, no eres como la mayoría de los hombres —opinó la entrenadora y pensó que, de no existir Ryan, Don y ella tendrían la oportunidad de estar juntos.

—Presta atención... —añadió Don, calló bruscamente y le cogió las manos—. Sé que te parecerá prematuro y probablemente dirás que no, pero ¿qué tal si te vienes a vivir conmigo?

Todo iba demasiado rápido. Don le gustaba, aunque, desde luego, no habían llegado a un punto de la corta relación en el que estuviera dispuesta a pensar en



trasladarse a su casa. Además, tenía su propia vivienda, en la que se sentía muy cómoda, y lo que parecía un negocio boyante.

—No es necesario que respondas inmediatamente, solo pretendo que lo pienses.
—El presentador hizo una pausa y esbozó una sonrisa—. Imagínate todo lo que ahorrarías de alquiler.

—¿Qué te lleva a pensar que no soy la dueña de la casa? —inquirió Cameron fríamente.

Hummm... Más le valía callar que había hecho averiguaciones.

—¿Es tuya? —preguntó Don descaradamente—. En ese caso, piensa en el pastón que ganarías si la vendieras, sobre todo porque es un buen momento para hacerlo.

—En realidad, estoy de alquiler —reconoció la entrenadora.

—Mejor todavía —insistió Don mientras *Yoko* corría hacia ellos, se sacudía y los empapaba—. Ahorrarías una fortuna al mes.

—Es posible que no quiera dejar mi casa —se defendió Cameron y se protegió los ojos del intenso sol.

—Quizá deberías pensártelo un poco más —acotó Don, se inclinó y se bajó los pantalones, que se había arremangado a la altura de los tobillos.

—Un poco de agua no te arruinará el día, ¿eh? —preguntó Cameron alegremente y satisfecha de cambiar de tema.

—No es por el agua —replicó y miró con atención a su alrededor—. Nos acercamos al territorio de Paris Hilton, lo que significa que estará plagado de *paparazzi*.

—¿Estás seguro?

—Sí, lo invaden todo y se ocultan como cucarachas. De momento no se han enterado de que tengo una casa en la playa, por lo que haremos lo que corresponde: daremos media vuelta para no tentar al destino.

—Don, ¿sabes una cosa? Esa es la razón por la que jamás podría vivir contigo.

—¿A qué te refieres? —inquirió el presentador, desconcertado por ese rechazo.

—A la atención que te prodigan, a los fotógrafos y a las fans que te rodean. Nunca me convertiré en una de esas mujeres que permanecen junto a su hombre en los estrenos cinematográficos mientras le entrevistan y se quedan a su lado con la sonrisa congelada y con pinta de no ser más que un apéndice.

—Querida, tú jamás parecerías un apéndice —aseguró galantemente el presentador—. Además detesto los estrenos cinematográficos. Solo asisto si tengo que hacer un favor a los amigos.

Pronunciadas esas palabras, Don la abrazó y la besó lentamente.



Cameron también le besó y se sintió muy libre y contenta. Ese fin de semana dedicado exclusivamente a disfrutar era justo lo que necesitaba.

—Será mejor que emprendamos la retirada —apostilló el presentador y se apartó—. Vamos, te echo una carrera hasta la casa. El primero en llegar elige qué hacemos esta noche.

—¡Trato hecho! —exclamó la entrenadora.

Don no tenía ni la más remota idea de lo veloz que era Cameron.

Marlon haraganeaba en el paseo de tablas que rodeaba su casa y limpiaba los radios de las ruedas de su bicicleta cuando apareció Lucy.

Bronceado y fornido, el universitario solo vestía pantalones cortos de talle bajo, desteñidos y rotos.

A poca distancia se encontraban dos adolescentes que llevaban escuetos biquinis. Lucy no supo si estaban con él o simplemente le rondaban con la esperanza de que la suerte las acompañase y alguna ligara.

—¡Lucy! —exclamó Marlon, realmente contento de verla—. No te esperaba. ¿Qué pasa?

«Lo que pasa es que pillé a Phil tirándose a la ayudante en casa y me encantaría retorcerle el pescuezo.»—No pasa nada —replicó y se encogió de hombros con indiferencia—. Decidí pasar y confirmar que el guión estará terminado para finales de la semana que viene.

—Lo tendremos más que listo —aseguró Marlon y el pelo largo y rubio oscuro le cayó sobre los ojos—. Te lo he prometido, ¿no? Tenemos tiempo de sobra ya que tu fiesta se celebra el sábado.

—Una semana no es demasiado tiempo —le recordó.

—Marlon, ¿te veremos más tarde? —preguntó una de las adolescentes—. Hemos quedado en Villa. No hay obligación de llevar identificación, y luego celebraremos una fiesta en casa de Kim, ya que sus padres no están. Habrá de todo. ¿Vendrás?

—Tal vez —repuso el estudiante y las despidió con un ademán.

—Espero no haber interrumpido nada —terció Lucy con la vista clavada en la bronceada tableta de chocolate del muchacho.

—Claro que no —Marlon se incorporó y se desperezó—. ¿Quieres entrar y beber un refresco?

—Me encantaría.



A Lucy le resultó imposible dejar de estudiar el cuerpo del aspirante a guionista. Era una verdadera obra de arte: músculos jóvenes y ondeantes y ni un gramo de grasa. Las diferencias con Phil, que hacía años que no se cuidaba, eran abismales.

Recordó el trasero grande y peludo de Phil cuando se apartó de Suki y la imagen dio rienda suelta a su cólera.

«¡Cabrón hijo de puta!» Necesitaba hacer algo para desquitarse y necesitaba hacerlo enseguida.

—¿Lucy está con Mandy? —preguntó Phil muy agitado.

Ryan salió de la casa de Don con el móvil pegado a la oreja.

—No tengo ni idea —reconoció Ryan—. ¿Tendrían que estar juntas?

—Es imposible saberlo —masculló Phil—. Tuvimos... tuvimos... bueno, tuvimos un altercado y se largó de casa.

—Os habéis peleado, se ha montado una buena y tu mujer volverá.

—Dame el número del móvil de Mandy.

—¿Es tan importante que hables con ella?

—Ya lo creo.

—¿Por qué os peleasteis?

—Me pilló con los pantalones bajados.

—¿Y?

—Y dio la casualidad de que en ese momento tenía la polla dentro de Suki.

—Phil, ya está bien, creí que la habías despedido.

—La despedí, te aseguro que la despedí —afirmó Phil—. Pero tenía que pagarle lo que le debía, así que vino a buscar el talón y así fue como, de alguna manera, le metí la polla...

—Está bien, está bien —le interrumpió Ryan, que no estaba interesado en conocer los detalles porque ya tenía suficientes problemas propios—. Te comprendo.

—No, no me comprendes —puntualizó un apenado Phil—. Lucy nunca me había pillado in fraganti. Esta situación no me gusta nada. Es una mujer de gran temperamento y capaz de hacer cualquier cosa.

—Verás, no se suicidará, de eso podemos estar seguros —precisó Ryan con ironía—. Tal vez ha ido a comprar un arma para disparar contra tu trasero.



—Ryan, lo que dices no tiene ninguna gracia —se lamentó Phil—. ¿Dónde se ha metido Don que no coge el teléfono?

—Vaya, veo que mis consejos no son lo bastante buenos y que necesitas a Don.

—No te ofendas, pero tú también estás casado. Don trata constantemente con mujeres desquiciadas.

—Sí, claro —añadió Ryan y rió con pesadumbre—. Como si Mandy no estuviera trastornada —Phil dejó escapar una especie de gruñido—. Apunta el número de Mandy, que tengo otra llamada —concluyó el productor, le dictó el número y contestó a la otra llamada.

Era su madre, que estaba frenética y al borde de un ataque de nervios.

—Ven tan rápido como puedas —suplicó Noreen—. Ha pasado algo terrible.



ANYA

Vivir en un ático de Park Avenue con Elliot von Morton era una situación muy diferente a la convivencia con Seth en el pequeño apartamento de Lexington. Elliot tenía unos cuantos años más que Seth y gustos más refinados, aunque los hombres son hombres y Anya ya estaba habituada a satisfacerlos a todos.

A Elliot le iban los látigos, las cadenas y los castigos. Le encantaba que Anya le pusiese el collar y la correa y le paseara a gatas por el ático. Le gustaba que la joven vistiese ceñida ropa de cuero negro y tacones de quince centímetros. A veces le apetecía que Anya llevara una máscara. Apreciaba las buenas azotainas, que Anya le prodigaba encantada.

Elliot era el socio principal de un influyente despacho de abogados de Nueva York y atendía a muchos clientes importantes. Hasta cierto punto, era la persona que controlaba sus vidas, motivo por el cual no resultaba sorprendente que su modo preferido de relajarse consistiese en someterse al poder en todas sus variantes.

Anya era bastante más complaciente que su esposa, que se negaba a tener algo que ver con sus perversiones, lo que le obligó a frecuentar una casa de mala reputación de la calle Cuarenta y siete. Nunca se sintió cómodo al acudir a ese sitio y solía estar atento a la presencia de cámaras ocultas y de espías capaces de comunicar sus actividades a los medios de comunicación. En realidad no era un hombre famoso sino, lisa y llanamente, poderoso. Tenía enemigos que estarían encantados de hacerle morder el polvo.

Le bastó mirar a Anya aquella fatídica noche en la que se presentó en la celebración con Seth Carpenter, socio de poca monta del bufete, para tener la corazonada de que esa chica sería capaz de satisfacer todas sus necesidades.

No se había equivocado. Anya resultó una diablesa que, con el látigo, no mostró la menor piedad.

Después de la tercera cita, Elliot le dijo a su esposa que quería la separación inmediata. La mujer no se sorprendió, ya que estaba al tanto de las necesidades sexuales de su marido y no tenía la menor intención de satisfacerlas.

Afortunadamente no tenían hijos, sino el ático neoyorquino, una casa magnífica en los Hamptons y varios coches caros.

Elliot se quedó con el ático y su esposa con la casa en los Hamptons.



La separación de Seth no fue tan civilizada. Cuando Anya le comunicó que le dejaba, el hombre se derrumbó y se puso a llorar como un tonto desconsolado. No le explicó que se iba a vivir con su jefe, simplemente le dijo que había llegado la hora de irse.

Cuando se enteró de lo que había entre Anya y Elliot, Seth entró furioso en el despacho de su jefe y acabaron por despedirle. Esa misma noche fue a un bar, se puso como una cuba y se lió con una mujer que se lo llevó a un callejón... en el que su chulo le asaltó y le mató a cuchilladas cuando intentó defenderse.

Anya no derramó una sola lagrима cuando la policía le comunicó la muerte prematura de su esposo. Había sido testigo de demasiadas muertes como para que una más le afectase.

Si bien estaba de acuerdo en que llevase vestimenta llamativa en la intimidad del hogar, Elliot no quería que en público la vieran ataviada como un putón verbenero. Anya era muy bella, pero no sabía sacarse el máximo partido. Elliot no tardó en contratar a una estilista para que le enseñara a vestirse, maquillarse y peinarse.

El abogado quería sentirse orgulloso de ella cuando acudieran a grandes eventos sociales. No le gustaba la idea de que le convirtiesen en objeto de burla. Su mayor deseo consistía en que todos sus iguales, que seguían con sus esposas de siempre, le envidiasen.

En cuanto se sometió al cambio de imagen, que incluyó el cambio del nombre Anya por el de Pola, idea de la propia joven, los demás mortales envidiaron a Elliot porque Anya/Pola era una preciosidad delicada y refinada con sus trajes de Chanel y Valentino, sus exquisitos vestidos de noche y sus magníficas joyas.

Elliot se excitaba malcriándola y, a cambio, la joven le pegaba con regularidad e íntimamente disfrutaba con su dolor.

Anya no le amaba; mejor dicho, no sabía qué era el amor.



44

Marlon era cuanto Lucy esperaba, pero no era Phil. Era joven, fuerte, de cuerpo macizo y ardiente, pero seguía sin ser Phil. Sus besos resultaron chapuceros y los tirones para quitarle la ropa le parecieron de adolescente. ¿Y el juego previo? Por lo visto, Marlon jamás había oído hablar de ese tema.

Estaban a punto de hacerlo cuando Lucy se frenó porque se dio cuenta de que no podía seguir adelante. Por muy malo que Phil fuese, lo cierto es que le quería y era incapaz de ponerle los cuernos. Además, echaba de menos el roce de su vientre velludo y sus michelines. Añoraba su aliento a cigarro y su forma de besarla. Extrañaba la forma especial en que la acariciaba, le comía el coño y la hacía correrse de cien maneras distintas. Echaba en falta su amor que todo lo abarcaba, su calidez y su risa ronca y atronadora.

¡Condenado Phil Standard! Era un maldito cabrón infiel, pero se trataba de su maldito cabrón infiel.

—No puedo hacerlo —le dijo a Marlon y apartó ese cuerpo joven y musculoso.

Marlon se quedó de piedra.

—¿Qué? —musitó y la sorpresa le dejó con la boca abierta.

—Lo siento mucho, pero no está bien —acotó Lucy, se incorporó rápidamente y comenzó a vestirse.

El universitario había clavado la mirada en sus pechos, los mismos con los que había fantaseado después de ver diez veces *Blue Sapphire*. Eran las mejores tetas que había contemplado en mucho tiempo y aún estaban firmes, voluptuosas, grandes y redondas. ¡Tío, le habría encantado hundir la cabeza entre ellas y no salir jamás!

Lucy le decía que no después de ponerle a mil. Supuso que se quedaría con las ganas y pensó que la situación se había convertido en un verdadero coñazo.

—Yo... yo... yo te quiero —declaró el estudiante y pronunció una frase que daba resultado, sobre todo con las surfistas jóvenes que habitualmente pasaban por allí.

—Déjate de chorradas —lo cortó Lucy directamente, se abrochó el sujetador y Marlon ya no pudo contemplar esas tetas fantásticas.

—Te aseguro que te quiero —insistió y todavía la tenía dura como una roca.



—Pues sacúdetela y supéralo de una vez —concluyó Lucy con gran pragmatismo—. Tenemos que pulir el guión.

Derrotado, Marlon se dirigió al cuarto de baño arrastrando los pies.

Ciertamente las mujeres mayores no eran tan fáciles como las tías jóvenes.

—Me cuesta creer que me hayas gafado —dijo Don, subió a la galería que rodeaba la casa y se situó detrás de Cameron.

—Me sorprende que creyeras realmente que perdería —bromeó Cameron y se dejó caer sobre una tumbona—. Por si lo has olvidado, soy entrenadora personal y, además, más joven que tú.

—Vaya, vaya, ahora se mete con mi edad —ironizó el presentador y se tumbó sobre ella.

—Estoy cubierta de arena y de sudor —se quejó la entrenadora e intentó apartarle—. Necesito entrar y darme una ducha.

—No —dijo Don con firmeza—. Lo único que necesitas es a mí y ahora, ahora mismo.

—¿Aquí fuera? ¿Y los *paparazzi*?

—¡Que les den!

En la carrera en taxi hasta el hotel Beverly Wilshire Anya reflexionó sobre el comportamiento de Ryan. ¿Qué clase de hombre era? Se había negado a tener relaciones sexuales con ella, lo que en modo alguno era normal.

El paso del tiempo le había enseñado que, a cambio de sexo, lograba que los hombres hiciesen lo que ella quería e incluso le proponían matrimonio. Hasta había conseguido que Hamilton J. Heckerling se casara con ella, lo que no había sido nada fácil.

Claro que Hamilton no tenía ni la más remota idea de que Anya era mercancía deteriorada, de que desde la más temprana adolescencia los hombres se habían servido y abusado de ella. De haber sabido cuántos hombres habían dispuesto de su cuerpo, a Hamilton ni se le habría ocurrido casarse con ella y habría echado a correr como alma que lleva el diablo.

¿Por qué a Ryan no le había interesado acostarse con ella? ¿Tal vez porque ya había pasado por demasiadas manos?

Anya llegó a la conclusión de que ese era el motivo.



Si carecía de elementos para presionarle, ¿cómo conseguiría que mantuviese la boca cerrada?

Se trataba de un problema muy grave. ¿Podía confiar en él? Tal vez sí, tal vez no.

Decidió que continuaría con los intentos de seducirle. Ryan Richards no era de piedra y, tarde o temprano, lo conseguiría.

Dio instrucciones al taxista para que se detuviese en la entrada trasera del hotel, pagó la carrera, caminó hasta Neiman Marcus, entró y se dirigió a la sección zapatería.

—Dado que ganaste la carrera, te toca elegir lo que hacemos esta noche —dijo Don—. ¿Nos quedamos o salimos?

—Hummm... —musitó Cameron y rió para sus adentros porque sabía que Don prefería quedarse, lo mismo que ella, pero le apetecía divertirse un rato a su costa—. En el caso de que saliéramos, ¿adonde iríamos?

—A Nobu o a Taverna Tony's. En esta zona hay muchos sitios para elegir. —El presentador guardó silencio unos segundos—. Aunque también...

—Aunque también, ¿qué?

—Podemos pedir que nos traigan la cena, instalarnos en la galería, contemplar la puesta de sol, acostarnos temprano y... —¡Acepto!

—¿Cómo dices?

—Nos quedamos en casa.

Don sonrió de oreja a oreja.

—¡Esa es mi chica!

—Hola, Pola.

En un primer momento, Anya no respondió, ya que a veces se olvidaba de que se había cambiado el nombre.

—¡Pola! —la mano llena de anillos de Mandy la sujetó del hombro y se sobresaltó—. ¿Qué haces aquí? ¿Te dedicas a gastar el dinero de Hamilton?

—¿Cómo dices? —preguntó Anya y no hizo caso del tono de Mandy.

—Solo era una broma —respondió la hija de Hamilton y lanzó una risita totalmente falsa—. Al fin y al cabo, tienes tanto derecho como él a gastarlo. ¡Bonitos



zapatos! —precisó, se sentó junto a Anya y cogió el compañero del que la joven se había probado. Tras mirar el precio, Mandy comentó—: Hummm... ochocientos dólares. Tienes gustos caros.

Anya le arrebató el zapato sin decir esta boca es mía. Sabía que Mandy la odiaba y sintió cierta satisfacción al darse cuenta de que la detestaría incluso más si se enterase de que acababa de estar desnuda ante su marido.

Si Ryan hubiese reaccionado...

—Dime una cosa, ¿Hamilton te hizo firmar el prenupcial?

—¿Qué es el prenupcial? —inquirió Anya, pese a que sabía perfectamente de qué se trataba.

—En Estados Unidos tenemos un documento que se denomina acuerdo prenupcial. Los hombres piden a su prometida que lo firmen, de modo que cuando se produce el divorcio... ¡ay, perdona! Quise decir que, en el caso de que se produzca el divorcio... bueno, el dinero del marido está protegido.

—No he firmado nada —aseguró Anya y se regodeó al ver la expresión de cabreo y frustración de Mandy.

La verdad es que había firmado el acuerdo prenupcial, que le garantizaba medio millón de dólares por cada año que estuviese casada con Hamilton.

Estaba decidida a seguir casada con él durante mucho, muchísimo tiempo.

Medio millón de dólares anuales no era suficiente para Anya.

Sin dejar de maldecir, Ryan llegó en tiempo récord a la casa de Evie en Alpine. ¿Qué le pasaba a su madre, que le había dicho una frase terrible y cuando intentó volver a llamarla no respondió? Ya estaba bien, ¿pretendía provocarle un ataque al corazón? ¡Maldición! ¿No se daba cuenta de que tenía cuarenta años, lo que significaba que era un jodido viejo?

Estaba deprimido. Anya le había afectado con su patética insinuación. Se sentía avergonzado porque había estado a punto de caer en la trampa. Puesto que el sexo había dejado de existir entre Mandy y él, no tenía la culpa de que la visión de una mujer desnuda le pillase desprevenido.

Sin duda, Don se echaba unos polvos fantásticos con Cameron, hecho que le fastidiaba a pesar de que no tendría que ser así. Debería alegrarse de que por fin Don hubiese encontrado a una mujer que le hacía feliz.

Siempre y cuando la relación durase... algo que probablemente no ocurriría, ya que su amigo era el ejemplo más acabado de picaflor.



Los peores temores de Ryan se hicieron realidad cuando se acercó a la casa. En la calzada de acceso había una ambulancia y un par de coches policiales.

¡Dios! Evie... los críos...

Ryan se apeó del coche con el corazón en un puño y corrió hacia la entrada.



45

Gregg Kingston condujo el Chevrolet de alquiler hasta la casa de Don Verona para echarle un vistazo. Quería averiguar con quién tendría que lidiar, ya que la prensa rosa relacionaba a Cameron con el señor Polla Famosa y había visto con sus propios ojos que se iban juntos de juerga de fin de semana.

La casa de Don tenía verja, pero eso no representaba un problema.

Gregg se cercioró de que no le veían y escaló la verja sin dificultades. En la calzada de acceso había un coche aparcado, de modo que, por si en el interior de la casa se encontraba alguien, el surfista la rodeó sigilosamente, introdujo la tarjeta de crédito en otra verja lateral e hizo saltar la cerradura.

Se movió con gran lentitud porque no quería que le pillasen. Oyó el sonido del agua y, al doblar una esquina, se topó con una piscina enorme desde la que se veía todo Hollywood.

Se trataba de una vivienda lujosa, muy distinta a la sencilla y pequeña casa de Cameron en un barrio modesto. No le extrañó que la entrenadora intentase pillar a ese tío. Gregg reparó en las enormes puertas de cristal, se acercó despacio y se pegó al costado de la casa.

Fue entonces cuando en el interior de la casa vio a dos personas: un hombre y una mujer que estaban bastante juntos.

La mujer solo llevaba zapatos y el hombre estaba totalmente vestido.

Gregg respiró hondo y en ese instante sus ojos captaron el brillo de algo en los arbustos circundantes. Seguramente se trataba de un telescopio o de una cámara. Pues sí, alguien tenía una cámara y hacía fotos, bonitas fotos de la pareja que se encontraba en la sala.

Gregg se deslizó a toda velocidad, retrocedió, salió tal como había entrado y se dirigió a su coche, que había aparcado calle abajo.

Permaneció un rato sentado en el Chevrolet y escuchó por radio a Linkin Park y a Chris Brown. No sabía qué hacía allí, pero tuvo la corazonada de que tal vez vería algo que valiese la pena.

No se equivocó. Diez minutos después un taxi giró en la esquina y paró frente a la casa del señor Polla Famosa. Totalmente vestida, la mujer que había estado desnuda



salió de la casa y subió al taxi. Antes de que desapareciera, Gregg reparó en que una figura difusa le hacía fotos con su cámara.

La mujer no tenía ni idea de que la fotografiaban y Gregg no sabía qué pasaba, aunque sin duda se trataba de una situación muy interesante... sobre todo cuando un Lincoln negro se situó detrás del taxi y lo siguió.

Hacían fotos sin que se diese cuenta a la mujer desnuda en casa de Polla Famosa y luego la seguían.

Gregg se dijo que algo estaba pasando.

Al cabo de veinte minutos salió el hombre que había estado en la sala en compañía de la mujer desnuda. Subió al coche aparcado en la calzada de acceso, abrió las verjas con el mando a distancia y salió. El surfista dedujo que ahora la casa estaba vacía.

Escaló la verja y se deslizó hacia el fondo de la casa, donde había visto las puertas correderas de cristal. Tuvo suerte, ya que no tenían el cierre echado.

Entró en la vivienda, se detuvo unos segundos y aguzó el oído por si percibía movimientos.

No oyó nada de nada. Evidentemente, la casa estaba vacía.

Gregg estaba disfrutando. ¡Cuánto poder sintió por tener a su disposición la casa de otra persona y curiosear cada rincón y cada hueco sin que nadie se enterase!

El señor Polla Famosa, el nuevo amiguito de Cameron, tenía muchísima ropa. Vio hileras de trajes caros, chaquetas y camisas ordenadamente colgados en perchas iguales; las camisas estaban colocadas por colores. También había montones de zapatos, en su mayor parte brillantes y nuevos. También reparó en las numerosas corbatas de todos los tonos imaginables.

—¡Capullo! —exclamó Gregg y reprimió el deseo repentino de mearlo todo.

Registró el cuarto de baño. Vio la mierda de costumbre: unos cuantos blísteres de vitaminas y, en el botiquín del baño, frascos con vicodina y sedantes.

Gregg conocía perfectamente ambas sustancias. Cogió la mitad del contenido de ambos frascos y lo guardó en el bolsillo del tejano. Era un bonito botín. La visita había merecido la pena.

A continuación se dirigió al dormitorio. La cama era enorme y también reparó en las persianas, que no dejaban entrar ni un rayo de luz, y en el televisor que colgaba del techo mediante cadenas de cromo. Le pareció demasiado moderno. Abrió el cajón del armario contiguo a la cama y halló un tesoro, material de calidad. Contenía paquetes de condones de tamaño extragrande. ¡Claro que sí! ¿A quién pretendía engañar ese gilipollas? También había caramelos de menta extrafuerte, crema de manos, varios mandos a distancia, una cámara digital y, como si fuera la guinda del pastel, una pistola de nueve milímetros.



Gregg cogió el arma y la acarició lentamente. Siempre había sentido debilidad por las armas y esa pistola era una belleza.

Miró el cargador y vio que estaba lleno. En el fondo del cajón encontró una caja de balas. Le pareció sumamente útil.

Encajó la pistola en la cinturilla del tejabo, se guardó las balas en el bolsillo y ojeó las imágenes de la cámara digital. Vio un puñado de chicas bonitas que le resultaron ligeramente conocidas, sentadas o tumbadas con más o menos ropas en la cama del señor Polla Famosa; no había nada demasiado explícito ni imágenes de Cameron. ¡Qué lastima! Gregg estaba casi con ánimos como para cascársela.

Pensó en llevarse la cámara, pero decidió que no. La pistola era el verdadero botín. Estaba deseoso de esgrimirla en la cara de Cameron para hacerla regresar a donde tenía que estar: en Hawái y con él.

De repente sonó el timbre y se sobresaltó. Dirigió la mirada a las cámaras de seguridad y vio que al otro lado de la verja había una tía guapa, con pantalón corto rosa y top a juego. Gregg volvió a mirarla y se dio cuenta de que se trataba de la otra mujer que había visto en las fotos del señor Polla Famosa que la prensa sensacionalista había publicado. Se llamaba Mary Ellen y algo más. También la había visto en la tele, en una comedia disparatada.

¿Qué quería esa tía? Tal vez debía dejarla entrar y enseñarle lo que era pasárselo muy bien.

Nada de eso, no se había desplazado a Los Ángeles para pasarlo bien. Estaba allí para recoger a la jodida, desmandada e infiel de su esposa.

Un par de minutos después, la muchacha introdujo un sobre en el buzón, se dio la vuelta, apoyó su bonito culo en el asiento de un Mercedes descapotable blanco y se largó.

Gregg aguardó unos segundos y decidió que había llegado la hora de partir antes de que el señor Polla Famosa recibiese más visitas.

De camino al coche abrió el buzón y cogió la nota que Mary Ellen había dejado.

¿Por qué no iba a hacerlo? Al fin y al cabo, estaba en un país libre.



46

Marty estaba muerto, frío y totalmente muerto.

Ryan permaneció de pie a corta distancia de la piscina de la casa alquilada de Evie y, sumido en un azorado silencio, contempló al fotógrafo de la policía mientras realizaba su trabajo. El cadáver de Marty estaba tendido junto a la piscina; se había volado la cabeza y por todas partes había sangre y restos de carne humana.

Un detective de cara redonda se acercó a Ryan con un palillo entre los dientes y murmuró:

—Nunca entenderé por qué lo hacen delante de los niños. Me pone enfermo. Es el segundo en esta semana.

—¿El segundo? —inquirió Ryan y se le revolvió el estómago.

—Sí, el segundo cabrón que se vuela la tapa de los sesos en presencia de sus hijos.

—Mi hermana había obtenido una orden de alejamiento —musitó Ryan.

—Sí, claro —espetó el detective—. Y yo tengo una nota del Bank of América que dice que me darán un millón de pavos.

Ryan comprendió perfectamente lo que el detective le estaba diciendo. Ya le habían advertido de que las órdenes de alejamiento no servían para nada. ¿Por qué no se le había ocurrido contratar un guardia de seguridad que protegiese a Evie y a sus sobrinos?

Pese a lo espantoso de la situación, Ryan agradeció que no hubiese sido peor. Marty se había quitado la vida en lugar de llevarse por delante la de Evie o la de los niños. Aunque también pensó que los podría haber matado.

El productor entró en la casa y vio que una detective interrogaba a Evie y a su madre. Los críos estaban en casa de Inga, su hermana mayor. Se dirigió al jardín delantero, cogió el móvil y llamó a Mandy. Su esposa no contestó. Le ocurrió lo mismo con Don.

Ansiaba decírselo a Cameron, que le comprendería mejor que nadie, pero no tenía derecho a llamarla. Claro que no. Estaba con Don y disfrutaban del fin de semana compartido. No quería estropearles la fiesta.

Cuando regresó al interior de la casa, comprobó que la detective había terminado de tomar declaración a Evie.



Su hermana le vio, se puso de pie y corrió a sus brazos.

Ryan la abrazó con todas sus fuerzas y le dio ánimos:

—Llora si quieres. Vamos, suéltalo.

Entre sollozo y sollozo, Evie le explicó lo ocurrido. Le contó que los niños, que eran excelentes nadadores, estaban en la piscina mientras ella y su madre preparaban la cena y los vigilaban desde la ventana de la cocina. De repente Marty surgió de la nada, gritó a sus hijos que salieran del agua y que regresaran con él a Silverlake, pues era donde debían estar.

Desconcertados, los críos se dispusieron a salir de la piscina. Evie salió corriendo y Noreen la siguió.

Marty estaba borracho y desorientado. Por la pinta parecía que hacía una semana que no dormía.

—¡No deberías estar aquí! —gritó Evie.

—Pues te jodes —replicó—. Vendréis a casa conmigo.

—No, no irán a casa contigo —intervino Noreen y defendió valerosamente a los suyos.

En ese momento Marty sacó el arma y la agitó en el aire.

—Te permitiré elegir —dijo a Evie—. Vendréis a casa conmigo o me vuelo la cabeza. ¿Qué te parece?

—Adelante —repuso Evie, que en ningún momento imaginó que sería capaz de hacerlo.

Marty se voló la tapa de los sesos.

Cuando Evie terminó de referirle los hechos, Ryan la abrazó con más fuerza.

—Tú no tienes la culpa —aseguró el productor—. Marty estaba desequilibrado y su cabeza no funcionaba bien. No eres la causante de lo ocurrido y fue Marty quien lo hizo por su cuenta y riesgo.

—Así es, pero yo le dije que lo hiciera —murmuró entre sollozos, y las lágrimas rodaron por sus mejillas—. Lo más terrible es que los niños fueron testigos de todo.

—De todos modos lo habría hecho. No tuvo nada que ver contigo.

—No estoy segura —reconoció su hermana—. ¿Y si me hubiera quedado en Silverlake? ¿Y si no le hubiese quitado a los niños?

—Deja de replanteártelo todo. Hiciste lo correcto y no hay nada más que decir.

—Ryan, ¿estás seguro?

—Tan seguro como de cualquier otra cosa —afirmó y volvió a contener a su hermana en la seguridad de su abrazo.



Después de repasar el guión con un abatido Marlon, Lucy cogió el Mercedes y volvió a casa. Su enfado por la indiscreción de Phil había mermado. Se había desquitado... bueno, a su manera. Había estado medio desnuda en presencia de otro hombre, motivo suficiente para acrecentar la confianza en sí misma y enfurecer a Phil en el caso de que se enterase.

Estaba claro que jamás le contaría a su marido que el otro era Marlon, pues echaría a perder toda relación futura que ambos pudieran mantener en lo que se relacionase con su guión. De hecho, la emocionaba la posibilidad de que algún día llegaran a conocerse. Con frecuencia Phil apoyaba a los jóvenes talentos y era imposible saber qué sucedería cuando conociese el trabajo de Marlon.

Lucy tarareó suavemente para sus adentros, aparcó el Mercedes en la calzada de acceso y entró en su casa.

—¡Mamá, mamá! —gritaron sus hijos a la vez cuando salieron a recibirla—. ¡Mira lo que te ha traído papá! ¡Mira! ¡Mira!

La actriz retirada miró porque no podía dejar de hacerlo. De una punta a la otra, el recibidor estaba ocupado por una sorprendente colección de jarrones Lalique con rosas y tulipanes de distintos colores.

—Mamá, ¿hoy es tu cumpleaños? —preguntó Abigaile, que tenía siete años y era la versión en pequeño de su progenitora.

—No, tonta, no es su cumpleaños —replicó Andrew, un niño de nueve años, fornido, con gafas como las de Harry Potter y el pelo de punta.

—Papá dice que eres especial y por eso necesitas cosas especiales. —Abigaile suspiró—. Mamá, a mí también me gustaría ser especial.

—Y lo eres, cariño —aseguró Lucy y acarició la cabeza de su hija.

—No, no es especial —se burló Andrew—. ¡Es tonta!

La niñera asomó la cabeza por la puerta y anunció:

—Niños, hay que hacer los deberes. Vamos. Deprisa, deprisa.

Lucy agradeció a todas las deidades la existencia de las niñeras, ya que sin la suya jamás podría apañarse.

Abigaile y Andrew se fueron a la carrera.

En ese momento apareció Phil, haciendo equilibrios con varios paquetes pequeños.

—Soy un idiota —reconoció con un tono realmente ensordecedor—. Soy un idiota mentecato y demasiado preocupado por el sexo.

—Tienes razón —confirmó Lucy y mantuvo las distancias mientras su marido le entregaba bolsas de Cartier, Tiffany y Prada—. ¿Qué es todo esto?



—Regalos para mi bella y sorprendente esposa, que me comprende y me perdona.

—¿Qué te lleva a pensar que te perdonaré? —inquirió Lucy y entrecerró los ojos.

—Me perdonarás porque te adoro, te venero y lo eres todo para mí —proclamó Phil a los cuatro vientos.

—En ese caso... —comenzó a decir Lucy y se percató de que era su momento.

—Te escucho —afirmó Phil sumamente preocupado—. Dime lo que quieres, bastará con que lo menciones.

—Ayúdame a reanudar mi carrera —se apresuró a contestar—. Lo tengo todo pensado.

Mandy regresó de su salida de compras y se encontró a Evie y a Noreen en el salón de su casa. Por lo que recordaba, Ryan no le había dicho que irían de visita y la verdad es que no se mostró muy entusiasmada. Dejó sobre la mesa varias bolsas de Neiman Marcus y de Saks y dirigió a Ryan una mirada inquisitiva.

—Hola a todos. ¿He olvidado que habíamos quedado?

Ryan la cogió del brazo y con tono bajo le explicó:

—Se ha producido una tragedia terrible. Marty se ha pegado un tiro.

Al principio Mandy pensó que su marido bromeaba, pero al ver las expresiones serias de los tres comprendió que decía la verdad.

A medida que Ryan le refirió la historia, Mandy se dio cuenta de que era muy irracional. Se preguntó por qué Marty se había suicidado en casa de Evie cuando podría haberlo hecho en Silverlake y ahorrado a todos un montón de problemas. Se había comportado como un cabrón egoísta hasta el último instante.

Mandy experimentó la desagradable sensación de que Evie y los niños se quedarían en su casa, ya que después de lo sucedido indudablemente no querían regresar a su vivienda de alquiler.

No supo muy bien qué decir y le pareció que «Lamento la pérdida» no era lo más oportuno.

Miró a Ryan, que servía varias copas de coñac, y acotó con poca convicción:

—Supongo que será mejor que anule la reserva en Spago.

El productor le dirigió una mirada de total seriedad.

—Sí, Mandy, supongo que sí.



Hicieron el amor al aire libre. Menos de dos horas después volvieron a enrollarse, en esta ocasión dentro de la casa.

Ambos se plantearon si el fin de semana era mejorable. En lo que a Don se refiere, la respuesta fue que no, y Cameron no tenía de qué quejarse.

—Nunca me cuentas nada de ti, de tu familia, de los novios que tuviste y de cómo te dedicaste a ser entrenadora personal. Ni siquiera sé de dónde eres —se quejó Don, estiró perezosamente la mano y le acarició los cabellos mientras estaban tumbados en su cama y el sol crepuscular se colaba a través de la claraboya.

Don empezaba a curiosear y a Cameron no le gustó.

—Nací en Chicago —respondió finalmente—. Cuando mi madre murió, me fui de casa y viajé por el mundo con una amiga y compañera de estudio.

—¿Cuántos años tenías?

—Creo que dieciocho.

—Es una decisión muy osada tratándose de alguien tan joven —opinó el presentador.

—Siempre fui muy madura y capaz de cuidar de mí misma.

Acababa de soltar una gran mentira. Si era tan capaz de cuidar de sí misma, ¿por qué había permitido que Gregg la maltratase? ¿Por qué no se había largado ante las primeras señales de violencia?

—¿Has tenido muchos novios? —insistió Don, que cada vez se mostraba más curioso—. ¿Debería estar celoso de alguno?

—¿Qué es esto, el tribunal de la inquisición? —preguntó Cameron y comenzó a ponerse nerviosa.

—No, simplemente me interesa —replicó sin dejar de acariciarle los cabellos.

—Don, eso es todo, no es interesante —apostilló la entrenadora, deseosa de que su amigo dejara de hacerle preguntas.

—¿Cómo llegaste a Los Ángeles? —inquirió Don, empeñado en seguir adelante.

Cameron llegó a la conclusión de que ya estaba bien y de que había llegado el momento de darle la vuelta al interrogatorio, por lo que se incorporó y preguntó:

—¿Y tú?

—Yo soy una rareza, un auténtico e indiscutible nativo de Los Ángeles.

—Es muy insólito, ¿no?



—Ya lo creo —repuso el presentador y pensó que la entrenadora era de una belleza natural sorprendente—. La mayoría de las personas no han nacido aquí, más bien han venido a Los Ángeles.

—¿Y tus padres? ¿Aún están vivos?

—Mi madre todavía vive.

—¿La ves a menudo?

—Solamente de vez en cuando. —Don calló unos segundos y luego reanudó el diálogo—: Vive en el valle, en una casa llena de gatos, con una amiga.

—¿Has dicho con una amiga? ¿Te refieres a una amiga que es su pareja?

—Exactamente —respondió el presentador sin darle demasiada importancia—. Mi padre nos abandonó cuando yo tenía seis años y mi madre se hartó de los hombres. Se cambió de acera varios meses después de que papá se largase.

Sin decir esta boca es mía, Cameron concluyó que el abandono de la familia por parte del padre y la conversión de su madre en lesbiana explicaban muchas cosas, entre ellas que Don Verona fuera un picaflor.

—¡Un momento! —exclamó el presentador, pues estaba desconcertado—. ¿Por qué se ha dado la vuelta la tortilla y ahora soy yo quien responde a las preguntas?

—Porque te encanta hablar de ti mismo —respondió una sonriente Cameron—. Alimenta tu amor propio.

—No, no es cierto —protestó Don.

—Sí que lo es.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo. Tengo hambre. ¿No crees que ha llegado el momento de que encarguemos la cena?

—Y así es como cambia de tema —añadió el presentador arrastrando las palabras, cogió el móvil y comprobó si tenía mensajes—. Eres muy escurridiza y nunca cuentas nada de ti misma —Don vio que tenía tres mensajes de Phil, lo que le llevó a suponer que pasaba algo—. Llamaré a Phil y pediré la cena —prometió.

Cameron se levantó de un salto y dijo:

—Creo que ha llegado el momento de darme una ducha.

—¿Cómo dices? —preguntó y le lanzó una mirada significativa—. ¿No puedes esperar dos minutos?

—Reúnete conmigo —añadió Cameron con tono más que prometedor—. Te espero con el agua fría.

—¿Cómo que fría? Querrás decir caliente.



— En tu caso, fría. Eres insaciable.

— ¿Te estás quejando? — quiso saber Don y enarcó las cejas.

— En realidad, no — replicó Cameron y se encaminó sonriente al cuarto de baño.

No había nada mejor que el buen sexo por la tarde. Cole y Dorian se sentirían orgullosos de ella.

— Voy a casa de Ryan — comunicó Phil a Lucy tras conocer la noticia del suicidio de Marty—. No es necesario que vengas.

— Tal vez debería acompañarte.

— No, no apreciabas demasiado a Marty y no es necesario que me acompañes.

— Tú tampoco le querías mucho que digamos

— Eso no viene al caso. Compadezco a Evie, que es una mujer encantadora. Iré a verla y le prestaré apoyo en nombre de los dos.

— Eres muy considerado.

— Para eso están los amigos, ¿no?

Lucy movió afirmativamente la cabeza. La lealtad a los amigos era una de las mejores cualidades de Phil.

— Estoy encantada con los regalos que me has hecho — afirmó Lucy, ya que era evidente que su marido se esforzaba por complacerla.

— No sabes cuánto me alegro — reconoció Phil y se mostró más seguro porque tenía la sensación de que Lucy ya no iba a abandonarle, idea que le había acojonado—. Querida, te aseguro que te quiero con todo mi corazón. Para mí siempre has sido y siempre serás la número uno.

Lucy le había perdonado... pero no del todo. Phil debía cumplir su promesa y darle un buen empujón al guión de su esposa para que su perdón fuese completo.

A partir de ese momento... en cuanto Lucy volviese a ser Lucy Lyons, el guionista ya no se arriesgaría a ponerle los cuernos.

Después de cinco matrimonios, Hamilton J. Heckerling conocía muy bien a las mujeres y sabía que podían ser muy tortuosas. Con el paso de los años había pillado a dos de sus esposas en plenas aventuras extramatrimoniales, a otra que sisaba dinero y lo depositaba en una cuenta de un paraíso fiscal y a otra que había mantenido a su extensa familia falsificando su firma en los cheques.



Pues sí, Hamilton sabía un par de cosas sobre las mujeres. Sabía que, si era espabilado, debía vigilarlas, sobre todo si tenía una esposa cuarenta años más joven.

Pola era muy bella y satisfacía todos sus caprichos, pero no confiaba en ella, no confiaba absolutamente para nada.

Desde que se casaron no la había dejado sola y, cuando decidió viajar por negocios a Japón sin su compañía, arregló las cosas para saber exactamente dónde estaba y qué hacía su esposa cada minuto del día.

El informe que le llegó por correo electrónico, incluidas las fotos, era lo último que esperaba.

Fue horrible, realmente horroroso.

La prueba estaba en las fotos.



ANYA

Elliot von Morton era muy consciente de que su aventura con Anya no duraría mucho. Se trataba de un influyente abogado especializado en divorcios, había visto lo peor que puede ocurrir entre hombres y mujeres y tuvo la sensatez suficiente como para comprender que no duraría.

Había algo que sí sabía a ciencia cierta: Anya se había convertido en una droga, mejor dicho, en su droga. Cuando estaba con ella perdía la razón. La muchacha era un premio que jamás imaginó que tendría, una criatura joven y bella que se hacía cargo de sus apetencias sexuales y las satisfacía como una maestra aplicada.

Anya no se negaba a ninguna práctica ni nada la escandalizaba.

Esa joven de rostro angelical también tenía pasado, un pasado oscuro en el que a Elliot no le apetecía indagar. Tenía el convencimiento de que albergaba episodios que no quería conocer. Ahora Anya era suya y eso era lo único importante.

Todo cambió el día en el que su divorcio fue definitivo. Concretamente, Anya cambió, se volvió malhumorada y menos complaciente.

Elliot no comprendió los motivos, pero Anya no tardó en explicárselos: «Quiero que te cases conmigo. Quiero convertirme en la esposa del señor Elliot von Morton».

Al principio el abogado ni siquiera se lo planteó. Tenía cincuenta y seis años y contraer matrimonio con una muchacha lo bastante joven como para ser su hija habría sido un disparate. Anya se mantuvo en sus trece y cuanto más se negó Elliot, más dejó la joven de satisfacer sus peculiares necesidades sexuales.

Von Morton no tardó en notar que Anya comenzó a coquetear con sus amigos y conocidos y le preocupó la posibilidad de que la joven le dejase para irse con alguien más importante, tal como había hecho con Seth.

¡Maldición, maldición! ¿Por qué no se casaba con ella? Había invertido bastante tiempo y dinero en Anya. Había apelado a sus influencias y preparado los papeles para que consiguiera la nacionalidad estadounidense. Le había facilitado el cambio de nombre. Había enterrado su pasado... fuera cual fuese. La verdad es que la había reinventado. Anya se había presentado como una desamparada con pinta de fulana y la había convertido en una joven elegante e impecablemente vestida.

Elliot tomó la decisión de casarse con ella. No tenía nada que perder, sino mucho que ganar.

No fue una boda por todo lo alto; en realidad resultó muy discreta. Se fueron de luna de miel a las Bahamas y al cabo de una semana regresaron a Nueva York. Elliot no quiso



quedarse más tiempo porque echaba de menos las cadenas, los látigos y las esposas; se había vuelto adicto al dolor que Anya le infligía.

Anya no sabía muy bien a qué era adicta, probablemente a los zapatos. Era lo único que le proporcionaba placer. Nada le importaba, salvo su colección de calzado. Estaba interiormente vacía y era incapaz de tener sentimientos, más allá de una fría indiferencia. Supuso que casarse con un hombre importante como Elliot llenaría ese vacío, pero no sirvió de nada.

Cierto día Elliot la llevó al estreno de una película producida por uno de sus clientes. Fue así como conoció a Hamilton J. Heckerling, que era mayor y más rico que su marido.

Anya reconoció en la mirada de Hamilton una implacabilidad semejante a la suya. Hamilton J. Heckerling era mucho más glamuroso que Elliot von Morton. Elliot trabajaba en un despacho neoyorquino, mientras que Hamilton J. Heckerling recorría el mundo y hacía películas épicas que se convertían en sonados éxitos de taquilla.

La joven pensó que tal vez ese estilo de vida era atractivo y se dedicó a seducir a Hamilton. Cuando descubrió que su fetiche consistía en ver cómo lo hacían dos mujeres, Anya supo que ese hombre sería suyo.

Solo había un problema: Elliot von Morton.

El pobre Elliot no representó un problema durante mucho tiempo. Lamentablemente falleció en medio de uno de sus juegos sexuales, pues sufrió un ataque cardiaco masivo.

Anya no le oyó pronunciar la palabra «basta», palabra que indicaba que Elliot ya había tenido bastante.

Seis meses más tarde, Hamilton anunció su compromiso en una fiesta celebrada en Nueva York.

Poco después Anya se convirtió en la señora de Hamilton J. Heckerling.



47

—¡Estamos que nos salimos! —anunció Cole—. En diez días hemos recibido casi mil quinientas solicitudes de socios. ¡Lo que ocurre es increíble!

Cameron estuvo de acuerdo. Lo que ocurría era increíble, habían tenido un éxito inimaginable. El abogado implacable de Don se había ocupado del señor Bronceado de Bote y todo se había resuelto, por lo que no había de qué preocuparse, a excepción de aguantar el ritmo.

—Tendremos que ampliar el negocio —apostilló Cole—. Chica, esto no es más que el comienzo. ¡No podemos pedir nada mejor!

Ya habían contratado dos entrenadores y un masajista y tenían tantos clientes que el espacio se les quedó pequeño.

—Hablaré con Iris —propuso Cameron—. Sé que abajo hay una planta vacía que tal vez sea perfecta.

—Me parece bien. Llámala el lunes a primera hora.

—La llamaré.

Cole lanzó a Cameron una penetrante mirada, se inclinó sobre el mostrador y preguntó:—¿Qué te pasa últimamente? Deberías dar saltos de alegría, pero te quedas callada y ensimismada. No eres la de siempre.

—Estoy cansada —reconoció la entrenadora.

—¿Tu nuevo chico te deja hecha unos zorros? —preguntó Cole y se le escapó una sonrisa cómplice.

—Don es fantástico —reconoció Cameron sin demasiado entusiasmo—. Me permite tener mi propio espacio.

—En ese caso, ¿qué te pasa?

—Nada, Cole —replicó, deseosa de que su amigo la dejara en paz—. De verdad que estoy bien.

Lo cierto es que no estaba bien, sino muy confusa. El fin de semana que había pasado con Don en la playa había sido idílico, vigorizante, divertido y con un intercambio sexual sorprendente porque tanto en la cama como en los otros lugares donde lo habían hecho Don era todo un maestro. El martes el presentador le había dicho que tenía manía a los funerales (como cualquier ser humano) y que le



resultaría imposible asistir al de Marty si no le acompañaba. Estaba obligado a ir por respeto a la hermana de su mejor amigo. ¿Y quién era su mejor amigo? Ni más ni menos que Ryan Richards.

Finalmente Cameron le acompañó, aunque a regañadientes.

Cuando entró en la iglesia, la primera persona a la que vio fue el productor. Sus miradas se encontraron y eso fue todo. Cameron sintió lo mismo que había experimentado aquella noche en la entrada de Mr. Chow. Fue un momento mágico.

Cuando más tarde acudieron a casa de los Richards, Ryan y Cameron estuvieron unos minutos a solas. La entrenadora salió al patio trasero mientras Don charlaba con alguna gente y al cabo de dos segundos Ryan apareció.

—Hola... —dijo el productor.

—Hola... —respondió Cameron. Se contemplaron en silencio y volaron chispas—. Verás, espero que Evie esté bien —añadió y tuvo la sensación de que el mundo daba vueltas.

—No me gusta nada reconocerlo, pero sé que está mejor.

—Y tú, ¿cómo estás? —quiso saber la entrenadora al notar que parecía estresado—. ¿Va todo bien?

—He tenido días mejores —repuso Ryan y reprimió el disparatado deseo de cogerla de la mano y largarse de allí—. ¿Qué tal te va?

Ambos manifestaron una amabilidad que, en el fondo, les daba lo mismo. Cameron no prestó atención a las palabras que brotaron de los labios de Ryan, pues había quedado totalmente atrapada por sus ojos más que azules, de mirada tan intensa, tan sensual, tan tentadora...

Ryan se inclinó hacia ella y musitó en su oído:

—He pensado mucho en ti.

—¿De verdad? —quiso saber Cameron y se alegró insensatamente.

—Sales con mi mejor amigo, supongo que por eso estás en mi mente —afirmó el productor y carraspeó.

—Espero que pienses bien de mí.

—Cameron, lo único que deseo es que seas feliz —declaró sinceramente—, y si Don te hace feliz...

—Me hace feliz —confirmó la entrenadora con demasiada rapidez.

—¿Estás segura?

—Sí —repuso sin la más mínima convicción.

—Lo dices como si no fuera así.



—Pues soy feliz.

—Ya sabes que Don puede resultar difícil. Tiene fama de amar a las mujeres, pero tiene la costumbre de seguir su camino cuando le viene en gana.

—¿Por qué insistes en hacerme advertencias sobre las actitudes del que consideras tu mejor amigo?

—Tal vez porque no quiero que te hiera.

—¿De verdad te preocupa?

—Sabes que sí.

—Un momento, un momento. ¿Qué pasa entre vosotros? —preguntó Don y se acercó—. ¿Pretendéis tener una aventura a mis espaldas? —el presentador sonrió pues estaba convencido de que lo que acababa de decir era imposible—. Ryan, ¿intentas robarme a mi chica?

—Ni más ni menos —contestó el productor y se obligó a sonreír—. Estábamos organizando la huida.

—No pasa nada —añadió Don sin dejar de bromear mientras rodeaba con el brazo los hombros de Cameron y la besaba en la mejilla—. Creo que tengo el dominio de la situación. ¿No es así, preciosa?

La entrenadora esbozó una débil sonrisa. Era el tipo de broma que no le gustaba.

Más tarde, mientras la llevaba de regreso a Paradise, Don había comentado:

—¿Sabes una cosa? Creo que le caes realmente bien a Ryan. Es una suerte que yo te conociera antes.

—¿Por qué lo dices? —murmuró Cameron.

—No sé... contigo se muestra distinto, como si tuviese debilidad por ti.

—Tienes una gran imaginación —había replicado la entrenadora y su corazón se había acelerado.

Desde entonces había pensado en cuál era la forma menos dolorosa de romper con Don. Esa noche asistirían a una cena en casa de Phil y Lucy Standard. Tal vez esa misma noche le diría que la relación entre ellos había acabado.

Sabía que le echaría de menos, pero estaba convencida de que no era el hombre de su vida.

Lucy correteó por la casa con el deseo de comprobar que todo estaba a punto para su importantísima cena. Phil colaboró en todo. Desde que le había pillado tirándose a la que ahora sí que era su ex ayudante, el guionista se desvivía por ella y no dejó de



colmarla de regalos. Hasta ese momento Lucy había recibido el último reloj de Cartier, una antigua pulsera de diamantes de Neil Lane, exquisitos collares de oro y diamantes de XIV Karats y el ofrecimiento de otro coche nuevo.

—Ya está bien —le había regañado Lucy—. Te has gastado una fortuna.

—Amor mío, te mereces hasta el último céntimo —había respondido Phil.

¡Y después se hablaba de la culpa...!

A Lucy no le importaban los regalos, solo estaba preocupada por el guión y por la cena que se convertiría en el trampolín para volver a lanzar su carrera en la gran pantalla.

En cuanto incluyó a su marido en el plan, Phil modificó la dinámica de la reunión.

—Será mejor no llenar la casa de gente. La asistencia de dos productores es más que suficiente. Límate a Ryan y a Hamilton.

—¿Estás seguro de que son los más adecuados?

—Estoy totalmente seguro. Nadie leerá el guión en casa. Recuerda que entre Hamilton y Ryan existe mucha competencia. Ambos se lo llevarán a casa, Ryan lo leerá y Hamilton se lo pasará a alguien de su equipo para que le eche un vistazo. Nunca se sabe, es posible que desencadenes una encarnizada batalla por los derechos.

Phil quiso leer el guión o, como mínimo, fingió que quería leerlo antes de la gran noche. Lucy no se lo permitió porque prefería sorprenderle como a todos los demás. Por añadidura, la ponía nerviosa que su marido lo leyese en esa fase, pues haría críticas y comentarios y no era el momento más adecuado de conocer su opinión profesional.

Lucy se preguntó cómo reaccionaría Phil al ver a Marlon. Hummm... un ligero desquite por lo que su marido le había hecho no estaba nada mal.

En cuanto redujeron el número de invitados, Lucy tomó la decisión de contratar únicamente a un cocinero y un ayudante, que también desempeñaría la función de barman. Descartó el ejército propuesto por Mandy y llegó a la conclusión de que tampoco necesitaban aparcacoches. La enorme calzada de acceso, bastante alejada de la calle principal, tenía cabida para docenas de vehículos.

Los niños se fueron con la niñera, casi todos los animales estaban escondidos en la casita del árbol, la mesa estaba puesta y Lucy ya no tenía nada que hacer, salvo arreglarse.

Tuvo la corazonada de que sería una velada muy especial.



—¡Me he prometido! —gritó Lynda, entró pavoneándose en Paradise más tarde de lo habitual y mostró la sortija con un pequeño diamante que lucía en el anular—. Anoche Carlos me pidió que me casase con él y le he dicho que sí, sí, sí.

Todos se congregaron a su alrededor. Dorian empezó a planificar el vestido que debería lucir y los arreglos florales del convite.

—Me alegro muchísimo por ti —la felicitó Cameron y la abrazó con todas sus fuerzas—. Hace mucho que deseas casarte.

—¡No te lo puedes ni imaginar! —exclamó Lynda—. Carlos no ha hecho más que darme largas, pero por fin anoche se decidió.

—¡Atención todos! ¡Se impone una celebración! —anunció Cole—. Esta noche en Obar, a las ocho en punto. ¿Estamos de acuerdo?

—¡Ya lo creo! —Lynda sonrió de oreja a oreja y sus ojos pardos se iluminaron—. Se lo diré a Carlos.

—Así me gusta —dijo Dorian con ironía—. Carlos irá a un bar de ambiente. ¡Me muero de ganas de verlo!

—No pondrá pegas —Lynda rió entre dientes—. Ya ha pasado bastante tiempo con vosotros. ¡Soy tan feliz...!

—Muéstrame el anillo —pidió Cameron. Llena de orgullo, Lynda estiró la mano—. Es precioso.

—Ya se lo dirás a Carlos más tarde —añadió Lynda y sonrió—. Se ha gastado un pastón.

—¡Ay, por favor! —exclamó Cameron pues súbitamente recordó la cena en casa de los Standard—. Esta noche no puedo, prometí a Don que...

—¡Cáncélalo! —le interrumpió Dorian bruscamente—. El compromiso de Lynda es más importante que lo que tienes que hacer con tu amiguito estrella de la tele.

—No puedo cancelarlo, pero intentaré ir más tarde.

—¡Vaya, vaya! —protestó Dorian—. Me temo que me caías mejor cuando no follabas.

—¡Por si no lo sabes, siempre he follado! —replicó Cameron.

—¡No me lo puedo creer! ¡Ahora entiendo por qué nunca aceptaste ninguna cita con los amigos de Carlos! —aseguró Lynda sorprendida.

—Es una mujer tan reservada... —apostilló Cole.

Si supieran lo reservada que era... De pronto se dijo que había llegado el momento de hacer algo con respecto al divorcio. Tal vez el implacable abogado de Don pudiese ayudarla. La única pega consistía en que no le había contado a Don que estaba



casada. Se dijo que no era la ocasión más adecuada porque precisamente ahora estaba pensando en cómo romper con él.

Aparte del trabajo, en su agenda figuraban dos cosas más: la primera, poner punto final a la relación con Don y la segunda, buscarse un abogado.

No tardaría en hacer ambas cosas.

—Ojalá esta noche no tuviéramos que ir —se lamentó Ryan.

—Tenemos que asistir —afirmó Mandy—. Lucy jamás me perdonaría si suspendiéramos nuestra asistencia con dos horas de antelación. Se ha tomado muchísimas molestias... hace años que no reciben en casa.

Ryan pensaba que había sido una semana muy difícil, ya que había tenido que encargarse de Evie y los niños después del inesperado suicidio de Marty. Se ocupó de todo: del funeral, de la cancelación del contrato semestral del alquiler de la casa, del testamento de Marty, en el que no legaba una mierda pinchada en un palo, y de muchas cosas más. Estaba cansado y todavía no le había planteado a Mandy el tema del divorcio. Cada vez que lo intentaba algo se lo impedía. Lo que menos le apetecía era asistir a una cena.

Su estado de ánimo no había mejorado al ver a Cameron con Don en el funeral de Marty. Simplemente le recordó lo atascado que estaba en un matrimonio sin amor y sin sexo.

Y por si eso fuera poco, Don no había hecho más que sonreír. Por fin su mejor amigo lo había conseguido todo.

¿Qué podía decir de Cameron? ¿También se sentía tan feliz? ¿Acaso Don era el hombre con el que deseaba estar?

Evidentemente, sí. Cameron mantenía una relación con Don Verona y no había nada más que decir.

—Si te mudaras a mi casa, no tendría que esquivar a los fotógrafos y tomar un camino distinto cada vez que vengo a buscarte —explicó Don cuando Cameron le abrió la puerta.

—Tienes razón, pero reconoce que te encanta darles esquinazo —contestó sonriente la entrenadora—. Es un juego en el que te apetece ganar y hasta ahora lo has hecho a la perfección. Si exceptuamos la noche de la inauguración de Paradise, siempre volamos por debajo de la detección de sus radares.

—Así es —coincidió el presentador—. La prensa del corazón sigue relacionándose con Mary Ellen. ¿Qué te parece?

—Debe de estar muy contenta.



—Pobrecilla, no sabes hasta qué punto la compadezco.

—No, no es verdad que la compadeces.

—¿Realmente crees que soy tan cruel?

—No, lo que creo es que te gusta jugar.

—A propósito, señorita Paradise, me considero en la obligación de decirle que esta noche está espectacular.

—Muchas gracias.

—No se merecen, me he limitado a mencionar la realidad —replicó Don y la acompañó a otro de sus coches—. Te presento a mi nuevo capricho, un Bugatti Veyron.

El presentador ni se molestó en añadir que se trataba del coche deportivo más veloz y más caro del momento, ya que le había costado casi un millón de pavos. Claro que el mundo del espectáculo pagaba bien.

—¡Caray! —exclamó Cameron—. Me parece maravilloso pero prefiero mi Mustang.

Don rió y le abrió la portezuela del coche.

—Eres una mujer peculiar. Nada te impresiona, ¿eh?

—Don, escúchame —pidió la entrenadora porque súbitamente se acordó de la celebración del compromiso de Lynda—.

Si la cena termina temprano, ¿podemos ir a Obar? Cole y Dorian han organizado una fiesta para Lynda porque, aunque parezca mentira, finalmente se ha prometido con Carlos.

—¿Quién es Lynda? ¿Qué es Obar?

A Cameron le molestó que el presentador no recordase a sus compañeros de trabajo, pese a que había estado en Paradise y los había conocido.

Tal vez para Don no eran lo bastante famosos.

No es verdad, Don no es así, seguramente se le había olvidado.

—Venga ya, es imposible que no te acuerdes de Lynda. Es nuestra recepcionista, una latina despampanante. Obar es un restaurante encantador de Santa Mónica.

—Dalo por hecho, pasaremos si la cena termina a tiempo... siempre y cuando te quedes esta noche en mi casa.

—Siempre intentas chantajearme.

—¿Trato hecho?

—¿Estoy obligada a decir que sí?



—Bueno, si te apetece...

Una noche más no cambiaría la situación. No habría sido lo mismo en el caso de que Ryan estuviera soltero y esperándola, pero todavía estaba casado y bien casado.

¿Qué podía hacer Cameron ante eso?

No podía hacer nada, absolutamente nada.

Anya estaba desconcertada. Hamilton llevaba veinticuatro horas en casa y de momento no la había tocado ni había llamado a una señorita de compañía a fin de verlas haciendo el amor para su propio disfrute. Era una actitud insólita porque, gracias a la viagra, Hamilton tenía un gran apetito sexual, sobre todo después de pasar casi una semana fuera de casa.

A Anya no le molestaba representar escenas con otras mujeres para placer de Hamilton. Mentalmente las convertía en Velma, la única persona por la que había sentido algo.

Se preguntó qué había hecho su marido en Japón. No le preguntó nada porque sabía que el silencio era un arma mucho más potente.

Hamilton le había comprado un ceñido vestido de raso de color rojo brillante y con marcadas aberturas laterales.

—Te lo pondrás esta noche —comunicó Hamilton.

—¿Vamos a salir? —quiso saber Anya.

—Sí. Asistiremos a una cena en casa de Phil y Lucy Standard. Los conociste en casa de Mandy.

Anya recordaba a la mujer alta, guapísima y de larga melena negra y al hombre fornido, desmañado y de barba. Ese mismo hombre se había sentado junto a Ryan en el espectáculo erótico en vivo de Ámsterdam. Recordó que se había desternillado de risa y aplaudido. Cuando se encontraron en Los Ángeles, no la reconoció. ¿Por qué iba a hacerlo? A sus ojos no era más que una fulana de usar y tirar. Entonces lo había despreciado y esa noche no había motivos para que cambiase de parecer.

Claro que ahora Hamilton la obligaba a ir a su casa, a comer su comida y a estar en presencia de su odioso rostro.

Puesto que eran amigos, ¿estarían presentes Mandy y Ryan? Seguro que sí, y lo cierto es que temía verlos.

Por la tarde fue a ver a Hamilton al estudio y comentó:

—No me siento bien. ¿Te molestaría que esta noche me quedara en casa?

La mirada de Hamilton adquirió un tono malicioso.



—Sí, Pola, me molestaría muchísimo —respondió y juntó las yemas de los dedos—. Saldremos de aquí a las siete y media. Prepárate.



48

Sin que Cameron lo supiese, Gregg visitaba su casa cuando le daba la gana. Sabía en todo momento dónde estaba su esposa. Sabía que cada día le dejaba los perros al vecino japonés. Sabía perfectamente que la mujer de la limpieza iba dos veces por semana, los martes y los viernes de nueve a una.

Cuando Cameron no estaba, Gregg utilizaba la casa como si fuese suya y, hasta cierto punto, lo era. Al fin y al cabo, estaban casados. Era su marido y hacía valer sus derechos.

Vio programas deportivos en su televisor. Bebió sus bebidas alcohólicas. Comió sus alimentos. Se la cascó en su dormitorio. En realidad, hizo todo lo que se le ocurrió. Y, sobre todo, estuvo atento a la agenda que Cameron tenía en la mesa de la cocina. Ya no hizo falta seguirla porque conocía sus movimientos; esa agenda fue de gran utilidad.

Gregg reparó en que, después de pasar el fin de semana en la playa con el señor Polla Famosa, Cameron solo le había visto dos veces. La primera le acompañó a un funeral; Gregg los siguió y le resultó muy deprimente. El jueves por la noche, Cameron y el señor Polla Famosa compartieron una cena tranquila en Il Sole, un discreto restaurante de Sunset.

Cameron estaba totalmente volcada en el trabajo. Pasaba casi todo el tiempo en Paradise y en ocasiones iba a la casa de clientes particulares.

Como sabía que estaba fuera, cierto día Gregg entró en Paradise y se presentó a la mexicana que estaba en la recepción. Le explicó que era periodista de una revista deportiva de Sidney, Australia, y que quería información sobre Paradise para escribir un artículo.

—¡Me parece fantástico! —afirmó Lynda y parpadeó con actitud provocativa—. En realidad, deberías hablar con alguno de los dueños.

—¿Quiénes son los dueños? —inquirió Gregg y la traspasó con la mirada.

—Ahí tienes a Cole, pero está ocupado con un cliente. La otra es Cameron, que en este momento no está.

—¡Qué pena! Voy con el tiempo justo y hoy mismo tendría que hablar con alguien. Dime, ¿quién es Cameron?



—Me refiero a Cameron Paradise, el centro lleva su apellido porque es la niña de sus ojos. Perdona un momento —dijo Lynda y cogió el teléfono.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber Gregg cuando la recepcionista colgó.

—Soy Lynda —replicó tímidamente y disfrutó con tantas atenciones.

Gregg fue de listo con Lynda. La invitó a comer un bocadillo, le prometió que escribiría un artículo muy favorecedor sobre Paradise y que se lo enviaría para que sorprendiese a sus jefes y se alzara con los laureles. Incluso le prometió que publicaría su foto.

Mientras comía un bocadillo de atún, Lynda habló hasta por los codos, segura de que tenía que darlo todo por el artículo que el periodista se disponía a redactar.

«Ya lo creo, seguro. Esto solo existe en tus sueños, aspirante a Salma Hayek.» ¡Qué interesante! Cameron no le había contado a nadie que estaba casada y ahora tenía una gran aventura con el señor Polla Famosa como si nada la preocupase.

Había llegado la hora de reventar su puñetera burbuja.

Había llegado la hora de recuperar a su esposa.



49

Los primeros invitados en llegar fueron Hamilton y su flamante esposa. Lucy salió personalmente a la puerta a recibirlos. Se había decantado por un vestido de Hervé Léger de color bronce y escotado; se había puesto los nuevos collares de oro y diamantes y el reloj de Cartier. Con la melena negra y la piel de porcelana formaba una figura impresionante y muy sexy.

—Me alegro muchísimo de que estés aquí —afirmó con cariño, besó a Hamilton en las mejillas e hizo un ademán a Anya/Pola—. Temí que te quedases varado en Tokio y no contar con tu presencia.

—Nunca quedo varado —puntualizó Hamilton—. Una de mis virtudes consiste en que, si tengo un compromiso, lo cumplo.

—No me cabe la menor duda —añadió Lucy con cierta coquetería—. Recuerdo que, cuando trabajamos juntos, siempre estabas muy organizado. —Transcurrieron unos segundos que la actriz retirada aprovechó para agitar las pestañas—. Fue una de las cosas que más me gustaron... tu dedicación incondicional.

Hamilton se dio cuenta enseguida de que Lucy quería algo de él. Seguramente en el transcurso de la velada se enteraría de qué se trataba.

A continuación llegaron Don y Cameron. Don, apuesto y encantador, mostró su habitual humor irónico y Cameron estaba preciosa con pantalón de seda y top suelto.

Phil se encargó de hacer de anfitrión hasta las últimas consecuencias, dijo al barman que fuese a ayudar en la cocina y se ocupó de servir personalmente las copas. Sentía curiosidad por la sorpresa que Lucy había preparado. La presentación del guión podía convertirse en un chasco, pero estaba decidido a ayudarla en todo, era lo mínimo que podía hacer por ella.

Cuando entró en compañía de su marido, lo primero que Mandy notó fue que se había arreglado demasiado, con un vestido morado y de espalda descubierta de Narciso Rodríguez y diamantes de Elsa Peretti. ¿Dónde estaban los aparcacoches? ¿Y el resto del servicio que le había dicho claramente a Lucy que contratase? ¿Qué hacía Phil detrás de la barra?

Por si con eso no bastara, ¿qué hacía Hamilton allí... y Don Verona, con esa rubia pesada que se lo había quitado a Mary Ellen?

—¿Dónde están los demás? —preguntó Mandy a Lucy en un aparte.



—Ha habido cambio de planes —respondió Lucy con toda la inocencia del mundo—. ¿No te lo dije?

—No, no me lo dijiste —replicó Mandy—. ¿Quién más vendrá?

—Nadie más. A Phil le pareció mejor que fuésemos pocos.

—Gracias por avisarme —se lamentó Mandy, incapaz de disimular su contrariedad.

—Perdona —acotó Lucy, demasiado entusiasmada por la sorpresa que estaba a punto de darles como para preocuparse por el enfado de Mandy.

—¿Puedo preguntarte qué hace Hamilton aquí? —quiso saber Mandy.

—Phil quería que viniera —respondió Lucy y escapó a la cocina.

Mandy estaba que trinaba. Esperaba un encuentro elegante con invitados interesantes e importantes, pero se había reunido con su padre y su esposa y con Don y su ligue del momento. ¿Por qué se había molestado en arreglarse e ir a la peluquería? No valía la pena.

—Vayámonos en cuanto podamos —pidió a Ryan mientras Phil les llenaba las copas. Su marido no la oyó porque estaba muy ocupado estableciendo contacto ocular con Cameron, que se encontraba en el otro extremo del salón—. Lucy tendría que haberme dicho que era una cena para pocos.

—Pensé que hablabais todos los días —comentó Ryan.

—Así es y por ese motivo no entiendo que no me lo dijese.

—Viene tu padre —apostilló Ryan—. Me voy a saludar a Don.

El productor cogió su vaso de vodka y caminó hacia el sofá.

Hamilton se lanzó sobre su hija y preguntó:

—Cielo, ¿cómo estás? Espero que todo vaya bien.

Era muy raro que Hamilton se preocupase por cómo estaba. Tal vez la edad comenzaba a ablandarlo. Con cara de pocos amigos, Anya estaba tras él y llevaba un vestido rojo, poco favorecedor y de fulana. El simple hecho de ver a la última esposa de su padre cabreó aún más a Mandy.

—Va todo bien —confirmó Mandy—. Seguramente te has enterado de que el cuñado de Ryan se voló la tapa de los sesos.

—No sabía nada —contestó Hamilton y no manifestó el más mínimo interés—. Estaba en Japón buscando exteriores para un rodaje.

—¿Estás planificando otro éxito de taquilla? —inquirió Mandy.

Para sus adentros se preguntó cuándo decidiría su padre que ya era suficiente. ¿No se había hartado de estar en el candelero? Mandy deseaba que le pasase la



compañía a Ryan y que su marido la aceptara, algo que no era previsible que ocurriese en un futuro inmediato.

—Como siempre —respondió Hamilton, le dio el vaso a Phil para que volviese a llenarlo y prosiguió la conversación con su hija—. ¿Cómo está Ryan?

Mandy pensó que, en primer lugar, su padre le preguntaba cómo estaba y a continuación quería saber cómo se encontraba Ryan. ¿Qué mosca le había picado?

—¿Por qué no se lo preguntas tú mismo? —propuso y señaló a su marido—. Allí está.

—¿Tenéis algún problema? —inquirió Hamilton y la miró larga e intensamente.

Mandy notó calor y que los colores le subían a la cara. Pues sí, a Hamilton le encantaría que Ryan y ella tuvieran dificultades.

—¿Cómo se te ocurre hacerme semejante pregunta? —inquirió, totalmente decidida a permanecer en calma.

Hamilton le dedicó una de sus molestas risillas y se volvió para charlar con Phil.

Any a miraba fijamente a la hija de su marido.

«¡Ja, ja, ja! —pensó Mandy—. Si esta tía pretende que me quede aquí y le dé charla, ya puede esperar sentada.» Mandy cogió su copa de vino y se acercó rápidamente a Ryan, a Don y a su amiguita, cuyo nombre no consiguió recordar.

Le dio igual; al fin y al cabo, estaba de parte de Mary Ellen y, por lo que conocía a Don, esa chica no era más que una sustitua pasajera.

Lucy cruzó dos palabras con el cocinero antes de correr hasta el fondo de la casa, donde había escondido a Marlon en el cuarto de la criada tras haberle metido de contrabando un rato antes.

Marlon estaba alterado y nervioso. No le gustaba el plan de Lucy de sorprender a todo el mundo con su presencia y el guión.

¿Y si al gran Phil Standard no le gustaba? ¿Y si el pian de Lucy fracasaba y no le gustaba a nadie?

—Mantén la calma y sé simpático —recomendó Lucy con la esperanza de tranquilizarle—. Aquí nadie leerá el guión, se lo llevarán a casa. Entre los dos les explicaremos la esencia del argumento y haremos que resulte tan interesante que probablemente nos harán una oferta. Al menos eso piensa Phil.

—¿Cuándo podré salir? —protestó el muchacho—. Aquí encerrado siento claustrofobia.

—Ten un poco de paciencia. Primero tenemos que cenar.



—Sí, claro, ¿y yo? —se quejó Marlon e hizo sonar los nudillos, molesto hábito que había desarrollado últimamente—. Yo también tengo hambre.

—Te traeré algo de comer —respondió Lucy y ante su atónita mirada el aspirante a guionista se convirtió en un caprichoso crío de nueve años.

La actriz se dijo que debía recordar que Marlon no reaccionaba bien cuando estaba sometido a presión.

La cena consistió en ensalada de aguacate y gambas al estilo de Nueva Orleans, seguida de redondo de ternera cortado muy fino con puré de patata y verduras variadas. La conversación abarcó todos los temas imaginables, de la política al sexo. A Phil le encantaba centrarse en el sexo, ya que siempre garantizaba una charla animada. Uno de sus juegos de mesa preferidos consistía en preguntar quién era la persona más famosa a la que te habías tirado.

Solía ganar la partida, pero esa noche no propuso que jugaran porque Hamilton y Don estaban presentes. Optó por concentrarse en la debilidad de los políticos por las prostitutas.

—Les encanta mancharse la polla. No se dan cuenta de que, si pagan, siempre acaban por pillarlos.

—Todos son pillados —terció Hamilton sabiamente—. Nadie se libra de nada. —Clavó la mirada en su yerno, que estaba sentado al otro lado de la mesa—. ¿No es así, Ryan?

—¿Por qué me lo preguntas? —inquirió irritado el productor.

—Eso digo yo, ¿por qué se lo preguntas? —intervino Mandy—. Si en este comedor hay alguien que no tiene nada que ocultar, esa persona es Ryan.

La mirada de Anya saltó de Ryan a su marido. Estaba claro que a Hamilton le pasaba algo. ¿Tenía que ver con Ryan?

No, era imposible. Creyó a Ryan cuando este le dijo que no había hablado con nadie sobre ella. Tenía la certeza de que Ryan Richards era un hombre íntegro.

Hamilton se dirigió a su esposa por primera vez en toda la velada y preguntó:

—Pola, ¿qué opinas de Ryan? ¿Crees que tiene algo que ocultar?

Anya se encogió de hombros e intentó mantener una expresión impávida, pero ligeros temblores de aprensión estremecieron su cuerpo.

—Apenas le conozco —respondió finalmente—. No soy la persona adecuada para contestar a esa pregunta.



—Hamilton, ya está bien —gritó Phil—. ¿A qué se debe tu repentino interés por el pobre Ryan? ¿Te ha hecho algo de lo que no estamos enterados?

Los ojos de Hamilton se convirtieron en hendiduras letales.

—Es posible —replicó con tono agorero—. ¿Por qué no lo juzgáis vosotros mismos? —nada más pronunciar esas palabras, se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó un sobre con fotos. Las extrajo de una en una y las repartió entre los comensales—. ¿Qué opináis? —quiso saber y adoptó una expresión severa—. ¿Tiene o no Ryan algo que ocultar?



50

El sábado por la mañana, Gregg despertó con una resaca de campeonato y una réplica de Cameron, rubia de bote, acostada a su lado. A la cruel luz del día la tía se parecía a Cameron tanto como su propia madre, una mujer que despreciaba.

Gregg despertó a la chica, le dio puerta, se sentó en la cama y se preguntó qué coño hacía. Seguía a una mujer que ya era suya, a la jodida y taimada puta que pensaba que lo había matado. Claro que sí, le había dado por muerto y había seguido alegremente su camino.

Vamos, zorra, no tan rápido. Había llegado el momento de actuar y recuperar a su esposa. La señorita Cameron Paradise creía que estaba en la cresta de la ola y le había llegado el momento de recibir la cortante sacudida de la realidad. ¿Había algo mejor que hacerlo en presencia de sus amigos y de su novio, el señor Polla Famosa? Se trataba del mismo novio que ni siquiera sabía que estaba casada.

Días antes había visto lo que Cameron apuntó en la agenda: el sábado, cena a las ocho, con Don, en casa de los Standard.

¿Se trataba de una cena por todo lo alto o de un encuentro de unos pocos? A Gregg le dio igual, ya que había decidido seguirla. Esa sería la noche en la que Cameron recibiría su justo castigo.

Pasó casi toda la tarde bebiendo con un bullanguero grupo de australianos que se congregó en un bar cercano al paseo de tablas de Venice. Se trataba de un grupo desmandado y salvaje, pero estaba convencido de que podría aguantar más que todos juntos.

Horas después se apostó en el lugar de costumbre, cerca de la casa de Cameron, y esperó que el señor Polla Famosa fuese a buscarla.

El señor Polla Famosa llegó puntualmente al volante de un coche ridículo y llamativo. Gregg pensó que era un imbécil y que Cameron no sabía elegir.

La entrenadora montó en el coche y partieron.

Gregg los siguió a cierta distancia hasta más allá de Brentwood y colinas arriba.

Fueran quienes fuesen, los Standard vivían lejos de la civilización, en un rancho enorme apartado de la carretera. La extensa propiedad estaba cercada, pero las verjas de entrada permanecían abiertas. Se trataba de ricos que habitaban en casas grandes. En Hollywood eran una plaga.



Gregg detuvo el coche cerca de la verja abierta, estiró la mano por debajo del asiento del acompañante y cogió la botella de whisky que había abierto hacía un rato. No había nada como ponerse en acción para curar la resaca.

Dio varios tragos generosos, se bajó del coche y subió a pie por la larga y serpenteante calzada de acceso. Notó que se sentía mejor. Claro que sí, estaba mejor y a punto para actuar.

La pega consistía en que no tenía un plan definido para lo que se proponía hacer, aunque, decidiera lo que decidiese, sabía con certeza que no se iría sin la zorra de su esposa.

Cameron le pertenecía y, si no podía tenerla, a la mierda con todo, no sería de nadie más.



51

Fueron diversas las reacciones a las fotos que Hamilton repartió entre los comensales de la cena de los Standard.

Mandy gritó escandalizada.

Anya se limitó a mirar casi sin comprender esas fotos que la incriminaban.

Cameron meneó la cabeza con incredulidad.

Don lanzó un silbido suave y ronco.

Phil contuvo una carcajada enloquecida.

Lucy palideció. Se suponía que el guión sorpresa era el notición de la velada, pero esas fotos lo echaron a perder.

Y Ryan... bueno, Ryan se quedó sin palabras al percatarse de que le habían tendido una trampa.

Las fotos, seis en total, eran tomas de Anya y él en casa de Don. Anya estaba desnuda con excepción del tanga negro de encaje y, por fortuna, él se encontraba totalmente vestido.

Ryan sabía perfectamente qué representaban esas fotos que planteaban una historia muy distinta al observador que no había participado de la situación.

—Dime, ¿tienes algo que ocultar? —inquirió Hamilton, que disfrutaba como un cerdo.

—¡Eres un cabrón! —espetó Mandy a su marido—. ¿Cómo te atreviste a hacernos esto a papá y a mí?

—No es lo que parece —masculló Ryan y fue incapaz de mirar a Cameron, sentada al otro lado de la mesa. Muy afectado, se preguntó qué opinión tendría de él la entrenadora.

—Tengo la clara impresión de que es exactamente lo que parece —puntualizó Hamilton con frialdad—. Parece que estás a punto de tirarte a mi esposa mientras estoy fuera de la ciudad. En el mismo instante en el que Mandy te trajo a casa comprendí que eras un cabrón perdedor y acabas de demostrarlo.



Ryan miró a Anya. Era el momento de que la joven tomase la palabra y le rescatara como él lo había hecho hacía siete años. Anya continuó imperturbable y en silencio.

—Solamente hablamos, no pasó nada más —añadió Ryan, en un intento por explicar lo ocurrido, pero comprendió que sus palabras eran poco convincentes.

—¿Hablasteis? —se mofó Hamilton—. Mi querida Pola, ¿es así? ¿Solo hablasteis? —Anya permaneció en silencio y mantuvo la vista baja—. Sin duda vosotros dos tenéis mucho de qué hablar —apostilló Hamilton y esbozó una sonrisa sarcástica—. Mi esposa y el hombre que está casado con mi hija tienen mucho de qué hablar.

Mandy sobresaltó a todos cuando se incorporó de repente y abofeteó a Ryan.

—¡Cabrón! —gritó por segunda vez—. ¿Cómo te atreves a humillarme?

Don se puso de pie y tomó la palabra con tono colérico:

—Hamilton, te diré una cosa. Te has equivocado de todas las formas al plantear este asunto esta noche. No es un problema nuestro, sino tuyo, y preferimos no entrar en detalles. Deberías ser más considerado con los sentimientos de tu hija. ¿Qué clase de padre eres?

—Soy un padre muy generoso —replicó Hamilton con tono gélido—, un padre que se preocupa por la escoria con la que su hija se relaciona.

—¡Vaya! —añadió Don con desdén—. Creo que pretendes que suponga que no es tu esposa la que aparece en las fotos con el culo al aire.

—Por favor, un poco de atención —rogó Lucy, desesperada por encarrilar la velada a pesar de que, en el fondo, ya se había dado cuenta de que era imposible. Tantas maquinaciones y planes para que ahora ocurriera eso. Maldito Hamilton, nunca le había caído bien—. ¿Por qué no nos relajamos?

—Lucy, lo siento mucho —se disculpó Don—, pero Cameron y yo nos vamos. Lo que ocurre no es asunto nuestro y no queremos vernos involucrados.

El presentador apoyó la mano en el hombro de Cameron y la entrenadora se dispuso a retirar la silla de la mesa. En esas estaba cuando desde la cocina llegó un estrépito ensordecedor.

—¡Ay, dios mío! —exclamó Lucy, que se sentía muy frustrada—. ¿Qué pasa ahora?

Phil se puso de pie, se hizo cargo de la situación y pidió:

—Por favor, no os levantéis. Enseguida vuelvo.

Mientras corría hacia la cocina pensó en la chica de las fotos, la esposa de Hamilton. En esa mujer sin ropa percibió algo evocador. Phil jamás olvidaba a una mujer desnuda y sabía que ya la había visto en pelotas. ¿Dónde? No consiguió situarla.



Abrió las puertas de batiente de la cocina y se topó cara a cara con un hombre que esgrimía una pistola.

¡Joder! Si hubiese escrito el guión de la velada, no se le habría ocurrido nada parecido. Vio al cocinero y al barman tumbados en el suelo y atados. Por si no hubiera suficientes problemas, un ladrón había entrado en su casa.

¡Mierda! ¿Dónde estaba el botón de alarma? No se acordaba.

— Buenas noches, amigo — dijo el hombre armado, un tío corpulento, de alrededor de treinta años, con la piel muy bronceada y curtida por la intemperie—. No hay por qué alarmarse, es una visita de cortesía.

¡Mierda y mierda otra vez! ¡Un ladrón australiano convencido de que podía hacerse el listo y salirse con la suya!

— Tómalo con calma — aconsejó Phil y habló con tono más bajo del habitual—. Te llevaré hasta la caja fuerte. Coge lo que quieras y vete. Nadie se interpondrá en tu camino.

— No es dinero lo que busco — precisó el ladrón y exhaló un intenso aliento a whisky en dirección a Phil—. De todos modos, unos cuantos miles de pavos no me vendrán mal.

— ¿Qué buscas? ¿Joyas? ¿Ordenadores?

— Tío, eres muy generoso, pero en realidad he venido a por mi esposa.

— ¿Tu esposa? — repitió Phil y se devanó los sesos.

El dueño de casa se preguntó si se trataba de uno de los fans desequilibrados de Lucy. Pues sí, cabía esa posibilidad. Su mujer aún recibía cartas de admiradores chalados e incluso algunas notas groseras.

— Ni más ni menos — respondió el pistolero—. Vengo a por la jodida y perversa de mi esposa.

Phil respiró hondo y se dijo que, a cada minuto que pasaba, la velada resultaba más extraña. De repente por su cabeza cruzó la idea de que tal vez lo que ocurría tenía que ver con la presentación del guión que Lucy había organizado. Sabía que su esposa era muy capaz de pergeñar unos tejemanejes delirantes, que, por otro lado, era su forma de castigarlo como se merecía por la grave indiscreción que había cometido.

El ladrón que podía o no serlo apuntó a Phil y le ordenó:

— Volvamos al comedor y reunámonos con tus amigos.

Phil parpadeó rápidamente y se tironeó de la barba.

— Por supuesto — accedió y le siguió la corriente—. Soy Phil Standard y estoy a tus órdenes.



—Nos vamos —le dijo Don a Cameron en voz baja—. No aguanto más. ¿Te importa que nos vayamos?

—Claro que no —respondió la entrenadora y reparó en que Mandy regañaba a Ryan y le pegaba cuatro gritos en la cara—. Ryan me da mucha pena.

—A mí también, pero no es el lugar ni el momento adecuados para intervenir. Es un hombre adulto y ya lo resolverá.

Cameron se preguntó qué era lo que pasaba. Ryan no era la clase de hombre capaz de liarse con la esposa de su suegro. Además, en las fotos estaba vestido de la cabeza a los pies, de modo que algo no concordaba.

—Lucy, tenemos que irnos. Espero que lo comprendas —comunicó Don a la afligida anfitriona.

A Lucy no se le ocurrió nada para convencerlos de que se quedasen en su casa.

Mientras Cameron y Don se dirigían hacia la puerta del comedor estalló una súbita conmoción. Phil recibió un violento empujón, franqueó la puerta y estuvo a punto de tirar a Cameron al suelo. Tras el dueño de casa había un hombre armado.

Cameron recuperó el equilibrio y quedó petrificada.

El hombre armado era Gregg, el marido del que creía que se había librado hacía años.



52

Marlon estaba cada vez más inquieto... y bastante empujado. Lucy le había metido en la casa a hurtadillas como si fuese un delincuente y encerrado en el diminuto cuarto de la criada, que carecía de ventanas. Si mal no recordaba, existía una ley sobre los dormitorios sin ventanas. Sí, estaba seguro de que estaban prohibidos.

Sus tratos con Lucy no habían sido precisamente lo que había imaginado que sería la redacción de un guión. No hubo reuniones formales, sino visitas ocasionales de la actriz retirada con los comentarios apuntados en el reverso de las hojas. No hubo comidas elegantes con un agente, ya que Marlon negoció personalmente el acuerdo: diez mil dólares a cambio de escribir el guión. No hubo contrato ni nada que se le pareciera.

Su padre, el abogado, se habría puesto de los nervios de haber sabido lo que había hecho. Joder, al fin y al cabo, Marlon estaba trabajando con Lucy Lyons, la de las grandes tetas. Por dios, cuántas noches solitarias se la había meneado pensando en esos melones. Por añadidura, las había visto de cerca y personalmente, lo que era muchísimo mejor que cualquier contrato de los cojones.

Un rato antes la actriz le había llevado una fuente de entremeses. ¡Como si así pudiera saciar su hambre! Marlon se zampó hasta la última miga, pero continuó famélico.

Encendió el tercer porro e intentó entretenerse pensando en su vida sexual. No estaba tan mal: tenía tres amigas a la vez, tres zorritas cachondas y de menos de diecinueve años. Precisamente en eso radicaba el problema. Eran crías en lugar de mujeres y, por lo visto, tenía debilidad por las mujeres hechas y derechas. Desde sus escauceos con Cameron Paradise anhelaba tener contacto con otra mujer como ella. No se trataba de que sostuvieran interminables charlas filosóficas ni nada por el estilo, sino de que la actividad en la cama era muy guay. Pero un día Cameron desapareció, cambió el número del móvil y nunca más se supo.

Si Lucy no se hubiera rajado, el rollo habría sido todavía más guay. Claro que sí... mucho, muchísimo más guay.

Consultó la hora y se dijo que, a cada minuto que pasaba, era más tarde.

Hummm... a cada minuto que pasaba era más tarde. Se preguntó si ese comentario tenía sentido.



¡Coño, claro que no!

Caray, ¿Lucy seguiría haciéndole esperar? Se dio cuenta de que no aguantaría mucho más. Tuviera o no lugar la presentación del guión, saldría si Lucy tardaba en sacarle de allí.



53

Gregg les puso en fila y les obligó a sentarse en el suelo, con las espaldas apoyadas en la pared del comedor. El arma que esgrimía le hizo sentirse todopoderoso, sobre todo porque de momento nadie sabía quién era y Cameron no había abierto la boca.

No había tenido intención de retener a un montón de gente, sino de irrumpir en la fiesta, humillar a Cameron y llevársela consigo al lugar donde debía estar. Claro que las circunstancias tienen la mala costumbre de ir por su cuenta, por lo que cuando el barman le pilló intentando abrir la puerta de la cocina, tuvieron un altercado, que tocó a su fin en el momento en que Gregg le dio una paliza, entró como una tromba en la cocina, redujo al cocinero y los ató.

Gregg era fuerte, tenía músculos de acero. En Hawái hacía ejercicio dos veces al día. Era mejor no meterse con Gregg Kingston.

Entonces recordó que llevaba una pistola y utilizarla le pareció una buena idea. La extrajo de la cinturilla del pantalón y de esa forma se cercioró de que todos le hacían caso, Cameron incluida. Lo pasó bomba viendo la expresión de su esposa. Al principio se mostró conmocionada, luego pasó al desconcierto y por último llegó a la resignación.

La muy puta sabía exactamente qué hacía él allí. Su amiguito no tenía ni idea. El señor Polla Famosa se llevaría una sorpresa de padre y muy señor mío. Gregg estaba deseoso de ver su expresión cuando la verdad saliera a la luz.

Cameron tomó la palabra sin darle tiempo a expresarse y Gregg se enfureció.

—Quiero pedirlos disculpas —declaró la entrenadora con tono tenso—. Este hombre es... —le costó mucho terminar la frase—, este hombre es mi marido.

Don la aferró del brazo y murmuró:

—Dime que te he oído mal. Dime que estás mintiendo.

—¿Qué? —chilló Mandy muy ofendida—. ¿Has dicho que es tu marido? ¡Ay, dios mío! ¿Se trata de un robo? ¿Lo habéis organizado entre los dos?

—Gregg, estoy segura de que no quieres hacer esto —acotó Cameron con tono bajo y sereno—. Suelta el arma, déjalos ir y tú y yo hablaremos.

—¡Y una mierda! —gritó Gregg sin dejar de esgrimir la pistola—. La muy zorra quiere hablar. ¡Es increíble! Hace tres años me dio por muerto y me dejó tirado en



Hawái. Pues sí, ya me has oído —chilló y se centró en Don—. Me dio por muerto y huyó en plena noche. —Cogió de la mesa una botella de vino tinto y bebió varios sorbos—. Así fue, estuve en coma varios meses y le importó un carajo, pensó que la había palmado.

Aterrada, Mandy gritó:

—¡Papá, haz algo!

Hamilton intentó ponerse de pie y se esforzó por controlar su expresión furiosa.

—Olvidalo, viejo —gruñó Gregg y se volvió hacia Hamilton—. No irás a ninguna parte.

Hamilton volvió a sentarse.

—¿Qué quieres? —preguntó Ryan y mantuvo la calma, pese a que la sorpresa de descubrir que el hombre de la pistola era el marido de Cameron supuso toda una revelación—. Dime qué quieres e intentaré conseguirlo.

Gregg movió los ojos inyectados en sangre para mirar a Ryan e inquirió:

—¿Quién te ha nombrado rey del mambo?

—Sin duda quieres algo —insistió Ryan.

—Desde luego, a ella —repuso Gregg y señaló a Cameron con la pistola—. Quiero que la zorra infiel venga inmediatamente conmigo.

Cameron se puso de pie. No podía creerse lo que ocurría; solo sabía que debía impedir que continuase y que tenía que hacer algo.

—Está bien, está bien, voy corriendo —accedió la entrenadora.

—Ya lo creo que corriendo —se mofó Gregg—. Cada noche te has corrido con tu amiguito. ¿Sabías que mientras te corrías él se tiraba a Mary Ellen y la dejaba preñada? Mi querida esposa, ¿lo sabías? —se llevó la mano al bolsillo de la camisa y sacó la nota de Mary Ellen—. Si no me crees, lee lo que dice aquí —añadió y le lanzó el papel a Cameron.

La nota cayó al suelo y Don la recogió.

—¿Dónde está la alarma? —preguntó Phil discretamente a su esposa.

—Bajo la mesa, más o menos a la altura en la que estabas sentado —replicó Lucy.

—Intenta pulsarla.

—Lo intentaré.

Gregg se entretuvo bebiendo vino y disfrutando de la cara que Don puso mientras leía la nota de Mary Ellen.

—Ahora mismo te firmaré un cheque por cincuenta mil dólares si nos dejas ir —propuso Hamilton.



—¿Has dicho cincuenta mil? —preguntó Gregg y bizqueó al mirar al famoso productor—. ¿Es el precio que para ti tienen tus amigos?

—Un cheque de cien mil dólares.

—¿Te parezco tonto? —inquirió Gregg y su tono de voz fue en aumento—. ¿Me tomas por una tonta descerebrada?

—¿Cuánto quieres? —añadió Hamilton.

—Y encima me pregunta cuánto quiero —comentó Gregg, que se sentía a sus anchas—. ¿Cuánto quiero? Pues no lo sé... supongo que uno o dos millones.

—De acuerdo —aceptó Hamilton.

Gregg se partió de risa y volvió a beber vino de la botella.

—Los ricos imbéciles creéis que todo tiene precio, ¿no? Lo siento, pero no puedes comprar a Gregg Kingston, no, señor, nada de eso. Gregg Kingston no está en venta.

Cameron conocía demasiado bien la actitud de Gregg: estaba borracho, pendenciero, violento y fuera de control. Lo había visto así muchísimas veces, aunque nunca con un arma en la mano. Estaban viviendo una pesadilla y era imposible prever cómo reaccionaría Gregg.

—Necesito agua —intervino Lucy, se incorporó y se apoyó en la pared—. Creo que me desmayaré si no bebo un vaso de agua.

Gregg la miró por primera vez y clavó los ojos en sus pechos, realzados gracias al vestido de Hervé Léger.

—¿No eres esa estrella despampanante...? —preguntó y la repasó de la cabeza a los pies—. Creo que te vi en...

—En *Blue Sapphire* —informó Lucy, se acercó a la mesa, cogió un vaso de agua con una mano, deslizó discretamente la otra por debajo y activó la alarma.

—Sí, tienes razón —confirmó Gregg, muy contento de haberla reconocido.

Lucy dejó el vaso sobre la mesa, regresó junto a los demás y se sentó nuevamente en el suelo.

—Ya está —dijo en voz baja a su marido, que le apretó la mano.

Cameron no podía apartar la mirada de Gregg. Había mantenido su matrimonio en secreto, como si fuera algo sucio, y Gregg se había presentado y amenazado a todo el mundo. Se sintió responsable de la situación, pero no era justo. Hacía tres años que había dejado a ese hombre, el mismo que le había pegado y la había maltratado. Cuando le dejó llevaba un brazo roto, la cara a cuadros y estaba aterrorizada.



Todo había cambiado y ya no le tenía miedo. Claro que no, había madurado, descubierto nuevas fuerzas en su interior y ahora confiaba en sí misma. Si lograba convencer a Gregg de que se fuesen juntos, tal vez nadie resultaría herido.

—Gregg, vámonos —propuso con tono decidido y claro—. Deja en paz a esta gente, que no te ha hecho nada.

—Y una mierda, pequeña Cammy —replicó Gregg y se balanceó sobre los tacones de sus botas vaqueras—. Lo estoy pasando bien. Me ofrecen dinero, conozco a estrellas cinematográficas y estoy encantado. Entiendo que te hayas venido a vivir aquí, es un sitio muy cómodo y reconfortante para una chica de campo. —Giró una vez más la cabeza y miró a Don—. ¿Qué tal se comporta en la cama? Le enseñé todo lo que sabe. Cuando la conocí Cammy era virgen. No fue mala estudiante, pero tuve que enseñarle a chupar la polla. ¿Te gusta cómo lo hace?

—Cerdo cabrón... —masculló Don y se dispuso a incorporarse.

Gregg se movió deprisa, le asestó un golpe con la culata de la pistola y le hizo un corte en la mejilla, del que comenzó a manar sangre.

Mandy chilló y Ryan intentó ponerse de pie y hacer algo, pero Gregg fue más rápido. Giró el arma como un pistolero de película y disparó.

La bala golpeó la pared y rebotó por el comedor.

—Consideradlo una advertencia de que voy a por todas —anunció Gregg—. Para que os enteréis, hijoputas ricachones, el próximo tocará huesos. Acomodad vuestros jodidos culos en el suelo y no me fastidiéis más.



54

Los porros sumieron a Marlon en un sueño muy placentero. Soñaba con que estaba en un harén, rodeado de tías desnudas y curvilíneas, mientras Amy Winehouse cantaba *Rehab* y Kate Moss, ataviada con un hábito monjil de estampado de leopardo, le masajeaba los pies.

Fue un sueño delirante hasta que Kid Rock hizo acto de presencia y disparó a Kate Moss entre ceja y ceja.

Marlon se irguió y se quedó tieso como un palo. Tío, era evidente que tenía un colocón, pero habría jurado que el disparo era real.

Consultó la hora en su Swatch. Caray, eran casi las once y, como un vulgar preso, seguía encerrado en el cuarto de la criada. No era la forma en la que suponía que se desarrollaría la velada.

Se levantó y caminó de un extremo al otro del cuarto. Ya estaba bien de tonterías, llevaba tres horas entre cuatro paredes.

¿Había oído o no un disparo?

¡Vaya dislate! Lo había soñado.

Cogió el móvil y miró si tenía mensajes: tres de voz de otras tantas chicas y uno de texto de su amigo Randy, que le comunicaba que se celebraba una fiesta en la House of Blues y que estaría bien que fuese.

Dirigió la mirada hacia la pila de guiones, ordenadamente colocados en una mesa auxiliar. Se trataba de seis copias de su trabajo y estaban a punto de distribuirlos. Se suponía que esa noche pondría en práctica la profesión que realmente deseaba ejercer en lugar del camino de abogado que su padre pretendía que siguiese.

«Ha llegado el momento de poner esta historia en marcha», pensó y se negó a seguir escondido.

Abrió la puerta sin hacer ruido y recorrió el largo pasillo que conducía a la cocina.

Pues sí, en primer lugar comería algo y a continuación asomaría la cabeza por la puerta del comedor a fin de llamar la atención de Lucy.

Entró en la cocina y... ¿qué vio? ¡Mierda! ¡Joder! ¡En el suelo había un par de tíos atados como jodidos pollos!



Se dijo que había fumado demasiada marihuana y tenía alucinaciones o que la realidad le superaba.

Daba exactamente lo mismo.

Decidió investigar y averiguar qué se cocinaba.



55

Gregg no sabía qué hacer con la gente que retenía en el comedor. Había ido a buscar a Cameron. No pensaba utilizar la pistola, pero lo había hecho y ese asunto le podía causar graves problemas cuando esa historia acabase.

Lo jodido era que todos conocían su nombre porque, como un imbécil, lo había dicho. Además, había golpeado la cara del señor Polla Famosa con el arma, acto que seguramente se consideraría una agresión.

¡Qué putada! Cameron tenía la culpa de todo. La muy zorra era la responsable. Más le valía atar a todo el mundo y salir por piernas. Sí, era la mejor solución, coger a Cameron y largarse.

Mientras Gregg intentaba decidir su próximo paso, Cameron se esforzaba por detener la sangre que manaba de la mejilla de Don.

El presentador le dedicó una ligera sonrisa.

—No quisiste contarme que estabas casada, ¿eh? —murmuró y meneó la cabeza—. Tuviste que guardártelo. —Así es —reconoció la entrenadora apesadumbrada—. Tal como dijiste, soy escurridiza.

—¿Quién es este hombre?

—Alguien que viene de muy lejos y que estuvo en mi vida hace mucho tiempo. Para que lo sepas, nunca intenté matarlo.

—Ese fue tu primer error.

Simultáneamente, Ryan intentó tranquilizar a Mandy y convencerla de que todo se solucionaría.

—¡Ni me toques! ¡Me das asco! ¡Te odio!

—Solo se trata de un malentendido —aseguró el productor, decidido a explicarle lo ocurrido, pese a que no sabía cómo hacerlo sin delatar a Anya.

—Papá no se equivocó contigo —añadió Mandy, dominada por una mezcla de furia contra Ryan y miedo por la situación en la que se encontraban—. Doy gracias a dios por no haber tenido hijos contigo.

—Lo que dices no es justo. Al fin y al cabo lo intentamos.



—¿Estás seguro? —preguntó una despechada Mandy—. Ni siquiera estaba preñada cuando dije que había tenido un aborto espontáneo y la segunda vez interrumpí deliberadamente el embarazo. Ryan, ¿quieres que te diga una cosa? No me arrepiento.

Esas palabras le hirieron como un navajazo. Mandy había abortado. Desde el primer momento le había mentado, pero le había creído, la había compadecido y había permanecido a su lado por todo lo que imaginó que había sufrido.

La pena y el pesar le abrumaron. De pronto todo resultó muy sencillo y dijo:

—Cuando salgamos de aquí, lo nuestro se acabó.

—Así es, Ryan —masculló Mandy—. Ya lo creo que se ha terminado.

Gregg mantenía el equilibrio en el borde de la mesa, se balanceaba de un lado al otro y todavía intentaba decidir lo que haría a continuación.

Cameron le conocía lo suficientemente bien como para saber que, de momento, lo mejor era que permaneciese en silencio. Gregg se había situado en una esquina, posición desde la que controlaba a todos.

La entrenadora dirigió la mirada hacia Ryan y vio que sostenía una acalorada conversación en voz baja con Mandy.

Hamilton estaba rígido y una expresión de fría cólera demudaba sus facciones.

La joven señora Heckerling tenía la mirada perdida y sus ojos de color azul claro no revelaban nada. Cameron se percató de que la chica no estaba asustada, lo que le resultó extraño. Un hombre les apuntaba con un arma y sus vidas corrían peligro; la joven tendría que estar aterrorizada, pero no era así.

Phil abrazaba a Lucy y la protegía.

¡Maldito Gregg! ¿Por qué se comportaba así? ¿Por qué volvía a meterse en su vida y lo echaba todo a perder?

En ese instante sonó el teléfono y todos se sobresaltaron.

—No hagáis caso —ordenó Gregg. Como el teléfono siguió sonando, apuntó a Lucy con la pistola y gritó—: ¡Mierda! ¡Contesta y quítatelos de encima!

Lucy se incorporó y se acercó al teléfono con el corazón en un puño. Solo pensó en que, afortunadamente, sus hijos no estaban en casa. Cogió el teléfono y dijo:

—Hola...

—¿Señora Standard? —inquirió una voz masculina.

—Sí.

—Soy el detective Saunders. ¿Se encuentra bien?

—No.



— ¿Hay un pistolero en su casa?

— Sí.

— ¡Cuelga! — ordenó Gregg.

— Póngame con él — solicitó el detective.

Lucy estiró el brazo y pasó el teléfono a Gregg.

— Es para ti — informé, y todo se volvió negro porque se desmayó.



56

Marlon desató al cocinero y al barman. Los tres salieron de la casa y Marlon no tardó en coger el móvil y llamar a la policía.

«¡Joder, qué rápidos son estos cabrones!», dijo para sus adentros el aspirante a guionista porque, dos minutos después, en el extremo de la larga calzada de acceso aparecieron dos coches patrulla.

Después se enteró de que la policía había recibido desde la casa las señales de una alarma, motivo por el cual se presentó inmediatamente.

Tanto el cocinero como el barman necesitaron asistencia médica porque habían sufrido cortes y golpes. Mientras los atendían, un detective les tomó declaración. Marlon también prestó declaración, aunque lo cierto es que no tenía mucho que decir.

—No he visto a ese hombre —informó al detective—, pero le aseguro que oí el disparo. Me arrancó de un sueño profundo y me acojonó.

—¿Qué hacía en la casa? —inquirió el detective como si Marlon estuviese involucrado en los hechos.

Marlon le habló de Lucy y del guión compartido. El detective le ordenó que no se fuera. Como si estuviera dispuesto a largarse... ¡ni soñarlo! Tenía butaca de primera fila en un drama que ocurría en la realidad y no pensaba moverse de allí.

En menos de una hora aparecieron las unidades móviles de la televisión, lo que fastidió a los detectives. No pudieron hacer nada porque, de hecho, lo que se había producido era un secuestro.

Marlon se pegó como una lapa a una reportera joven, rubia y que vestía falda muy corta y botas de piel hasta las rodillas.

—Hasta hace un rato estuve dentro —explicó Marlon a la periodista—. ¿Sabes de quién es la casa?

—Francamente, no —respondió la reportera, agitó sus rizos sedosos y su brillo de labios soltó destellos—. ¿Por qué no me lo cuentas?

—De Lucy Lyons.

—¿Te refieres a la vieja estrella cinematográfica?

—Venga ya, no es tan vieja.



—¡Caramba...! Mi padre me llevó a ver aquella película, *Blue* no sé qué, cuando tenía doce años. Creyó que iba de delfines. ¡Nos llevamos una buena sorpresa!

—Me lo imagino —contestó Marlon y calculó que la señorita Labios Brillantes rondaba los veintitrés años, precisamente la edad adecuada para su siguiente aventura con una mujer mayor.

—Por favor —rogó la reportera, cada vez más interesada—, cuéntame todo lo que sabes.

—Enseguida —afirmó Marlon, y le dedicó una sonrisa.



57

Confundido y cabreado, Gregg empezó a sudar y la cólera le dominó. Esa jodida historia se había convertido en un asedio, que era precisamente lo que no quería. Sin duda Cameron tenía la culpa de todo, era la única responsable de cuanto le ocurría. Se había trasladado a Los Ángeles a buscarla y castigarla por intentar matarle y ahora se veía atrapado en esa situación insoluble.

Un detective de mierda había hablado con él por teléfono como si fuese un condenado idiota: «Deje el arma, salga con las manos en alto y todo se resolverá».

«Sí, claro, detective, me dará una palmada en la mano y me enviará a Hawái, ¿correcto?» «Sí, seguro...

Le habría gustado saber quién había avisado a la policía. ¿Tal vez uno de los imbéciles de la cocina se había soltado y la había llamado?

—¡Tú! —gritó Gregg y apuntó a la chica de vestido rojo que estaba contra la pared y sentada al margen de los demás. No había pronunciado una sola palabra en toda la noche.

—Dime —respondió, le clavó la mirada de sus ojos azul claro y sin vida y no manifestó el más mínimo temor.

¿Qué le pasaba a esa chica? Los demás estaban cagados de miedo ante la posibilidad de que de pronto se volviera loco y les disparase, pero esa tía ni se inmutaba... no expresaba nada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Gregg y se enjugó el sudor de la frente.

—Anya.

Ryan la miró con gran preocupación. ¿Por qué utilizaba el nombre de Anya si todos la conocían como Pola?

Cameron se acercó a Don. Había logrado cortarle la hemorragia y ahora el presentador se tapaba el corte con una servilleta.

—¿Estás bien? —quiso saber la entrenadora.

—El cirujano estético lo resolverá en un abrir y cerrar de ojos —repuso Don y se encogió de hombros.

—Anya, vete a ver qué pasa en la cocina —ordenó Gregg—. Comprueba si hay alguien y vuelve a mover el culo hasta aquí o meteré una bala en la cara de tu papi.



Hamilton se congestionó de rabia. Se ocuparía personalmente de que, en cuanto lo detuvieran, ese delincuente recibiera la condena máxima.

Anya se puso lentamente de pie, tardó lo que le dio la gana y con gran sensualidad acomodó la falda de su ceñido vestido de raso rojo. Al fin sabía por qué Hamilton se lo había regalado: era el tipo de vestido que se pondría una prostituta. Así era como Hamilton la veía, como a una prostituta. Y tenía razón, era exactamente una prostituta, una zorra, una fulana, una buscona. Mientras pagasen, los hombres podían hacer lo que quisieran con ella. Podían lanzarle escupitajos, degradarla, golpearla y follarla. Era un trozo de carne en venta. El sexo importaba. En el mundo en el que Anya vivía era lo único que importaba.

—¡Muévete! —insistió Gregg sin dejar de sudar copiosamente—. Ya que estamos, intenta conseguirme una botella de whisky. Esta mierda de vino no sirve para nada.

Anya le miró a los ojos y se humedeció los labios con actitud provocadora.

—¿Quieres follarme? —preguntó con tono ronco y bajo—. No te decepcionaré. Lo hago muy bien en la cama. Haré lo que me pidas, absolutamente todo.

—¡Por las barbas del diablo! —exclamó Hamilton.

—¡Por favor! —chilló Mandy.

Gregg se quedó sin habla. Las insinuaciones de esa chica era lo último que se esperaba. ¿Lo había organizado Cameron? ¿La zorra de su esposa pretendía tenderle una trampa?

Ryan se levantó de un salto porque se dio cuenta de que Anya sufría una conmoción. No sabía lo que decía... ni lo que hacía, ya que comenzó a quitarse el vestido.

De pronto Gregg llegó a la conclusión de que era un truco, un plan para pillarle desprevenido. No mordió el anzuelo, claro que no, no era tan tonto.

¿Esas personas estaban convencidas de que podían jugarle una mala pasada? ¡Joder, era Gregg Kingston! Nadie le tendería una trampa, era invencible.

—¡Siéntate! —gritó a Ryan y le empezaron a temblar las manos—. ¡Tú también! —ordenó a Anya—. Haz el jodido favor de sentarte.

Anya no hizo caso, dejó caer el vestido al suelo y, totalmente desnuda, avanzó en línea recta hacia Gregg.

Cameron tuvo la desagradable sensación de que ocurriría algo espantoso. A Gregg le había dado un ataque de pánico, se percibía en su expresión. Intentó incorporarse, pero Don se lo impidió.

—Quédate quieta —masculló el presentador y la sujetó del brazo.

—Siéntate o disparo —dijo Gregg a Anya a medida que esta avanzaba—. ¡Zorra, no pienso follar contigo!



Ryan no pudo más, dio un salto e hizo un último intento de detener a Anya, pero llegó demasiado tarde.

La pistola se disparó y en esta ocasión provocó un río de sangre y un silencio sobrecogedor.



EPÍLOGO

Un año y medio después

El estreno de *Blue Sapphire 2* fue un acontecimiento al que asistió todo Hollywood: reflectores, alfombra roja, conexión en directo por Internet, equipos de televisión de todo el mundo, gradas de las antiguas para acomodar a las legiones de fans y un fiestón que comenzaría cuando acabase la proyección de la película.

Natalie de Barge ocupó su puesto, entrevistó a una sucesión de famosos e hizo las acostumbradas preguntas superficiales sobre diseñadores y peinados, aunque también intercaló un par de comentarios incisivos, ya que no tenía la intención de jubilarse como reportera de la farándula. Albergaba la ambición de presentar su propio programa de televisión con tres mujeres más, una especie de *The View*, pero en versión para Los Ángeles.

Don Verona había prometido que su productora la ayudaría a lanzar el magacín, lo cual no tenía nada de raro, ya que también eran socios de Cole y Cameron en Paradise, el centro deportivo más *fashion* de Los Ángeles. Todos ganaban dinero.

Natalie aduló a las mujeres, coqueteó con los hombres, sonrió sin cesar e hizo las preguntas pertinentes. Al igual que su hermano, poseía la capacidad de agradar a todo el mundo, motivo por el cual las estrellas se sentían cómodas en su compañía.

Saludó con besos a Birdy Marvel. La diva de cara tierna, que padecía una perversa adicción al sexo, habló de lo duro que había sido el último programa de rehabilitación, pero ahora había encontrado a Dios y ayudaba a alimentar a niños hambrientos de todo el mundo al mismo tiempo que preparaba su nuevo cedé, organizaba una gira por todo el país y lanzaba su perfume y su propia línea de ropa.

—Me parece fantástico —opinó Natalie y despachó a Birdy porque vio que acompañaban a Lucy Lyons hacia donde ella se encontraba.

Lucy era la gran estrella de la noche, no solo por su papel protagonista en *Blue Sapphire 2*, la película con la que regresaba a la gran pantalla, sino por su participación como productora ejecutiva.

Se suponía que la cinta, producida y escrita por Phil Standard, marido de Lucy y ganador de un Oscar, era lo último de lo último. Coproducida por Hamilton J. Heckerling y coescrita por un guionista joven y talentoso que respondía al nombre de



Marlon Robert, en la calle se decía que *Blue Sapphire 2* abordaba cuestiones en las que *Instinto básico* no se había atrevido a entrar.

Ambas mujeres se saludaron con un beso hollywoodiense, ritual en el que los labios no llegaban a tocar la piel.

—¡Estás divina! —dijo Natalie. Su tarea consistía en hacer bien la pelota, pero tuvo que reconocer que, a los cuarenta y dos años, con un par de hijos y un marido muy excéntrico y cachondo, Lucy Lyons estaba realmente estupenda. Mejor dicho, resplandecía con su larga melena negra, sus labios llenos y su cuerpo perfectamente tonificado—. Háblame de la película. Me han dicho que es impresionante.

—Ni más ni menos —contestó Lucy y esbozó una gran sonrisa de estrella cinematográfica—. Es muy sensual, a pesar de que solo me desnudo una vez. La verdadera estrella es Mary Ellen Evans, que interpreta el papel de mi sobrina —acotó con gran generosidad—. ¡Espera a que Estados Unidos vea a Mary Ellen quitándose hasta la última prenda de ropa! Ha dejado de ser la vecinita de al lado para convertirse en aquella que a todos los hombres les encantaría... ¡caramba! —calló y se tapó los labios con el dedo—. ¡Estuve a punto de soltar un taco en directo!

—No te preocupes, hemos oído cosas peores —aseguró Natalie y sonrió a la cámara—. Lucy, volvamos a la película. Por lo que sé, ambas estáis perfectas. Según *Variety*, vuestras interpretaciones son estelares.

—Gracias, Natalie —dijo Lucy con gran modestia—. Hicimos todo lo que pudimos.

—No tengo la menor duda. Y ahora hablemos de cosas importantes. ¿Quién firma el vestido que llevas?

En una limusina de alquiler y de camino al estreno iban Lynda, embarazada de ocho meses y medio; Carlos, el orgulloso y futuro papá que todavía no se había casado con ella; Dorian, acompañado de un modelo de veinte años, y Cole, solo y encantado de la vida. Hablaban del nuevo local que Paradise acababa de adquirir. Solo Cole y Cameron lo habían visto y, según el entrenador, era espectacular, ya que incluía amplios jardines al aire libre, un spa completo y piscina.

—Inmediatamente haremos *aquagym* —dijo Dorian apretando los labios—. ¡Ya no puedo esperar más!

—Y yo no puedo esperar para ver la película. —Lynda suspiró—. Estoy de muy buen humor para ver sexo ardiente.

—Es prácticamente lo único que puedes hacer: mirar —se lamentó Carlos.



—¿De qué te quejas? —preguntó Lynda y soltó chispas por los ojos mientras se acariciaba la barriga—. Cierra el pico porque el gran paquete que tengo aquí es tu hijo.

—De acuerdo, gallinita, pero en cuanto pongas el huevo este semental querrá mucha juerga —apostilló Carlos con sonrisa ufana.

—¡Ya está bien! —masculló Dorian—. ¿Oiremos hablar toda la noche del bebé? ¿Dónde se mete Cameron cuando la necesito?

—Tenía que hacer algo más importante —respondió Cole.

—¿Hay algo más importante que salir de noche con nosotros? —bufó Dorian—. Yo diría que no.

Cole sonrió. A veces era el único que estaba al tanto de los secretos de Cameron y deseaba que este se resolviera bien.

—¡Estás guapísima! —exclamó Natalie y ayudó a Mary Ellen Evans a subir a la tarima situada delante de la cámara de televisión—. Cuesta creer que hayas sido madre hace siete meses y a continuación protagonizaras esta película. Da gusto mirarte. ¡Se te ve fenomenal!

—Gracias, Natalie —respondió Mary Ellen y se regodeó bajo los focos.

—Tus joyas son sensacionales... por no hablar del vestido. ¿Quién lo firma?

—Armani, por supuesto.

—No podía ser de otra manera —Natalie dejó pasar unos segundos y preguntó—: ¿Cómo está el papá? ¿Sigue contigo?

Mary Ellen no titubeó porque había ensayado la respuesta que tenía que dar:

—Don Verona es un padre participativo y cuidadoso, aunque ya no estamos juntos. Debo añadir que siento un profundo respeto y afecto por él.

—Háblame de tu papel en la película —solicitó Natalie, y siguió adelante con la entrevista—. He oído que hay muchos desnudos. ¿Cómo te sentiste a la hora de quitarte la ropa?

—No te pongas nervioso —le regañó Mandy.

—No estoy nervioso —replicó Marlon.

—No está nervioso —confirmó Hamilton.



Los tres viajaban en el asiento trasero del Bentley de Hamilton y un chófer se encargaba de la conducción.

Mandy estaba emocionada. Tenía el convencimiento de que *Blue Sapphire 2* sería un exitazo del que se beneficiaría por partida doble. Hamilton le había prometido una parte de los beneficios como premio por haber recuperado la sensatez y haberse divorciado de Ryan. Y Marlon... bueno, Marlon era su prodigio, era Mandy quien le había descubierto.

Hummm... mejor dicho, casi lo había descubierto, ya que Lucy llegó primero, aunque no en el aspecto sexual. Mandy jamás se habría conformado con sobras.

Blue Sapphire 2 había sido idea suya. Después de la experiencia espantosa en casa de los Standard, Lucy había entrado en una espiral descendente y nadie podía reprochárselo. El hecho de que disparen y maten a una chica en el comedor de tu casa es suficiente para deprimir a cualquiera.

Mandy no quedó abrumada por el dolor porque fue la quinta esposa de Hamilton la que recibió el balazo que disparó el marido desequilibrado de la amiguita de Don. De todos modos, aquella velada fue bastante traumática porque, además, se enteró de la aventura de Ryan.

Sea como fuere, cuando Lucy le habló de Marlon, del guión y de las oportunidades perdidas, Mandy se ofreció a mostrarle el texto a su padre como muestra de amistad hacia ella.

Mandy fue la primera en leer el guión; lo consideró poco original, pero los diálogos eran excelentes y fue entonces cuando se le ocurrió la idea de *Blue Sapphire 2*, sobre todo porque *Blue Sapphire* había sido una de las películas más rentables de Hamilton.

En cuanto Mandy le planteó el proyecto a su padre, cada pieza encajó en su sitio. Hamilton no estaba de luto por su difunta esposa. Había averiguado más cosas de las que quería saber, lo que le llevó a borrar definitivamente a Anya de su vida. Se empeñó en convertir *Blue Sapphire 2* en un megaéxito. Lucy estaba encantada y, dado que estaba deseoso de agradar a su esposo, Phil accedió a que Marlon redactase el guión, al que luego se ocuparía de echar un vistazo. Todos pusieron manos a la obra y Mandy propuso a Mary Ellen para el papel de joven ninfómana. El reparto fue genial.

El resultado fue una película destinada a convertirse en otro enorme éxito de taquilla, puede que incluso más que el de la primera parte.

Mandy no tardó en vivir una ardorosa aventura con Marlon, que era casi quince años más joven que ella. La diferencia de edad no la afectó lo más mínimo. De hecho, sintió que estaba de moda y vivía de acuerdo con su época. Al fin y al cabo, parecía funcionar en el caso de Demi Moore y Ashton, de Madonna y Guy, de Susan Sarandon y Tim... y también de Mandy Heckerling y Marlon.



Como habría dicho Marlon, ¡qué guay!

Don y Phil se escaquearon de la alfombra roja y se fueron a tomar una copa a la oficina del distribuidor.

—Debo reconocer que Lucy tiene un talento maravilloso —declaró Phil y dio muestras de ser un marido muy orgulloso—. Espera a ver esta cinta. Don, te aseguro que tenía toda la razón del mundo cuando insistía en volver a la gran pantalla.

—¿Y Mary Ellen? ¿Qué tal ha quedado en la película? —quiso saber Don.

—Sorprendentemente bien —Phil hizo una larga pausa—. He dado por hecho que habéis terminado.

—En realidad, nunca estuvimos realmente juntos —respondió Don sin darle demasiada importancia a sus palabras—. Es encantadora, pero no se trata de la mujer adecuada para mí.

—¿Ves a la bebé?

—Constantemente. Es la cría más adorable del mundo. ¡Estoy enamorado de ella!

—¡Ya era hora!

—Cálmate, cálmate... —aconsejó Don y sonrió con picardía—. Ya había estado enamorado, pero por lo visto nunca salió bien. En cambio, Lucy y tú, ¿qué quieres que te diga? Eres un cabrón con una suerte inmensa.

—¡Como si no lo supiera!

Mientras en Hollywood Boulevard se celebraba el extravagante estreno de *Blue Sapphire 2*, Ryan llevaba a cabo una proyección de su última cinta, la desgarradora historia de una joven prostituta rusa. Rodada como si se tratase de un documental, el cineasta la consideraba la mejor película de su vida. El último año y medio se había volcado en el filme, se había dedicado en cuerpo y alma al rodaje, había viajado por toda Europa y trabajado en diversos exteriores.

La película se titulaba *Anya* en recuerdo de una joven a la que no había llegado a conocer profundamente. Se trataba de una muchacha a la que habían herido en más sentidos de los que es posible imaginar y que finalmente encontró su destino en el comedor de una mansión hollywoodiense.

Durante el rodaje se olvidó de todo lo demás. Dio instrucciones a sus abogados para que se ocupasen del divorcio y le dieran a Mandy lo que quería. No le importaban las posesiones materiales, solo le interesaba su trabajo.



La protagonista de la película, Tamara Yakovlev, era una morena radiante de mirada insondable y cuerpo esbelto. Había nacido en San Petersburgo en el seno de una familia acomodada que se trasladó a Estados Unidos cuando Tamara tenía diez años. Aunque su historia era radicalmente distinta a la de Anya, Tamara encarnó su espíritu y la interpretación resultó impecable porque se convirtió en Anya.

Vivieron una fugaz aventura mientras rodaban en Polonia, pero el romance no duró porque Tamara no era la mujer adecuada para él.

Ryan pensaba a menudo en Cameron. No habían vuelto a verse desde la trágica velada en casa de los Standard. El productor se había aislado de todo para concentrarse en la cinta, aunque en algún momento le habían comentado que la entrenadora ya no salía con Don.

Cuando regresó a Los Ángeles pensó llamarla, pero de momento no lo había hecho.

Tal vez fantaseaba con algo que no era real, en cuyo caso era mejor olvidarlo.

Dejar a *Yoko* y a *Lennon* en casa del señor Wasabi se había convertido en una especie de ritual para Cameron. Los perros lo apreciaban y el vecino los quería. Por lo tanto, pese a que podía pagar un cuidador, la entrenadora prefería la rutina de siempre.

— ¿Hay algún problema en que pasen la noche aquí? — preguntó al señor Wasabi.

El anciano sonrió sagazmente. Tal vez fuera demasiado viejo como para tener una aventura, pero envidiaba al hombre que pasaría la noche con su vecina indescritiblemente bonita y encantadora.

En cuanto dejó a los perros, Cameron fue a su casa, se duchó, se maquilló ligeramente, se cambió de ropa seis veces... y finalmente optó por tejanos, botas militares, un sencillo top y su prenda más cara: una chaqueta de piel color mantequilla de Dolce & Gabbana. Cuando se dio por satisfecha, salió de casa, subió al Mustang y se dirigió a la sala de proyección de Santa Mónica en la que, según se había enterado por pura casualidad, Ryan Richards exhibía su película.

Ryan Richards... un nombre de hacía cierto tiempo.

Ryan Richards... un hombre en el que hasta ese mismo día no había dejado de pensar.

No se habían puesto en contacto desde la fatídica noche en la que Gregg disparó contra la joven esposa de Hamilton y la mató. Fue un episodio trágico y a veces la culpa la dominaba porque, en el fondo, se consideraba responsable de lo ocurrido.

Si Gregg no hubiese ido a buscarla...



Si ella hubiera tenido las agallas de viajar a Hawái y divorciarse... Las posibilidades eran infinitas. Todos insistieron en que había sido inevitable y en que Gregg era un psicópata, pero Cameron estaba convencida de que podría haberlo impedido.

Después del disparo los policías tomaron la casa por asalto y luego se desató el caos.

Don insistió en que fuera a su casa. Cameron se negó y replicó que necesitaba espacio. Varias noches después se reunió con él y fue tan sincera como pudo. Fue la charla de la ruptura y al presentador no le sentó nada bien.

«Eres tú la que me miente y yo el que se lleva la peor parte. No me lo puedo creer.»

«Lo siento mucho —había respondido Cameron, sinceramente arrepentida porque le tenía afecto, aunque sabía que eso no era suficiente—. Don, no tengo nada que ver con tu estilo de vida. Simplemente no es para mí.»

Don se puso tan furioso que le soltó que era el inversor anónimo de Paradise, el que había puesto los fondos adicionales para poner el gimnasio en marcha.

Bueno, era así. Cameron ni siquiera se enfadó, ya que Gregg la había dejado totalmente conmocionada.

«Me parece bien. Espero que ambos nos beneficiemos de tu inversión», había respondido la entrenadora.

Aunque le llevó cierto tiempo entenderlo, finalmente Don aceptó que lo único que Cameron quería con él era amistad. Pese a que su amor propio resultó herido, lo que salvó a Don fue la capacidad de reírse de sí mismo. Todavía se veían de vez en cuando y Don le recordaba que cometía un error, pero, para deleite de Cameron, consiguieron seguir siendo amigos.

El juicio de Gregg se celebró varios meses más tarde. Tras dos días de deliberaciones, el jurado dictaminó homicidio involuntario y fue condenado a ocho años de cárcel.

Una vez concluido el juicio, Cameron consultó a un abogado e inició el proceso de divorcio. Seis meses después era libre.

La pandilla de Paradise la apoyó en todo y nuevamente el trabajo se convirtió en el eje de su vida... hasta el día anterior, en el que una joven actriz que levantaba pesas con Cole comentó que esa noche había una proyección de la película de Ryan Richards.

Cameron decidió que no asistiría al estreno de *Blue Sapphire 2* en compañía de Cole y los demás y optó por correr un riesgo, un gran riesgo, un riesgo enorme y disparatado.



Quizá lo que había entre Ryan y ella solo era fruto de su imaginación. Tal vez el productor ni siquiera la recordaba.

Entró en la sala de proyección una vez iniciada la cinta, se sentó y quedó fascinada. *Anya* era una película magnífica, sin estridencias pero de una fuerza arrolladora.

Cuando la proyección terminó, el público aplaudió y la entrenadora notó que varias personas se enjugaban las lágrimas.

Buscó a Ryan con la mirada y por fin lo divisó. La bella protagonista de la película le abrazaba y le besaba.

A Cameron se le hizo un nudo en la boca del estómago. Era evidente que Ryan había seguido adelante con su vida, ya que nada ni nadie se lo había impedido.

Estaba a punto de iniciar una sigilosa salida cuando un joven apartó a la actriz de los brazos de Ryan y se la llevó.

Cameron respiró hondo y caminó hacia donde estaba Ryan. Otras personas le rodearon, le estrecharon la mano y le palmearon la espalda. Todos le felicitaron y le dieron la enhorabuena.

Cameron hizo cola detrás de una mujer corpulenta que aguardaba para decir a Ryan que la película le había parecido muy significativa.

Fue entonces cuando él la vio.

Durante unos instantes cargados de tensión, sus miradas se encontraron y Cameron tuvo claro que, en el fondo, nada había cambiado: ambos sentían lo mismo.

—Hola —murmuró tiernamente la entrenadora.

—Hola, tú... —respondió Ryan.

—Me encantó tu película.

—¿De verdad?

—De verdad —confirmó Cameron y notó que los ojos de Ryan aún eran de ese azul intenso que le quitaba el aliento.

—Dime una cosa —añadió Ryan, pletórico de optimismo y alegría—, ¿por qué tardarse tanto en encontrarme?

Cameron sonrió con actitud soñadora y feliz.

—Supongo que porque hago las cosas con calma.

Ryan la acercó a su cuerpo y la estrechó con todas sus fuerzas.

De alguna manera Cameron comprendió que se trataba del inicio de algo muy especial.



Fin

Título original: Married Lovers

© 2008, Jackie Collins

© 2011, Margarita Cavándoli, por la traducción

© 2011, Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Primera edición: junio de 2011

ISBN: 978-84-270-3753-3

